

LC

Shakespeare Lector

Lectores de Shakespeare

Lucas Margarit y Elina Montes (editores)



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

Shakespeare lector
Lectores de Shakespeare

Shakespeare lector Lectores de Shakespeare

Lucas Margarit y Elina Montes (editores)

Cátedra: Literatura Inglesa



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decana
Graciela Morgade

Vicedecano
Américo Cristófalo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaría Académica
Sofía Thisted

Secretaría de Hacienda
y Administración
Marcela Lamelza

Secretaría de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil
Ivanna Petz

Secretaría de Investigación
Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaría de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaría de Relaciones
Institucionales e
Internacionales
Silvana Campanini

Subsecretario
de Publicaciones
Matías Cordo

Consejo Editor
Virginia Manzano
Flora Hilert
Marcelo Topuzian
María Marta García Negroni
Fernando Rodríguez
Gustavo Daujotas
Hernán Inverso
Raúl Illescas
Matías Verdecchia
Jimena Pautasso
Grisel Azcuy
Silvia Gattafoni
Rosa Gómez
Rosa Graciela Palmas
Sergio Castelo
Aylén Suárez
Directora de imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Cátedra



Coordinación editorial: Martín Gómez
Maquetación: Graciela Palmas

ISBN 978-987-4019-64-6

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2017

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Margarit, Lucas

Shakespeare lector : lectores de Shakespeare / Lucas Margarit ; Elina Montes ; editado por Lucas Margarit ; Elina Montes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2017.

432 p. ; 20 x 14 cm. - (Libros de cátedra)

ISBN 978-987-4019-66-0

1. Literatura Inglesa. 2. Traducción. I. Montes, Elina II. Margarit, Lucas, ed. III. Montes, Elina, ed. IV. Título.

CDD 418.02

Índice

Introducción	13
Shakespeare lector <i>Lucas Margarit</i>	
Shakespeare lector	19
<i>Primera Parte</i>	
Las historias leídas por Shakespeare	21
<i>Elina Montes</i>	
Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared. <i>Macbeth</i>	31
<i>Traducción y notas: Elina Montes</i>	
<i>Shakespeare's Holinshed. The chronicle and the historical plays compared Rey Lear</i>	69
<i>Traducción: Javier Walpen</i>	

Shakespeare's Holinshed. The Chronicle and the historical plays compared Richard II	77
<i>Traducción: María Inés Castagnino</i>	
Shakespeare's Holinshed. The chronicle and the historical plays compared Ricardo III	155
<i>Traducción: Javier Walpen y Agustina Fracchia</i>	
Un espejo para magistrados (selección)	265
<i>William Baldwin</i>	
<i>Traducción: Noelia Fernández</i>	
Un espejo para magistrados (segunda parte)	275
<i>William Baldwin</i>	
<i>Traducción: Ramiro Vilar</i>	
Lectores de Shakespeare	279
Segunda Parte	
Michael Drayton	281
<i>Traducción y notas: Lucas Margarit</i>	
John Davis de Hereford	282
<i>Traducción: Lucas Margarit</i>	
Ben Jonson	283
<i>Traducción: María Inés Martínez Asla</i>	
Ben Jonson	289
<i>Traducción: Alicia Jurado</i>	
Richard Barnfeild	290
<i>Traducción: Marcelo Lara</i>	

John Weever <i>Traducción: Lucas Margarit</i>	291
John Taylor <i>Traducción: Lucas Margarit</i>	293
William Basse <i>Traducción: Marcelo Lara</i>	294
John Milton <i>Traducción: Elina Montes</i>	296
Margaret Cavendish <i>Traducción: Alicia Jurado</i>	298
Anónimo <i>Traducción y notas: Marcelo Lara</i>	301
John Dryden <i>Traducción y nota: Ramiro Vilar</i>	303
Sir William D'Avenant y John Dryden <i>Traducción: Ramiro Vilar</i>	305
James Drake <i>Traducción: Marina Novello</i>	308
Alexander Pope <i>Traducción: Alicia Jurado</i>	320
John Oldmixon <i>Traducción: Ramiro Vilar</i>	329

Samuel Cobb <i>Traducción: Ramiro Vilar</i>	331
Joseph Addison <i>Traducción y notas: Ramiro Vilar</i>	334
David Garrick <i>Traducción: Vanesa Cotroneo</i>	347
David Garrick <i>Traducción: Vanesa Cotroneo</i>	352
Anna Seward <i>Traducción y notas: Noelia Fernández</i>	354
Samuel Taylor Coleridge <i>Traducción: B. R. Hopenhaym</i>	356
Samuel Taylor Coleridge <i>Traducción: Elina Montes</i>	366
Samuel Taylor Coleridge <i>Traducción: Marcelo Lara</i>	369
Samuel Taylor Coleridge <i>Traducción y notas: Ezequiel Rivas</i>	386
William Hazlitt <i>Traducción: Ezequiel Rivas</i>	396
Thomas de Quincey <i>Traducción: María Raquel Bengolea</i>	408

Matthew Arnold	415
<i>Traducción: Lucas Margarit</i>	
Stivie Smith	417
<i>Traducción: Miguel Ángel Montezanti</i>	
Ted Hughes	419
<i>Traducción: Lucas Margarit</i>	
Peter Hammill	421
<i>Traducción y notas: Lucas Margarit</i>	
Bibliografía	425
Los autores	429

Introducción

Shakespeare lector

Lucas Margarit

Esta antología reúne una serie de fragmentos a los que distintas obras de Shakespeare hacen referencia —directa o indirectamente— pertenecientes a dos de sus fuentes principales, la segunda edición de las crónicas de Holinshed y *Un espejo para magistrados*. En este caso particular, ambas, fueron leídas e influyeron ante todo en las tragedias y en las piezas históricas. Las crónicas aportando datos de la historia de la corona de Inglaterra y sus territorios aledaños; la segunda como texto de referencia para la conformación de un comportamiento moral de los príncipes y cortesanos. Esta manera de leer que lleva a cabo Shakespeare, interviene directamente en el sentido del texto fuente que es usado y modificado según las necesidades del poeta. La labilidad y el cambio permanente, no está solo centrado en los motivos de sus sonetos y piezas dramáticas, sino que forma parte inherente de una cosmovisión que da cuenta del nacimiento de un individuo que lee, es decir que interpreta y hace uso de ese objeto de lectura.

Con la invención de la imprenta el lugar del lector será uno de los temas de continuas referencias en los textos del

Renacimiento, lo cual señala una importante diferencia con respecto a los textos de la Edad Media, cuando “los sabios medievales habían leído un conjunto canónico de autoridades [...] de manera uniforme” (Grafton, 2001: 322); posteriormente, durante el período llamado “Humanismo”, surge la figura de un lector crítico de aquellas “auctoritates” que va a proyectarse en los hombres de letras renacentistas. Eugenio Garin plantea que la diferencia entre un período y otro es la vinculación del pensamiento medieval a la religión y el del Renacimiento al avance de las ciencias (Garin, 2001: 9). Francis Bacon, tratará esta nueva manera de ver el mundo scientia activa, lo que implicará para estos sujetos renacentistas la toma de conciencia de su individualidad y, a partir de allí, un lector crítico que deviene en sujeto capaz de conformar un sentido particular.

Nos interesa entonces ver desde qué lugar Shakespeare se constituye en un individuo lector de obras del pasado. Es evidente que la estructura cronológica de los hechos históricos en las crónicas se desarticula en las piezas shakespearianas, según las necesidades de la puesta en escena. Varios acontecimientos que sucedieron durante una serie de años pueden reducirse en una puesta en escena en un solo acto. Por otra parte, los intereses políticos no son ajenos a la elección de los hechos reelaborados en su teatro. Temas que deberían tenerse en cuenta en el momento de establecer comparaciones entre la obra de Shakespeare con lo narrado en las fuentes.

Si tomamos a Shakespeare como punto nodal, lo podemos pensar de manera retrospectiva: de qué modo Shakespeare está efectuando sus lecturas y modificaciones del pasado. Pero también tomarlo de manera proyectiva y pensar de qué modo Shakespeare es tomado por otros y de qué modo va a ser modificado a lo largo de la historia de la literatura inglesa y, más también, a lo largo de la historia de

la literatura francesa y alemana. Entre los primeros comentadores que debemos destacar se encuentran las foguras de Ben Jonson, amigo, colega y dramaturgo y la Margaret Cavendish, Duquesa de Newcastle quien es una carta elogiosa la creación de personajes shakesperianos como recreación del hombre universal.

Voltaire, en su Diccionario filosófico, en la entrada “Arte dramático” y, dentro de esa entrada, en la parte denominada “Del mérito de Shakespeare”, dice: “¿Qué podemos deducir del contraste que forman la grandeza y la vulgaridad? Los pensamientos sublimes y las locuras groseras que constituyen el modo de ser de Shakespeare. Deduciremos que hubiera sido un poeta perfecto si hubiera vivido en los tiempos de Addison”. Elegí esta cita por varias razones. Primero porque la figura de Voltaire, en algún punto, resume a “grosso modo” el modo de leer del siglo XVIII. Por otro lado, está comparando a Shakespeare con Addison, un escritor absolutamente ortodoxo en lo formal, un escritor que peca a veces de perfeccionista. En algún punto, lo que podemos sospechar de esta cita de Voltaire, es que quiere leer a Shakespeare según su propia concepción de lo que sería el drama de su propio tiempo, sobre todo sobre un escenario francés, atravesado por el Neoclasicismo. Las críticas a Shakespeare, incluso inglesas, en el siglo XVIII —representadas en este volumen por textos de Alexander Pope o el propio Addison— ubican a Shakespeare en el lugar de la desmesura, de la falta de una estructura determinada por la coexistencia de lo vulgar y lo sublime. Esto va a ser uno de los puntos que van a rescatar posteriormente los hermanos Schlegel, a fines del siglo XVIII, en Alemania y que va a ser uno de los momentos de restauración de la figura de Shakespeare dentro de la estética literaria romántica. Del período Romántico inglés, presentamos en este libro ensayos de Coleridge y Hazlitt. Si uno ve este contrapunto

entre lo que plantea Voltaire y lo que sucede durante el Romanticismo, vamos a ver cómo cada período construye un Shakespeare particular y de qué manera, a partir de esas aproximaciones, se va creando lo que se ha denominado “el mito Shakespeare”.

Y entrando en el siglo XX vemos una serie de textos que reflexionan sobre el papel que juega Shakespeare en la tradición literaria de la modernidad, pensemos en T. S. Eliot, Ted Hughes o Stevie Smith. Hemos incluido también aquí, para finalizar esta antología, la letra de una canción de Peter Hammill, músico y miembro de la banda de rock progresivo experimental Van der Graaf Generator, nacida a fines de los años 1960. Lo que estaría manifestando los diferentes registros de apropiación de la obra shakesperiana.

Esta apropiación de la figura de Shakespeare va a recorrer toda la literatura inglesa, con lo que veremos que la figura de Shakespeare va a tener, obviamente, un peso enorme y va a influir en escritores como W.H. Auden, Tom Stoppard o Samuel Beckett entre otros. Lo que hacen estos autores es rebelarse frente a esa figura de “poeta fuerte”, como diría Harold Bloom, y mostrar el otro lado de la obra de Shakespeare. Es decir, revivirla en esa reinterpretación, quitarle la estructura de mármol y bronce que fue armándose durante siglos alrededor de la figura del bardo inglés. Veremos que Shakespeare no se va a presentar, a lo largo de la historia, como una figura homogénea y monolítica, sino que se irá modificando y mutando según distintas ideologías y procesos culturales.

Algunos de los traductores son miembros de la cátedra de Literatura Inglesa de la Universidad de Buenos Aires, Elina Montes, María Inés Castagnino, Cecilia Lasa, Ezequiel Rivas, Noelia Fernández y Marcelo Lara. Otros, son adscriptos que están llevando a cabo su investigación en literatura inglesa, Ramiro Vilar, Agustina Fracchia y Marina

Novello. Tomamos para esta edición, pensada para los alumnos de nuestra facultad, unas antiguas traducciones de la Revista Sur realizadas por Alicia Jurado.

Para esta publicación hemos utilizado, cuando fue necesario, dos tipos de notas, por un lado las notas originales de las ediciones críticas de los textos y por el otro, las notas agregadas por los traductores que estarán encabezadas por: “N. del/la T.”.

Parte I

Shakespeare lector

Las historias leídas por Shakespeare

Elina Montes

Habitualmente conocidas como “Holinshed’s *Chronicles*”, las *Crónicas* de Inglaterra, Escocia e Irlanda de Raphael Holinshed es considerada una de las obras más significativas de la historiografía del período Tudor y seguramente una clave ineludible al momento de comprender y analizar la cultura de la época isabelina. En efecto, el conjunto de relatos reunidos alimenta mucha de la producción literaria del Renacimiento inglés y es referencia obligada a la hora de estudiar —por ejemplo— las fuentes de las obras históricas de William Shakespeare. El monumental proyecto emprendido por Wolfe y sus colaboradores se constituyó en fuente de consulta e inspiración para Shakespeare y también para diversos poetas y dramaturgos de la época isabelina, como Christopher Marlowe,¹ Edmund Spenser² y Samuel Daniel,³ entre otros.

Las crónicas se publican por primera vez en 1577 y diez años más tarde se conoce la segunda edición ampliada y

1 Particularmente en su obra *Eduardo II*.

2 Para el tratamiento del rey Leir y de otras referencias históricas que aparecen en *La reina de las hadas*.

3 *Las guerras civiles* (1609), un extenso poema en el que se narran los episodios de la “Guerra de las dos rosas” que enfrentó las casas de los Lancaster y de los York.

revisada. Aunque asociada principalmente a Holinshed, la obra es el resultado de la producción de un equipo que reunió a diferentes estudiosos de muy diversa proveniencia. María Justo y Gabriela Monezuelas ponen el foco sobre este punto cuando señalan que:

Crónicas constituyó un proyecto interdisciplinario llevado adelante por un grupo de historiadores, clérigos, miembros del Parlamento, poetas menores y librero. (1997)

y que

La obra fue para sus editores la culminación de siglos de trabajo historiográfico (...) [en la que] no sólo se relataba el pasado del pueblo inglés, llegando hasta las más hondas raíces, sino que se abarcaba también un análisis del presente de la nación y de sus posibilidades para los tiempos futuros. (x-xi)

Según refieren los investigadores a cargo de la edición digitalizada (*The Holinshed Project*, 2014), el proyecto se origina en Reyner Wolfe, impresor y librero londinense y, a su muerte (1574 ca.), fue seguido por su Raphael Holinshed (c. 1525-?1580), su asistente, un graduado de Cambridge, quien estuvo a cargo de la primera edición y lideró el equipo hasta el final de sus días. Fue entonces cuando William Harrison (1535-1593) opera el relevo, era uno de los colaboradores más antiguos y prominente representante de la Iglesia de Inglaterra; él tuvo a su cuidado la segunda edición de la obra.⁴

4 Otros historiadores relevantes que participaron activamente del proyecto fueron Richard Stanihurs (1547-1618), un dublinense educado en Oxford, John Hooker (ca. 1527-1601) y Edmund

Al lector contemporáneo no dejará de sorprenderle lo lejos que están las crónicas de la “objetividad histórica” tal y como la entendemos hoy en día, cuando advierte, por ejemplo, que el flujo de los acontecimientos narrados es interrumpido mediante la inclusión de diálogos que dramatizan los eventos; esta modalidad, a la vez que vuelve más inmediatas las vicisitudes de los protagonistas de eventos remotos, puede introducir reparos y seguramente hace surgir interrogantes al momento de evaluar el modo en que se representa la historia. Con respecto al uso que hace Shakespeare de sus fuentes históricas, R. L. Smallwood (1986: 143-162) argumenta que la puesta en escena de obras que representaran personajes y acontecimientos históricos convertirían el “entonces-narrativo” en un “ahora-dramático”. Esta es, sin lugar a dudas, una observación válida con respecto a la actualización de los conflictos y el debate que la transposición escénica de la materia histórica genera en la recepción. Sin embargo, no podemos evitar notar que la escritura de las crónicas ya sugiere diferentes planos temporales en el tratamiento estilístico, y esto debe de haber resultado particularmente atractivo para el dramaturgo que buceaba en las fuentes para llevar a la escena personajes y nudos emblemáticos para la constitución del escenario político que le era propio. Es con respecto a este aspecto y refiriéndose también a la amplia diversidad que propone un texto en el que convergen distintas voces autorales y una gran variación estilística y formal que Igor Djordjevic indica que:

Campion (1540-1581), recopilaron la materia de la Descripción de Irlanda; a cargo de la Descripción de Britania estuvo principalmente el impresor Henry Bynneman (ca.1542-1583). El reconocido anticuario John Stow (1524/5-1605), famoso por su *Survey of London* (1598), contribuyó ampliamente —al igual que Francis Thynne (1545?-1608)— con la recopilación de materiales de archivo, tanto para la primera como para la segunda edición. Finalmente, los nombres de Henry Denham (1556-1590), Ralph Newbery (1536-1603 ca.) y Abraham Fleming (ca.1552-1602) se asocian con el financiamiento del proyecto y la codirección de la segunda edición.

Las obras literarias basadas en las *Crónicas* notablemente polivocales de 1587 no siempre reflejan el carácter polivocal de su fuente, pero las historias de Shakespeare se preocupan por volver a articular las diferentes voces y puntos de vista. (Djordjevic, 2012: 511)

Laura Ashe (2012: 153-169), por otra parte, pone de relieve que hasta todo el siglo XVI subsiste aún cierta dificultad, por parte de los que trabajan con la materia histórica, en operar una clara separación entre *historia* y *fabula*, sobre todo para el tratamiento de los períodos más remotos. Al respecto, dice que esta dificultad:

(...) se agudizaba cuando el asunto tratado era la historia antigua, al investigar los orígenes de las naciones y los pueblos, los cronistas se enfrentaron con cuestiones que sentían que eran de real importancia histórica, pero que, por su naturaleza, estaban sumida en la mayor oscuridad e inevitablemente entrelazada con la materia de la fábula. (2012: 153)

A lo largo del siglo XVII las crónicas como género fue desapareciendo y, de manera gradual, aparecieron en el mercado editorial una variedad de producciones diferentes que satisfacían el interés del público lector interesado en la historia; a este rubro pertenecen almanques, libros de noticias, tratados de anticuarios, diarios, biografías, etc. El fenómeno fue acompañado, evidentemente, por un cambio en la sensibilidad lectora y sus expectativas en torno a la verosimilitud de los hechos narrados; en efecto, es hacia finales del siglo XVII y luego de la Restauración que surge la necesidad de disponer el material de acuerdo con una normativa más rigurosa en este sentido, devenida de

preocupaciones culturales que surgen en territorio francés y que serán la marca distintiva de la estética neoclásica. Al respecto, Michael McKeon (1988) aporta ejemplos extraídos de algunos catálogos de libreros en los que comienza a aplicarse un rigor distintivo entre “historia” y “literatura” o bien, “hechos” y “ficción”. Menciona el caso de William London, quien optaba por dos grandes rubros, por un lado, coloca las “historias” y, por el otro, los “Romances, poemas y obras de teatro”, sentando de ese modo la clara voluntad de oponer lo factual a lo ficcional.

Si bien preocupados por no falsear los datos y ajustarse a una “verdad histórica”,⁵ los cronistas no vacilaban en mencionar o incluir, como evidencia de acontecimientos del pasado, materiales tan diversos como escritos legales, epitafios, cartas, panfletos, romances, baladas o proverbios; es indudable que muchas de las historias narradas adquieren gran eficacia y una vitalidad deudora de los géneros literarios que se combinan para delinearlas.⁶ La mayoría de las veces, incluso, no hay marcas tipográficas o indicadores discursivos que ayuden a reconocer claramente los límites entre el discurso del historiador y en de sus fuentes. Otras veces, sin embargo, la narración se interrumpe abruptamente para transcribir un documento, una proclama, un

-
- 5 En el prefacio a la segunda edición de las *Crónicas*, Francis Thynne, uno de los autores, dice: “we report things done in the eies of all men” (“informamos las cosas como se dieron ante la mirada de todos”). Por otra parte, en el prólogo a la primera edición, Holinshed había insistido en la voluntad de todos los historiadores de utilizar un lenguaje sin adornos: “My speech is playne, without any Rethoricall shewe of Eloquence, having rather a regarde to simple truth, than to decking words” (“Mi lenguaje es llano, sin demostraciones retóricas de elocuencia, preocupado más por observar la simple verdad que por embellecer las palabras”). Es esta última una postura recurrente a lo largo del siglo XVI y será un argumento reiterado entre los puritanos que identificarán un lenguaje más florido con el deseo manifiesto de ocultar o torcer la verdad.
- 6 Para una aproximación más ajustada a este tema, sugerimos consultar el texto de Hayden White “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica* (Barcelona, Paidós, 1992).

sermón o un discurso, y esto también produce cierto desconcierto al lector contemporáneo, que espera en vano que se retome el hilo argumentativo anterior para comentar o interpretar el material insertado.

Es evidente que nuestra relación con respecto a determinadas producciones literarias o populares ha variado mucho y, en este sentido parece acertado el señalamiento hecho por Tricia A. McElroy (2012) cuando analiza el uso de las fuentes en Holinshed e indica que muchos de los géneros de la cultura renacentista han perdido en la actualidad el valor que tenían entonces y no tienen el mismo efecto sobre nosotros. Al considerar el caso de los proverbios, aunque reconoce que aún pueden considerarse una suerte de compendio oral de la sabiduría popular, recuerda que en la Edad Media y el Renacimiento éstos eran un elemento esencial en el adiestramiento retórico. En el Renacimiento, dice,

El proverbio no es sólo una apelación espontánea a un sentido común o una experiencia universales. Es también un género metódicamente aprendido y aplicado estratégicamente por una minoría educada. Desde la sabiduría de Salomón a las *sententiae* de autores clásicos y la colección de adagios de los escritores humanistas como Erasmo y Polidoro Virgilio, el proverbio es parte de una larga tradición literaria escrita, y su importancia en la educación demuestra cómo trasciende las asociaciones populares. (2012: 280)

Otro género para nosotros extraño pero de mucha actualidad para el lector renacentista es el *de casibus*, que eran

una especie de historia escrita para demostrar una y otra vez la caída de personas ilustres, que no les resul-

tan familiares a los lectores modernos, pero que sí lo eran para quienes estaban habituados a establecer relaciones ejemplares, como las que hallaban en ese otro género que es el *espejo para magistrados*.⁷ (2012: 269)

Con respecto a las baladas, McElroy indica que, en el caso de las *Crónicas* servían más explícitamente a propósitos políticos ya que,

[P]or asociarse con lo popular y por sus métodos de distribución las baladas se transformaron en un instrumento de propaganda política: explotaban patrones narrativos familiares y posturas morales para moldear la percepción pública de acontecimientos reales. (281)

Asimismo, hay una profusa utilización de motivos pertenecientes a los romances medievales utilizados como recursos narrativos principalmente para que el lector pueda comprender el sentido de acontecimientos muy remotos u oscuros e interpretarlos de acuerdo con un determinado sistema de valores.

Otro de los aspectos de fundamental importancia al momento de evaluar las relaciones intertextuales que se establecen a partir del proyecto de Holinshed es el que atañe

7 Los *specula principum* son meditaciones sobre vicios y virtudes que tienen el propósito de formar al gobernante virtuoso, pueden considerarse una derivación de los de *casibus* en su intención de aludir también a casos ejemplares. El Renacimiento retoma y renueva contenidos y formatos, y seguramente podamos incluir en el listado de los *specula* obras como *Fall of princes* (1430 ca.) de John Lydgate y, más tarde, *El cortesano* (1514) de Baltasar Castiglione, *Institutio principis* (1516) de Erasmo o *El príncipe* (1513) de Nicolás Maquiavelo; sin embargo, ya más cerca de la época isabelina, el texto inglés de mayor divulgación fue *The Mirror for Magistrates* (1559), una colección de poemas editada por William Baldwin y Georges Ferrers, quienes fueron también hicieron los mayores aportes a la obra.

al uso de la memoria histórica en el período Tudor. Al respecto, Igor Djordjevic —haciéndose eco de los estudios más recientes sobre el tema— destaca que serían cuatro las principales preocupaciones políticas que pueden rastrearse en las *Crónicas*: el ideal y el decoro de la monarquía inglesa, el papel de Francia en el discurso público inglés, la noción de *Englishness* y, por último, la idea de nación. Según el autor,

[E]stos ideogramas sitúan la narrativa de Holinshed y las historias de Shakespeare en el contexto de los usos de la memoria histórica en la época Tudor. Reflejan, además, el modo en que el pueblo inglés concebía el proceso de constitución de su nación en el siglo XVI, tanto en el sentido de *patria*, definida por la etnicidad y la cultura, como en el de organización política, *commonwealth*.⁸ (2012: 513)

Tanto para Holinshed como para Shakespeare, *ser inglés* significaría —entre otras cosas—poseer una conducta honorable tanto en la guerra como en la paz, trascender las divisiones de clase, preservar ciertos códigos caballerescos, poseer una conciencia lingüística y cultural. En la obra del dramaturgo, estas características pueden rastrearse particularmente en *Ricardo II*, *Enrique IV*, parte 1 y 2, *Enrique V*, desde el célebre monólogo de Juan de Gante a las múltiples apreciaciones que se hacen a lo largo de las piezas teatrales

8 Al respecto, Djordjevic toma distancia de los análisis de E.M.W. Tillyard y de Lily B. Campbell, ambos de fines de la década de 1940, que hablaron de un esquema tetralógico de composición y de una adecuación al “mito Tudor”. Frente a estas posiciones el autor desecha, en primer lugar, la posibilidad de que las condiciones de escritura y producción de las obras le permitieran a Shakespeare elaborarlas de acuerdo con un plan preciso y preconcebido. Descarta, además, que, al crear, el dramaturgo tuviese presente un mito Tudor, pero sí compartía con sus contemporáneos (como, por otra parte, el mismo Holinshed) un modo de entender e interpretar los acontecimientos de la historia.

sobre galeses, irlandeses, escoceses y franceses: todas ellas expresan y transmiten una sólida concepción de *nación* y de pertenencia que se representa a través de una pasión compartida por un grupo de ciudadanos que adhieren a los mismos ideales.

En el ensayo anteriormente mencionado, Smallwood se pregunta por qué Shakespeare y los dramaturgos de su época de abrevan con tanta asiduidad en la historia de Inglaterra y resalta el hecho de que los isabelinos habían adquirido un persistente interés en su pasado, “[C]onstantemente reiteraban el ineludible potencial educativo de la historia” (1986: 146). También añade que las piezas históricas habían surgido

en el temprano siglo XVI a partir de las moralidades y operaban un reemplazo de “Cadacual”, el representante del *humanum genus*, por la idea de nación, o republica como figura que se yergue en el centro de la lucha moral (1986: 146)

Las *Crónicas de Holinshed* como fuente principal, junto con otras como *The Union of the Two Noble and Illustre Families of Lancaster and York* (1548), de Edward Hall, proveyeron a los dramaturgos material suficiente para una exploración sobre el comportamiento político que pudiera llevarse a escena para representar las tragedias que devienen de un desmesurado deseo de poder o una falla soberana al momento de saber evaluar los consejos de los pares. Según Smallwood (y en línea con las principales preocupaciones políticas del período relevadas por Djordjevic):

El uso que hace Shakespeare de la historia consiste, entonces, en seleccionar, organizar, amplificar el material de las crónicas y, con frecuencia, efectuar agre-

gados con el fin de intensificar la concentración sobre los asuntos políticos y sus consecuencias humanas. (1986: 147)

Con la finalidad de poder realizar un análisis de las modalidades de apropiación de las *Crónicas* por parte de William Shakespeare, docentes y adscriptos de la Cátedra de Literatura inglesa de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires han realizado la traducción de extensos fragmentos extraídos de la colección de Holinshed, particularmente los que se consideran fuentes de las obras *King Lear*, *Macbeth*, *Ricardo II* y *Ricardo III*.

Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared¹. *Macbeth*²

Traducción y notas: Elina Montes

[El período de tiempo que abarca *La tragedia de Macbeth* de William Shakespeare comienza en 1040, cuando Duncan es asesinado, y termina con Macbeth vencido en Sirward, el 27 de julio de 1054. Sin embargo, el Macbeth histórico logra escapar de la batalla y es asesinado recién en agosto de 1057.

Acto I, escena ii: los fragmentos que siguen contienen los materiales para esta escena. Es probable que Shakespeare hiciera del “señor noruego” un aliado de Macdonwald porque Holinshed dice que Sueno invadió Escocia³ inmediatamente después de que la

1 W.G. Boswell-Stone (ed.), *Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared*. London: Chatto and Windus, 1907.

2 Traducción y notas de Elina Montes. El texto que pertenece a las Crónicas se reproduce luego de la indicación entre corchetes y con tamaño de letra normal. Lo que aparece en diferente tipografía, de menor cuerpo y con sangría, son notaciones del editor de la obra, W.G. Boswell-Stone, quien estuvo a cargo de la selección de todos los fragmentos de Holinshed que guardan relación con la obra dramática de William Shakespeare.

3 Estas invasiones ficticias de Sueno y Canuto no han sido, creo, mencionadas antes sino por Boece 247/55 b y c [se refiere a Héctor Boece, historiador escocés, 1465-1536].

sedición fuese sofocada. Steevens supuso que el sólo título oficial que se le da al mensajero (“sergeant at armes”), quien había sido enviado a conducir a los rebeldes a la corte, le dio pie a Shakespeare para introducir un sargento de quien Duncan recibe las noticias de la revuelta (I, ii, 2-3).

[De acuerdo con el proceso creativo que siguió en muchas de sus obras, para *Macbeth* Shakespeare se inspiró especialmente en *Chronicles of England, Scotland, and Ireland* (1577) de Raphael Holinshed. Si bien las crónicas de Holinshed contienen las historias de Macbeth y de Duncan, Shakespeare no pone en relación estos dos relatos únicamente, sino que combina historias diferentes y versiones diferentes de una misma historia. Las crónicas, por ejemplo, hacen referencia al rey Malcolm II (que reinó entre 1005 y 1034), quien pasó el trono primero a Duncan (1034-1040) y luego a Macbeth (1040-1057), ambos sus nietos. Con respecto al asesinato de Duncan a manos de Macbeth para acceder al trono, este motivo es tomado por Shakespeare de otra crónica, la que narra el modo en que, en 967 muere el rey Duff que, como Duncan, es asesinado por un noble en quien confía, Donwald. Como el Macbeth shakespeariano, Donwald actúa con la ayuda y por sugerencia de su ambiciosa esposa. Al combinar los hechos, el dramaturgo logra un tono muy especial para la representación del regicidio y la caracterización de sus personajes principales].

[*Hol.ii; H.S.* 168/2/12] A Malcolm le sucedió en el trono su sobrino Duncan, hijo de su hija Beatrice, pues Malcolm tenía dos hijas; la primera de ellas, Beatrice, fue dada

en matrimonio a Abbanath Crinen, un hombre noble y Señor⁴ de las Islas y de la parte oeste de Escocia.⁵ De ese matrimonio nació Duncan. La otra hija, llamada Doadá, desposó a Sinell,⁶ señor de Glammis, con quien tuvo a Macbeth,⁷ un valiente caballero que, de no haber sido por su naturaleza cruel, habría sido considerado el más notable en el gobierno del reino. Por otra parte, Duncan era de naturaleza tan suave y gentil⁸ que el pueblo hubiese deseado que las inclinaciones y maneras de los dos primos hubiesen sido más moderadas de modo que no hubiese entre ellos tanta diferencia, pues uno era demasiado clemente y el otro demasiado cruel, para que hubiese primado la virtud, ésta debería haber surgido entre los dos extremos, por mezcla entre ambos, así Duncan habría sido un rey digno y Macbeth un capitán excelente. Los comienzos del reinado de Duncan fueron en verdad tranquilos y pacíficos, sin ningún conflicto notable; pero, cuando fue evidente que era negligente en castigar a los ofensores, muchas personas se sublevaron y aprovecharon la ocasión para alterar la paz y la armonía del país, primero a través de revueltas sediciosas que comenzaron como se indica a continuación.

4 N. de la T.: la palabra utilizada es "thane", que era un título nobiliario del período anglosajón, similar al de barón.

5 N. de la T.: el Señorío de las Islas era un estado gaélico que tenía dominio sobre las tierras desde Inverness, en el lado Este, hasta St. Kilda en el Oeste y desde Sula Sgeir en el Norte a la Isla de Man, en el Sur. El nombre oficial fue Reino de las Hébridas y sus líderes comandaban las armadas gaélicas. El idioma dominante en el área era el gaélico escocés, aunque también se hablaba noruego, irlandés, manx y norn, entre otros. Entre las minorías, la más poderosa era la Norse, de origen escandinavo, que integraba casi la mitad de la población.

6 Este nombre tiene diferentes grafías. Fordun lo escribe "Finele" (IV, xlix, 233), de donde probablemente derive el "Synel" de Boece (246/64 b).

7 N. de la T.: en el texto aparece escrito indistintamente Macbeth, Makbeth y Mackbet.

8 Compárese esta descripción con el epíteto utilizado por Macbeth, "the gracious Duncan" [el gentil / noble Duncan].

Banquo, señor de Lochqubaber, descendiente de la casa de los Steward, cuyo linaje desde hace tiempo y hasta nuestros días enoja la corona de Escocia, recolectaba los tributos que se debían al rey. Sucedió que castigara severamente a notorios trasgresores y fue asaltado por numerosos rebeldes que habitaban el condado los que lo despojaron del dinero y de otros enseres. A duras penas salvó su vida luego de que le infringieran graves heridas. Escapó de las manos de sus agresores y, al recobrase de las lesiones, estuvo en condiciones de cabalgar y volver a la corte, donde elevó sus quejas ante el rey del modo más prudente, consiguiendo que un oficial buscara a los culpables con el fin de que comparecieran y se les preguntara sobre el asunto y se formularan cargos: pero ellos empeoraron su ya malicioso accionar acometiendo un perverso delito, en efecto, luego de haber maltratado al mensajero con toda suerte de agravios, finalmente lo mataron.

Entonces, temiendo ser invadidos con todas las fuerzas que el rey pudiera reunir por el gran desprecio que hicieran a su autoridad, Macdowald, quien era tenido en gran estimación entre ellos, creó una confederación con sus amigos y parientes más cercanos y tomó sobre sí la responsabilidad de encabezar las fuerzas rebeldes que se alzaron contra el rey, reafirmando la grave ofensa cometida contra él. Macdowald también profirió palabras difamatorias e improperios contra el príncipe, lo tildó de cobarde afeminado y dijo que era más apto para el gobierno de unos pocos monjes en un claustro que para dirigir hombres de guerra tan valientes como eran los escoceses.

En poco tiempo pudo reunir un poderoso grupo de hombres, empleando incluso una sutil persuasión y un fingido poder de seducción: congregó una gran multitud que llegó a él desde las lejanas Islas del Norte, ofreciéndose a ayudarlo en el pleito sedicioso, y desde Irlanda, atraídos por el

botín llegaron *kernes* y *gallowglasses*⁹ en gran número, ofreciendo su servicio de buena gana si se mostraba dispuesto a conducirlos.

De ese modo Makdowald reunió una ingente fuerza que se enfrentó con la que el rey había enviado a Lochaber. Tras vencerla por superarlos en número, tomó prisionero a Malcolm, su capitán y, al finalizar la batalla, lo decapitó. Cuando se le notificó la derrota al rey, éste fue presa de un miedo terrible debido a su poca habilidad en asuntos de guerra. Llamó a sus nobles a consejo y les pidió que le recomendaran cuál era el mejor modo de dominar a Makdowald y los demás rebeldes. Como ocurre a menudo, de tantas cabezas otras tantas opiniones, que surgían de acuerdo con la destreza de cada uno. Finalmente, Macbeth se pronunció largamente acerca de la debilidad del rey y de su evidente flaqueza a la hora de castigar a los culpables, hecho que les había dado tiempo suficiente para reunirse. Prometió, sin embargo, que, de serle otorgado a él y a Banquo el mando para restablecer el orden, los rebeldes serían reprimidos y vencidos prontamente y no quedaría uno solo para sublevarse contra el país.

Y esto fue lo que sucedió: enviados con fuerzas renovadas entraron a Lochquhaber y el clamor de su llegada atemorizó a sus enemigos y muchos de ellos secretamente abandonaron al capitán Makdowald, quien sin embargo se armó de vigor y con los hombres que aún le quedaban dio batalla a Macbeth. Pero, al ser derrotado, buscó refugio en un castillo en el que su esposa e hijos estaban confinados y, finalmente, al ver que no podía defenderse o resistir el empuje de sus enemigos, ni tampoco salir con vida si se rendía,

9 N. de la T.: los *kerns* eran soldados gaélicos, pertenecientes a la infantería ligera; por lo general, acompañaban a aquellos grupos militares que necesitaran refuerzos. Los *gallowglasses* eran soldados de infantería pesada, de origen irlandés como los primeros y considerados la élite de las fuerzas armadas del Señorío de las Islas, se trataba de una casta tribal mercenaria.

primero mató a su mujer e hijos y luego se quitó la vida. De ese modo, al capturarlo, no podrían ejecutarlo de la más cruel manera para servir de ejemplo a los demás. Macbeth entró al castillo ni bien abrieron las puertas y encontró el cuerpo muerto de Makdowald yaciendo entre los demás cuerpos asesinados; puesto que esa visión no hizo mella en su cruel naturaleza, hizo cortar su cabeza y clavarla en la punta de un palo para remitírsela al rey, quien entonces se hallaba en Bertha,¹⁰ en obsequio. Ordenó que el tronco sin cabeza fuera colgado de un cadalso... Así, a través de las diligentes acciones de Macbeth y de acuerdo con las antiguas costumbres, se restableció la justicia y la ley. Después de este suceso, llegaron noticias de que Sueno, rey de Noruega, había arribado a Fife con una gran armada, con el objetivo de someter al entero reinado de Escocia.

El ejército enviado para resistir el avance de Sueno se dividió en tres baterías; la vanguardia y la retaguardia fueron asignadas a *Macbeth* y a Banquo respectivamente, mientras que Duncan estaba al frente del cuerpo principal. Los eventos de la campaña que siguió —y que terminó con la aplastante derrota de los daneses—¹¹ no fueron dramatizados. Sueno, acom-

10 Según Boece (278/45 b) la ciudad estaba en el lugar en el que se halla la moderna Perth, fundada por Guillermo el León [Guillermo I de Escocia] para reemplazar a Bertha, destruida por una inundación en 1210.

11 Los escoceses ganaron la batalla drogando a los daneses, quienes aceptaron de Duncan, incautamente, un obsequio de cerveza y pan, hechos con “el jugo de bayas de dulcamara” [o belladona; *mekilwoort* en el original] (*Hol*, ii. H.S. 170/1/41). En la edición de *Macbeth* de Clarendon, se sugiere que “mekilwoort” es la “insana Root” [raíz insana] de la que habla Banquo (I, iii, 84). La siguiente descripción de la planta, llamada por Boece “*Solatium amentiale*”, y traducida aquí como “mekilwoort”, se omitió en *Hol*, y en Bellenden, traductor de Boece: “herbs est ingentis quantitatatis, acinos, principio virides, ac mox ubi maturverint purpúreos & ad nigredinem vergentes habens, ad caulem enatos & sub foliis latentes seséque quasi retrahentes, vinque soporiferam, aut in amentiam agendi si affatim sumpseris habentes, magana ubertate in Scoia proveniens” (248/58 b).

pañado de unos pocos sobrevivientes a la expedición, escapó a Noruega. (*Hol.* ii. H.S. 169/2/61-170/2/4)

[*Hol.*ii; *H.S.* 170/2/21] Habiendo ganado tan notable batalla, los escoceses, reunieron el botín de guerra y lo repartieron, y luego celebraron solemnes procesiones en todas las plazas del reino para agradecer a Dios todopoderoso por haberles concedido un día tan hermoso¹² sobre los enemigos. Pero, mientras la población asistía a las procesiones, llegaron noticias de que una nueva flota de daneses había llegado a Kinghorn,¹³ enviada por Canuto, rey de Inglaterra, en venganza por la derrota de su hermano Sueno. Macbeth y Banquo fueron enviados para resistir a estos enemigos, ya desembarcados y prontos a saquear el país, y lo hicieron por mandato del rey, quien les había otorgado poder suficiente. Se batieron con los enemigos, mataron a gran parte de ellos y el resto fue perseguido hasta los barcos. Los que escaparon y llegaron a los navíos pactaron con Macbeth por una importante cantidad de oro dar entierro a los amigos muertos en el embate en la isla de San Colombán.¹⁴

Acto I, iii y II, iii de *Macbeth*: es probable que Shakespeare tuviera presentes algunos pasajes de Holinshed, que describen el embrujo de Duff, Rey de Escocia, cuando escribe los versos que detallan la conjura

12 *Cfr.* las palabras de Macbeth (I, iii, 37) "*So foul and fair a day I have not seen*" ["En mi vida he visto un día tan feo y hermoso a la par". Holinshed usa aquí la expresión "*so faire a day*", que origina el comentario del editor].

13 Kinghorn, Fife, sobre el estuario del Forth.

14 Inchcolm (Isla de San Colombán), estuario del Forth. *Cfr.* Macbeth (I, ii, 62-65) Nor would we deigne him buriall of his men, / Till he disbursed, at Saint Colmes ynch, / Ten thousand dollars to our general use. ["No le hemos autorizado a enterrar sus muertos hasta / que ha hecho entrega en la isla de San Colombán de diez mil / dólares para nuestras necesidades generales"].

de la Primera bruja sobre el marino, cuya mujer la había insultado.

[*Hol.ii; H.S. 149/2/2*] [Duff] no podía dormir por la noche y nada notorio se lo impedía,¹⁵ pero aun así sudaba en exceso y de ningún modo podía evitarlo... Por esos tiempos se murmuraba entre la gente que el rey no tenía una enfermedad corriente, sino que era el resultado de hechizos y artes mágicas practicados por unas brujas que habitaban en un pueblo de la tierra de Moray, llamado Forres.

Enterado del rumor, Duff envía a dos personas de su confianza hasta el castillo de Forres, sede de su lugarteniente Donwald. Un soldado de la guarnición del castillo tenía una amante que había conocido a través de los ardides y prácticas de su madre, que era una de las que se sospechaba de brujería y que estaba concertada con otras para la ruina de Duff. Donwald fue informado de esto e interrogando a la hija de la bruja supo que cuanto se había dicho era verdad.

[*Hol.ii; H.S. 149/2/59*] Luego de enterarse a través de la confesión cuál era la casa del pueblo en la que celebraban sus perniciosos misterios, envió soldados en la mitad de la noche que, irrumpieron en la casa y hallaron a una de las brujas quemando una imagen de cera en un palo de madera sobre el fuego, y estaba hecha a semejanza del rey, se cree que elaborada e ideada por el ingenio y las artes del diablo: otra de ellas estaba sentada y recitaba ciertas palabras de encantamiento y se afanaba en rociar la imagen con un licor.

15 *Cfr. Macbeth I, iii, 19-20: Sleep shall neyther Night nor Day / Hang upon his Pent-house Lid ["Ni de día ni de noche / colgará el sueño de la cubierta de sus párpados"].*

Hallándolas ocupadas en estos menesteres, los soldados las llevaron al castillo junto con la imagen, ahí fueron interrogadas estrictamente sobre el propósito que las había guiado a llevar a cabo semejante hechizo y contestaron que querían que el rey pereciera, puesto que a medida que la imagen se iba quemando en el fuego, el rey se iría consumiendo en sudor. Por lo que se refiere a las palabras del hechizo, servían para mantenerlo alejado del sueño, de modo que los miembros del rey desfallecerían cuando se iba derritiendo la cera. De tal modo, habría sucedido que una vez consumida la cera por completo, se habría producido la inmediata muerte del rey.

Volvemos ahora a los fragmentos referidos a Macbeth. De acuerdo con Holinshed, una paz duradera se estableció con los daneses luego de la derrota infringida por Duncan y los suyos.

[*Hol.ii; H.S. 170/2/52*] Poco después ocurrió un hecho extraño y asombroso, que fue luego la causa de muchos infortunios para el reino de Escocia, como oiremos a continuación. Sucedió que Macbeth y Banquo viajaban a través de Fores, adonde luego se dirigiría el rey para descansar. Iban los dos por el camino, entretenidos y sin otra compañía que la de ellos mismos, y atravesaron bosques y campiñas cuando, de pronto, en el medio de un campo¹⁶ se encontraron con tres mujeres de apariencia tan extraña y salvaje que parecían criaturas de un mundo antiguo. Cuando observaron con atención preguntándose si era una visión, la primera de ellas habló y dijo: “¡Salve, Macbeth, señor de Glamis!”¹⁷ (hacia poco que había adquirido la dignidad del título a causa

16 “Medio repente campo” (Boece, p. 249/42).

17 Glamis se encuentra a cinco millas y medio al suroeste de Forfar (Bartholomew).

de la muerte de su padre Sinell). La segunda de ellas dijo: “¡Salve, Macbeth, señor de Cawder!”.¹⁸ Pero la tercera dijo: “¡Salve, Macbeth, que serás rey de Escocia”.^{19 20}

Entonces Banquo dijo: “¿Qué clase de mujeres sois y por qué os mostráis tan poco favorables con respecto a mi persona? Mientras que a mi amigo le otorgáis no sólo títulos sino que también un reino, a mí no me asignáis nada en absoluto”. “Sí” (dijo la primera) a ti prometemos más grandes beneficios que a él, puesto que él será rey, pero tendrá un final desafortunado: no tendrá herederos que lo sucedan. Tú, por el contrario, no reinarás, pero de ti nacerán los que gobernarán el reinado de Escocia a través de una descendencia larga y continuada”. Dicho esto, las mujeres se desvanecieron de inmediato ante su vista. Al principio, Macbeth y Banquo pensaron que no se había tratado más que de una aparición insustancial y fantástica, al punto que Banquo en broma llamaba a Macbeth rey de Escocia y Macbeth, contestaba esta burla llamándolo padre de muchos reyes. Más tarde, sin embargo, fue opinión común que estas tres mujeres fueran hermanas fatídicas,²¹ o como suele

18 El castillo de Cawdor se encuentra a cinco millas y medio al suroeste de Nairn (Bartholomew).

19 N. de la T.: El Macbeth histórico aparece mencionado por primera vez en las *Crónicas* de John de Fordum, ca. 1380. En las *Crónicas* de Andrew de Wyntoun (ca. 1424) aparece el episodio del encuentro de Macbeth con las brujas.

20 El temprano pasaje, en *Wyntoun* (VI, xviii, 13-26) brinda el más temprano acercamiento a esta historia (1424 ca.):

A nycht he thowcht in hys dreamyng, / That syttand he wes besyd the kyng / At a sete in hwntyng; swa / Intil his leisch had grewhundys; twa / He thowcht, quhile he wes swa syttand, / He sawe threw wemen by gangand; / And thai wemen than thowct he / Thre werd systrys mast lyk to be. / The first he hard say, gangang by, / 'Lo, yhondyr the Thane of Crumbawchety!' / The tothir woman sayd agane, / 'Of Morave yhondyre I se the thane!' / The thryd than sayd, 'I se the kyng!' / All this he herd in his dreamyng...

Los señoríos fueron luego asignados por Duncan a Macbeth (II, 27-28).

21 N. de la T.: En el original, “that women were either the *weird sisters*, that is (as ye would say) the *goddesses of destinie*, or else some *nymphs* or *feiries*, inued with knowledge of prophesie...”. Como se puede observar, se intenta identificar la extraña aparición mediante diferentes apelativos, lo

decirse, diosas del destino, o bien ninfas o hadas, investidas del don de la profecía por su ciencia nigromántica, pues todo lo que dijeron se cumplió. Poco después, en efecto, el señor de Cawder fue condenado por traición contra el rey en Fores y, debido a la magnanimidad del rey, sus tierras, bienes y viviendas fueron entregados a Macbeth.²² Esa misma noche, durante la cena, Banquo bromeó con él y dijo: “Ahora, Macbeth, has obtenido lo que las dos primeras hermanas profetizaron, sólo te queda lograr lo que la tercera dijo que pasaría”. Después de eso, la cuestión comenzó a dar vueltas en la mente de Macbeth y él incluso empezó a planear cómo obtener el reinado. Sin embargo, se dijo a sí mismo que debía esperar un tiempo para para progresar (con la ayuda de la divina providencia) como había sucedido con los anteriores ascensos. El rey Duncan había tenido dos hijos con su esposa —quien era hija de Siward, conde de Northumberland—. Al poco tiempo, nombró a Malcolm, el mayor, príncipe de Cumberland y, por ende, lo señaló

que indica la dificultad de poder situar a las tres mujeres en un papel social determinado. Sin embargo, el texto shakespeariano resalta su carácter maléfico, si bien alude a ellas mayormente por medio de la expresión “weird sisters” (“hermanas fatídicas”), pero también aparecen los apelativos “midnight hags” (“demonios nocturnos” o “brujas de la noche”), “filthy hags” (“brujas inmundas”), o sencillamente “hag” o “witch” (“demonio”, “bruja. Ellas se autodenominano “weyward”, término definido en el *Oxford English Dictionary* del siguiente modo:

1. Disposed to go counter to the wishes or advice of others, or to what is reasonable; wrongheaded, intractable, self-willed; forward, perverse.

2. Capriciously wilful; conforming to no fixed rule or principle of conduct; erratic.

Por otra parte, Ayanna Thompson, en su ensayo “What is a ‘Weyward’ *Macbeth*?” (que integra el volumen *Weyward Macbeth*), define la palabra “weyward” como “weir, fated, fateful, perverse, intractable, wilful, erratic, unlicensed, fugitive, troublesome, and wayward”. Es decir, “extraño/sobrenatural, que responde al hado/enviada del destino, fatídica/profética, perversa, intratable, caprichosa, errática, carente de moral, fugitiva, molesto, y rebelde “. Vemos entonces, que, tal como lo señala Terry Eagleton (*Shakespeare*, 1986), coinciden en estas denominaciones, que se contaminan mutuamente, todos los temibles atributos de aquello que se mantiene en el borde del orden social y se resiste a ser subsumido y reducido.

22 Cfr. *Macbeth*, I, ii, 63-67; iii, 105-116.

como sucesor de la corona si él moría. Este asunto preocupó mucho a Macbeth, pues vio que sus esperanzas por esta vía se obstaculizaban enormemente, en efecto, las antiguas leyes del reino decretaban que si el que debía suceder no tenía la edad suficiente para asumir en el cargo, debía nombrarse al que lo sucediera por derecho de sangre. Comenzó a deliberar de qué manera usurpar el reino por la fuerza a través de una disputa oportuna que se lo permitiera, y que según él se motivaba en la decisión de Duncan, la que frustraba su consecución de títulos y atribuciones que en tiempos a venir podría pretender de la corona.²³

No fueron sólo las palabras de las tres hermanas —de acuerdo con lo dicho más arriba— las que lo impulsaron mayormente a emprender el asunto, sino también su esposa, quien presionó sobre él para que llevara adelante el asunto. Ella era muy ambiciosa y la quemaba un deseo inapagado de ser llamada reina. Finalmente, comunicó sus intenciones a sus amigos más confiables, entre los cuales Banquo era el primero y, tras recibir promesa de ayuda, mató al rey en Inverness,²⁴ o según cuentan algunos, Botgosuane, en el sexto año de su reinado. Luego, acompañado por aquellos a quienes había participado de su empresa, se le proclamó rey y de inmediato se dirigió a Scone, donde de común acuer-

23 *Cfr. Macbeth*, I, iv, 37; 48:

King: (...) We will establish our estate upon
Our eldest, Malcolm, whom we name hereafter
The prince of Cumberland (...)
Macbeth (*aside*): The prince of Cumberland! That is a step
On which I must fall down, or else o'erleap,
For in my way it lies.

[Duncan: (...) sabed que hemos decidido transmitir nuestra corona a nuestro primogénito Malcolm, que nombramos desde hoy príncipe de Cumberland.

Macbeth: (aparte) ¡Príncipe de Cumberland!... ¡Barrera es esta que debo saltar, o tropezaré, pues corta mi camino!]

24 Envern[e]s (Inverness).

do recibió la investidura del reino, según los rituales acostumbrados.²⁵ El cuerpo de Duncan fue llevado primero a Elgin y luego enterrado con los honores reales; luego de un tiempo, sin embargo, fue exhumado y llevado a Colmekill²⁶ y ahí depositado en una sepultura compartida con sus antepasados, siendo el año del Señor 1046.²⁷

Al comparar los párrafos precedentes con la obra, el lector observará cuán cercana es la misma a lo narrado por Holinshed con respecto a: 1) la aparición de las hermanas fatídicas y sus predicciones; 2) el efecto que tiene el reconocimiento de Malcolm como heredero y príncipe de Cumberland sobre la mente de Macbeth; 3) el apuro con el que Lady Macbeth prepara a su marido para que atente contra la vida de Duncan. Shakespeare supuso que la traición de Cawdor —que en Holinshed no se especifica de qué índole es— consistió en prestar secretamente ayuda a los noruegos. El destino de Banquo podría

25 *Cfr. Macbeth*, II, iv, 31-32:

Ross: (...) Then 'tis most like

The Sovereignty will fall upon Macbeth.

Macd.: He is already nam'd, and gone to Scone

To be invested.

[Ross: (...) Entonces es muy probable que la corona vaya a recaer en Macbeth

Macduff: Ya ha sido proclamado, y ha partido para Scone a investirse.]

26 *Cfr. Macbeth*, II, iv, 31-35:

Ross: Where is Duncan's body?

Macd.: Carried to Colmkil,

The Sacred Store-house of his Predecessors

And Guardian of their Bones.

[Ross: ¿Dónde está el cuerpo de Duncan?

Macduff: Ha sido transportado a Colmes-Kill, el sagrado sepulcro de sus antecesores y guardián de sus restos.]

27 La fecha que propone H[éctor] B[oeco] es errada. Duncan fue asesinado en 1040 (M. Scottus, *Pertz*, v. 557).

no conmovernos, si las crónicas hubiesen sido respetadas a rajatabla, pues ahí se indica que probablemente haya sido cómplice del crimen de Macbeth; la adecuación a la autoridad textual, en este caso, podría hacer que Macbeth apareciera menos culpable, si asociado a su antiguo compañero quien, tal como presenta Shakespeare la cuestión, se resiste enérgicamente a esos “malditos pensamientos” (II, i, 8)²⁸ sugeridos por las hermanas fatídicas.

No hay descripciones del asesinato de Duncan. Para los mismos, Shakespeare acude a lo narrado en el caso del asesinato del rey Duff por parte de Donwald. Duff (como hemos visto) había padecido los efectos de un embrujo. Luego de que el encantamiento se rompiera, Duff había recobrado la salud e hizo ajusticiar a los instigadores del hechizo. Entre ellos se contaban algunos parientes de Donwald, quien en vano había solicitado para ellos la indulgencia real.

[*Hol.ii; H.S. 150/I/39*] Siéndole denegada [la indulgencia], [Donwald] concibió un gran rencor contra el rey (aunque no lo demostrara abiertamente) y éste continuó hirviéndole en el estómago y no cesó hasta que, por medio de la instigación de su esposa y en venganza por la ingratitud, halló el modo de asesinar al rey cuando estaba en el mencionado castillo de Fores en el que acostumbraba hospedarse. En efecto, cuando el rey estaba en ese condado, tenía el hábito de pernoctar, por lo general, en ese castillo, pues confiaba muy especialmente en Donwald, como hombre del que jamás podría albergarse ninguna sospecha.

28 N. de la T.: todas las citas del texto de Shakespeare en español han sido tomadas de la traducción hecha por Luis Astrana Marín (*Shakespeare, William. Obras completas*. Madrid, Aguilar, 1951).

Pero Donwald no olvidaba el oprobio hecho a su linaje con la ejecución de sus parientes, colgados y exhibidos ante el pueblo por orden real, pues el hecho le causó un gran pesar, que se hizo manifiesto en el ámbito familiar. Aun intuyéndolo, su esposa no cesó de afanarse hasta entender cuál era la causa de su dolor. Finalmente, él se lo hizo saber y ella —que no albergaba en su corazón menos malicia contra el rey por causas similares a la que su marido interpusiera por sus amigos— le aconsejó que lo eliminara y le mostró cómo podía llevar esto prontamente y a buen fin. El rey a menudo acostumbraba a alojarse en su residencia sin que lo acompañara ninguna escolta más que la guarnición del castillo, que estaba por completo a su servicio.

Con las palabras de su esposa la ira de Donwald se encendió aún más y decidió seguir el consejo que ella le diera para la ejecución de tan nefasto acto. Luego, meditó por un tiempo de qué manera llevar a cabo el perverso propósito y, finalmente la oportunidad llegó y llevó a cabo su intención como se relatará a continuación. Sucedió que el rey, la noche antes de abandonar el castillo, se demoró en sus plegarias que continuaron hasta altas horas. Finalmente, al finalizar, llamó a quienes lo habían servido fielmente en la persecución y captura de los rebeldes, les agradeció sinceramente y distribuyó entre ellos varios y valiosos regalos. Donwald se encontraba en el grupo, pues siempre había sido considerado el más fiel de los súbditos del rey.

Por fin, luego de haber hablado con ellos largamente, el rey se retiró a sus estancias privadas, con la sola compañía de dos de sus chambelanes, quienes después de haberlo ayudado a acostarse, salieron de la recámara y se dispusieron a comer con Donwald y su esposa, que habían dispuesto muchos platos delicados y variadas bebidas para sus cenas o almuerzos. Se demoraron hasta hartarse y se durmieron tan pronto sus cabezas se posaron sobre las almohadas

y tan profundamente que hubieran podido tirar abajo la habitación antes de que ellos se hubiesen despertado de la borrachera.

Entonces, Donwald, aunque en su corazón aborrecía la acción sobremanera, al ser instigado por su esposa procedió a llamar a cuatro de sus sirvientes, a los que había previamente informado sus intenciones perversas y plegado en favor de su propósito con importantes obsequios. Ante ellos manifestó las condiciones en las que se llevaría a cabo la hazaña, y ellos se mostraron complacidos de poder obedecer sus instrucciones. Se dirigieron rápidamente a ejecutar el asesinato y entran a la recámara en la que yace el rey poco antes del cantar del gallo. Furtivamente y sin emitir sonido alguno,²⁹ cortan su garganta mientras duerme. Sin pérdida de tiempo, se dirigen a la poterna³⁰ llevando el cuerpo hacia el campo, arrojándolo sobre el lomo de un caballo que habían aprestado para tal fin. Lo condujeron hasta un lugar a dos millas de distancia del castillo y ahí lo depositaron. Hecho esto, con la ayuda de unos labriegos desviaron un curso de agua que atravesaba ahí los campos y cavaron un hoyo profundo en el canal. En él acomodaron el cuerpo y lo apisonaron con piedras y grava de modo tal que una vez que el agua fue devuelta a su curso natural nadie habría sospechado que algo había sido enterrado ahí. Hicieron esto por orden precisa de Donwald para que el cuerpo no fuese hallado y para evitar que —al estar cerca— la sangre que manara del mismo no delatara a Donwald como culpable del asesinato, pues es opinión difundida entre los hombres que los cuerpos de los muertos por violencia sangran abundantemente si el asesino está presente. Cualquiera sea la

29 "Nullo prope streitu" (Boece, 222/40).

30 N. de la T.: La poterna era una puerta de pequeñas dimensiones, colocada en los muros de una fortificación, disimulada de modo tal que los ocupantes del castillo pudieran salir o entrar sin ser vistos.

razón por la que enterraron ahí el cuerpo, ni bien terminaron el trabajo, asesinaron a los que los habían ayudado y, acto seguido, huyeron hacia las Órcadas.

Mientras se estaba perpetrando el asesinato, Donwald se acercó a los que estaban de guardia y con ellos permaneció hasta el amanecer. Por la mañana, se escucharon fuertes voces provenientes de la recámara del rey que gritaban que éste había sido asesinado, que su cuerpo había sido retirado y que el lecho estaba bañado en sangre. Él se acercó rápidamente con los guardias, como si no supiera nada del asunto e, irrumpiendo en la habitación, halló mucha sangre en la cama y en el piso circundante. De inmediato dio muerte a los chambelanes a los que acusó de atroz asesinato y luego, como un hombre presa de la locura, iba y venía revisando cada rincón del castillo, como si fuera posible hallar el cadáver o el lugar en que los asesinos podrían haberlo escondido. Finalmente, llegó hasta la poterna y vio que estaba abierta, por lo que acusó de eso a los chambelanes que había matado y colocó sobre ellos las llaves de las puertas, diciendo que las habían tenido toda la noche y, por ende, no cabía duda —afirmó— de que ellos se habían concertado para cometer tan detestable delito.

Finalmente, era tal su celo en la pesquisa minuciosa e inculpación de los acusados que algunos de los lores empezaron a molestarse con el asunto y a apreciar más sagazmente las evidencias de lo que él hubiera hecho antes. Pero, aunque hubiesen vivido largo tiempo en ese condado en el que él imponía la ley tanto por la debida autoridad como por el apoyo de sus amigos, dudaron en expresar lo que pensaban hasta hallarse en momento y plaza más favorables, por lo que se alejaron todos de esa casa.

Las circunstancias del asesinato de Duff, que se relatan más arriba, tienen su paralelo dramático en: 1) la

presencia de Duncan en el castillo de Macbeth, en su calidad de huésped; 2) la incitación de Lady Macbeth y su planificación del crimen; 3) los asistentes de Duncan, ebrios y dormidos, la noche del asesinato; 4) la matanza de los asistentes por parte de Macbeth, a modo de prevención; 5) la sospecha que provoca su reacción desmedida cuando se descubre el crimen.

Para *Cimbelino*, Shakespeare ya había utilizado parte de las crónicas de Kenneth III, rey de Escocia, y más precisamente el relato de la proeza de los tres Hays quienes solos le hicieron frente a los daneses en la batalla de Loncarty, prefiriendo morir a no ser subyugados. Parece ser³¹ que la historia de este Kenneth tuvo incidencia en algunas palabras pronunciadas por Macbeth (II, ii, 35; 41-43), presa de los primeros remordimientos por el asesinato de Duncan:

Methought I heard a voice cry, "Sleep no more!"
(...)

Still it cried, "Sleep no more!" to all the house.
"Glamis hath murdered sleep, and therefore
Cawdor
Shall sleep no more. Macbeth shall sleep no
more".

[Me pareció oír una voz que gritaba: "¡No dormirás más!... (...)

Y la voz siguió gritando, de aposento en aposento: "¡No dormirás más!"...¡Glamis ha asesinado el sueño, y, por tanto, Cawdor no dormirá más, Macbeth no dormirá más! ...]

31 Así lo ha sugerido el Dr. Furness. *Cfr.* sus apuntes sobre *Macbeth*, p. 359.

En esas mismas crónicas, cuenta Holinshed que Kenneth, para obtener la sucesión al trono para su hijo, había envenenado a su sobrino Malcolm —hijo del rey Duff— que bajo la ley escocesa era el heredero directo. Kenneth parece haber gobernado justamente y su único crimen nunca llegó a develarse.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 158/1/9] Aunque ante todos parecía feliz por tener el amor de sus lores y siervos, se sentía muy desdichado y vivía en el miedo constante de que la perversa acción de la muerte de Malcolm Duff saliera a la luz y se hiciera de público conocimiento. Estaba siempre inquieto, temiendo que esto pasara, y toda secreta ofensa cometida le aguijoneaba la conciencia. Y, según se dice, sucedió que, estando de noche descansando en su cama, oyó una voz que profecía sobre él palabras como estas: “no creas, Kenneth,³² que el perverso asesinato de Malcolm Duff tramado por ti le es ignoto a Dios eterno: tú eres el que ha conspirado para urdir una muerte inocente, llevada a cabo a través de métodos arteros, que habrían sido vengados con un cruel castigo en cualquiera de tus súbditos en el que se hubiesen manifestado. Habrá de suceder de que tanto tú como tu acto reciban la justa venganza de Dios todopoderoso y el justo castigo que será la infamia de tu casa y familia para toda la eternidad. En este preciso momento se están tramando prácticas secretas para sacarte del medio a ti y lograr que otro goce de este reino que te aseguraste a través de tu accionar”.

La voz sacudía al rey con gran terror y temor y él pasaba las noches sin que el sueño llegara a sus ojos.

32 N. de la T.: Perteneciente al Clan McDuff y rey de Escocia entre 997-1005. El fragmento, como puede verse, reporta evidentes paralelos con el tema de la culpa en *Macbeth*.

Retornamos ahora a los episodios que refieren la historia de Macbeth.

[*Hol.*, ii. H.S. 171/1/73] Malcom Cammore y Donald Bane, hijos del rey Duncan, sabían que estaban en peligro pues Macbeth para afirmarse en su poder habría terminado con ellos y, temiendo por sus vidas, escaparon a Cumberland. Ahí se quedó Malcom hasta el momento en que el santo Edward,³³ hijo de Ethelred, recuperó a Inglaterra del dominio danés. Edward recibió a Malcolm de modo muy amistoso, mientras que Donald prosiguió hacia Irlanda, en donde el rey de esas tierras le reservó una acogida afable.³⁴

Acto II, iv. Ross y un hombre anciano hacen su entrada y hablan de algunos portentos que relacionan con la muerte de Duncan (1-20). Hechos similares habían seguido a la muerte de Duff, como puede verse a continuación.

[*Hol.*, ii. H.S. 151/1/12] Por seis largos meses luego del detestable asesinato cometido, en todo el reinado ni el sol no se mostró durante el día ni la luna durante la noche. Es cielo estaba totalmente cubierto de nubes y a veces arreciaban

33 N. de la T.: Se refiere a Eduardo (1005-1066), apodado "el Confesor" e hijo del segundo matrimonio de Etelredo II, apodado "el indeciso" (en inglés "the Unready"). Eduardo fue rey de Inglaterra desde 1042 y su reinado supone una transición entre la Alta Edad Media inglesa y el gobierno de los normandos posterior a 1066. Bajo su gobierno, los grandes condados creados por los invasores daneses (Northumbria, Mercia, Wessex y Danelaw) ganaron en poder y autonomía y fueron la base sobre la que se asentó el posterior sistema feudal y que permitió que la Iglesia de Roma incrementara considerablemente su influencia en Gran Bretaña.

34 Dice Malcolm: "¡Parto para Inglaterra!", mientras que Donalbain decide: "¡Y yo para Irlanda! Separadas nuestras suertes, nos protegerán mejor. ¡Aquí hay puñales en las miradas! El más cercano a nuestra sangre es el más cercano a verterla..." (II, iii, 143-147). Se supone que, cuando dicen "Inglaterra" e "Irlanda", se refieren a los reyes de esos países. Shakespeare usa muchas veces "Inglaterra" en este sentido: *cfr.*, por ejemplo, *Macbeth*, IV, iii, 43 y John, III, iv, 8.

terribles vientos, con relámpagos y tempestades³⁵ tales que la gente temía la aniquilación...

[*Hol.*, ii. H.S. 151/1/9] Otras visiones monstruosas que pudieron observarse en el reino de Escocia ese años; en Lothian,³⁶ por ejemplo, caballos esbeltos y de singular belleza se alimentaron de su propia carne negándose a probar cualquier otro alimento... un gavilán fue estrangulado por una lechuga. Aunque nada asombraba más que el sol, que como se ha dicho, estuvo permanentemente cubierto por nubes por seis largos meses. Todos, sin embargo, entendieron que el origen de esto había sido el abominable asesinato de Duff.³⁷

Los dos meses —el mayor intervalo de tiempo que podemos asignar a Macbeth— no le dan a Shakespeare espacio sino para presentar al asesino de Duncan como un tirano torpe que se hunde rápidamente de crimen en crimen. El siguiente pasaje, sin embargo, sugiere que de los diecisiete años de reinado de Macbeth diez se destacaron por un gobierno riguroso pero justo, que no perjudicó sino a los que quebrantaban la ley y oprimían a los débiles.

[*Hol.*, ii. H.S. 171/2/9] Macbeth, luego de la partida de los hijos de Duncan, se comportó con gran generosidad con los nobles del reino para ganar su favor y, cuando constató que

35 *Cfr.* con lo que dice Lennox (II, iii, 53-60), justo antes de que se descubra el asesinato de Duncan: "¡La noche ha sido terrible! Donde dormíamos, el viento ha derribado nuestras chimeneas..."

36 N. de la T.: Una de las nueve antiguas regiones en las que estaba subdividido el reino de Escocia.

37 Un relato de la ejecución de los asesinos de Duff se cierra con las siguientes palabras: "Este terrible fin han tenido Donwald y su esposa, y no vieron más el sol luego de que llevaran a cabo el crimen, y esto por voluntad del muy justo Señor, creador de ese planeta celeste y de todas las demás cosas, para quien ningún crimen debe quedar sin venganza". *Hol.*, ii H.S. 151/2/43. *Cfr.* Macbeth, II, iv, 5-7.

ningún hombre iba a causarle problemas, se concentró por completo en mantener la justicia y castigar todos los excesos y abusos que habían arriesgado la débil y descuidada administración de Duncan... De este modo, Macbeth se mostró cuidadoso en sancionar las injurias e intentos desviados de cualquier persona desquiciada del reino; se preocupó en defender y proteger a los inocentes, e incluso se esforzó plenamente para que todo joven se ejercitara en los modales virtuosos y para que los eclesiásticos proveyeran el servicio divino de acuerdo con su vocación...

En resumen, eran tales las obras dignas y las acciones regias realizadas por este Macbeth en la administración del reino que, de haberlo obtenido a través de medios justos, y de haber seguido actuando con rectitud y justicia hasta finalizar su gobierno como lo hiciera en su comienzo, habría sido incluido entre el número de los más nobles príncipes que jamás hayan reinado. Creó muchas leyes y estatutos excelentes para la prosperidad de sus súbditos...³⁸

Macbeth creó e hizo cumplir las leyes³⁹ más encomiables, gobernando su reino por el espacio de diez años en suma justicia.

38 N. de la T.: En las *Crónicas* se dedica todo un capítulo a las "Leyes creadas por el rey Macbeth, según Héctor Boetius" (p.172). Hay en ellas una evidente preocupación por establecer los derechos a las tierras, propiedades, sucesiones y herencias, y por definir jurisdicciones entre el poder secular y el eclesiástico. Pero también puede leerse ordenanzas tendientes a controlar la libre circulación, como la que reza: "Los *fools* contrahechos, ministriles, bufones y personas inactivas como estas, que merodeen por el país sin licencia especialmente concedida por el rey, deberán ser obligadas a aprender alguna ciencia u oficio para su sustento; si se rehusaran, deberán ser arrastrados como caballos tirando el arado y la grada"; o también las que regulan las prácticas feudales y las responsabilidades inherentes a quienes ingresen a los estamentos más distinguidos de esa jerarquía, como en el caso de "El que se ordene caballero deberá defender a las damas, vírgenes, viudas, huérfanos y la comunidad. Y el que es nombrado rey, deberá prestar un juramento similar".

39 En *Hol*, ii, H.S., pp. 171-172, bajo el título "Leyes creadas por el rey Macbeth, según Héctor Boece".

Acto III, iii. Hasta aquí lo que se dice elogiando a Macbeth: luego, comienza un segundo período del reinado, que se dice que habría comenzado “muy poco después” de haber concluido los diez primeros años de buen gobierno.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 172/2/24] Sin embargo, lo que mostraba no era sino falso celo de equidad, en parte contrario a su inclinación natural, con el solo fin de congraciarse el favor de la gente. Poco después, comenzó a mostrar quién era en verdad, practicando la crueldad en vez que la justicia. Le aguijoneaba la conciencia, como a menudo sucede con los tiranos y con quienes acceden al poder por medios injustos, y esto le causaba un temor constante, a tal punto que le servían en la misma copa en la que había bebido alguien antes que él. Incluso las palabras de las tres hermanas fatídicas volvían a su mente, pues le habían prometido el reino, pero al mismo tiempo que habían prometido la posteridad a Banquo. Quiso entonces que el mismo Banquo y su hijo Fleance fueran a cenar e hizo los preparativos para la ocasión. Es decir, tramó su muerte en mano de unos asesinos a sueldo especialmente convocados, a los que instruyó para que se encontraran con Banquo y el hijo a la salida del palacio, al finalizar la comida, y así los mataran. Hizo esto para que su casa no se viera injuriada y en un futuro pudiera deslindarse del asunto, si es que surgía alguna sospecha en su contra.⁴⁰

Sucedió, entonces, que con el beneficio de la oscuridad nocturna, el padre fuese muerto y el hijo pudiera escapar del peligro, gracias a la intervención de Dios todopoderoso

40 Macbeth le dice a los hombres (III, i, 131-133), que se han comprometido a matar a Banquo y Fleance, que el asesinato es necesario que: “quede hecho esta noche y a cierta distancia del palacio, advirtiéndooos bien que yo debo aparecer puro de toda sospecha”.

que quiso preservarlo para mejor fortuna. Luego, algunos amigos que tenía en la corte le advirtieron que había indicios de que su vida estaba en peligro, al igual que la de su padre, pues éste no había muerto fortuitamente a mano de unos salteadores, como Macbeth quería que pareciera, sino que su asalto había sido orquestado. Para evitar ulteriores peligros, huyó hacia Gales.

Cuando los comensales se retiran del agasajo al que había sido invitado Banquo, Macbeth y Lady Macbeth conversan (III, iv, 128-130):

Macbeth: ¿Qué piensas de Macduff, que rehúsa rendirse a nuestra solemne invitación?

Lady Macbeth: ¿Le mandasteis llamar, señor?

Macbeth: Sé que se niega a venir; pero enviaré a alguno...

Acto III, vi. Lennox pregunta por la razón de la convocatoria de Macbeth (II, 40-43): “¿Y ha mandado a Macduff que se presente?”. El interlocutor de Lennox contesta: “Sí, y con un absoluto ‘señor, no’, el siniestro mensajero volvió la espalda, como si dijera: ‘Os pesará el momento en que me embarace esta contestación’”.

La negación de Macduff a supervisar personalmente la construcción del castillo de Dunsinane puede considerarse subyacente a la afrenta que el Macbeth de la tragedia percibe en la respuesta que le trae el “siniestro mensajero”. Es éste el único punto de comparación con el fragmento que sigue.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 174/1/26] Volviendo a Macbeth y a su historia ahí donde la habíamos dejado, es necesario comprender

que, luego de planear el asesinato de Banquo, todo comenzó a desmoronarse. En efecto, no había persona que no temiera por su propia vida y hasta dudara en hacerse presente ante el rey. Pero, si bien muchos le temían a él, también es cierto que él temía a muchos por igual, tanto que comenzó a alejarlos dudando permanentemente con quién podía trabajar sin tener que lamentarlo.

Finalmente, él halló tal alivio en matar a los nobles que luego de derramar la sangre su ardiente sed no podía ser satisfecha. Debe comprenderse que él creía obtener un doble beneficio: por una parte se libraba de lo que temía y, por la otra, engrosaba sus cofres con las riquezas y bienes que dejaban, razón por la cual debía mantener una guardia de hombres armados cerca de él para defender su persona de los ataques de quienes albergaran sospechas sobre su comportamiento. Además, hacia el final oprimió cruelmente a sus súbditos con injusticias tiránicas, incluso construyó un castillo sólido en lo alto de una colina llamada Dunsinane, situada en Gowrie, a diez millas de Perth. A tan buena altura se hallaba que un hombre podía observar desde allí perfectamente Angus, Fife, Stermond y Ernedale,⁴¹ es decir todos los condados cercanos, como si se extendieran justo debajo de él. El castillo, entonces, fue edificado en la cima de la colina y hasta ser terminado significó una gran carga para las arcas del reino, por todos los elementos necesarios para su construcción, que no podían ser adquiridos sin esfuerzo y negociación. Pero Macbeth, determinado como estaba a finalizar los trabajos, obligó a cada uno de los señores de las comarcas del reino a acercarse y brindarle ayuda en la construcción del edificio.

Cuando por fin le tocó construir su parte a Macduff, señor de Fife, éste envió a los trabajadores con todos los

41 Corresponden a Stormont y Strathern, distritos de Perthshire.

suministros necesarios y les ordenó que aplicaran la mayor diligencia en lo que emprendieran para que el rey no tuviese ocasión de hallar en él falta alguna. No fue en persona como otros habían hecho, lo que rehusó hacer porque entendía que el rey podía ponerle encima sus violentas manos, como había hecho con muchos otros, si sospechaba la escasa voluntad que ponía en el asunto. Poco después, Macbeth fue a inspeccionar el avance de los trabajos y, no hallando a Macduff, se ofendió sobremanera y dijo: “Siento que este hombre jamás obedecerá mis órdenes, hasta que se le coloquen bridas como a caballo de montar, yo me ocuparé bien de él”.

Acto IV, i. En las columnas inmediatamente anteriores al fragmento [Hol., ii. H.S. 174/1/26] que comienza con las palabras “Volviendo a Macbeth”, Shakespeare puede haber hallado que Jaime VI estaba en la línea sucesoria de Banquo.⁴² Parte de esta enealogía puede haber sugerido la acotación escénica “Aparecen ocho reyes” (IV, i, 111). Los descendientes de Banquo, en las sucesivas generaciones, fueron: Fleance, Walter, “quien fue nombrado Administrador de la Corona de Escocia”; Alan, Alejandro, Juan y Walter, quien se casara con “Margerie Bruce, hija del rey Robert Bruce, de quien engendró a Roberto II”. Quienes componen la línea sucesoria de Roberto II —primero de los Estuardos que portó la corona y quien encabeza el desfile de los “ocho reyes”— fue: Roberto III (2), Jaime I (3), Jaime II (4), Jaime III (5), Jaime IV (6), Jaime V (7), María y Jaime VI (8), ante quien esta obra fue actuada y quien llegó a ser el primer Rey de Gran Bretaña

42 Esta línea es ficticia. Chalmers (*Caledonia*, i, 572-574) dedujo que los FitzAlan y los Estuardo tenían un ancestro común, Alan, quien fue contemporáneo de nuestro Enrique I.

e Irlanda. Enojado por el rechazo del Señor de Fife a asistir personalmente a la construcción del castillo de Dunsinane, Macbeth no pudo

[*Hol.*, ii. H.S. 174/2/4] luego, dejar de considerar que Macduff hacía abuso de su poder, ni de pensar lo que había sabido por boca de las brujas, en cuyas palabras había depositado gran confianza. En efecto, la profecía hecha por las tres hadas o hermanas fatídicas se había cumplido, por lo que debía prestar atención a Macduff, quien en un futuro podía procurar destruirlo.

Seguramente habría dado muerte a Macduff de inmediato, pero una bruja, en la que confiaba grandemente, le dijo que nunca lo mataría un hombre nacido de mujer, ni sería vencido hasta que el bosque de Birnam fuera hasta el castillo de Dunsinane. Estas profecías quitaron todo temor del corazón de Macbeth y supuso que podría hacer lo que quisiera sin miedo a ser castigado ya que el vaticinio hacía imposible que cualquier hombre lo venciera o lo matara. Esta vana esperanza le hizo cometer actos atroces y subyugar penosamente a sus súbditos. Para evitar el peligro que se cernía sobre su vida, Macduff decidió ir a Inglaterra y conseguir que Malcolm Canmore⁴³ reclamara la corona de Escocia. Esto no pudo ser planeado en secreto por Macduff, pues llegó a conocimiento de Macbeth: los reyes, se dice, tienen la vista tan aguda como la de un lince y orejas tan largas como las de

43 N. de la T.: Se trata del hijo de Duncan, Malcolm III (1058-1093), conocido como *Canmore*, (en gaélico, se decía *Ceann mor*, *Caennmor*, que significaba tanto cabeza grande como *cuello largo* o *gran jefe*), fue rey de Cumbria a partir de 1058. Al huir a los nueve años con el hermano y tras el asesinato de su padre, algunas versiones dicen que fue llevado a uno de los Señoríos de las Islas; otras crónicas, como la presente, afirman que pasó los diecisiete años de reinado de Macbeth en la corte de Eduardo el Confesor, rey de Inglaterra.

Midas.⁴⁴ Macbeth tenía en la casa de cada noble alguien a quien pagaba para que le revelara todo lo que se decía o hacía, y es así como oprimía a la mayor parte de la nobleza del reino.⁴⁵

Acto IV, ii —La huida de Macduff hacia Inglaterra le es informada a Lennox por un caballero que hace su entrada en la escena anterior (III, vi, 29-31). Ni bien se desvanecen las brujas, Macbeth oye las noticias por boca de Lennox y, de inmediato, resuelve (IV, i, 150-153): “sorprenderé el castillo de Macduff, tomaré Fife y pasaré a filo de espada a su mujer, a sus hijos y a todos los desgraciados que pertenezcan a su raza”.

Comparando el siguiente pasaje con el Acto IV, ii, 80-85, se notará que Shakespeare no le hace cometer el asesinato al mismo Macbeth.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 174/2/37] Inmediatamente después, desconfiando del paradero de Macduff, [Macbeth] fue con premura y con gran poder hacia Fife y asedió el castillo donde moraba Macduff, confiado en hallarlo ahí. Tomó el lugar que se ofreció sin resistencia y abriendo sus puertas, pues no sospechaban ningún mal. Sin embargo, Macbeth trató con gran crueldad a la esposa e hijos de Macduff y a toda otra persona que encontró en el castillo, y los asesinó. También confiscó los bienes de Macduff y lo proclamó traidor, a la vez que le prohibía permanecer en cualquier parte del reino. Pero Macduff ya había escapado al peligro e ido a Inglaterra con Malcolm Canmore, para intentar toda acción de apoyo,

44 N. de la T.: Se refiere a la leyenda que cuenta que, al haber preferido Midas la melodía de la flauta de Pan a la de la lira de Apolo, este último le hizo crecer orejas de burro.

45 *Cfr. Macbeth*, III, iv, 131-132: “No hay ninguno de éstos, en cuya casa yo no mantenga un criado”.

y así vengar el asesinato y crueldades sufridas por su mujer, hijos y amigos.

Acto IC, iii. Los diálogos que se producen en el relato (citado más abajo) del encuentro entre Macduff y Malcolm están parafraseados libremente en esta escena. En Holinshed el diálogo incluye cuatro cláusulas: la confesión de Malcolm (1) de incontinencia, (2) de avaricia, (3) de infidelidad —cada cláusula contiene la respuesta de Macduff— y, (4) la retracción del propio Malcolm. Compare estas cuatro cláusulas con los versos 57-76 (1), 76-90 (2), 91-114 (3) y 114-132 (4) de IV, iii.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 174/2/53] Cuando se encontró con Malcolm, [Macduff] relató las grandes miserias en que se hallaba el reino de Escocia, causadas por las crueldades detestables ejercidas por el tirano Macbeth, que había cometido innumerables crímenes y asesinatos entre nobles y plebeyos. Esto motivaba que fuese mortalmente odiado por todos sus súbditos, que no deseaban otra cosa que ser librados del más pesado de los yugos de esclavitud, ejercido por tan despreciables manos.

Al oír las palabras de Macduff, proferidas de manera tan lastimera, Malcolm, movido por la compasión y la piedad que atenazaban su corazón entristecido, y llorando por el miserable estado del país, profirió un hondo suspiro. Macduff lo percibió y, estrechando con más fervor el vínculo, habló de emprender la liberación de los escoceses de las manos de un tirano tan cruel y sangriento como Macbeth había demostrado ser a través de tantos hechos evidentes. Y esto era algo que [Malcolm] podía llevar a cabo fácilmente, considerando no sólo el título que detentaba, sino también el ardiente deseo del pueblo de ser atendido en sus súplicas y vengado por tan notables injurias, que a diario

soportaban debido al nefasto gobierno de Macbeth y a su monstruosa crueldad. Aunque Malcolm se sintió dolido por la opresión de sus compatriotas escoceses manifestada en las declaraciones de Macduff, sin embargo dudaba: no podía saber si tenía ante sí un hombre que hablaba sin fingimientos o, por el contrario, alguien enviado por Macbeth para traicionarlo; pensó que debía obtener mayores pruebas y, de inmediato, disimulando sus elucubraciones, contestó lo siguiente:

“Estoy en verdad apenado por las desdichas por las que atraviesa Escocia, mi país, y aunque jamás me he sentido tan predispuesto para aliviarlas, sin embargo, debido a ciertos incurables vicios que albergo, en nada puedo complacerme. En primer lugar, mi lujuria es inmoderada y una sensualidad voluptuosa (origen abominable de todo vicio) me persigue. Así es que, si fuese rey de Escocia, intentaría desflorar vírgenes y forzar matronas, tal es mi intemperancia, la cual debería importarte más que la sangrienta tiranía de Macbeth”. A lo que Macduff contestó: “Ciertamente es ésta una falta en verdad mala, pues muchos nobles príncipes y reyes han perdido su vida y reinos debido a ella; sin embargo hay suficientes mujeres en Escocia, por ende, sigue mi consejo: conviértete en rey y yo conduciré el asunto de modo tan prudente que serás satisfecho en tus placeres de forma secreta y reservada, así nadie lo sabrá”.

Entonces, dijo Malcolm: “Soy, además, la criatura más codiciosa que existe sobre la tierra; y, si fuera rey, intentaría por todos los medios hacerme de tierras y bienes, asesinaría a la mayor parte de los nobles de Escocia con acusaciones presuntas para gozar de sus tierras, bienes y posesiones; ... Entonces”, dijo Malcolm, “permíteme por lo menos quedarme adonde estoy, pues si consiguiera el gobierno de tu reinado, mi inapagada codicia probaría que los disgustos

que ahora te aquejan parecerían menores respecto del ultraje desmedido, que seguramente se produciría si yo estuviera entre ustedes”.

Dijo, luego, Macduff: “Sería esto lo peor de todo, te dejo, entonces, no sin antes proclamar: ¡Oh, qué infelices y desafortunados somos los escoceses, que nos vemos azotados por tantas y diversas calamidades, una tras otra! Tenemos, por una parte, a un maldito y terrible tirano que reina sobre nosotros, sin derecho ni título, oprimiéndonos con las más sangrientas crueldades; y, por la otra, a éste que tiene derecho a la corona,⁴⁶ pero está repleto de los vicios manifiestos de los ingleses y de sus conductas inconstantes, que ni siquiera lamenta poseer. Pues, él mismo ha admitido no sólo ser codicioso y dado a una lujuria insaciable, sino también ser un traidor tan falso que no se puede dar fe a ninguna de las palabras que profiere. Adiós, Escocia, de ahora en más me tendré como a un desterrado de por vida, sin alivio ni consuelo”. Y, con estas palabras, lágrimas saladas corrieron por sus mejillas copiosamente.

Finalmente, cuando ya estaba listo para partir, Malcolm lo tomó por la manga y le dijo: “Anímate, Macduff, porque no poseo ninguno de los vicios de los que hablé, lo he dicho en broma con el único fin de probar tu mente, ya que en muchas oportunidades Macbeth ha urdido tretas parecidas

46 En 108-111, Macduff hace referencia a la santidad de los padres de Malcolm, que fuera el “legítimo heredero” del trono de Escocia. Es probable que Shakespeare transfiriera al padre y a la madre de Malcolm —de los que nada sabemos— las virtudes que poseyera el mismo Malcolm y que en parte fueron compartidas, en gran medida, por su esposa Margarita. En Hol. ii H.S. 178/2/44, leemos: “el rey Malcolm (incluso por las excelentes indicaciones y requerimientos de su esposa Margarita, una mujer que en ese tiempo demostró tener un gran celo en asuntos religiosos) se brindó a sí mismo devotamente en obras de caridad, en distribución de limosnas, en el cuidado de los pobres y otras buenas acciones, de modo que se pensó que en lo referente a las verdaderas virtudes sobrepasaba a todos los príncipes de su tiempo. En resumen, parecía que había entre él y la virtuosa reina, su esposa, una competencia para mostrarse el más ferviente en su amor a Dios, tanto que muchos, al imitarlos, alcanzaron una vida más pía”.

para hacerme caer en sus manos, pero, cuanto más moroso me he mostrado en plegarme a tus mociones y pedidos, más diligente seré en complacerlos”. De inmediato, se abrazaron y se prometieron mutua fidelidad, y comenzaron a examinar cómo podían hacer frente a sus asuntos para lograr el mismo y exitoso efecto.

Respecto a la digresión (IV, iii, 140-159) que precede la entrada de Ross, Shakespeare puede haberse inspirado en el primer volumen de *Holinshed*, en donde se puede leer el relato de los milagrosos dones de Eduardo el Confesor.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 195/1/50] Como se ha dicho, se le otorgaron los dones de la profecía, y también tenía el don de curar dolencias y enfermedades. Solía ayudar a quienes estaban afligidos por esa enfermedad a la que se denomina *escrófula*⁴⁷ y que esta virtud pasaría como parte de la herencia a sus sucesores, reyes de este reinado.

La última parte de IV, iii, desde la entrada de Ross, es creación de Shakespeare, puesto que, según *Holins-*

47 N. de la T.; La *escrófula* o *adenopatía tuberculosa*, era una afección crónica muy frecuente en la Edad Media; se manifestaba con ulceraciones que supuraban produciendo un olor fétido y deformaciones. En Francia se la denominó “mal du roi” y en Inglaterra “King’s evil”, y así se la nombra en el texto de *Holinshed*. En Inglaterra, *Lucius* (legendario rey de los bretones, que se dice que introdujo el Cristianismo a la isla en el siglo II d.C.) es el primer monarca al que se adjudicaron curaciones taumatúrgicas de las *escrófulas*. A Eduardo el Confesor también se atribuyó el ritual de la curación por las manos y, por ese motivo, fue considerado santo por el pueblo, una atribución recordada en la obra de Shakespeare. En Inglaterra la práctica de curación real se realizaba con gran ceremonia y, desde Enrique VII, los enfermos eran tocados con una moneda (“touch pieces”) que luego llevaban como amuleto. La práctica se extendió hasta la Restauración, las crónicas dicen que Carlos II, entre 1660 y 1682, impuso sus manos sobre más de 90.000 enfermos. La Reina Ana, en 1712, recibió a 200 infectados por la enfermedad y fue el último monarca en realizar una práctica derogada por rey que la sucedió en el trono, Jorge I, quien la consideraba demasiado católica.

hed, Macduff sabe del asesinato de su esposa y de sus hijos antes del encuentro con Malcolm.

Acto V, ii-vii. Los siguientes fragmentos ilustran el último acto de la tragedia *Macbeth*.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 175/2/35] Ni bien Macduff se dirigió a las fronteras de Escocia dirigió misivas con mensajes secretos a los nobles del reino, declarando cómo Malcolm se había aliado con él para volver pronto a Escocia y reclamar la corona y, luego, pedirles, puesto que era el heredero legítimo a la misma, de asistirlo con sus fuerzas para recuperar lo suyo de las manos del falso usurpador.

Mientras tanto, Malcolm estaba en tan gran favor en la consideración del rey Eduardo que el conde de Siward de Northumberland sumó diez mil hombres para ir con él a Escocia y apoyarlo en su empresa y así recuperar lo que era suyo por derecho.⁴⁸ Luego de que estas noticias se esparcieran por toda Escocia, los nobles se separaron en dos facciones diferentes, una tomando partido por Macbeth y la otra por Malcolm. De inmediato sobrevinieron numerosos altercados y unas cuantas escaramuzas, ya que los que estaban del lado de Malcolm no querían arriesgarse a encontrarse con sus enemigos en un sitio determinado hasta que llegaran de Inglaterra en su apoyo. Pero, cuando Macbeth percibió que el poder de sus enemigos se acrecentaba, con la ayuda que llegaba de Inglaterra con su adversario Malcolm, retrocedió hacia Fife proponiéndose resistir en un lugar fortificado, como lo era el castillo de Dunsinane, y ahí pelear contra sus enemigos, si es que pensaban perseguirlo. Algunos amigos le aconsejaron que lo mejor para él era lle-

48 Malcolm le dice a Macduff (IV, iii, 133-135): "Antes de tu llegada, el viejo Siward, con diez mil guerreros dispuestos y equipados, estaba a punto de partir".

gar a algún acuerdo con Malcolm, o bien huir rápidamente hacia las Islas y llevar consigo sus tesoros, incluso podía convencer a algunos importantes príncipes de ese reino — en los que podía fiarse más que en sus propios súbditos— de tomar su lugar y refrenar a los extranjeros. Pero él confiaba tanto en las profecías que creía que jamás sería vencido hasta que el bosque de Birnam llegara hasta Dunsinane, y que ningún hombre nacido de mujer lo mataría.

Se conjetura que Shakespeare, cuando le hace decir a Macbeth que los aliados ingleses de Malcom son “epicuros”, estaba pensando en un pasaje específico de las *Crónicas*. Cuando sucede a Macbeth como Malcolm III, ofende a sus súbditos gaélicos con sus simpatías hacia las ideas y costumbres inglesas. A su muerte, en 1093, su hermano Donalbain —quién había crecido en un ambiente completamente diferente— se presenta como defensor de la vieja nación escocesa y es elegido rey, excluyendo de ese modo a los hijos de Malcolm. Para un pueblo acostumbrado a formas de vida austeras, los estándares de una sociedad más próspera se veían como muestras de una desenfreno sensual, y el éxito de Donalbain fue interpretar cabalmente estos sentimientos.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 180/1/61] Muchos, que aborrecían las conductas desenfrenadas y las innecesarias nutridas comilonas introducidas entre ellos por los ingleses, se mostraban deseosos en tener a Donald como su rey, confiando que con un gobierno más austero los devolvería al temperamento de sus progenitores; en efecto, [Donald] había crecido en las Islas entre las viejas costumbres y conductas propias de las antiguas naciones, sin el gusto lascivo y delicado de los ingleses.

Presento los fragmentos más ilustrativos desde el momento en que se nos dice que Macbeth confía en la profecía que promete que no podrá ser muerto por ningún hombre que haya nacido de mujer.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 176/1/1] Malcolm, persiguiendo a Macbeth, la noche anterior a la batalla llegó al bosque de Birnam; ahí descansó con su tropa para recuperar fuerzas. Le ordenó a cada uno de los hombres que llevara en sus manos la rama de algún árbol o arbusto, tan grande como pudiera acarrearla, y que marchara de modo tal que, la mañana siguiente, pudieran estar cerca de sus enemigos sin ser vistos. Por la mañana, cuando Macbeth los vio llegar de esa manera, primero se asombró del asunto, pero luego recordó la profecía que había oído tiempo atrás, que hablaba de la llegada del bosque de Birnam al castillo de Dursinane, y reconoció que se iba a cumplir⁴⁹. A pesar de todo, llevó a sus hombres al combate y los exhortó a ser valientes; ni bien sus enemigos tiraron las ramas que traían consigo, Macbeth pudo ver su número se dispuso a la fuga y Macduff lo persiguió con un odio inveterado hasta llegar a Lunfannaine, donde Macbeth, viendo que Macduff estaba ya a sus espaldas, brincó de su caballo y dijo: “Tú, traidor, ¿por qué me persigues en vano, ya que no estoy destinado a ser muerto por ningún hombre nacido de mujer? ¡Ven, por tanto, y recibe lo que tus esfuerzos tienen merecido!”. Dicho esto, levantó su espada, con la intención de matarlo.

Pero Macduff, apeándose, se acercó a él y le contestó, con la espada desenfundada en su mano: “Es cierto, Macbeth, y

49 Existen relatos, provenientes de otros tiempos y lugares, de un soldado que sostenía ramas mientras avanzaban, enfrentados a las fuerzas enemigas. *Cfr.* la edición de *Macbeth* de Furness, pp. 379-381. El desplazamiento del bosque de Birnam parece, sin embargo, haber sido una tradición de la época de Wyntoun (siglo XIV), puesto que él dice (VI, xvii, 379-380): “De flyttand Wod yai callyd ay / Dat lang tyme eftyre-hend yat day”.

que ahora tu insaciable crueldad llegue a su fin, pues yo soy aquél del que te hablaron las brujas, que no ha nacido de su madre, sino que ha sido sacado de su vientre”. Se paró, entonces, ante él y ahí mismo lo mató. Luego, cortó la cabeza de sus hombros y la colocó sobre una estaca llevándosela a Malcolm. Fue este el fin de Macbeth, luego de haber reinado durante diecisiete años sobre los escoceses. Al comienzo de su gobierno llevó a cabo acciones justas y muy beneficiosas para el país, como hemos oído, pero luego, por espejismos diabólicos, arruinó su reputación con las más terribles crueldades. Fue muerto en el año de la Encarnación, 1057,⁵⁰ y a los dieciséis años del reinado de Eduardo sobre los ingleses.

Cuando el conde Siward oye que su hijo ha muerto, pregunta: “¿Fue herido de frente?”. Y Ross contesta: “Sí, cara a cara”, a lo que el viejo guerrero exclama (V, viii, 46-50): “¡Pues, entonces, sea soldado de Dios! ¡Tuvieras tantos hijos como cabellos, no les desearía una muerte tan magnífica! Su hora sonó”.

Este evento deriva de otro relato de la guerra con Macbeth, que Holinshed introduce en el primer volumen.

[*Hol.*, i. *H.S.* 192/1/27] Se dice que en el treceavo año del reinado de Eduardo,⁵¹ o en algún momento entre el doceavo y el vigésimo, de acuerdo con los registros de los escritores escoceses, Siward, el noble conde de Northumberland, con una ingente caballería, avanzó sobre Escocia y se enfrentó

50 John Mair o Major, un hombre de iglesia e historiador que murió en 1549 ca. y escribió una *Historia Gentis Scotorum*, publicada en 1521, donde se menciona la fecha de la muerte de Macbeth (1057), que fue también confirmada por Scottus (*Pertz*, v. 558).

51 Eduardo fue coronado el día de Pascua (3 de abril) de 1043 (*A.S. Chron.*, M.H.B., 434).

a Macbeth,⁵² quien había usurpado la corona de Escocia. Hecho esto, colocó a Malcom, apelado Camoir, hijo del Duncan que fuera rey de Escocia, a la cabeza del reino, el que mató a Macbeth y reinó en paz...También se recuerda que, en la mencionada batalla, en la que Siward se impuso a los escoceses, uno de los hijos de Siward fue muerto y, si bien el padre debe de haber tenido muy buenas razones para apesadumbrarse, sin embargo, al oír que su muerte había sido ocasionada en una confrontación por una herida recibida en la parte delantera de su cuerpo, cara a cara con el enemigo, se regocijó al pensar en que su muerte había sido tan magnífica. Es necesario aclarar que no en ese momento sino algo antes (como dice Henrei Hunt),⁵³ el mismo conde de Siward fue personalmente a Escocia y envió a su hijo con un ejército para conquistar la tierra, y éste fue muerto. Cuando su padre oyó la noticia, preguntó dónde había recibido la herida al morir, si en la parte delantera o trasera del cuerpo. Al saber que en la delantera dijo: “Me regocijo con todo mi corazón, pues no desearía ni para mi hijo ni para mí otro tipo de muerte”.

El parlamento de cierre de Malcolm (V, viii, 60-75) se recupera del siguiente pasaje, en el que se mencionan los nombres de muchos de los personajes de la obra Macbeth.

[*Hol.*, ii. *H.S.* 176/1/47] Malcolm Cammore recuperó así su reinado (como hemos oído), con la ayuda del rey Eduardo,

52 Macbeth fue derrotado por Siward el 27 de julio de 1054 (*A.S. Chron.*, M.H.B., 453). Su huida de la batalla es relatada en los Cottonian MS (Tiberius, B, 1) de las *A.S. Chron.*

53 Henrei Hunt (*M.H.B.*, 760 B): “Circa hoc tempus [1052] Siwardve Consul fortissimus Nordhumbre...misit filium suum in Scotiam conquiendam”. Este pasaje es referido en mis extractos de *Holinshed*, que lo ha tomado de Henrie, que así prosigue: “Siwardus igitur in Scotiam proficiacens, regem bello vicit, regnum totum destruxit, destructum sibi subjugavit”.

en el decimosexto año del reinado de este último. Fue coronado en Scone,⁵⁴ el día 25 de abril del año del Señor 1057. Inmediatamente después de la ceremonia, llamó a una reunión en Forfair en la que recompensó a quienes lo habían asistido contra Macbeth con tierras y beneficios, y distribuyó cargos y emolumentos según creyó oportuno. Estableció especialmente que aquellos que no poseían título, cargo o tierras pudieran beneficiarse por igual. Creó muchos ducados, señoríos, baronías y caballeratos. Muchos de ellos, que antes eran señores fueron nombrados condes, como Fife, Menteth, Lennox, Cawnes, Ross y Angus. Fueron estos los primeros condes de los que he oído entre los escoceses⁵⁵ (y sus historias los mencionan). Muchos títulos nuevos les fueron arrebatados a gente como Cawder... Seiton... y muchos otros a los que antes se los habían otorgado y a los que les habían dado renombre por un tiempo.

54 *Cfr.* los versos conclusivos de *Macbeth*: "Gracias a todos y a cada uno de vosotros, y os invitamos a nuestra coronación en Scone".

55 "(...) mis thanes y parientes desde hoy seréis condes, y los primeros en llevar este título en Escocia".

***Shakespeare's Holinshed. The chronicle and the historical plays compared*¹ *Rey Lear*²**

Traducción: Javier Walpen

Las *Crónicas de Holinshed* y una obra dramática cuyo autor no ha sido determinado, Historia verdadera del rey Leir, de 1605,³ fueron las fuentes más importantes y accesibles de las que Shakespeare pudo haber derivado la trama principal de su tragedia.⁴

El origen de lo acaecido a Lear con sus tres hijas se encuentra en la Historia Britonum, crónica que Godo-

1 W.G. Boswell-Stone (ed.), *Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared*. London, Chatto and Windus, 1907.

2 Trad. de Javier Walpen. Texto que pertenece a las Crónicas se reproduce luego de la indicación entre corchetes y con tamaño de letra normal. Lo que aparece en diferente tipografía, de menor cuerpo y con sangría, son notaciones del editor de la obra, W.G. Boswell-Stone, quien estuvo a cargo de la selección de todos los fragmentos de Holinshed que guardan relación con la obra dramática de William Shakespeare.

3 Título original: *The True Chronicle History of King Leir*. Reimpresa en *Twenty of the Plays of Shakespeare*, edición de George Steevens, 1776 (volumen IV), en *Shakespeare's Library*, de William Hazlitt, 1875 (2ª parte, volumen II, pp. 307-387), y en *The Shakespeare Classics*, edición de Sidney Lee.

4 Algunas otras fuentes son: *Chronicles*, de Robert Fabyan, 1516 (ed. Ellis, i. 14-16); *Albions England*, de William Warner, 1586 (ed. 1612, pp. 65-66); *The Firste Parte of the Mirour for Magistrates*, 1587 (ed. Haslewood, i. 123-132); *The Faerie Queene*, 1590-96 (II. x. 27-32).

fredo de Monmouth declaró⁵ haber traducido de un antiguo libro escrito en idioma bretón.

Una comparación con el subsiguiente extracto de las Crónicas de Holinshed muestra que la locura de Lear en la tragedia y la fatal adversidad que cayó sobre su cabeza y la de su hija menor son importantes alteraciones del dramaturgo a la historia original. Aún no se ha descubierto la fuente de estos cambios en la trama.⁶

5 Cfr. la dedicatoria de la *Historia Brittonum* a Robert, Conde de Gloucester (fallecido el 31 de octubre de 1147).

6 Charlotte Lennox (en su *Shakespeare Illustrated*, vol. III, p. 302) llamó por vez primera la atención sobre una balada titulada "A Lamentable Song of the Death of King Lear and his Three Daughters" (reimpresa en las *Reliques of Ancient English Poetry* del obispo Thomas Percy), en la que se hace mención de:

(1) la pérdida del séquito de Lear a causa de la desconsideración de Regan;

(2) la locura del rey y su muerte inmediata luego de la batalla que le devuelve la corona;

(3) la muerte de Cordelia durante la batalla llevada a cabo para restaurar el poder de su padre.

Samuel Johnson conjeturó que esta balada podía haber sido la fuente del *Lear* de Shakespeare (*Variorum Shakespeare*, 1821, x. 291), pero críticos posteriores creen que la tragedia es una composición más temprana.

De acuerdo con Mateo de Westminster [autor apócrifo de las *Flores Historiarum*], un epíteto, que cuestionaba la cordura de Lear, fue aplicado al viejo rey por sus hijas. Luego de relatar la destitución de Lear, fomentada por sus yernos, la crónica así prosigue: "Rex igitur ignarus quid ageret, deliberavit tandem filias adire, quibus regnum deuserat, vt si fieri posset, sibi dum viveret & 40. militibus suis stipendia ministrarent. Quae, cum indignatione verbum ex ore ipsius capientes, dixerunt eum senem esse, *delirum*, & mendicum, nec tanta familia dignum. Sed si vellet, relictis caeteris cum solo milite remaneret" [El rey, ignorando lo que podría suceder, decidió después de un tiempo acercarse a sus hijas (entre las que había dividido el reino) para preguntar si era posible que, mientras estuviera vivo, suministraran un salario a sus caballeros, cuyo número ascendía a cuarenta. Éstas, al escucharlo, con enojo le dijeron que era viejo y mezquino, que estaba loco, y que no era digno de su familia. Pero que, si gustaba, podía quedarse —habiendo dejado atrás el resto— con un solo caballero].

Las siguientes líneas, provenientes del *Mirror for Magistrates* (ed. Haslewood, estrofa 21), pueden llevarnos a conjeturar que John Higgins —que escribió el poema "Queene Cordila" incluido en la colección— había leído el pasaje de *Flores Historiarum* citado más arriba:

Él [Lear] también les pidió [a Albany y Goneril] que mantuvieran su séquito, para que éste cuidara su noble gracia donde fuera; lo llamaron viejo idiota [...]

[Hol. i. H. E. 12/2/59] Leir, hijo de Baldud, fue admitido como soberano de Bretaña en el año 3105 desde la creación del mundo,⁷ en el tiempo en que Joás reinaba en Judá. Era Leir un príncipe de comportamiento justo y noble; gobernaba su tierra y súbditos con gran riqueza. Asentó la ciudad de Caerleir, conocida hoy como Leicester, que se encuentra a orillas del río Soar. Está escrito que tuvo con su mujer, como sola descendencia, tres hijas: Gonorilla, Regan, y Cordeilla.⁸ A las tres amaba enormemente, pero sentía una especial predilección por Cordeilla, la menor, sobre las otras dos. Cuando Leir tuvo muchos años y empezó a anquilosarse, quiso conocer los sentimientos de sus hijas respecto de su persona. Prefería a aquella a quien más amaba para sucederlo en el trono.⁹

7 Forma de datación llamada *Anno Mundi*, que calcula que la creación del mundo fue 3900 años antes de Cristo. Correspondería al 835 a. C. de nuestro calendario, año que coincide con el inicio del reinado de Joás en Judá, como se aclara en el mismo texto. [N. del T.]

8 La aparición más temprana de la forma conocida, "Cordelia", se encuentra, creo, en *Faerie Queene*, ll. x. 29. En el viejo cementerio de Lee, en Blackheath, se encuentra un monumento erigido por *Cordell* Lady Herve y a la memoria de sus padres, Don Bryan Anslie (fallecido el 10 de julio de 1604) y su esposa Awdry (fallecida el 25 de noviembre de 1591). Fuente: *Notes and Queries*, 6º, v. 465. La forma "Cordell" puede hallarse en el *Mirror for Magistrates* (ed. Haslewood, estrofa 7). "Cordella" es la forma utilizada en el *Leir* más antiguo.

9 De acuerdo con *Hist. Britt.* ll. xi. 30, Lear "cogitavit regnum suum ipsis dividere" [decidió dividir su reino], y deseaba indagar la medida del amor de cada una de sus hijas por él, "ut sciret quae illarum majori regni parte dignior esset" [así podría saber cuál de ellas era más digna de la parte mayor del reino].

Cfr. Rey Lear "Hablad, hijas mías; ya que hemos resuelto abdicar en este instante las riendas del gobierno, entregando en vuestras manos los derechos de nuestros dominios y los negocios de Estado, decidme cuál de vosotras ama más a su padre. Nuestra benevolencia prodigará sus más ricos dones a aquella cuya gratitud y bondad natural más los merezcan" (I, i, p. 34. La Plata: Terramar, 2006. Traducción de Luis Astrana Marín. Todas las citas se hacen por esta edición).

Así también el *Mirror for Magistrates* (i. 125): "Pero ocupándose de constatar cuál de ellas lo amaba en mayor medida/ Ya que no tenía hijo que disfrutara su tierra/ Pensó recompensar allí donde mayor favor encontrara".

Faerie Queeney y el *Leir* de 1605 muestran a Lear proponiendo dividir su reino de manera equitativa entre sus tres hijas.

Preguntó en primer lugar a Gonorilla, la mayor, cuánto lo amaba. Ésta, invocando a sus dioses como testigos, contestó que lo amaba más que a su propia vida, la cual, justa y razonablemente, debería serle más querida. Satisfecho el padre con la respuesta, tornó a la segunda y demandó que contestara cuánto lo amaba. Regan respondió (confirmando sus dichos con grandes juramentos) que lo amaba más de lo que la lengua podía expresarlo, y muy por encima de todas las demás criaturas del mundo.

Luego llamó ante sí a su hija menor Cordeilla, y la inquirió de la misma forma que a las otras dos. Ella dio esta respuesta: “Conociendo el gran amor y celo paternal que vuestra majestad me ha profesado siempre (por lo que no contestaré sino lo que pienso, y como mi consciencia me dicte), digo que os he amado y continuaré amando siempre (mientras viva), como mi padre natural. Y si vos pudierais mejor comprender la calidad del amor que os profeso, comprobaríais que tanto amor vuestra majestad tiene como merece, y así yo os amo, y no más”. El padre, nada contento con esta respuesta, hizo casar a sus dos hijas mayores: la una con Hennino, duque de Cornualles, la otra con Maglano, duque de Albania,¹⁰ entre quienes ordenó que su tierra habría de

William Percy (*Var. Sh.*, 1821, x. 2) hizo notar que la prueba de amor a la que Lear somete a sus hijas y sus respuestas son detalles que pueden encontrarse en la siguiente historia:

“Ina, Rey de West Saxons [688-728], tenía tres hijas, a quienes demandó si lo amaban y amarían durante toda la vida, sobre todos los demás; las dos mayores juraron intensamente que así lo harían; la más joven y sabia de las hijas dijo a su padre, sin lisonjas, que aunque lo amaba, respetaba y veneraba (y así lo haría mientras viviera) tanto como el deber y el amor filial permitían, aun así pensaba que llegaría el día en que querría a otro: su marido; casada, se uniría a él, volviéndose ambos una misma carne, como Dios había hablado y la Naturaleza le había enseñado, y abandonaría así a su padre y a su madre”. En *Remains concerning Britain*, de William Camden, 1674 (Library of Old Authors, pp. 254, 255).

- 10 “La tercera y última parte de la Isla, él [Bruto] asignó a su hijo menor, Albanactus... Esta parcela tomó más tarde el nombre de Albanactus, que la llamó Albania. Pero actualmente sólo una pequeña porción de tierra (que se halla bajo el régimen de un duque) mantiene la dicha denomina-

dividirse luego de su muerte, y que la mitad de la misma les fuera asignada inmediatamente. Pero para la tercera hija no reservó nada.

Sin embargo, ocurrió que uno de los príncipes de la Galia (hoy llamada Francia), cuyo nombre era Aganippo, enterándose de la belleza, feminidad y buenas condiciones de Cordeilla, deseaba unirse en matrimonio con ella, y se dirigió a su padre, pidiendo su mano. Se le dio respuesta tal que podía tener a su hija, pero que no esperase dote alguna, pues todo estaba ya prometido a sus hermanas. Aganippo, a pesar de no recibir ninguna dote, tomó como esposa a Cordeilla, movido a ello (estimo) sólo por respeto a su persona y amables virtudes. Este Aganippo era uno de los doce reyes que en aquellos días gobernaban la Galia, como se encuentra registrado en la historia de Bretaña. Pero prosigamos.

Tras llegar Leir a la vejez, los duques que habían desposado a sus hijas mayores, considerando que el control sobre las tierras tardaba mucho en llegar a sus manos, se levantaron en armas contra él, y lo privaron de su gobierno, bajo condiciones que debían mantenerse hasta el término de su vida: que se mantuviera en su porción, esto es, que viviera a través de una determinada cantidad que le fue asignada para la manutención de su estado, cantidad que más tarde fue disminuida por Maglano y Hennino. Pero la mayor pesadumbre que experimentó Leir fue la de observar la crueldad de sus hijas, que parecían pensar que todo era demasiado para su padre, y nada demasiado poco; tal es así que yendo de una a la

ción; el resto de ella es llamada Escocia, por ciertos Scots provenientes de Irlanda que llegaron a habitar estos lares. Se encuentra dividida de Lhoegres [Inglaterra] por el Solue y el Firth, aunque algunos también mencionan el estuario Humber; es decir que Albania (como Bruto la dejó) contenía todo el territorio septentrional de la Isla que estuviera más allá del susodicho río, hasta Cathnesse" (De la *Description of Britain* de William Harrison; en *Hol.* i. 116/2/4).

otra, fue llevado a la miseria de que apenas le permitieran tener un sirviente para su cuidado.¹¹

En fin, tal fue la desconsideración o (debo decir) el trato desnaturalizado que encontró en sus dos hijas, no obstante las razonables y placenteras palabras pronunciadas en el pasado, que, impulsado por la necesidad, huyó de esa tierra y navegó hasta la Galia para buscar consuelo en su hija Cordeilla, a quien antes había aborrecido. La dama Cordeilla, enterándose de que había llegado en pobre estado, mandó en privado una determinada cantidad de dinero para que pudiera vestirse apropiadamente, y ordenó que se quedara con un cierto número de sirvientes para atenderlo en honorable forma, como correspondía a su condición; y así acompañado, lo instó a concurrir a la corte, lo que Leir hizo; y fue recibido de manera tan alegre, honrosa y amable, tanto por su hija como por su yerno, Aganippo, que su corazón fue inmensamente reconfortado, pues era homenajeado cual si él mismo fuera rey de todo el país.

Una vez que Leir hubo informado a su yerno y a su hija de qué forma había sido tratado por sus otras hijas, Aganippo hizo que se preparara un enorme ejército y también que

11 Sabemos por *Hist. Britt.* II. xii. 31 que, luego de la rebelión de los duques, Albany mantuvo a Lear con un séquito de sesenta caballeros. Pero, tras dos años, "indignata est Gonorilla filia ob multitudinem militum ejus, qui convicia ministris inferebant, quia eis profusior epinomia non praebeatur" [Gonorilla se encontraba indignada debido a la multitud de sus soldados, que promovían el descontrol, porque no tenían derecho a pastar]. (Cfr. *Rey Lear* I, iv, p. 53-55: "Goneril: (...) individuos de vuestro insolente séquito están siempre disputando y querellando, abandonándose a indecentes orgías que no es posible tolerar (...) vuestra desenfrenada soldadesca quiere ser servida por hombres que valen más que ella"). Albany redujo la compañía de Lear a treinta caballeros. Lear fue entonces a vivir con el duque de Cornualles, pero surgió una contienda entre los partidarios de diversas familias y Regan despidió a la mayor parte de los caballeros de Lear, que se quedó con cinco. El rey retornó con Gonorilla, que le permitió quedarse con un caballero. Este último agravio motivó la partida a Francia de Lear. El *Mirror for Magistrates* menciona las sucesivas reducciones del séquito de Lear; pero ninguna de las fuentes que he enumerado tiene algo para decir sobre las discordias entre los caballeros de Lear y las familias de sus yernos.

fuera aparejada una flota de buques para dirigirse con su suegro a Bretaña y devolverlo al reinado. Fue acordado que Cordeilla viajara también con él para tomar posesión de la tierra, que Leir prometió dejarle, como legítima heredera, sin importar el otorgamiento primero a sus hijas mayores y respectivos esposos.

Cuando el ejército y la armada naval estuvieron prontos, Leir y su hija Cordeilla con su esposo zarparon y, una vez llegados a Bretaña, lucharon con sus enemigos y los vencieron. Maglano y Hennino fueron muertos y Leir devuelto a su reino, sobre el que gobernó por espacio de dos años, hasta que murió, cuarenta años después de que comenzara a reinar.¹²

Cordeilla sucedió a Leir y reinó por cinco años, tiempo en el cual murió su esposo. Al final de este período, la rebelión de Margan, hijo de Gonorilla, y Cunedag, hijo de Regan, terminó con el encarcelamiento de Cordeilla. Sin esperanza de liberación, y siendo una mujer de coraje viril, se suicidó. (Hol. i. H. E. 13/2/45)

12 Shakespeare estuvo quizás en deuda con Holinshed por algo más que la historia de Lear:

(1) Habiendo según *Hol. i. H. E. 12/2/55*) un "templo de Apolo que se encontraba en la ciudad de Troinouant" (Londres), puede esto explicar por qué Lear jura por esa deidad (cfr. *Rey Lear I*, i, p.37: "LEAR: ¡Por Apolo!"). Holinshed menciona también (*H. E. 14/1/37*) que el nieto de Lear, Cunedag, levantó un templo "a Apolo, en Cornualles".

(2) La comparación que hace con un dragón Lear de sí mismo (cfr. *Rey Lear I*, i, p. 36. Luis Astrana Marín traduce así el parlamento de Lear: "Callaos, Kent. No os coloquéis entre el león y su furor". En efecto, en el original se lee: "*Peace, Kent! Come not between the dragon and his wrath*") pudo haber sido sugerida por el hecho de que un rey inglés más tardío "fue apodado Pendragón, ...pues el gran profeta Merlín lo comparaba a la cabeza de un dragón que, al momento de su nacimiento, apareció prodigiosamente en el firmamento, al lado de una estrella deslumbrante. Pero otros suponen que era llamado así por su sabiduría y sutileza serpentina, o puesto que llevaba una cabeza de dragón en su estandarte" (*Hol. i. H. E. 87/2/7*).

Shakespeare's Holinshed. The Chronicle and the historical plays compared¹

Richard II²

Traducción: María Inés Castagnino

Acto I, escena i: la primera escena de *La tragedia del rey Richard II*³ tiene lugar el 29 de abril⁴ de 1398, en Windsor, donde se asignó un día para el combate entre Bolingbroke y Mowbray (I, i, 199 [Richard: “[...] estad prontos [...] a comparecer en Coventry el día de

1 W. G. Boswell-Stone (ed.), *Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared*. London, Chatto and Windus, 1907.

2 Texto traducido por María Inés Castagnino. Texto que pertenece a las Crónicas se reproduce luego de la indicación entre corchetes y con tamaño de letra normal. Lo que aparece en diferente tipografía, de menor cuerpo y con sangría, son notaciones del editor de la obra, W.G. Boswell-Stone, quien estuvo a cargo de la selección de todos los fragmentos de Holinshed que guardan relación con la obra dramática de William Shakespeare.

3 Cito del texto del primer cuarto (1597), del Shakspeare Quarto Facsimile en copia del Sr. Huth. En la “escena del parlamento” (IV, i, 162-318) se cita el texto del Primer Folio.

N. de la T.: el bibliófilo y coleccionista Henry Huth (1815-1878) desarrolló una importante colección, luego incrementada por su hijo Alfred Henry Huth, que incluía ediciones en quarto y en folio de las obras de Shakespeare.

4 Rot. Parl. [Rotuli Parliamentorum. Volúmenes III-VI (Record Commissioner's Publications)], iii, 383/1.

San Lamberto.”).⁵ El 12 de marzo de 1400⁶ un cadáver, declarado oficialmente el de Richard II, fue exhibido en [la catedral de] San Pablo. Esta última fecha histórica marca el cierre de la acción, cuando Bolingbroke ve su “temor enterrado” (V, vi, 31) en el ataúd que Exton le presenta.

En la primera escena el rey Richard entra y se dirige a John of Gaunt [Juan de Gante]⁷ de la siguiente manera (I. i. 1-6):

Anciano Juan de Gante, venerable Lancaster, ¿has presentado aquí, conforme a tu promesa y juramento, a Henry de Hereford, tu intrépido hijo, para sostener la verdad de la violenta acusación que elevó últimamente contra el duque de Norfolk, Thomas Mowbray, y que nuestros quehaceres no nos permitieron oír entonces?

La “acusación que elevó últimamente” Bolingbroke fue hecha ante el Parlamento que se reunió en Shrewsbury el 27 de enero de 1398, para luego disolverse el 31 de enero. El 30 de enero de 1398,⁸

5 N. de la T.: todas las citas del texto de Shakespeare en español han sido tomadas de la traducción hecha por Luis Astrana Marín (Madrid, Aguilar S.A. de Ediciones, 1991; primera edición, 1932).

6 Trais. [Chronique de la Traison et la Mort de Richard Deux. 1398-1400. R. Williams (English Historical Society)], 103; 261.

7 N. de la T.: sólo se han traducido los nombres de los santos, no los de los personajes históricos. En este caso, excepcionalmente, se provee la traducción del nombre de Gaunt por estar muy difundida.

8 Eves. [Monachi de Evesham Historia Vitae et Regni Ricardi II. 1377-1402. T. Hearne. 1729], 142-145. Comparar con Rot.Parl. [n. 2], iii. 382/1.

N. de la T.: a partir de esta nota, cada vez que Boswell-Stone da una referencia abreviada, se indica a continuación de la misma, con el formato [n. X], el número de la nota al final en la que dicha referencia es mencionada por primera vez, y que contiene por ende los datos completos de la misma.

[*Hol.* iii. 493/2/16.]⁹ (...) Henry, duque de Hereford, acusó a Thomas Mowbray, duque de Norfolk, por ciertas palabras que éste último había pronunciado en conversación entre ellos, cuando poco tiempo antes cabalgaran juntos de Londres a Brainford, y que sonaban en gran medida como deshonor al rey. Como prueba de ello, presentó ante el rey una petición en la que convocaba al duque de Norfolk al campo de batalla por traidor, falso y desleal al rey, y enemigo del reino. Esta petición fue leída ante ambos duques en presencia del rey, hecho lo cual el duque de Norfolk se encargó de responder a ella, declarando que el duque de Hereford mentía en todo aquello que hubiere dicho en su contra, como el falso caballero que era. Y cuando el rey preguntó al duque de Hereford qué tenía que decir al respecto, éste, retirando la capucha de su cabeza, dijo: “Mi soberano señor, tal como lo dice la petición que os entregué, así digo yo en verdad que Thomas Mowbray, duque de Norfolk, es traidor, falso y desleal a vuestra alteza real, vuestra corona, y todos los estados de vuestro reino”.

Cuando entonces se preguntó al duque de Norfolk qué tenía que decir a esto, respondió: “Amado señor, con vuestro permiso para responder a vuestro pariente que aquí se encuentra, digo (guardándoos reverencia) que Henry de Lancaster, duque de Hereford, como traidor falso y desleal que es, miente en todo lo que de malo haya dicho o vaya a decir sobre mí”. “No más,” dijo el rey, “hemos oído lo suficiente”; y con esto dio la orden al duque de Surrey, en ese momento mariscal de Inglaterra, de arrestar a ambos duques en su nombre. El duque de Lancaster —padre del duque de Hereford—, el duque de York, el duque de Aumerle

9 N. de la T.: delante de todas las citas de las crónicas de Raphael Holinshed, Boswell-Stone indica el número de volumen en números romanos, seguido de los números de página / columna / línea donde comienza la cita. Las indicaciones corresponden a la segunda edición de las crónicas, que data de 1587.

—alguacil de Inglaterra— y el duque de Surrey —mariscal del reino— se comprometieron a garantizar la presencia del duque de Hereford; pero al duque de Norfolk no se le permitió presentar garantías, y por ende se lo llevó bajo arresto al castillo de Windsor, y allí quedó al cuidado de guardianes nombrados para mantenerlo bien custodiado.

Una vez que el Parlamento reunido en Shrewsbury se disolvió, se estableció una fecha, unas seis semanas después, para que el rey fuera a Windsor a escuchar y tomar alguna decisión respecto a los dos duques que así se habían acusado mutuamente. Se erigió una gran tarima dentro del castillo de Windsor¹⁰ para que el rey se sentara allí con los lores y prelados de su reino; y así, el día señalado, con él y los ya mencionados lores y prelados reunidos y ubicados en sus lugares, el duque de Hereford como querellante y el duque de Norfolk como acusado fueron convocados a presentarse ante el rey, que allí presidía en su sede de justicia. Entonces Sir John Bushy comenzó a hablar en nombre del rey, informando a los lores que, como el duque de Hereford había presentado una petición ante el rey, que se encontraba allí para administrar justicia a todos los hombres que así lo pidieran, como correspondía a su alteza real, éste por ende ahora escucharía lo que cada una de las partes tenía para

10 Según *Trais*. [n. 3] —la autoridad original para este relato de los procedimientos en Windsor— “el rey Richard volvió del parlamento de Shrewsbury en el año mil ccc iiijxx y xvij, en el mes de enero, y xl días después tuvo lugar la jornada en Windsor dedicada a oír a los dos lores que se habían acusado mutuamente de traición” (p. 13). Holinshed parece haber seguido el cómputo de *Trais*. en cuanto a la fecha establecida para la presencia de Richard en Windsor. La no concordancia de esta fecha con la que da *Rot. Parl.* [n. 2] (29 de abril) para la asamblea en Windsor puede quizás explicarse suponiendo que el autor de *Trais*. contó cuarenta días a partir del 19 de marzo de 1398, cuando Bolingbroke y Mowbray se presentaron ante Richard en Bristol y se decidió que su causa fuera juzgada de acuerdo a la “Ley de Caballería”. — *Rot. Parl.*, iii. 383/1. El 23 de febrero de 1398 se presentaron ante Richard en Oswestry, y entonces se les ordenó que se presentaran ante él en Windsor el 28 de abril de 1398. Al día siguiente (29 de abril) se fijó fecha y lugar para el combate. *Ibid.*

decir en contra de la otra. Luego el rey ordenó a los duques de Aumerle y Surrey (que eran el alguacil y el mariscal del reino) que se dirigieran a los dos duques, querellante y acusado, y les pidieran de su parte que llegaran a un acuerdo, que él, por su parte, estaría dispuesto a perdonar todo lo malo dicho o hecho entre ellos en relación con cualquier daño o deshonor hacia él o su reino. Pero ambos respondieron que ciertamente no era posible que hubiera paz o acuerdo alguno entre ellos.

Cuando escuchó lo que habían respondido, dio la orden de que fueran traídos ante su presencia, para oír lo que tenían que decir. Con lo cual un heraldo ordenó en voz alta a los duques que se presentaran ante el rey, para que cada uno diera sus razones o bien hicieran las paces sin más demora. Cuando se hallaron ante el rey y los lores, el rey mismo les habló, pidiéndoles que acordaran e hicieran las paces, “pues ese es,” dijo, “el mejor camino que pueden tomar”. El duque de Norfolk, con debida reverencia, respondió que eso no podía suceder salvando su honor. Entonces el rey preguntó al duque de Hereford qué era lo que exigía del duque de Norfolk, “y cuál es el problema por el cual no podéis hacer las paces, y ser amigos”.

Entonces se adelantó un caballero, quien, tras pedir y obtener permiso para hablar en nombre del duque de Hereford, dijo: “Bienamado y soberano señor, he aquí a Henry de Lancaster, duque de Hereford y conde de Derby, quien dice, del mismo modo que yo digo por él, que Thomas Mowbray, duque de Norfolk, es traidor falso y desleal a vos y a vuestra alteza real, y a todo vuestro reino; e igualmente el duque de Hereford dice, y yo digo por él, que Thomas Mowbray, duque de Norfolk, recibió ochocientos nobles para pagar a los soldados que guardan vuestra ciudad de Calais, cosa que no hizo como debía; y además el susodicho duque de Norfolk ha sido el motivo de todas las traiciones tramadas

en vuestro reino durante los últimos dieciocho años, y con sus falsas sugerencias y consejos maliciosos, ocasionó el asesinato de vuestro querido tío, el duque de Gloucester, hijo del rey Edward. Además, el duque de Hereford dice, y yo digo por él, que probará esto cuerpo a cuerpo contra el duque de Norfolk en justas”. Ante esto el rey se enfadó y preguntó al duque de Hereford si esas eran sus palabras; y éste respondió: “Bienamado señor, son mis palabras; y por eso requiero mi derecho a librar batalla contra él”.

Había un caballero que también pidió permiso para hablar por el duque de Norfolk y, habiéndolo obtenido, comenzó a responder de este modo: “Bienamado y soberano señor, he aquí a Thomas Mowbray, duque de Norfolk, quien responde y dice, y yo digo por él, que todo lo que Henry de Lancaster ha dicho y declarado (con excepción de la reverencia debida al rey y su consejo) es mentira; y que el ya mencionado Henry de Lancaster ha mentido falsa y malvadamente como caballero falso y desleal, y ha sido y es traidor contra vos, vuestra corona, vuestra real majestad y reino. Esto he de probar y defender, como corresponde a un caballero leal, cuerpo contra cuerpo. Bienamado señor, imploro por lo tanto a vos y vuestro consejo que os plazca, en vuestra real discreción, considerar bajo esa luz lo que Henry de Lancaster, duque de Hereford, ha dicho”.

El rey entonces preguntó al duque de Norfolk si esas eran sus palabras, y si tenía algo más que decir. El duque de Norfolk entonces respondió por sí mismo: “Bienamado señor, cierto es que recibí ese oro para pagar a vuestra gente de la ciudad de Calais, cosa que hice, y sostengo que vuestra ciudad de Calais está tan bien mantenida a vuestras órdenes como lo estuvo en cualquier otro momento, y que nunca nadie de Calais os ha hecho llegar una queja sobre mí. Mi bienamado y soberano señor, por el viaje que hice a Francia en relación con vuestro casamiento nunca recibí oro ni

plata de vos, como tampoco por el viaje que el duque de Aumerle y yo hicimos a Alemania, donde gastamos mucho tesoro. Por María, cierto es que una vez embosqué al duque de Lancaster, aquí presente, para matarlo; pero no obstante él me ha perdonado por eso, y fueron hechas las paces entre nosotros, por lo cual le agradezco de corazón. Eso es lo que tengo como respuesta, y estoy listo para defenderme ante mi adversario; por eso os imploro mi derecho a entablar batalla contra él en justo juicio”.

Luego de esto, cuando el rey hubo consultado un poco a sus consejeros, ordenó a ambos duques dar un paso adelante para oír sus respuestas. El rey hizo entonces que se les preguntara una vez más si podían acordar y hacer las paces, pero ambos respondieron categóricamente que no; y con esto el duque de Hereford lanzó su guante, que el duque de Norfolk levantó. Al ver este comportamiento entre ellos, el rey juró por San Juan Bautista que nunca más intentaría de nuevo que hicieran las paces. Y por lo tanto Sir John Bushy, en nombre del rey y su consejo, declaró que daban orden de que se estableciera un día¹¹ para la batalla entre ellos en Coventry. Aquí los autores discrepan respecto al día

11 16 de septiembre — *Rot. Parl.* [n. 2], iii, 383/1. “El panfleto francés” al que se hace referencia en la nota marginal como autoridad para la fecha de “un lunes de agosto” es Trais. [n. 3] (17; 149). Pertenece a John Stow. La fecha en Eves. [n. 4], 146, es el día de San Lamberto, 11 de septiembre. — Fab. [*The New Chronicles of England and France*. 1495. R. Fabyan. 1516. H. Ellis. 1811], ii, 544. A Bolingbroke y Norfolk se les dio orden de abandonar el reino “antes del día de San Eduardo el Confesor [20 de octubre] próximo”. — *Rot. Parl.*, iii, 383/2. Los burgueses de Lowestoft informaron a Richard que Norfolk se embarcó “el sábado [19 de octubre] siguiente luego de la fiesta de San Eduardo, en el vigésimo segundo año de vuestro reino”. — *Rot. Parl.*, iii, 384/1. Al parecer (*Usk [Chronicon Adse de Usk*. 1377-1404. E. M. Thompson. 1876], 35; 149) Bolingbroke partió al exilio el día de la fiesta (13 de octubre).

N. de la T.: “la nota marginal” aquí mencionada alude a una de las múltiples notas marginales que acompañan el texto de Holinshed, sintetizando los contenidos de cada párrafo; no se las incluye en esta traducción porque no agregan contenidos en general, aunque sí a veces los parafrasean o agregan algún detalle o indicación de fuente, como el comentario “El panfleto francés” en este caso.

señalado, pues algunos dicen que fue un lunes de agosto, otros que fue el día de San Lamberto, que es el 17 de septiembre, y otros el 11 de septiembre; pero lo cierto es que el rey les asignó no sólo el día, sino también declaró las justas y el lugar de combate, ante lo cual se hicieron grandes preparativos, como correspondía a un asunto semejante.

Nada más en esta escena requiere ilustración histórica excepto la respuesta más bien equívoca de Mowbray al cargo de haber sido el asesino de Gloucester (I, i, 132-134):

Cuanto a la muerte de Gloster, yo no lo maté,
sino que, para vergüenza mía, olvidé en aquella
ocasión un deber jurado.

Para explicar estas palabras es necesario remitirse a algunos acontecimientos del año anterior. Hacia fines de junio de 1397, Gloucester, Derby (Henry Bolingbroke), Nottingham (Thomas Mowbray) y otros se reunieron en el castillo de Arundel, y allí acordaron que algún día del siguiente agosto atraparían y tomarían prisioneros al rey y a sus tíos, los duques de Lancaster y York, y ejecutarían al resto del consejo del rey. Nottingham le reveló este complot a Richard y posteriormente, por orden del rey, arrestó a Gloucester y lo trajo a Calais.¹² Al saber que la culpa de Gloucester era comprobada, Richard...

[*Hol.* Iii. 489/1/64] ... envió a Thomas Mowbray, conde mariscal y de Nottingham, a liquidar secretamente al duque.

12 En *Trais*. [n. 3] (3; 121) hay un relato completo de este complot para apresar a Richard.

El conde demoró en ejecutar la orden del rey, aunque éste quería que fuera llevada a cabo cuanto antes, por lo cual concibió un disgusto considerable y juró que si el conde no obedecía rápidamente su orden le costaría la vida. Así fue como el conde, forzado en cierto modo, fue a buscar al duque a medianoche, como para llevarlo a abordar un barco rumbo a Inglaterra, y allí, en la posada llamada Del Príncipe, hizo que sus sirvientes lo cubrieran con plumones y lo sofocaran hasta matarlo, o bien que lo estrangularan con tohallas (según escriben algunos). Ese fue el fin de ese noble, de naturaleza feroz, arrebatado, caprichoso y más dado a la guerra que a la paz; y en especial poco encomiable porque siempre estaba quejándose del rey por todo, fuera lo que fuese que éste quisiera impulsar (...). Su cuerpo fue luego transportado a Inglaterra con toda pompa fúnebre, y enterrado en su propio feudo de Plashy, en la iglesia que allí se encuentra, en un sepulcro que él mismo en vida había hecho construir, y que allí estaba erigido.

En octubre de 1399, luego de la deposición de Richard y el ascenso al trono de Bolingbroke, Sir William Bagot, uno de los favoritos del anterior rey, “reveló muchos secretos¹³ de los que había sido cómplice; y se lo llevó un día al banquillo [en el recinto de los comunes] y se leyó en inglés un documento hecho por él, que contenía ciertas prácticas péfidas del rey Richard”. La cláusula siguiente formaba parte de las revelaciones de Bagot:

[*Hol.* Iii. 511/2/59.] En ese documento se afirmaba además que, un día que el mismo Bagot cabalgaba tras el duque de

13 Ver comentario sobre IV, i más adelante.

N. de la T.: en la nota original, Boswell-Stone da el número de la página a la que remite. Por no corresponder, naturalmente, la paginación de esta publicación con la del texto original, se reemplazan en todos los casos las indicaciones de página por las de la escena comentada.

Norfolk por la calle Savoy hacia Westminster, el duque le preguntó qué sabía acerca del modo en que había muerto el duque de Gloucester, y él respondió que no sabía nada en absoluto; “pero la gente” (dijo) “dice que vos lo habéis asesinado”. Ante lo cual el duque profirió grandes juramentos de que no era cierto, y que lo había mantenido con vida en contra de la voluntad del rey, y ciertos otros lores, por espacio de tres semanas y más; afirmando, además, que nunca en su vida había temido tanto su muerte como al volver de Calais en aquella ocasión para presentarse ante el rey, por no haber ejecutado al duque. “Y entonces” (dijo) “el rey nombró a uno de sus propios sirvientes, y a ciertos otros que eran sirvientes de otros lores para que fueran con él a hacer que se ejecutara al duque de Gloucester”; jurando que, tal como lo afirmarí­a ante Dios, nunca había sido su intención que muriera de esa manera,¹⁴ salvo por temor al rey y para salvar su propia vida.

Acto I, escena ii: Gaunt, en camino a Coventry (línea 56 [“Adiós, hermana. Debo salir para Coventry”]), ha visitado a la duquesa de Gloucester. Al entrar, le dice a ella (líneas 1-3):

¡Ay de mí! Los lazos de sangre que me unían a Woodstock me solicitan más aún que vuestros clamores para resolverme contra los asesinos de su vida.

En febrero de 1397 Richard quedó alarmado y furibundo por un violento reto de Gloucester porque la ciudad de Brest había sido entregada a John, duque de

14 *Esa manera*] Hol. ed. 1. *El fuerte*] Hol. ed. 2.

N. de la T.: aquí Boswell-Stone apunta una discrepancia entre la primera y la segunda edición de las crónicas de Holinshed, donde se lee *that sort* (“esa manera”) y *the fort* ([en] “el fuerte”, en alusión a la fortaleza donde Gloucester fue asesinado) respectivamente.

Bretaña, como pago de un dinero por el que la ciudad era prenda.

[*Hol.* iii. 188/1/8.] Ante tan atrevida multiplicación de palabras del duque contra el rey, entre ambos se encendieron las brasas de un disgusto que no dejaría de arder en llamas hasta que al duque no le llegara su fin. (...)

[Posteriormente Richard] decidió suprimir tanto al duque como a otros de sus cómplices, y comenzó a tener en cuenta lo que el duque decía y hacía más diligentemente que nunca antes. Y así como sucede que aquellos que sospechan algún mal siempre piensan lo peor, así el rey tomó todo a mal, tanto que se quejó del duque ante los hermanos de éste, los duques de Lancaster y York, diciendo que Gloucester se oponía a él en todo y que buscaba su destrucción, la muerte de sus consejeros y la caída de su reino.

Los dos duques de Lancaster y York, para librar la mente del rey de sus sospechas, respondieron que no ignoraban que su hermano Gloucester, como hombre de palabras precipitadas ocasionalmente, solía decir más de lo que podía o quería realizar, y que esto provenía de un corazón fiel al rey; que le apenaba saber que los confines de los dominios ingleses se vieran en modo alguno disminuídos; y que por lo tanto su majestad no debía tener en cuenta sus palabras, dado que ningún daño recibiría por ellas. Estos argumentos quietaron al rey por un tiempo, hasta que fue informado del plan que el duque de Gloucester había ideado (según se decía entre varias personas) para apresar al rey. Pues entonces los duques de Lancaster y York, tras reprender al duque de Gloucester por la liberalidad de sus expresiones (...) y percibiendo que él hacía caso omiso a las palabras de ellos, tuvieron dudas, temiendo que, si permanecían en la corte, él, con mente presuntuosa y confiando en que ellos lo tolerarían, intentaría alguna empresa atroz. Por lo cual

consideraron mejor retirarse por un tiempo a sus territorios, para que en su ausencia él aprendiera a sofrenarse por temor a ocasionar mayor disgusto. Pero lo que sucedió fue que con su partida de la corte dejaron abandonado al duque de Gloucester. Pues una vez que hubieron partido, aquellos que tenían mala voluntad hacia el duque de Gloucester no cesaron de procurar que el rey lo sacara de en medio.

Los reproches de la duquesa de Gloucester (I. ii. 9-34 [“¿El amor fraternal no halla en ti una espuela más viva para agujonearte a la venganza?” hasta “Lo que en las gentes de baja estofa denominamos resignación, es pálida y fría cobardía en los pechos nobles.”]) tienen más peso si, como parece según el siguiente extracto, Gaunt y York estaban en un principio dispuestos a vengar la muerte de su hermano.

[*Hol.* iii. 489/2/68] El Parlamento fue convocado para comenzar en Westminster el 17 de septiembre,¹⁵ y se enviaron documentos formales a todos los lores para que se presentaran, y que trajeran con ellos cantidad suficiente de hombres armados y arqueros con sus mejores atavíos, pues no se sabía cómo iban a tomar los duques de Lancaster y York la muerte de su hermano (...). Sin duda los dos duques, al enterarse de que su hermano había sido despachado tan súbitamente, no supieron qué decir al respecto, y ambos se sintieron apenados por su muerte y dudaron de su propia seguridad; pues cuando vieron cómo el rey (mal manejado por el consejo de hombres malvados) no se había abstenido de cometer un acto tan atroz, pensaron que más adelante intentaría desórdenes mayores de cuando en cuando. Por

15 Las sesiones de este Parlamento fueron levantadas el 29 de septiembre de 1397 y retomadas en Shrewsbury el 27 de enero de 1398. - *Eves.* [n. 4], 141, 142; *Usk* [n. 6], 17; 123.

lo tanto, reunieron apresuradamente un gran número de sirvientes, amigos y arrendatarios y, al llegar a Londres, fueron recibidos en la ciudad. Pues los londinenses estaban muy apenados por la muerte del duque de Gloucester, que siempre había buscado favorecerlos; al punto tal que les habría gustado unirse a los duques para buscar venganza por la muerte de un hombre tan noble (...).

Aquí los duques y otros se reunieron en consejo, y se propusieron muchas cosas. Algunos sostenían que había que vengar la muerte del duque de Gloucester por la fuerza; a otros les parecía apropiado que el conde mariscal y el conde Huntington, y ciertos otros, como principales autores de esta maldad, fueran perseguidos y castigados por sus faltas, por haber entrenado al rey en el vicio y las malas costumbres incluso desde su juventud. Pero los duques (una vez que su disgusto se calmó un poco) determinaron cubrir las huellas de sus penas por un tiempo y, si el rey cambiaba de actitud, olvidar las injurias pasadas.

Acto I, escena iii. —mi siguiente extracto provee el material para esta escena.

[*Hol.* iii. 494/2/41.]¹⁶ Para la época establecida, el rey fue a Coventry, donde estaban listos los dos duques, según la orden dada; habían venido con gran pompa, acompañados por los lores y caballeros de sus linajes. El rey hizo que se erigieran allí y se prepararan una suntuosa tarima o teatro y un lugar para la justa. El domingo anterior al combate, luego de comer, el duque de Hereford vino al rey (que estaba alojado a un cuarto de milla fuera de la ciudad, en una

16 La autoridad original para este extracto es *Trais*. [n. 3], 17-23; 149-158. Halle [*The union of the two noble and illustre families of Lancastre and York*. 1398-1547. E. Halle, 1550] (3-5) agregó varios detalles a este relato (e.g. la vestimenta de los duques), que Holinshed copió.

torre que pertenecía a Sir William Bagot) para despedirse de él. Al día siguiente, el establecido para el combate, al comenzar el día, vino el duque de Norfolk a la corte, también para despedirse del rey. El duque de Hereford se armó en su tienda, que estaba erigida cerca del lugar de la justa; y el duque de Norfolk se puso su armadura entre la puerta y la barrera de la ciudad, en una casa hermosa, que tenía un bello bosquecillo en la entrada, de modo que nadie podía ver lo que se hacía dentro de la casa.

Ese día, el duque de Aumerle, que era el alguacil de Inglaterra, y el duque de Surrey, mariscal, se ubicaron entre ellos, bien armados y preparados; y, cuando llegó el momento, entraron primeros en el lugar de la justa con gran compañía de hombres vestidos de seda bordada rica y curiosamente en plata, cada hombre con una lanza para mantener el campo en orden. A la hora prima,¹⁷ se aproximó a las barreras del lugar de la justa el duque de Hereford, montado en un corcel blanco con albarda de terciopelo verde y azul suntuosamente bordada de cisnes y antílopes en trabajo de orfebre, y armado de pies a cabeza. El alguacil y el mariscal se aproximaron a las barreras, pidiendo que se identificara. Él respondió: “Soy Henry de Lancaster, duque de Hereford, y he venido aquí para hacer mi intento contra Thomas Mowbray, duque de Norfolk, como traidor y falso ante Dios, el rey, su reino, y ante mí”. Entonces de inmediato juró sobre los santos evangelistas que su querrela era verdadera y justa, y que por tal motivo requería ingresar en el campo de la justa. Luego levantó su espada, que hasta ahora tenía desenvainada en la mano, y, retirándose la visera, hizo una cruz sobre su caballo; y, lanza en mano, ingresó en el campo, descendió de su caballo y se sentó en una silla

17 N. de la T.: la hora prima, en la liturgia cristiana de las horas, corresponde aproximadamente a las seis de la mañana.

de terciopelo verde, en un extremo del lugar, y allí reposó, a la espera de la llegada de su adversario.

Poco después que él ingresó al campo con gran triunfo el rey Richard, acompañado de todos los pares del reino (...). El rey tenía consigo más de diez mil hombres armados, por si surgía alguna lucha o tumulto entre sus nobles, por disputas o por tomar partido. Cuando el rey se halló en su asiento (que estaba ricamente vestido y adornado), un rey de armas hizo una proclama pública por la que se prohibía a todos los hombres, en nombre del rey, del alguacil y del mariscal, intentar aproximarse o tocar nada dentro del campo, bajo pena de muerte, excepto aquellos a quienes se les ordenara poner orden en el campo. La proclama terminó y otro heraldo exclamó: “¡Ved aquí a Henry de Lancaster, duque de Hereford, querellante, que ha ingresado al campo real para cumplir con su deber en contra de Thomas Mowbray, duque de Norfolk, acusado, so pena de ser descubierto como falso y cobarde!”.

El duque de Norfolk esperaba en la entrada del campo montado en su caballo, que llevaba una albarda de terciopelo carmesí ricamente bordada con leones de plata y moreras; y una vez que hizo su juramento ante el alguacil y el mariscal de que su querella era justa y verdadera, ingresó valientemente al campo, diciendo en voz alta: “¡Que Dios asista a quien esté en lo correcto!”. Y luego abandonó su caballo y se sentó en su silla, que era de terciopelo carmesí, y tenía en torno un cortinado de damasco blanco y rojo. El lord mariscal revisó sus lanzas, para ver que fueran de igual longitud, y entregó él mismo la lanza al duque de Hereford, y le envió la otra al duque de Norfolk por medio de un caballero. Entonces el heraldo proclamó que los aprestos y las sillas de los campeones debían ser retiradas, y les ordenó en nombre del rey montar sus caballos y encarar la batalla y el combate.

El duque de Hereford pronto estuvo montado, cerró su yelmo, calzó la lanza en su apoyo, y cuando sonó la trompeta avanzó valerosamente contra su enemigo unos seis o siete pasos. El duque de Norfolk no se había puesto en marcha del todo aún,¹⁸ cuando el rey lanzó su bastón de mando y el heraldo exclamó: “¡Alto, alto!”. Entonces el rey hizo que les retiraran las lanzas, y les ordenó dirigirse nuevamente a sus asientos, donde permanecieron por dos largas horas, mientras el rey y su consejo deliberaban cuál era la mejor medida a tomar ante una causa de tanto peso. Finalmente, una vez que hubieron ideado y decidido por completo lo que debía hacerse, los heraldos pidieron silencio; y Sir John Bushy, secretario del rey, leyó la sentencia y determinación del rey y su consejo de un largo rollo, cuyo efecto era que Henry, duque de Hereford, debía en el lapso de quince días abandonar el reino, y no volver antes de que expirara un término de diez años, salvo que el rey revocara su castigo, y esto bajo pena de muerte; y que Thomas Mowbray, duque de Norfolk, por haber sembrado la sedición en el reino mediante sus palabras, debía igualmente partir del reino para nunca más retornar a Inglaterra, ni aproximarse a sus límites o confines, bajo pena de muerte; y que el rey se quedaría con las ganancias de sus tierras hasta haber recaudado una suma de dinero igual a la que el duque había tomado del tesoro del rey para los sueldos de la guarnición de Calais, que todavía estaban impagos.

Una vez leídos estos juicios, el rey llamó ante sí a ambas partes y les hizo jurar que ninguno de los dos se presentaría voluntariamente en el lugar donde estuviera el otro, ni se mantendrían compañía juntos en ninguna parte del extranjero; juramento que ambos hicieron humildemente,

18 “le duc de Noruolt ne se bouga ne ne fist semblant de soy deffendre” [“El duque de Norfolk no se movió ni pareció defenderse”]. *Trais*, [n. 3], 21.

y luego se retiraron. El duque de Norfolk partió del reino apenado hacia Alemania, y finalmente llegó a Venecia, donde murió a raíz de sus pensamientos y su melancolía; pues había tenido la esperanza (según registran los escritores) de ser defendido en el asunto por el rey, lo cual, cuando resultó ser lo contrario, lo apenó no poco. El duque de Hereford se despidió del rey en Eltham, y el rey allí lo eximió de cuatro años de su exilio; así que de allí viajó a Calais y desde allí partió al interior de Francia, donde permaneció.

Acto I, escena iv. —Richard entra con Bagot, Greene y Aumerle. La “cortesía con el vil populacho” de Bolingbroke (I, iv, 24 y siguientes [Richard: —“Nos mismo, Bushy, Bagot y Green, aquí presentes, hemos observado su cortesía con el vil populacho; [...]” hasta “[...] como si nuestra Inglaterra fuese su patrimonio y él el heredero próximo ofrecido a la esperanza de nuestros vasallos.”]), que Richard ha notado, no es mencionada en las Crónicas, pero el siguiente párrafo demuestra que el duque dejaba muchos amigos tras de sí.

[*Hol.* iii. 495/2/25.] Era una maravilla ver la cantidad de gente que corría tras él en cada ciudad y en cada calle por la que pasaba, antes de embarcarse; lamentaban y lloraban su partida, como si pensarán que con él se iba el único escudo, defensa y confort de la comunidad.

Dejando de lado todo pensamiento sobre Bolingbroke, Greene aconseja a Richard tomar prontas medidas para subyugar a “los rebeldes que se han levantado en Irlanda” (I, iv, 37-41 [“Bueno; ya se ha ido, y con él estas ideas. Ahora, mi soberano, es preciso obrar prontamente con los rebeldes que se han le-

vantado en Irlanda, antes que un largo aplazamiento les permita aumentar sus medios de acción en ventaja suya y para ruina de vuestra alteza.”). Holinshed dice:

[*Hol.* Iii. 496/2/70.] Entre tanto¹⁹ el rey, enterado de que los salvajes irlandeses saqueaban y destruían a diario las ciudades y aldeas dentro de los límites ingleses, y que habían matado a muchos de los soldados que se encontraban allí en guarnición para defender ese país, decidió viajar hacia allí prontamente, y preparó todo lo necesario para su viaje hacia la primavera.

Holinshed menciona la división de Inglaterra en granjas llevada a cabo por Richard (I, iv, 45 [Richard: — “[...] estamos obligados a arrendar nuestro dominio real.”]; comparar con II, i, 57-64 [Gaunt: — “[...] el país de estas queridas almas; este caro, caro país, [...] está ahora arrendado [...]” hasta “Esta Inglaterra, que acostumbraba conquistar a todos, ha realizado una vergonzosa conquista de sí misma.”], 109-113 [Gaunt: — “Que, sobrino, aunque rigieses los destinos del mundo, sería una vergüenza enajenar este país; pero cuando todo tu universo consiste en este país, ¿no es más que vergonzoso avergonzarlo de tal manera? Tú eres ahora el propietario explotador de Inglaterra, no su rey.”], 256 [Ross: — “El conde de Wiltshire tiene el reino en arriendo”.]):

19 Roger, cuarto conde de March, fue muerto por los irlandeses el 20 de julio de 1398. — Usk [n. 6], 19; 126. “Cujus morte cognita, Rex statuit vindicare personaliter mortem ejus, Hiberniensisque domare”. [“Al enterarse de su muerte, el rey decidió vengarla personalmente, y dominar a los irlandeses.”] — *Wals.* [*Thomae Walsingham Historia Anglicana*. 1272-1422. H. T. Riley], ii. 229. Roger era el lugarteniente de Richard en Ulster, Connaught y Meath. — *Calend. R.R. P.P.* [*Calendarium Rotulorum Patentium*. 1201-1483. Record Commissioners' Publications], 19 Ric. II., 230/2/7.

[*Hol.* iii. 496/1/64.] El rumor común decía que el rey había convertido el reino de Inglaterra en granjas para Sir William Scrope, conde de Wiltshire, entonces tesorero de Inglaterra, y Sir John Bushy, Sir William Bagot y Sir Henry Greene, caballeros.²⁰

Sobre las “cartas blancas” (I, iv, 48-51 [Richard: — “[...] nuestros gobernadores del interior obtendrán cartas blancas por las cuales harán contribuir con fuertes sumas de oro a aquellas personas tenidas por ricas, sumas que nos enviarán para subvenir a nuestras necesidades, [...]”]) como fuente de ingresos, tenemos el siguiente reporte. En 1398 hubo una reconciliación entre Richard y los londinenses,²¹ con quienes había estado profundamente ofendido.

[*Hol.* iii. 496/1/11.] Pero para contentar aún más la mente del rey, muchas cartas blancas fueron emitidas y llevadas a la ciudad, y muchos de los más ricos y adinerados ciudadanos estuvieron dispuestos a sellarlas, por grandes importes, según resultó después. Cartas similares fueron enviadas a todos los condados dentro del reino, lo cual ocasionó gran rencor y murmuraciones en el pueblo; pues, una vez que estaban selladas, los oficiales del rey escribían en ellas lo que querían, tanto para cobrar dinero a los firmantes como para otras cosas.

20 *Fab.* [n. 6] (545), la autoridad de Holinshed, dice que este rumor era corriente durante el vigésimo segundo año del reino de Richard (del 21 de junio de 1398 al 20 de junio de 1399).

21 Según *Fab.* [n. 6] (545) esta reconciliación se efectuó tras la suspensión del Parlamento el 29 de septiembre de 1397. La ira de Richard fue ocasionada por la oposición de los londinenses a “ciertos actos” de ese Parlamento.

En abril de 1399²² se cobraron grandes sumas a los habitantes de diecisiete condados que habían ayudado al duque de Gloucester en el *coup d'état* de 1337, y se les requirió una nueva promesa de lealtad.

[*Hol.* iii. 496/2/30.] Además, fueron obligados a firmar y sellar ciertos documentos en blanco,²³ de los que ya habéis oído hablar; en los cuales, cuando le pluguiera, el rey podría escribir lo que le pareciera bien.

Holinshed no nombra el fin al que se aplicaba el dinero así obtenido. Shakespeare infirió (I, iv, 43-52 [Richard: —“Iremos en persona a esta guerra, y como nuestras arcas, por efecto de una excesiva magnificencia y harto liberales larguezas, se hallan algo vacías...” hasta “...pues queremos partir para Irlanda inmediatamente.”]) que el costo de la guerra con Irlanda obligó a Richard a arrendar sus dominios y emitir las cartas blancas. Que Richard fue acusado de obtener dinero extorsivamente para ese propósito²⁴ se deduce de uno de los artículos exhibidos en su contra en el parlamento por el que fue depuesto.

22 “Cito post Pascha” [“Poco después de Pascua”] (30 de marzo). *Ott.* [*Duo Rerum Anglicarum Scriptores Veteres, viz, Thomas Otterbourne et Johannes Whethamstede.* Ott. 1420. Wheth. 1455-1461. T. Hearne. 1732], 199. Comparar con *Wals.* [n. 13], ii. 230, 231.

23 Según *Ott.* [n. 16], 200, y *Wals.* [n. 13], 231,, parece que estas cartas blancas (*albas chartas*) fueron simultáneas a las multas impuestas a los condados. Pero según Eves. [n. 4] (146, 147) estas multas y cartas blancas estaban en operación para *Michaelmas* de 1398.

N. de la T.: *Michaelmas*, o la fiesta de San Miguel Arcángel, corresponde en el calendario cristiano al 29 de septiembre.

24 *Ott.* [n. 16] (197) dice que durante la Cuaresma de 1399 Richard recaudó dinero, etcétera, para la expedición a Irlanda.

[Hol. iii. 502/2/56.] Item 19: el clero alega en su contra que, cuando se preparaba para partir rumbo a Irlanda, recabó sumas notables de dinero, además de platería y joyas, sin que fuera ley ni costumbre, y contrariamente al juramento que hizo cuando su coronación.

Acto II, escena i: mientras Richard ideaba maneras de pagar su expedición a Irlanda, se le rogó que visitara a John of Gaunt, quien se encontraba en Ely House “gravemente enfermo” (I, iv, 54-58 [Bushy: —“El anciano Juan de Gante se halla gravemente enfermo, señor; ha sido un ataque subitáneo, y ha enviado a toda prisa un mensajero para suplicar a vuestra majestad que lo visite.” / Richard: —“¿Dónde está?” / Bushy: —“En Ely House”]). La muerte de Gaunt es registrada brevemente por Holinshed de la siguiente manera.

[Hol. iii. 496/1/22.] Entre tanto [3 de febrero de 1399],²⁵ el duque de Lancaster abandonó esta vida en casa del obispo de Ely, en Holborn.

Los detalles de la muerte de Gaunt (II, i, 1-138 [Gaunt: —“¿Vendrá el rey, a fin de que pueda exhalar yo mi último suspiro en consejos saludables para su desconsiderada juventud?” hasta “Que gocen de la vida los que poseen el cariño y el honor.”]) fueron imaginados por Shakespeare, pero para el resto de esta escena encontró algo de material en Holinshed. El siguiente extracto ilustra las líneas 160-162 [Richard: —“[...] tomare-

25 “In crastino Purificationis beatae Mariae” [“el día después de la Purificación de la Santísima Virgen María”] (3 de feb.). - *Ott.* [n. 16], 198. “In crastino Sancti Blassii” [“el día después de San Blas”]. (4 de feb.). - *Usk* [n. 6], 23; 132.

mos para nuestras necesidades la plata, el numerario, las rentas y los muebles que se hallaban en posesión de nuestro tío Juan de Gante.”]; 201-208 [York: —“[...] si vos tomáis injustamente los derechos de Hereford, [...]” hasta “[...] agujijoneáis mi afectuosa paciencia a pensamientos a que no quisieran dar acceso mi honor y mi fidelidad.”].

[*Hol.* iii. 496/1/40.] La muerte de este duque ocasionó el aumento del odio del pueblo hacia el rey, pues éste tomó todos los bienes que pertenecían al duque, y también recibió todas las rentas y ganancias provenientes de sus tierras, que deberían haber pasado al duque de Hereford como su justa herencia. Al revocar las patentes que había otorgado antes a Hereford para que sus apoderados pudieran hacer valer sus derechos con respecto a todo tipo de herencia o posesión que le correspondiera en adelante,²⁶ y no permitirle aplazar el cumplimiento de su castigo mediante el pago de una multa razonable, era evidente que el rey tenía intenciones de destruirlo por completo.

Shakespeare contaba con la autoridad de Holinshed para el resentimiento de York ante tamaña injusticia, y su consecuente partida de la Corte (II, i, 163-214 [York: —“¿Cuánto tiempo durará mi paciencia?” hasta “No permaneceré aquí en tanto; soberano mío, adiós; lo que de ello resulte, nadie puede predecirlo; pero es de suponer que de los malos procedimientos no salgan buenos resultados.”]).

[*Hol.* iii. 496/1/40.] Este maltrato poco gustó a la nobleza, y generó protestas de los comunes. Pero sobre todo el

26 Ver comentario sobre II, iii más adelante.

duque de York se molestó profundamente por esto; hasta este momento había soportado muchas cosas con tanta paciencia como podía, aunque lo tocaban muy de cerca, como la muerte de su hermano, el duque de Gloucester, y el destierro de su sobrino, el duque de Hereford, y otros perjuicios más en gran número; las cuales había dejado pasar y tratado de olvidar lo mejor posible a causa de la desordenada juventud del rey. Pero ahora, al percibir que no podía haber ni ley, ni justicia ni equidad allí donde la voluntad deliberada del rey se inclinaba hacia propósitos malignos, (...) consideró sabio retirarse a tiempo a un lugar de descanso (...).

Por lo cual, junto al duque de Aumerle, su hijo, se fue a su casa de Langley.

Una de las ofensas que York había soportado pacientemente fue la de “los impedimentos puestos al matrimonio del pobre Bolingbroke” (II, i, 167, 168). Aquello a lo que York hace referencia es narrado por Holinshed de este modo:

[*Hol.* iii. 495/2/31.] Al llegar [Bolingbroke] a Francia, el rey Charles [VI], al enterarse de la causa de su exilio (que le pareció muy menor), lo recibió con mucha gentileza y lo agasajó honorablemente, al punto tal que Bolingbroke por su favor habría obtenido en matrimonio a la única hija del duque de Berry, tío del rey francés, si el rey Richard no hubiera puesto obstáculos; porque éste, una vez que constató la cuestión, envió al conde de Salisbury²⁷ a toda velo-

27 La fecha de la misión de Salisbury fue, quizás, marzo de 1399. Poco después (“assez tôt après”) de su retorno a Inglaterra, una proclama real indicó que se llevaría a cabo un torneo en Windsor. Después de este torneo Richard hizo preparativos para ir (“ordonna aller”) a Irlanda. Dejó a la reina en Windsor y partió desde allí a Bristol (*Frois. [Chroniques de Jean Froissart. 1327-1400. J. A. Buchon],* xiv. 163, 164).

ciudad a Francia; tanto para dar a entender, mediante falsas sugerencias, odiosas ofensas [de Bolingbroke] en su contra [del rey], como para requerir al rey francés que de ningún modo permitiera que una pariente suya se uniera en matrimonio con un ofensor manifiesto.

Al salir de escena Richard anuncia su intención de embarcarse a Irlanda “mañana mismo”, y nombra a York “lord gobernador de Inglaterra” (II, i, 217-220 [Richard: —“Mañana mismo saldremos para Irlanda; y apenas hay tiempo, creo. En ausencia nuestra, creamos lord gobernador de Inglaterra a nuestro tío York, [...]”). Puede que haya una alusión a las “justas” llevadas a cabo en Windsor “un poco antes” de embarcarse Richard (Hol. iii. 497/1/3) en II, i, 223 [Richard: —“Estemos alegres, ya que es corto el tiempo que nos queda de permanecer juntos.”]:

[Hol. iii. 497/1/8.] Cuando las justas terminaron, el rey partió rumbo a Bristol para pasar de allí a Irlanda, dejando a la reina con su séquito en Windsor; nombró como teniente general en su ausencia a su tío, el duque de York; y así en el mes de abril,²⁸ según escriben diversos autores, partió desde Windsor y finalmente se embarcó en Milford, y desde allí, con doscientos barcos y un potente grupo de hombres armados y arqueros, zarpó a Irlanda.

Tres pasajes de Holinshed pueden haberle sugerido a Shakespeare la conversación entre Northumber-

28 “Post Pentecosten proximo sequens” (léase *sequentem* o entiéndase *festum*) [“el siguiente Pentecostés”]. - Eves. [n. 4], 148. “Circa festum Pentecostes”. [“cerca de la fiesta de Pentecostés”] - *Ott.* [n. 16], 200. *Wals.* [n. 13], 231. En 1399 el domingo de Pentecostés cayó el 18 de mayo. *Fab.* [n. 6] (545)—citado por *Hol.* en la nota marginal— da “y moneth of April” [“el mes de abril”] como fecha.

land, Ross y Willoughby (líneas 241-248 [“El rey no se pertenece a sí...” hasta “Ha arruinado a los comunes con gravosas tasas, y medio ha perdido sus simpatías; ha impuesto multas a los nobles por antiguas querellas, y casi se ha enajenado sus corazones.”]), que permanecen en escena una vez que Richard se retira. Northumberland parece aludir (líneas 241-245 [Northumberland: —“El rey no se pertenece a sí, sino que está vilmente manejado por aduladores, y todo cuanto le exijan, meramente por odio, contra cualquiera de nosotros, lo ejecutará severamente en contra nuestra, de nuestras vidas, de nuestros hijos y de nuestros herederos.”]) a un acto del Parlamento servil de 1397, que Holinshed registra así:

[*Hol.* iii. 493/1/40.] Finalmente, se otorgó un perdón general a todas las ofensas de todos los súbditos del rey, pero fueron exceptuados cincuenta cuyos nombres el rey no quiso especificar en modo alguno, sino que se los reservó para su propio conocimiento, de modo que, cuando alguno de la nobleza lo ofendiera, él pudiera a su gusto incluirlo entre los exceptuados, y así mantenerlos a todos en peligro. (...)

Muchas otras cosas hizo este Parlamento que disgustaron a no poca gente; a saber, muchos herederos legítimos fueron privados de sus tierras y rentas por autoridad de este Parlamento. Acciones tan incorrectas ofendieron mucho al pueblo, al punto que el rey y aquellos que estaban con él, especialmente en su consejo, fueron muy infamados y calumniados.

Richard II había obtenido grandes subvenciones de sus parlamentos; y el opresivo impuesto al que podemos suponer que se refiere Ross ocasionó la rebelión de los comunes en 1381. De ese impuesto Holinshed dice:

[*Hol.* iii. 428/2/36.] Hubo un nuevo y extraño subsidio o tasa cuyo cobro se permitió para uso del rey, y para los costos del ejército que fue a Francia con el conde de Buckingham; a saber, a cada clérigo secular o regular, seis chelines y ocho peniques, y lo mismo a cada monja; y a cada hombre y mujer casados o solteros que tuvieran dieciséis años de edad en adelante (exceptuando solamente a los mendigos reconocidos), cuatro peniques. Gran encono y más de una amarga maldición siguieron al cobro de este dinero, y de allí surgió mucho malicia, como pudo notarse más adelante.

Como ilustración de las líneas 247 y 248 [Ross: —“ [...] ha impuesto multas a los nobles por antiguas querrelas, y casi se ha enajenado sus corazones.”] cito el pasaje antes mencionado acerca de las multas cobradas a diecisiete condados.

[*Hol.* iii. 496/2/9.] Además, ese año [1399] hizo que diecisiete condados del reino, a modo de multa, pagaran sumas nada pequeñas de dinero para redimirse de sus ofensas, por haber ayudado al duque de Gloucester y a los condes de Arundel y Warwick cuando se alzaron en armas en su contra. Los nobles, caballeros y comunes de esos condados también se vieron forzados a hacer una nueva promesa que asegurara al rey su fidelidad en el futuro. Y para esto se envió a ciertos prelados y otros personajes honorables a esos condados para convencer a los hombres de pagar, y ver que las cosas se ordenaran al gusto del príncipe. Pues sin duda las multas que esos nobles y otros con menos propiedades de esos condados se vieron obligados a pagar no eran menores, sino enormes, para ofensa de muchos.

Después de las “cartas blancas”, Willoughby menciona las “donaciones gratuitas”²⁹ como una de las “nuevas exacciones” ideadas por Richard (II, i, 250 [Willoughby: —“Y cada día inventa nuevas exacciones, tales como cartas blancas, donaciones gratuitas y no sé qué más.”]). La “benevolencia” fue —en nombre, al menos— idea concebida por un rey posterior.³⁰ En 1473 Eduardo IV estaba meditando una expedición a Francia:

[*Hol.* iii. 694/1/43.] Pero como le faltaba dinero, y no podía cargar a sus súbditos con un nuevo subsidio, puesto que había recibido el año previo grandes sumas de dinero con permiso otorgado por el parlamento, ideó esta variante: llamar a su presencia a un gran número de las gentes más ricas de su reino, y declarando ante ellos su necesidad, y las causas de la misma, pedir a cada uno de ellos alguna porción de dinero que no les molestara donar. Y por ende el rey, dispuesto a demostrar que la liberalidad de ellos le era muy aceptable, llamó a esta donación de dinero “una benevolencia”; aunque muchos dieron grandes sumas al nuevo fondo de mala gana, por lo cual en su caso podría llamarse “una malevolencia”.

Cuando Willoughby pregunta qué se ha hecho con el dinero que así recaudó Richard, Northumberland le responde (líneas 252-254):

29 N. de la T.: Astrana Marín traduce como “donaciones gratuitas” el término *benevolences*, literalmente “benevolencias”.

30 De esos habitantes de diecisiete condados que pagaron multas a Richard en 1399, *Wals.* [n. 13] dice (ii, 230-231): “coacti sunt Regi concedere... importabiles summas pecunnie, pro *benevolentia sua recuperanda*”. *Ott.* [n. 16] dice (199): “Vocabantur itaque tales summae, sic levatae de singulis comitatibus, *le pleasance*”. [“Se vieron obligados a conceder insoportables sumas de dinero para recuperar su benevolencia”; “Por lo tanto, se suele llamar a dichas sumas, así recaudadas de cada condado, el *benefácito*”.]

No han sido las guerras lo que lo han devorado, pues aún no se ha batido, sino que ha cedido cobardemente, por medio de compromisos, cuanto sus antepasados habían adquirido por la lucha.

Shakespeare puede haber tenido en mente la cesión de Brest que Richard hizo a John, duque de Bretaña (ver más atrás); una medida censurada por Gloucester, quien dijo francamente al rey:

[*Hol.* iii. 487/2/65.] Señor, su majestad debería exponer su cuerpo al dolor para ganar un baluarte o una ciudad mediante logros en batalla, y aún así os tomáis la atribución de vender o entregar cualquier ciudad o baluarte obtenidos con gran esfuerzo por la hombría y las tácticas de vuestros nobles progenitores.

Northumberland da a entender que la salvación es cercana y, urgido a ser más explícito, dice:

De Puerto Blanco, bahía de Bretaña, he recibido aviso de que Enrique, duque de Hereford; Relignold, lord Cobham (...), que rompió recientemente con el duque de Exeter, su hermano, el anterior arzobispo de Canterbury; sir Tomás Erpingham, sir Juan Romston, sir Juan Norbery, sir Roberto Waterton y Francis Quoint, todos bien equipados por el duque de Bretaña, con ocho grandes navíos y tres mil hombres de guerra, avanzan a toda prisa y esperan tocar próximamente nuestra costa Norte. Tal vez estuviesen ya en ella si no esperasen primero la salida del rey para Irlanda.³¹

31 "Su hermano", es decir el hermano de Richard, conde de Arundel. Ritson sugirió que la línea faltante fue tomada casi literalmente de *Hol.*, y que decía así: "el hijo y heredero del difunto conde

Durante la estadía de Richard en Irlanda,

[Hol. iii. 497/2/57.] ... varios entre la nobleza, tanto preladados como otros, e igualmente muchos de los magistrados y gobernantes de las ciudades, aldeas y comunas, aquí en Inglaterra, percibiendo a diario que el reino se dirigía a la ruina absoluta, y que tenía pocas chances de recuperar su estado de riqueza anterior mientras el rey Richard viviera y reinara (según ellos lo entendían), decidieron tras gran deliberación y consejo reflexivo enviar cartas al duque Henry, a quien ahora llamaban (como de hecho lo era) duque de Lancaster y Hereford, requiriendo a toda velocidad su presencia en Inglaterra, y prometiéndole todos sus poderes, ayuda y asistencia si él, retirando al rey Richard como persona inadecuada para el cargo que ocupaba, aceptaba tomar el cetro, la diadema y el gobierno de su patria y región.

Él, entonces, viéndose así convocado por mensajeros y cartas de sus amigos, y sobre todo por la insistencia de Thomas Arundel,³² ex arzobispo de Canterbury, quien (...) había sido retirado de su sede y exiliado del reino por el rey Richard, se fue a Bretaña junto con dicho arzobispo; allí fue recibido gozosamente por el duque y la duquesa, y halló tal amistad en ellos que ciertos barcos fueron preparados y puestos a su disposición en un lugar de la baja Bretaña³³ llamado Le Port Blanc, como leemos en las crónicas de Bretaña. Y cuando todas las provisiones estuvieron listas, se embarcó, junto con el ya mencionado arzobispo de Canterbury y su sobrino Thomas Arundel, hijo y

de Arundel". - Var. Sh. [The Plays and Poems of William Shakespeare. E. Malone & J. Boswell. 1821.] Xvi. 65.

N. de la T.: el excéntrico pero efectivo Joseph Ritson (1752-1803) publicó una crítica de esta edición de las obras de Shakespeare.

32 Thomas Arundel (o Fitz-Alan) fue exiliado el 24 de septiembre de 1397. - Eves. [n. 4], 139.

33 *La Basse Bretagne*, baja Bretaña, o Bretaña occidental.

heredero del difunto conde de Arundel (...). También estaban con él Reginald, lord Cobham; sir Thomas Erpingham y sir Thomas Ramston, caballeros; John Norbury, Robert Waterton y Francis Coint, terratenientes; pocos más estaban allí, pues (según escriben algunos) no tenía más de quince lanzas, como se las llamaba en esa época, es decir, hombres armados, preparados a la usanza de ese entonces. No obstante, otros escriben que el duque de Bretaña le dio tres mil guerreros a su servicio, y que tenía ocho barcos bien preparados para la guerra, allí donde Froissart³⁴ menciona sólo tres. Además, allí donde Froissart y las crónicas de Bretaña aseguran que iba a desembarcar en Plymouth, nuestros escritores ingleses dicen otra cosa; pues, según sus seguros reportes, al acercarse a la costa, no desembarcó de inmediato sino que permaneció navegando por los alrededores, mostrándose ahora en este lugar, ahora en aquel otro, para ver cómo reaccionaba la gente: si se mostraban dispuestos a resistirlo o a recibirlo amistosamente.

En mi recorte de la obra mantengo el orden de las líneas y la puntuación, al igual que el texto, del primer *quarto*. En ninguno de los textos originales de Richard II se hace mención de “Thomas Arundel, hijo y heredero del difunto conde de Arundel”. Pero el siguiente pasaje muestra que se debe haber mencionado en algún verso anterior que Thomas Arundel “rompió recientemente con el duque de Exeter”.

[Hol. iii. 496/1/68.] Para la misma época, el hijo del conde de Arundel, llamado Thomas, que estaba en la casa del duque de Exeter, huyó del reino mediante la ayuda de un tal William Scot, mercero; y fue con su tío Thomas Arundel,

34 N. de la T.: respecto a Froissart, ver nota 21.

ex arzobispo de Canterbury, por entonces residente en Cullen³⁵ [Colonia].

El lector notará también que Bolingbroke demora su desembarco para ver “cómo reaccionaba la gente”; no porque estuviera esperando, como conjetura Northumberland (II, i, 290), “la salida del rey para Irlanda”.

Este desvío con respecto a su fuente está de acuerdo con la aniquilación del tiempo llevada a cabo por Shakespeare en esta escena y en la anterior. Puesto que sólo se puede conceder un día para ambas escenas —comparar con la apertura de la última escena del primer acto, cuya conclusión la conecta con la primera escena del segundo— Bolingbroke no podría haber partido de Inglaterra; no obstante, al terminar la actual escena nos enteramos de que está volviendo del exilio. La ausencia de Richard de Inglaterra, que duró unos dos meses, es ignorada. Pues es evidente que, cuando esta escena termina, Richard ni siquiera se ha embarcado; y además, en la escena siguiente —entre la cual y la presente podemos admitir un intervalo de uno o dos días— Greene espera que “el rey no habrá embarcado todavía para Irlanda” (II, ii, 42).³⁶

Acto II, escena ii —la reina entra con Bushy y Bagot. Se les unen Greene (línea 40) y York (línea 72). Una vez que Northumberland ha dado sus noticias, se dirige, acompañado por Ross y Willoughby, a encontrarse

35 *De Fab.* [n. 6] 545 (an. 22 Ric. II.).

36 T-A. [*Time-Analysis of the Plots of Shakspeare's Plays*]. P. A. Daniel. The New Shakspeare Society's Transactions. 1877-1879], 265.

con Bolingbroke (II, i, 296-300 [Northumberland: —“[...] adelante conmigo en posta hacia Ravenspurgh; pero si flaqueáis, como retenidos por el miedo, quedáos y guardad el secreto, que yo iré solo”. / Ross: —“¡A caballo, a caballo! Habla de vacilaciones a los que tengan miedo”. / Willoughby: —“¡Secúndeme mi corcel y seré allí el primero!”]). Greene anuncia la desertión de ellos y el desembarco de Bolingbroke en Ravenspur (líneas 49-55 [“El desterrado Bolingbroke se ha levantado él mismo el destierro [...]” hasta “[...] los lores Ross, Beaumont y Willoughby han huido con todos sus poderosos amigos a unírsele.”]). La escena ii es, en general, una versión dramática de las deliberaciones, inútiles, aunque sin duda más formales, del consejo en el que York reunió a los favoritos de Richard.

[*Hol.* iii. 498/1/36.] Cuando el lord gobernador, Edmund, duque de York, se enteró de que el duque de Lancaster estaba en el mar, listo para desembarcar (aunque dónde pensaba poner pie en tierra nadie sabía con certeza), mandó a buscar al lord canciller, Edmund Stafford, obispo de Exeter, y al lord tesorero, William Scroope, conde de Wiltshire, y a otros del consejo privado del rey, como John Bushy, William Bagot, Henry Greene y John Russell, caballeros; a éstos preguntó qué consideraban apropiado hacer con respecto a este asunto del duque de Lancaster en el mar. Su consejo fue partir de Londres hacia St Albans, y allí reunir un ejército para resistir al duque en su desembarco; pero de bien poco sirvió su consejo, como se vio claramente en sus resultados, pues la mayoría de los que fueron convocados, al presentarse, declararon abiertamente que no lucharían contra el duque de Lancaster, a quien sabían que se había maltratado. (...)

El duque de Lancaster, tras haber navegado por las costas durante cierto tiempo, y habiéndose enterado de cuál era la disposición de las gentes hacia él, desembarcó a comienzos de julio³⁷ en Yorkshire, en un lugar otrora llamado Ravenspur, entre Hull y Bridlington, y con él no más de sesenta personas, según escriben algunos; pero fue recibido tan gozosamente por los lores, caballeros y nobles de esa región que tuvo los medios (gracias a su ayuda) para reunir desde entonces una gran cantidad de personas que estaban dispuestas a defender su causa. Los primeros que se le acercaron fueron los lores de Lincolnshire y otras regiones adyacentes, como los lores Willoughby, Ross, Darcy y Beaumont.

La desertión o renuncia del conde de Worcester, que Greene anuncia a continuación (líneas 58-61 ["[...] el conde de Worcester ha roto su bastón, ha resignado su cargo de gran intendente y todos los servidores de la casa del rey huyen con él a unirse a Bolingbroke."]), ocurrió poco después del retorno de Richard a Gales, a fines de julio de 1399.³⁸ Holinshed dice:

[*Hol.* iii. 499/2/74.] Sir Thomas Percy, conde de Worcester,³⁹ lord administrador de la casa del rey, ya sea por

37 El 28 de junio, según *Usk* [n. 6], 24; 134. "Circa festum [24 de junio] S. Johannis Baptistae". ["para el día de San Juan Bautista"] - *Eves.* [n. 4], 151. "Circa festum [4 de julio] translationis sancti Martini". ["para el día de la traslación de San Martín"] - *Ott* [n. 16], 203.

38 Richard desembarcó en Gales el 22 de julio, según *Usk* [n. 6], 27; 137. *Eves.* [n. 4] (149) da como fecha el 25 de julio. En *Trais.* [n. 3] (46; 194) la fecha dada para el desembarco de Richard es el 13 de agosto.

39 En una crónica leemos (*Ott.* [n. 16], 206, 207) que cuando Richard, poco después de desembarcar, se retiró a Flint, en *Eulog.* [*Eulogium Historiarum.* Vol. III. 1364-1413. F. S. Haydon], iii. 381, el lugar mencionado es Conway, con mayor probabilidad —dejó su residencia al cuidado de Worcester. Worcester, llorando amargamente, partió su bastón y despidió a los sirvientes reales—. *Wals.* [n. 13] (ii, 233) dice que Worcester fue autorizado por Richard a liberarlos de sus deberes hasta que

haber recibido orden del rey o por disgusto (según escriben algunos) porque el rey había proclamado a su hermano, el conde de Northumberland, traidor, partió su bastón blanco (signo representativo de su cargo) y sin demora se dirigió donde el duque Henry. Cuando los sirvientes de la residencia del rey vieron esto (pues fue llevado a cabo delante de todos ellos) se dispersaron, yéndose algunos a unas regiones, otros a otras.

Entra un sirviente y dice a York: —“Milord, vuestro hijo había partido [a Irlanda] antes de mi llegada”. (II, ii, 86) Cuando Richard estaba en Dublin,⁴⁰

[*Hol.* iii. 497/2/29.] El duque de Aumerle arribó con cien velas, y su venida alegró mucho al rey; y, aunque había sido no poco negligente por no haber venido antes según la orden que le fue dada, aún así el rey (por ser de naturaleza gentil) cortesmente aceptó sus excusas. Sobre si estuvo en falta o no, no tengo qué decir; pero en verdad se sospechó

vinieran tiempos mejores. *Frois.* [n. 21] (xiv, 167) contiene una historia —a la que, supongo, se refiere Holinshed— según la cual Richard, antes de irse a Irlanda, publicó la sentencia de destierro de Northumberland y Henry Percy, enfureciendo así a Worcester; quien, no obstante, según Froissart, no hizo nada para vengar la injuria. Comparar con *Richard II.*, II, iii, 26-30 [Percy: —“No, mi buen lord; [Worcester] ha abandonado la Corte, roto el bastón de su cargo y licenciado la casa del rey”. / Northumberland: —“¿Qué razón le ha movido a ello?” / Percy: —“Porque vuestra señoría ha sido declarado traidor.”].

40 No puedo reconciliar la fecha en la que, de acuerdo a Creton (*Archaeol. [Archaeologia; or, Miscellaneous Tracts relating to Antiquity*, publicada por la Sociedad de Anticuarios de Londres. Vol. 20] xx. 27, 298), comenzó la campaña —la cual, al cabo de unos pocos días, se convirtió en una marcha a Dublín— con las fechas que da a continuación. Holinshed (497/2, nota marginal 2), en base a la autoridad de *Annales Hiberniae*, un manuscrito impreso en la *Britannia* de Camden, editado en 1607, p.832, da el 28 de junio como fecha de la llegada de Richard a Dublín, y Creton dice (Ibid. 45, 309) que Aumerle llegó el mismo día; una fecha bastante irreconciliable con el subsecuente esquema temporal de Creton.

N. de la T.: *Brittania* es un estudio topográfico e histórico de Gran Bretaña e Irlanda, obra principal del historiador y topógrafo William Camden (1551-1623).

mucho de él, por no haber obrado bien al retrasarse tanto con respecto al tiempo que se le había indicado.

Este sirviente, a quien York quiere enviar a Plashy para pedir dinero prestado a la duquesa de Gloucester, responde: —“Una hora antes de mi llegada había muerto la duquesa”. (II, ii, 97) Holinshed (514/2/3) registra su muerte.⁴¹

“¡Cómo! ¿Es que no se han despachado correos a Irlanda?” exclama York (II, ii, 103). Así dice el primer cuarto (1597). El segundo cuarto (1598) dice “dos correos”, y el Primer Folio dice “¡Cómo! ¿Es que se han despachado correos a Irlanda?” Lo que se lee en el segundo cuarto está reñido con el siguiente fragmento de Holinshed, que muestra que no hubo más que una oportunidad de mandar noticias a Irlanda del desembarco de Bolingbroke. Como poco después Bushy (línea 123) señala que “El viento es favorable para llevar noticias a Irlanda”, el texto que dice “es que no se han despachado...” implica una reprimenda por la tardanza.

[*Hol.* iii. 499/1/14.] Pero aquí habéis de notar que ocurrió que, al mismo tiempo en que el duque de Hereford o Lancaster (como preferáis llamarlo) llegó a Inglaterra, los mares estaban tan conmocionados por tempestades y los vientos soplaban tan contrarios a todo pasaje desde Inglaterra al rey, que todavía estaba en Irlanda, que, por espacio de seis semanas, éste no recibió aviso alguno desde allá. A la larga, cuando los mares se calmaron y el viento se volvió algo favorable, cruzó un barco; y así el rey se enteró

41 La inscripción en su tumba en la abadía de Westminster muestra que la duquesa murió el 3 de octubre de 1399.

de la llegada del duque y todo su proceder hasta el día en que el barco partió de la costa de Inglaterra. Ante lo cual su intención inmediata fue la de volver a Inglaterra para ofrecer resistencia al duque; pero por persuasión del duque de Aumerle (según se pensó entonces) se quedó hasta poder tener todos sus barcos y demás provisiones totalmente listos para el viaje.

Mi siguiente fragmento muestra cómo, tras participar del infructuoso consejo antes mencionado, los malvados consejeros de Richard se dieron a la fuga. (Comparar con II, ii, 135-141 [Green: —“Bien; voy a refugiarme inmediatamente al castillo de Bristol. El conde de Wiltshire se encuentra allí ya”. / Bushy: —“Iré con vos, pues los rencorosos comunes nos prestarán pocos servicios, a menos que no sea hacernos pedazos como mastines. ¿Queréis venir con nosotros?” / Bagot: —“No; iré a Irlanda, al lado de su majestad.”]).

[*Hol.* iii. 498/1/56.] El lord tesorero, Bushy, Bagot y Greene, al percibir que los comunes iban a unirse y tomar partido por el duque, se esfumaron, dejando al lord gobernador del reino y al lord canciller que se arreglaran como pudieran por sí solos. Bagot se fue a Chester, y así escapó a Irlanda; los otros huyeron al castillo de Bristol,⁴² con la esperanza de estar seguros allí.

Acto II, escena iii. —La escena transcurre cerca del castillo de Berkeley (líneas 51-53 [Northumberland: —“Cuánto hay de aquí a Berkeley [...]?” / Percy: —“Ved

42 La rápida acción de la obra establece al lord tesorero (conde de Wiltshire) en el castillo de Bristol antes de que los favoritos de Richard se separen. Comparar con II, ii, 135, 136 [Green: —“Bien; voy a refugiarme inmediatamente al castillo de Bristol. El conde de Wiltshire se encuentra allí ya”. / Bushy: —“Iré con vos, (...)”].

allí el castillo, detrás de aquel grupo de árboles, [...]”); y, tal como prueba el fragmento citado más abajo, se la puede datar el domingo 27 de julio de 1399; el día de San James (25 de julio) cayó ese año un domingo.⁴³

[*Hol.* iii. 498/2/3.] Ante su venida [de Bolingbroke] a Doncaster, el conde de Doncaster y su hijo, sir Henry Percy, guardianes en las marchas contra Escocia, fueron a reunirse con él junto con el conde de Westmoreland; y él juró a esos lores que no pediría más que las tierras que le correspondían por herencia de su padre⁴⁴ y por derecho de su esposa. Además se comprometió a fomentar el pago de los impuestos y tasas que hubiera que aplicar, y conducir al rey para que hiciera un buen gobierno, y retirarle los hombres de Cheshire, que eran la envidia de muchos, pues el rey los estimaba por encima de todos los demás porque le eran más fieles a él que otros, siempre del todo dispuestos a obedecer sus órdenes y sus gustos. Teniendo ahora un

43 La autoridad para esta fecha es *Eves*. [n. 4], 152.

44 Comparar con las palabras de Northumberland (II, iii, 148-149): “El noble duque ha jurado que venía tan solo para reclamar lo que le pertenece (...)” Comparar también con lo que Hotspur (*1 Hen. IV*, IV, iii, 60-65 [“El rey es bueno, y nosotros sabemos muy bien que conoce cuándo es preciso prometer y cuándo debe pagar. Mi padre, mi tío y yo le hemos dado esa misma realeza que ostenta. Cuando no tenía veintiséis hombres consigo, enfermizo en el concepto del mundo, miserable, decaído, pobre proscrito y olvidado y vejado del país, mi padre osó darle la bienvenida sobre la costa, y cuando le escuchó jurar y perjurar que no venía sino a ser duque de Lancaster, para reclamar sus derechos...”]) y Worcester (*1 Hen. IV*, V, i, 41-46 [“Fui yo, con mi hermano y su hijo, quienes os trajimos a vuestra patria y quienes afrontamos atrevidamente los peligros de las circunstancias. Vos nos prestasteis juramento y formalizasteis aquel voto de Doncaster de no emprender nada contra el Estado y de no reclamar otra cosa que los derechos que a la sazón os incumbían: (...)”]) dicen después sobre el juramento de Bolingbroke. El cargo por haber transgredido esta limitación, ratificada por el juramento en Doncaster, figura en el primer artículo de la “querrela” de los Percy, un documento presentado ante Henry IV el día anterior a la batalla de Shrewsbury. - *Hard.* [*The Chronicle of John Hardyng*. - 1461. H. Ellis. 1812], 352. Pero parece por el fragmento citado en el texto que Shakespeare ha sido injusto con Bolingbroke, quien también se comprometió a la reforma nacional.

poderoso ejército a su lado, avanzó desde Doncaster a toda velocidad a través de las regiones, llegando por Evesham a Berkeley; en el lapso de tres días, todos los castillos del rey en esas zonas se habían rendido a él.

Cuando el duque de York, a quien el rey Richard había dejado como gobernador del reino en su ausencia, se enteró de que su sobrino, el duque de Lancaster, había llegado y reunido un ejército, también reunió un potente conjunto de hombres armados y arqueros (como ya habéis oído antes); pero todo fue en vano, pues no hubo hombre alguno dispuesto a lanzar voluntariamente ni una flecha contra el duque de Lancaster o sus seguidores, ni en modo alguno a ofenderlo a él o a sus amigos. El duque de York, por lo tanto, avanzando hacia Gales para encontrarse con el rey a su vuelta de Irlanda, fue recibido en el castillo de Berkeley, donde permaneció hasta que el duque de Lancaster llegó allí, y cuando se dio cuenta de que no podía oponerle resistencia, el domingo luego de la fiesta de San James, que ese año cayó un viernes, se presentó en la iglesia que se encontraba fuera del castillo y allí mantuvo conferencia con el duque de Lancaster. Con el duque de York estaban el obispo de Norwich, lord Berkeley, lord Seymour y otros; y con el duque de Lancaster estaban Thomas Arundel, arzobispo de Canterbury (que había sido exiliado), el abad de Leicester, los condes de Northumberland y Westmoreland, Thomas Arundel, el hijo de Richard, difunto conde de Arundel, el barón de Greystoke, los lores Willoughby y Ross, y muchos otros lores, caballeros y demás gentes, que a diario se le unían desde todas partes del reino; a los que no venían se les despojaba de todo lo que tenían, de modo tal que nunca más podían recuperarse, pues sus bienes, una vez quitados, no les eran devueltos jamás. Y así, por amor o por temor a la pérdida, venían a unírsele de todas partes.

Para justificar su retorno del exilio, Bolingbroke dice a York (II, iii, 129 y ss.):

Se me rechaza el poder de reivindicar mi herencia, y, sin embargo, mis cartas patentes me conceden el derecho. [...] Soy un súbdito que invoca la ley; se me recusan los mandatarios, y, por consiguiente, es preciso que reivindique en persona los derechos a la herencia legítima de mis antepasados.

Esta protesta fue el tema de un artículo exhibido en contra de Richard en el Parlamento que lo depuso.

[*Hol.* iii. 502/2/16.] Item 10: antes de la partida del duque, él [Richard] con su sello le dio licencia [a Bolingbroke] para presentar apoderados que entablaran juicios y defendieran sus causas. El mismo rey, tras su partida, no aceptó la intercesión de ningún apoderado en su nombre, sino que hizo lo que quiso con sus propiedades.⁴⁵

Acto II, escena iv. —A partir de lo citado a continuación, Shakespeare construyó el diálogo entre Salisbury y “un capitán galés” (II, iv) cuyos compatriotas, tras esperar “diez días” (línea 1) armados, se han dispersado, creyendo muerto a Richard. Richard, como ya hemos visto, demoró su regreso de Irlanda “hasta poder tener todos sus barcos y demás provisiones totalmente listos para el viaje”.⁴⁶

45 Ver comentario sobre II, i más atrás.

46 Creton dice (*Archaeol.* [n. 32], xx, 55-58, 312, 313) que Aumerle dio a Richard este consejo con ánimo traicionero; y también sugirió que Salisbury se opusiera a Bolingbroke en batalla, mientras se llevaban a cabo los preparativos reales para el retorno.

[*Hol.* iii. 499/1/32.] Entre tanto, envió al conde de Salisbury a Inglaterra, para reunir con la mayor rapidez posible una fuerza, con ayuda de los amigos del rey en Gales y en Cheshire, que pudiera estar lista para asistirlo en contra del duque a su llegada, pues su intención era seguir al conde dentro de los seis días siguientes. El conde, cruzando a Gales, desembarcó en Conway y envió cartas a los amigos del rey, tanto en Gales como en Cheshire, para que dejaran a sus gentes y vinieran cuanto antes a asistir al rey, cuyo pedido con gran deseo y buena voluntad cumplieron, esperando encontrar al rey en Conway; al punto que, en el lapso de cuatro días, había cuarenta mil⁴⁷ hombres reunidos, dispuestos a marchar con el rey contra sus enemigos si él hubiera estado allí en persona.

Pero, al ver que el rey no estaba, se extendió entre ellos el rumor de que seguramente el rey había muerto, lo cual impresionó y puso en tan mala disposición las mentes de los galeses y otros que, por más que el conde de Salisbury intentó persuadirlos, no quisieron avanzar con él hasta no ver al rey. Sólo estuvieron dispuestos a esperar catorce días para ver si venía o no; y cuando el rey no llegó dentro de ese término no quisieron quedarse más, sino que partieron. Mientras que si el rey se hubiera presentado antes de que se dispersaran, sin duda habrían dado batalla al duque de Hereford; de modo que la demora del rey en volver dio oportunidad al duque de llevar las cosas a cabo tal como deseaba, y quitó al rey toda oportunidad de recuperar después las fuerzas suficientes para resistirlo.

47 Comparar con las palabras de Richard (III, ii, 76, 77) cuando se entera de que los galeses se han dispersado: "Porque no hace un instante la sangre de veinte mil hombres triunfaba sobremi rostro, y ahora han huido; (...)". Salisbury le había dicho (línea 70 ["¡Oh! Llama al ayer, ordena al tiempo que retorne, y tendrás doce mil combatientes."]) que los galeses llegaban a los doce mil hombres.

El capitán galés hace mención parcial (II, iv, 8 [“Se han marchitado los laureles de nuestro país, (...)”]) de un portento que puede haber sucedido no mucho antes del momento de esta escena.

[*Hol.* iii. 496/2/66.] Ese año, en todo el reino de Inglaterra, antiguos laureles se marchitaron y después, contrariamente a lo que todos creían, reverdecieron; una extraña visión, que supuestamente comportaba algún evento desconocido.

Acto III, escena i. —El 29 de julio de 1399⁴⁸ es la fecha histórica en la que abre el tercer acto. “Al día siguiente” del día (27 de julio) en que York se reunió con Bolingbroke en Berkeley,

[*Hol.* iii. 498/2/61.] ...los ya mencionados duques, con sus ejércitos, se dirigieron a Bristol, y al llegar se mostraron ante la ciudad y el castillo, donde había una gran multitud de gente. Encerrados en el castillo estaban lord William Scroop, conde de Wiltshire y tesorero de Inglaterra, y sir Henry Green y sir John Bushy, caballeros, quienes se prepararon para ofrecer resistencia; pero, cuando no pudieron imponerse, fueron apresados y traídos como prisioneros al campamento ante el duque de Lancaster. Al día siguiente fueron acusados ante el alguacil y el mariscal, y se los halló culpables de traición por haber manejado mal al rey y el reino; y luego se les cortó la cabeza.

Al cierre de la primera escena del acto III, Bolingbroke dice: —“Vamos, milores, en marcha, a combatir con-

48 Según *Eves*. [n. 4] (153), dato que Holinshed sigue, Scrope, Bushy y Green fueron acusados el 29 de julio, y (*Rot. Parl.* [n. 2], iii, 656/1) condenados a muerte el mismo día. Comparar con *Ott.* [n. 16], 205. Pero *Usk* [n. 6] (24; 134) dice que Bolingbroke no llegó a Bristol sino hasta el 29 de julio. Adam de Usk estaba en Bristol cuando Bolingbroke estuvo allí en julio de 1399 (25; 135).

tra Glendower y sus cómplices. Un poco de molestia todavía, y a descansar luego”. Theobald⁴⁹ sospechó que la línea “a combatir contra Glendower y sus cómplices” había sido interpolada, porque (1) las líneas anterior y siguiente riman;⁵⁰ (2) la segunda línea, históricamente, está bastante fuera de lugar. Es cierto que la incursión más temprana de Glendower de la que se tenga registro debe datar por lo menos de un año más tarde que la época que aquí nos concierne; pero Shakespeare no estaba encadenado por los grilletes de la cronología. Quizás el siguiente relato del ataque de Glendower a lord Grey de Ruthin —durante el verano de 1400— es la fuente de esta línea, pues Holinshed, como se observará, aplica el término “cómplices” a aquellos que se unieron al asalto.

[*Hol.* iii. 518/2/53.] En ausencia del rey [Henry IV], que se encontraba fuera del reino, en Escocia, luchando contra sus enemigos, los galeses aprovecharon la ocasión para rebelarse bajo la conducción de su capitán Owen Glendower, haciendo tanto daño como les fuera posible a sus vecinos ingleses. Este Owen Glendower era hijo de un propietario de Gales llamado Griffith Vichan, que vivía en el municipio de Conway, en el condado de Merioneth al norte de Gales, en un lugar llamado Glindourwie, lo cual equivale en inglés

49 N. de la T.: Lewis Theobald (1688-1744), importante editor de los textos de Shakespeare, conocido por su obra de 1726 titulada *Shakespeare Restored*.

50 N. de la T.: puesto que Astrana Marín traduce el verso blanco shakespeariano en prosa y sin mantener la rima, es preciso reponer el texto en inglés para apreciar este comentario. Es el siguiente:

“Come, lords, away,

To fight with Glendor and his complices:

A while to worke, and, after, holiday!”

La rima a la que se alude es, naturalmente, *away* (primer verso) / *holiday* (tercer verso), y el segundo verso (a combatir contra Glendower y sus *cómplices*) habría sido interpolado.

a “el valle junto a las aguas de Dee”; motivo por el cual se apellidaba Glindour Dew.

Primero se puso a estudiar las leyes del reino, y se convirtió en cabal abogado o aprendiz de leyes (como los llaman), y sirvió en el castillo de Flint al rey Richard cuando éste fue apresado por Henry, duque de Lancaster; aunque otros han escrito que sirvió al rey Henry IV antes de que éste accediera al trono, como escudero. Más tarde, a raíz de una diferencia que surgió entre él y el lord Reginald Grey de Ruthin acerca de las tierras que él reclamaba como suyas por herencia, cuando vio que no podría prevalecer al no encontrar el favor que deseaba para su pedido, le hizo la guerra al ya mencionado lord Grey, devastando sus tierras y posesiones a fuego y espada, matando cruelmente a sus sirvientes y arrendatarios. El rey, enterado de los actos de rebeldía⁵¹ acometidos por el tal Owen y sus *cómplices* indómitos, decidió castigarlos por perturbar la paz, y por eso ingresó en Gales con un ejército; pero los galeses con su capitán se retiraron a las montañas de Snowdon para escapar de la venganza que el rey quería aplicar sobre ellos. El rey entonces hizo mucho daño en las regiones a fuego y espada, matando a muchos que, arma en mano, vinieron a oponerle resistencia, y volvió con un gran botín de bestias y ganado.⁵²

51 Los detalles de la rebelión de Glendower le llegaron a Henry en Northampton entre el 12 y el 19 de septiembre del 1400. La campaña comenzó poco o inmediatamente después del 26 de septiembre, y terminó antes del 19 de octubre de 1400. - Wylie [*History of England under Henry the Fourth*. J. H. Wylie. 1884-1896] (i. 146-148), citando registros públicos.

52 Según una versión, Glendower “sirvió en el castillo de Flint al rey Richard cuando éste fue apresado por Henry, duque de Lancaster”. Me aventuro a sugerir que Shakespeare, asumiendo a partir de estas palabras que Glendower estaba ligado personalmente al rey, convirtió la disputa por límites con lord Grey de Ruthin en una guerra en favor de Richard. Las líneas que cito más arriba (III, i, 42-44 [n. h al pie de página]) pueden haber introducido esta porción perdida u omitida de la obra, pero ahora han quedado, sospecho, imperfectas y desubicadas: los versos que riman —que deberían cerrar la escena— han quedado fuera de lugar, y al menos dos medios versos se han perdido.

Acto III, escena ii. —El siguiente fragmento contiene la historia de la fortuna de Richard a partir del momento en que los galeses se dispersaron.

[*Hol.* iii. 499/1/66.] Finalmente, unos dieciocho días después de que enviara al conde de Salisbury, el rey se embarcó junto con los duques de Aumerle, Exeter, Surrey y varios otros miembros de la nobleza, además de los obispos de Londres, Lincoln y Carlisle. Desembarcaron cerca del castillo de Barclowlie⁵³ en Gales, para la fiesta de San James el apóstol, y permanecieron un tiempo en dicho castillo, advertidos sobre las grandes fuerzas que el duque de Lancaster había reunido en su contra, por lo cual el rey estaba extraordinariamente asombrado, sabiendo con certeza que aquellos que se habían armado con el duque de Lancaster contra él morirían antes de ceder, tanto por el odio como por el miedo que le tenían. No obstante él, partiendo de Barclowlie, fue a toda velocidad hacia Conway, donde tenía entendido que el conde de Salisbury se encontraba aún.

Por lo tanto, llevando consigo a los hombres de Cheshire que tenía en ese momento, en quienes depositaba toda su confianza, no dudaba en vengarse de todos sus adversarios, y por eso al principio se mostraba con gran coraje; pero cuando vio, a medida que avanzaba, que todos los castillos, desde la frontera con Escocia hasta Bristol, estaban en poder del duque de Lancaster, y que del mismo modo los nobles y los comunes, tanto de las regiones del sur como del norte, estaban totalmente inclinados a tomar el partido de dicho duque en su contra, y al enterarse además de que sus

53 "Castrum de Hertlowli in Wallis". ["el castillo de Hertlow en Gales"] - *Eves*. [n. 4], 149. Williams (*Trais*. [n. 3] 188, nota) supuso que este castillo era el de Harlech, en Merionethshire. Según *Usk* [n. 6] (27; 137) y el texto de *Trais*. (41; 188), Richard desembarcó en Pembroke. El manuscrito Lebaud y *Ambassade de Trais*. (*Trais*. 41, nota 6), Creton (*Archaeol.* [n. 32] xx. 75; 321) y Ott. [n. 16] (206) dicen que el lugar de desembarco de Richard fue Milford.

consejeros de confianza habían perdido la cabeza en Bristol, sintió tal desazón que, lamentando apenado su estado miserable, desesperó por completo de su propia seguridad, y reuniendo a su ejército, que no era pequeño, dio licencia a todos para que partieran rumbo a sus hogares.

Los soldados, que estaban bien dispuestos a luchar en su defensa, lo instaron a mantener el buen ánimo, haciendo la promesa de apoyarlo a muerte contra el duque y todos sus seguidores, pero esto no lo animó en absoluto. Y así, a la noche siguiente, abandonó a su ejército y, con los duques de Exeter y Surrey, el obispo de Carlisle y sir Stephen Scroop, y una media veintena de personas, se fue al castillo de Conway,⁵⁴ donde halló al conde de Salisbury, con la determinación de quedarse allí hasta ver el mundo en mejor estado, pues no sabía qué consejo aceptar para remediar el daño que se cernía sobre él.

Acto III, escena iii. —La escena transcurre ante el castillo de Flint. Tras relatar la causa de la partida de Richard de Conway, y describir la emboscada tendida par el camino (n. 51), Holinshed continúa:

54 En la nota marginal que acompaña a este pasaje se dice que Richard se retiró al "castillo de Flint" tras abandonar a su ejército; y al final de la segunda escena del acto III, exclama: "Vamos a Flint-Castle; allí me consumiré de desfallecimiento (...) Licenciad las tropas que me quedan...". Sabemos por Creton (*Archaeol.* [n. 32] xx. 129-149; 349-366), a quien Holinshed sigue posteriormente, que Northumberland atrajo a Richard fuera del castillo de Conway hasta una parte del camino entre Conway y Flint, donde le tendieron una emboscada. Al llegar a este lugar el rey se vio obligado a seguir a Flint, que estaba en posesión de las tropas de Northumberland. *Trais.* [n. 3] (47-52; 196-201) contiene la misma historia con menos detalle. Estas autoridades ubican el encuentro entre Richard y Bolingbroke en el castillo de Flint. *Usk* [n. 6] (27; 138, 139), *Ott.* [n. 16] (207, 208) y *Wals.* [n. 13] (ii, 233, 234) concuerdan en que Richard se fue de Conway y se encontró con Bolingbroke en el castillo de Flint. Pero según *Eves.* [n. 4], Richard, abandonando a su ejército, se trasladó al castillo de Flint (150) desde donde, tras algunas negociaciones, partió rumbo al castillo de Conway, donde Bolingbroke se encontró con él (154, 155).

[Hol. iii. 500/2/71.] Habiendo llegado el rey Richard al castillo de Flint el lunes 18 de agosto, y recibiendo el duque de Hereford noticias cada hora acerca del avance del conde de Northumberland, al día siguiente, martes 19 de agosto, se presentó y reunió a su ejército ante la presencia del rey; lo cual sin duda fue un bello espectáculo, por haber estado muy bien ordenado por lord Henry Percy, que había sido nombrado general, o más bien (podríamos llamarlo) director del campamento y, después del duque, de todo el ejército. (...)

El rey (...) se paseaba por los baluartes⁵⁵ de los muros, para contemplar la llegada del duque a la distancia.

Shakespeare altera el momento, lugar y propósito de la misión de Northumberland. El objetivo de la misión era atraer engañosamente a Richard de Conway a Flint, donde estaría en poder de Bolingbroke. Comienzo el siguiente fragmento —que contiene el esbozo de III, iii, 31-126 [Northumberland: “Noble lord, avanzad hacia el rudo esqueleto de ese antiguo castillo, [...]” hasta Richard: —“Northumberland, oye: esta es la respuesta del rey: su noble primo será bien recibido, y todo el número de sus justas reclamaciones se acogerá sin discusión. Con la fácil elocuencia que posees, lleva a sus amables oídos mis más tiernos cumplimientos.”]— en el momento en que Northumberland, a quien se confió la difícil tarea de persuadir a Richard de abandonar el castillo de Conway,

55 Creton —la autoridad de Holinshed en este pasaje— dice que Richard “monta sur les murs dudit chastel [de Flint], qui sont grans et larges par dedens” [“subió a los muros de dicho castillo [el de Flint], que son grandes y amplios por dentro.”] (*Archaeol.* [n. 32] xx. 370). Comparar con la dirección escénica (línea 61): “Suenan una trompeta (...) Entran en los baluartes el rey Ricardo (...)”.

[Hol. iii. 500/2/14.] ...se presentó ante la ciudad y luego, mediante un heraldo, requirió un salvoconducto del rey para poder ir a hablar con él. El rey se lo otorgó, y así el conde de Northumberland, salvando el foso, entró al castillo y, presentándose ante el rey, declaró que si éste se comprometía a reunir un parlamento en el que se hiciera justicia contra los enemigos de la comunidad, que habían procurado la destrucción del duque de Gloucester y de otros nobles, y en el que se perdonara al duque de Hereford por todo aquello en que lo hubiera ofendido, el duque estaría dispuesto a venir a él *de rodillas*⁵⁶ a pedirle perdón y, como humilde súbdito, obedecerlo en todo servicio y deber.

El fragmento que ilustra el resto de la escena es un relato de lo que sucedió en Flint en una fecha posterior. Cuando Bolingbroke se acercó al castillo,

[Hol. iii. 501/1/62.] ... lo rodeó, llegando hasta el océano, con su gente ordenada prolija y vistosamente al pie de las montañas. Y entonces el conde de Northumberland, dirigiéndose desde el castillo hacia el duque, habló con él unos momentos a la vista del rey, que estaba nuevamente sobre los muros para ver mejor el ejército, que estaba ahora a dos tiros de flecha del castillo, para poca alegría (bien podéis estar seguros) del apenado rey. El conde de Northumberland, volviendo al castillo, indicó al rey que se preparara para una comida (pues hasta entonces había estado en ayunas), y una vez que hubo comido, el mismo duque vino al castillo e ingresó completamente armado, salvo por su yelmo; y habiendo traspuesto la primera puerta, permaneció allí hasta que el rey salió de la parte interior del castillo y vino a él.

56 Comparar con III, iii, 122 y siguientes: "...su llegada aquí no tiene otro objeto que reivindicar sus títulos hereditarios y solicitar *de rodillas* una inmediata liberación".

El rey, acompañado por el obispo de Carlisle, el conde de Salisbury, sir Stephen Scroop, caballero⁵⁷ (quien llevaba por delante su espada), y unos pocos más, avanzó hasta la guardia externa y se sentó en un sitio preparado para él. En cuanto el duque vio al rey, demostró la debida reverencia hincando su rodilla y,⁵⁸ aproximándose, hizo lo mismo una segunda y tercera vez, hasta que el rey lo tomó de la mano y lo hizo levantarse, diciendo: “Querido primo, sós bienvenido”. El duque le agradeció humildemente y le dijo “Mi soberano señor y rey, el motivo de mi venida en este momento es (salvando vuestro honor) que me sean restituídas mi persona, mis tierras y mi herencia mediante vuestro permiso favorable”. A lo que el rey respondió: “Querido primo, estoy dispuesto a cumplir vuestra voluntad para que podáis disfrutar de todo lo que es vuestro, sin excepción”.

Habiéndose reunido así, salieron del castillo, y el rey pidió vino, y luego de beberlo montaron a caballo y cabalgaron (deteniéndose en once lugares por el camino) a Londres (...).

Acto III, escena iv: esta escena — que es por completo invención de Shakespeare — ha sido ubicada por los editores en Kings Langley (Hertfordshire), sede de York, a quien Bolingbroke dice (III, i, 36): “Tío, ¿decís que la reina está en vuestra morada?” Las palabras del

57 York, a quien Shakespeare incluye en esta escena, no estaba en Flint. Estaba entonces, tal vez, en Bristol. - *Hol.* 500/1/12; *Eves.* [n. 4] 153. Antes de la fecha de esta escena, Aumerle, a quien se nombra entre los amigos de Richard en III, ii, 27, se pasó al bando de Bolingbroke — Comparar con *Hol.* 500/1/57, etcétera; *Trais.* [n. 3] 46; 194; *Eves.* [n. 4] 154. Aumerle estuvo presente en un encuentro entre Richard y el arzobispo Arundel, que tuvo lugar después de que Richard “se paseaba por los baluartes” y antes de que Bolingbroke se aproximara y rodeara el castillo de Flint. Cuando la reunión terminó, Aumerle volvió con Arundel a Bolingbroke. - *Hol.* 501/1/8, etcétera; *Archaeol.* [n. 32] xx. 157-159; 370, 371.

58 Comparar con III, iii, 190, 191: “Arrogante primo, envilecéis vuestra rodilla principesca dando a la tierra vil el orgullo de besarla”.

jardinero (III, iv, 68-70 [“... depuesto no dudo que ha de serlo. La noche pasada han llegado cartas a un íntimo amigo del duque de York, que contienen noticias siniestras.”]) muestran que el tiempo histórico es poco antes del 30 de septiembre de 1399, el día de la deposición de Richard. La reina Isabella estaba entonces, quizás, en el castillo de Wallingford, Berkshire.⁵⁹

Acto IV, escena i: “Entra Bolingbroke con los lores del Parlamento”⁶⁰ es la dirección escénica que encabeza el cuarto acto. Un Parlamento, convocado en nombre de Richard, se reunió en Westminster el 30 de septiembre de 1399, depuso al rey, eligió a Bolingbroke como su sucesor y se disolvió el mismo día. El 13 de octubre Henry IV fue coronado y, al día siguiente, un nuevo Parlamento, convocado en su nombre, se reunió en Westminster.⁶¹ Si consideramos las líneas 1 a 90 [hasta las palabras de Bolingbroke: —“Cuando retorne [Norfolk], le obligaremos a justificarse contra Aumerle.”] de la primera escena del cuarto acto desde un punto de vista histórico, es este último Parlamento el que está en sesión cuando entra Bolingbroke y, llamando a Sir William Bagot, se dirige a él de esta manera:

59 El 12 de julio de 1399 la reina estaba en el castillo de Wallingford, Berkshire. - *Rymer [Foedera, Conventiones, Literae, et alia Acta Publica inter Reges Angliae et alios Principes]*. T. Rymer. 1704-1735], viii, 83. El 6 de enero de 1400 estaba en Sonning, Berkshire. - Ott. [n. 16], 225.

N. de la T.: la localidad de Wallingford desde 1974 no se considera parte de Berkshire, sino de Oxfordshire.

60 N. de la T.: excepcionalmente no cito aquí la versión de Astrana Marín, ya que en ella la acotación escénica nombra a los distintos lores sin mencionar el Parlamento (aunque la condición parlamentaria de la reunión es evidente), que es lo que se quiere indicar. Por ende, traduzco directamente la acotación citada por Boswell-Stone.

61 *Eves*. [n. 4], 156, 157, 160, 161. El parlamento fue convocado en nombre de Henry para que se reuniera el 6 de octubre, pero ese día no se llevaron a cabo tareas. - *Rot. Parl.* [n. 2], iii, 415/1-2.

Ahora, Bagot, descarga libremente tu alma. ¿Qué sabes de la muerte del noble Gloster? ¿Quién la tramó con el rey y quién llevó a cabo el sangriento papel de poner fin a sus días antes de su término?

Perdimos de vista a Bagot en la víspera de su huída a Irlanda (II, ii, 141 “[...] iré a Irlanda, al lado de su majestad.”]). De allí había sido traído en cadenas a Londres y encarcelado.⁶² El jueves 16 de octubre de 1399, los comunes “revisaron todos los errores del último Parlamento reunido en el vigésimo primer año del rey Richard [1397-98], y en particular cinco de ellos”. De estos “errores”, el tercero era que “el duque de Gloucester fue asesinado, y posteriormente juzgado culpable” (Hol. 511/2/14). El mismo día Bagot fue puesto en el banquillo en la cámara, y se leyó una declaración⁶³ que él había redactado, de la que cito dos cláusulas que ilustran IV, i, 10-19 [Bagot: —“En aquella maldita época en que se fraguó la muerte de Gloster [...]” hasta “[...] agregásteis, por ende, cuán feliz sería este reino con la muerte de vuestro primo.”], agregándole a eso las fuentes de las líneas 33-90 [Fitzwater: —“Si tu valor necesita de iguales, ahí va mi guante, [...]” hasta Bolingbroke: —“Cuando retorne [Norfolk], le obligaremos a justificarse contra Aumerle.”]).

62 *Usk* [n. 6], 28; 140. *Fab.* [n. 6] (565) dice que Bagot era prisionero en la Torre para esta época.

63 Estos extractos relativos a los cargos de Bagot y las subsecuentes apelaciones están en el manuscrito Bodl. 2376. f. ccvii, b. y seq., traducido en *Archaeol.* [n. 32] xx. 275 etcétera. La parte del manuscrito que contiene los cargos en sí falta, pero la porción que abarca mi extracto comenzando con las palabras “El sábado” es perfecta. La comparación con el resto demuestra que Holinshed siguió a esta autoridad. El relato de *Fab.* [n. 6] (565-567) del incidente de Bagot, aunque varía en los detalles, es en esencia el mismo que el de Holinshed.

[*Hol.* iii. 512/1/6.] ... no había hombre en el reino a quien el rey Richard se sintiera más agradecido que el duque de Aumerle, pues éste era el hombre que, para satisfacer su mente, le había informado de todo lo que se había hecho en contra de dicho duque y los otros lores.⁶⁴ (...) La ya mencionada declaración también decía que Bagot había oído decir al duque de Aumerle que preferiría que el duque de Hereford estuviera muerto antes que recibir veinte mil libras, no por temerle sino por los problemas y la malicia que probablemente ocasionaría en el reino.

Tras haber sido leída y escuchada la declaración, el duque de Aumerle se puso de pie y dijo, en cuanto a los puntos de la declaración que le concernían, que eran completamente falsos y contrarios a la verdad, lo cual él probaría con su propio cuerpo de cualquier manera que se considerara necesaria. (...)

El sábado siguiente [18 de octubre], Sir William Bagot y el ya mencionado John Hall⁶⁵ fueron puestos en el banquillo, y Bagot fue examinado acerca de algunas cuestiones y luego enviado nuevamente a prisión. En este punto se alzó lord Fitzwater y dijo al rey que, mientras que el duque de Aumerle se excusaba de haber estado involucrado en la muerte de Gloucester, “yo digo” (declaró) “que él fue la mismísima causa de su muerte”, y así lo acusó de traición, ofreciendo probarlo con su propio cuerpo al lanzar su capucha como prenda. Hubo otros veinte lores que también lanzaron sus capuchas como prendas para probar la cuestión en

64 N. de la T.: el sentido de esta oración no resulta del todo claro. El texto original menciona al rey Richard como aquel que estaba agradecido a Aumerle, pero tiene más sentido entender que es el nuevo rey Henry quien aprecia a Aumerle por haberlo informado de todo lo hecho contra el duque de Gloucester. La declaración de Bagot involucra a Aumerle ante Henry como uno de los responsables de aquella muerte.

65 Un antiguo valet de Thomas Mowbray, duque de Norfolk. Según su propia confesión, Hall estuvo presente en el asesinato de Gloucester. - *Rot. Parl.* [n. 2], iii. 453/1.

contra del duque de Aumerle. El duque de Aumerle lanzó su capucha en prueba contra lord Fitzwater, acusándolo de mentir en los cargos en su contra. Todas las prendas fueron entregadas al alguacil y al mariscal de Inglaterra, y los involucrados puestos bajo arresto.

El duque de Surrey se alzó también contra lord Fitzwater, afirmando que era falsa la acusación de que los querellantes eran los causantes de la muerte de Gloucester, pues estaban constreñidos a entablar juicio por esa cuestión, del mismo modo que el ya mencionado Lord Fitzwater estaba obligado a emitir juicio en contra del duque de Gloucester y el conde de Arundel; de modo que el enjuiciamiento era hecho por obligación, y que si dijera lo contrario estaría mintiendo; y con eso, lanzó su capucha. A lo cual lord Fitzwater respondió que no había estado presente en el parlamento cuando se dictara sentencia contra ellos, y todos los lores dieron testimonio de eso. Además, ante la afirmación de que el duque de Aumerle había mandado a dos de sus sirvientes a Calais para asesinar al duque de Gloucester, el duque de Aumerle dijo que si el duque de Norfolk afirmaba semejante cosa estaba mintiendo, y que él lo probaría con su propio cuerpo, y lanzó otra capucha que tomó prestada. La misma fue también entregada al alguacil y al mariscal de Inglaterra,⁶⁶ y el rey dio permiso de regresar al duque de Norfolk para comparecer ante esta apelación.

En consonancia con la última oración del fragmento anterior, Shakespeare hace a Bolingbroke prometer que Norfolk será convocado desde el exilio para responder al desafío de Aumerle. Carlisle dice que Norfolk ha muerto (IV, i, 86-102 [Bolingbroke: —“Estas

66 El alguacil era Northumberland. - *Dugdale [The Baronage of England. W. Dugdale. 1675-1676], i, 278/1.* El mariscal era Ralph Neville, conde de Westmoreland. - *Dugdale, i, 298/1.*

querellas quedarán suspendidas hasta que Norfolk sea llamado [...] hasta “¡Cómo! Obispo, ¡ha muerto Norfolk?” / Carlisle: —“Tan cierto como vivo, milord.”). La muerte de Norfolk es anunciada por Holinshed de la siguiente manera:⁶⁷

[*Hol.* iii. 514/1/73.] Ese año [1399] Thomas Mowbray, duque de Norfolk, murió exiliado en Venecia; su muerte habría sido dignamente lamentada en todo el reino si no hubiera consentido a la muerte del duque de Gloucester.

Holinshed no nos dice que Norfolk se haya unido a las cruzadas “contra negros paganos, turcos y sarracenos”, pero Shakespeare puede haber transferido a su enemigo el honor de Bolingbroke, que éste había conseguido haciendo la guerra a los “herejes”. En 1390 un pequeño cuerpo de ingleses formó parte de un ejército —comandado por Lewis, duque de Bourbon, tío de Charles VI— que sitió en África una fortaleza distante setenta millas de Túnez.

[*Hol.* iii. 473/1/69.] Al parecer, según Polidoro Virgilio, Lord Henry de Lancaster, conde de Derby,⁶⁸ habría sido el capitán de los ingleses que (como ya habéis oído) fueron a tierras bárbaras con los franceses y los genoveses. Parece

67 Norfolk murió el 22 de septiembre de 1399. - *Inq. p. m.* 1 H. IV - 71 (O. B.).

68 Polidoro Virgilio [*Polidori Vergilii Anglicae Historiae Libri XXVII.* 55 a.C. - 1537. Basileae 1555] tiene el apoyo de St Denys [*Chronique du Religieux de Saint-Denys.* 1380-1422. M. L. Bellaguet] (i. 652) —escrito por un contemporáneo de Bolingbroke—, quien deja registro de que una pequeña banda de ingleses fue al asedio en África “cum comite Delby (sic) anglico, filio ducis Lencastrie”. [“Con el conde de Delby (sic), el inglés, hijo de duque de Lancaster”] *Frois.* [n. 21] (xiii. 255) —a quien Holinshed había citado previamente— no menciona la presencia de Bolingbroke, pero sí dice que “messire Jean, dit Beaufort, fils bâtard au duc de Lancastre” [“el señor Jean, llamado Beaufort, hijo bastardo del duque de Lancaster”] estuvo en el sitio de África en 1390.

ser distinto según otros escritores, que afirman que dicho conde hizo un viaje para la misma época en contra de los herejes, pero no a tierras bárbaras sino a Prutzenland, donde dio buenas pruebas de su noble y valiente coraje.

Una vez suspendido el tiempo de las declaraciones de combate (líneas 104-106 [Bolingbroke: —“Lores apellantes, vuestras diferencias quedan suspendidas hasta que designemos el día de la prueba.”]), York entra con la noticia de que Richard ha abdicado. El 31 de agosto (?) de 1399, al día siguiente de su llegada a Londres, Richard fue llevado a la Torre,⁶⁹ donde...

[*Hol.* iii. 503/1/47.] ... varios de los sirvientes del rey, que tenían permiso para acceder a su persona, lo reconfortaron (puesto que estaba casi consumido por la pena, y en cierto modo medio muerto) lo mejor que pudieron, instándolo a cuidar su salud y preservar su vida.

Y primero le aconsejaron disponerse a ser depuesto y resignar voluntariamente su derecho para que el duque de Lancaster pudiera obtener el cetro y la diadema sin muerte ni combate, ante lo cual (como bien pudieron notar) el rey quedó boquiabierto; ellos pensaban que de este modo el rey tendría la perfecta certeza de que su vida se extendería largamente. Si su persuasión provino de un soborno del duque de Lancaster y sus seguidores o del sincero afecto que le tenían al rey, por parecerles lo más seguro en tal extremo, no se sabe a ciencia cierta; cualquiera haya sido el motivo, no surtió efecto de inmediato. No obstante, el rey, ahora en manos de sus enemigos y sin esperanza alguna de confort, fue fácilmente persuadido de renunciar a su corona y preeminencia regia, de modo que, con la mera esperanza de

69 *Eves*, [n. 4], 155, 156.

salvar su vida, acordó hacer todo lo que se le pidiera. Y así (según parece de acuerdo a la copia de un documento que viene a continuación) renunció y fue despojado voluntariamente de su corona real y sus dignidades regias el lunes 29 de septiembre, fiesta de San Miguel Arcángel, del año 1399 de nuestro Señor y el vigésimo tercer año de su reino.

La noticia de que Richard había entregado su cetro a Bolingbroke (líneas 107-110 [York: —“Gran duque Lancaster, vengo a ti de parte de Ricardo, el de penacho abatido; consiente de su plena voluntad en adoptarte heredero y cede su cetro poderoso a la posesión de tu real mano.”]) debe ser comparada con el testimonio de quienes estuvieron presentes en la abdicación sobre lo que siguió a la lectura en voz alta por parte del rey del documento mencionado en el fragmento anterior.

[*Hol.* iii. 504/2/39.] En el acto, en presencia nuestra y de otros, suscribió el documento y lo entregó al Arzobispo de Canterbury, diciendo que, si estaba en su poder o le correspondía, quería que el duque de Lancaster allí presente fuera su sucesor, el rey que lo siguiera (...) pidiendo e indicando al arzobispo de York y al obispo de Hereford que mostraran e informaran a los lores del parlamento de su renuncia voluntaria, y también de las buenas intenciones y buena voluntad que tenía hacia su primo, el duque de Lancaster, para que fuera quien lo sucediera como rey.⁷⁰

70 Richard y quienes fueron comisionados para recibir su abdicación se reunieron durante la mañana del 29 de septiembre —la abdicación tuvo lugar la tarde de ese mismo día— “y allí le fue repetido al rey por boca del ya mencionado conde de Northumberland que, tiempo atrás en Conway [¿Flint?], en el norte de Gales, el rey, que se encontraba allí en libertad y por propia voluntad, prometió al arzobispo de Canterbury, por entonces Thomas Arundel, y al ya mencionado conde de Northumberland, reconociendo su propia insuficiencia para ocupar un cargo tan importante como el de gobernar el reino de Inglaterra, que de buena gana renunciaría a su derecho y su tí-

Una vez que York ha anunciado la abdicación de Richard, Bolingbroke dice (línea 112): “En nombre de Dios, asciendo al trono real”. En referencia a estas palabras cito el siguiente pasaje que muestra cómo, el 30 de septiembre, tras oír la sentencia de deposición de Richard, el parlamento eligió a Bolingbroke como su sucesor.

[*Hol.* iii. 505/2/28.] Ni bien fue dictada la sentencia a razón de la cual el reino se encontraba momentáneamente acéfalo, el duque de Lancaster, poniéndose de pie en el lugar donde hasta entonces había estado sentado de modo que todos en el recinto pudieran verlo, hizo reverentemente la señal de la cruz sobre su frente y su pecho y, luego de que un oficial ordenara silencio, dirigió a los entonces presentes las siguientes palabras.

El duque de Lancaster reclama la corona

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Yo, Henry de Lancaster, reclamo el reino de Inglaterra y su corona con todo lo que conlleva, como descendiente por línea directa de la sangre de aquel buen rey Henry III; para recuperar, por el derecho que la gracia de Dios me ha concedido, y con la ayuda de parientes y amigos, lo que ha estado a punto de perderse a falta de buen gobierno y debida justicia”.

Dicho esto, volvió a sentarse donde antes estaba. Los lores, habiendo oído claramente el reclamo hecho por este hombre, se preguntaron entre sí sus opiniones. Finalmente,

tulo, al igual que a su derecho a la corona de Francia, y su regia majestad, para dejarlos en manos de Henry, duque de Hereford; y que llevar eso a cabo sería conveniente y sabio, y que convendría que los eruditos del país consideraran cómo hacerlo y ordenarlo”. - *Holinshed* 503/2/46 (*Rot. Parl.* [n. 2], iii. 416/2).

al cabo de cierta pausa, el arzobispo de Canterbury, enterado de las opiniones de los lores, se puso de pie y preguntó a los comunes si consentían a la opinión de los lores, quienes pensaban que el reclamo del duque era apropiado y necesario para el bienestar del reino y de todos ellos. A lo que los comunes unánimemente exclamaron “¡Sí, sí, sí!”. Tras esta respuesta, el arzobispo, dirigiéndose al duque y arrodillándose ante él, le comunicó su propósito en unas pocas palabras. Una vez que hizo esto se puso de pie y, tomando al duque de la mano derecha, lo condujo al asiento del rey (con la asistencia del Arzobispo de York) y con gran reverencia lo hizo sentarse allí, antes de lo cual el duque de rodillas elevó una devota plegaria a Dios todopoderoso.

Shakespeare ha antedatado el discurso de Carlisle⁷¹ si entendemos que fue pronunciado el “miércoles siguiente” al día (18 de octubre de 1399) en que Aumerle fue acusado por Fitzwater, o cerca de esa fecha.

Mi siguiente fragmento contiene la parte del discurso de Carlisle parafraseada por Shakespeare (IV, i, 117-135 [—“Plegue a Dios que alguno de esta noble asamblea sea lo bastante noble [...]” hasta “Milord de Hereford, aquí presente, a quien llamáis rey, es un traidor infame al rey del altanero Hereford.”]).

71 La autenticidad de este discurso es dudosa. Según el autor de *Trais*. [n. 3] —la autoridad más temprana que se conoce al respecto —el discurso fue pronunciado el 1 de octubre (70; 220), si entendemos “lendemain” [“día siguiente”] en referencia al 30 de septiembre, la fecha inmediatamente precedente. Pero, como ha señalado el Sr. Williams (*Trais*, 221, nota) la protesta de Carlisle parece más oportuna si suponemos que fue emitida el 23 de octubre, fecha en la que, en un comité secreto, Northumberland preguntó a los pares del reino “qué habría que hacer con Richard, el anterior rey, siempre manteniendo a salvo su vida, que el rey Henry deseaba fuese considerada sagrada”. - *Rot. Parl.* [n. 2], iii. 426/2. El fragmento “El miércoles [...] fue concedido” está en el manuscrito Bodl. 2376 (*Archaeol.* [n. 32] xx. 279, 289).

[Hol. iii. 512/2/29.] El miércoles [22 de octubre de 1399] siguiente, los comunes hicieron el pedido de que, dado que el rey Richard había renunciado y sido legalmente depuesto de sus dignidades regias, se le pudiera entablar juicio, para que el reino no sufriera más problemas a causa de él y que los motivos de su deposición fueran publicados por todo el reino para satisfacción de pueblo; pedido que fue concedido. Ante lo cual el obispo de Carlisle, hombre tan sabio y erudito como valeroso y de firmes convicciones, manifestó abiertamente su opinión con respecto a ese pedido, afirmando que nadie entre ellos era digno ni idóneo para emitir juicio sobre un príncipe tan digno como el rey Richard, a quien habían tenido como soberano y señor por espacio de veintidós años y más; “y yo os aseguro” (dijo) “que no existe traidor tan absoluto ni ladrón tan redomado ni asesino tan cruel que no se lo lleve ante la justicia en ocasión de su juicio, ¿y vosotros queréis proceder al juicio de un rey ungido sin oír su respuesta ni sus excusas? Yo digo que el duque de Lancaster, a quien vosotros llamáis rey [comparar con la línea 134], ha ofendido más al rey Richard y su reino que lo que el rey Richard lo ha ofendido a él o a nosotros” (...) Ni bien el obispo terminó con su perorata, fue prendido por el conde mariscal y puesto bajo guardia en la abadía de San Albano.

Cuando Carlisle es arrestado, Bolingbroke dice: “Conducid aquí a Ricardo para que pueda abdicar en presencia de todo el mundo; procediendo así, no daremos lugar a la sospecha”. Después Northumberland indica a Richard que lea

“... estas acusaciones y estos odiosos crímenes cometidos por vuestra persona y por vuestros favoritos contra el Estado e intereses del reino, para que, por

vuestra confesión, las conciencias puedan juzgar que habéis sido justamente destronado”.

Los actos oficiales que son dramatizados en “la escena del parlamento” son así descritos:

[*Hol.* iii. 504/2/60.] Al día siguiente, que era martes, y el último día de septiembre, todos los lores espirituales y temporales, junto con los comunes de aquel Parlamento, se reunieron en Westminster donde, en presencia de ellos, el arzobispo de York y el obispo de Hereford, según el pedido del rey, les manifestaron la renuncia voluntaria del rey y su juicio favorable hacia su pariente de Lancaster como sucesor. Y además les mostraron el documento de la renuncia, firmado de puño y letra del rey Richard, que ellos requirieron fuera leído primero en latín, como estaba escrito, y luego en inglés. Luego se preguntó primero a los lores si estaban dispuestos a admitir y permitir esa renuncia, lo cual ellos admitieron y confirmaron; similar pregunta fue planteada a los comunes, e igualmente confirmada por ellos. Luego de esto se declaró que, a pesar de la anterior renuncia admitida y confirmada por lores y comunes, sería necesario, para evitar toda sospecha y conjetura por parte de gentes mal dispuestas, poner por escrito y dejar registro de los múltiples delitos y faltas cometidas anteriormente por el rey Richard, con el propósito en primera instancia de que pudieran ser declaradas abiertamente ante el pueblo, y además quedar para siempre entre otros registros reales.

Todo esto fue llevado a cabo de manera acorde, ya que los artículos que vosotros habéis oído fueron redactados y pasados en limpio hasta que estuvieron listos para ser leídos; pero, por otras causas de mayor necesidad a las que se dio prioridad, la lectura de esos artículos fue pospuesta en ese momento.

Holinshed da el siguiente prefacio a los “artículos” que Northumberland desea que Richard lea (línea 243 [“Milord, despachad; leed estos artículos.”]):

[*Hol.* iii. 504/2/45.] ...muchos actos atroces de mal gobierno y negocios perjudiciales en la administración de sus cargos como rey fueron atribuidos a este noble príncipe, el rey Richard, los cuales (a los efectos de persuadir a los comunes de que era un príncipe poco provechoso para la comunidad y digno de ser depuesto) fueron redactados en treinta y tres solemnes artículos.

Quizás la entrega en mano que Richard hace de su corona (líneas 181-189 [“Dadme la corona. Tomadla aquí, primo; de este lado, mi mano, y de este otro, la vuestra. [...] bebo mis dolores, mientras vos ascendéis en alto.”]) sea la versión dramática de una transferencia simbólica hecha por él en la torre el 29 de septiembre, luego de expresar el deseo de que Bolingbroke —que se encontraba presente— fuera su sucesor.

[*Hol.* iii. 504/2/45.] Y, como prueba, se quitó un anillo de oro, que era su sello, y lo colocó en el dedo del ya mencionado duque [de Bolingbroke] (...).

Pero Froissart (xiv, 222, 223) describe cómo, en presencia de “lores, duques, prelados, condes, barones y caballeros, y de los hombres más notables de Londres y de otras buenas ciudades”, Richard, “ataviado como un rey con su vestimenta oficial, con el cetro en su mano y la corona en su cabeza”, entregó su cetro a Bolingbroke y luego “tomó la corona de su cabeza con ambas manos, y colocándola delante de él le dijo: ‘Buen primo Henry, duque de Lancaster, te entrego

esta corona con la que fui coronado rey de Inglaterra, y con ella todos los derechos que le corresponden”. — Froissart de Berner, 1525, volumen II, folio cccxiii.

La tarde del 29 de septiembre de 1399, Bolingbroke, Northumberland, William —abad de Westminster— y otros testigos se reunieron “en la recámara principal de los aposentos del rey” en la Torre (Hol. iii. páginas 503, 504), y ante ellos Richard...

[Hol. iii. 504/1/19.] ...con expresión bien dispuesta (...) declaró abiertamente que estaba listo para renunciar y resignar toda su majestad de rey de la manera que antes había prometido. Y aunque su renuncia podría haber sido suficientemente declarada mediante la lectura de cualquiera de menor rango, aún así, para mayor seguridad y para que esta renuncia tuviera su máxima fuerza, él mismo leyó el rollo que la contenía, del siguiente modo.

Mediante este documento oficial —que tiene un remoto parecido general con su parlamento en IV, i, 204-215 [“...retiro de mi cabeza este peso abrumador; de mi mano, este cetro incómodo; de mi corazón, este orgullo real; [...] ¡Dios perdone todas las violaciones de votos hechos ante mí! ¡Dios conserve enteros los juramentos que se te prestan!”]— Richard absolvía a sus súbditos de su vasallaje, resignaba su corona y sus señoríos, renunciaba al estilo y los honores de rey y reconocía que era depuesto justamente.

En lo que concierne a las palabras de Richard (líneas 255-257) “Yo no tengo nombre ni título, no, ni aun aquel que me dieron en las fuentes bautismales, sino que ha sido usurpado”, el difunto Rdo. W. A. Harrison

ha señalado (*Transactions of the New Shakespeare Society*, 1880-82, p.59) dos pasajes en *Traïson* según los cuales al parecer Richard, después de su abdicación, fue llamado “Iehan de Bordeaulx qui fu nomme Roy Richart Dengleterre” [“Jean de Bordeaux, que fue el nombre del rey Richard de Inglaterra”] (71, 72) y “Iehan de Londres lequel fu nomme Richart” [“Jean de Londres, que fue el nombre de Richard”] (94). Tras su captura los londinenses se referían a él como hijo ilegítimo (*Trais.*, 64); y Bolingbroke, conversando con el rey caído en desgracia en la Torre antes de su abdicación, se refirió a la ilegitimidad de Richard como un rumor común (*Frois.*, xiv. 219, 220). Sabemos por *Ann. R. II. - H. IV. [Annales Ricardi Secundi et Henrici Quarti. 1392-1406. H. T. Riley]* (237, 238) que Richard, estando en peligro de muerte, fue bautizado a las apuradas con el nombre de John, pero luego, en cumplimiento a su padrino Richard, rey de las Mallorcas,⁷² “confirmatus fuit per Episcopum, vocatusque ‘Ricardus’” [“fue confirmado por el obispo y llamado Ricardo”].

No he encontrado esta historia acerca del nombre de Richard en las crónicas publicadas antes de 1608, cuando la escena del Parlamento fue impresa por primera vez.

Mientras se mira en el espejo (líneas 281-283), Richard dice: “¿Este rostro fue aquel rostro que albergaba cada [día] diez mil hombres bajo su techo doméstico?” Holinshed se refiere así a los pródigos gastos domésticos del rey:

72 “Richard, rey de las Mallorcas” (*Majoricarum*) es desconocido en la historia. El padrino de Richard II era James, rey titular de Mallorca. - *Froissart*, ed. Buchon (Panthéon Littéraire), i. 521. Este James, hijo de James II, rey de Mallorca, fue el tercer esposo de Joanna I, reina de Nápoles.

[*Hol.* iii. 508/1/5.] Su despliegue era el más grande y sus provisiones las más abundantes que haya tenido ningún rey de Inglaterra antes o después. Pues a su corte asistían diariamente unas diez mil personas que allí recibían carne y bebida.

Shakespeare ha posdatado el encierro de Richard en la Torre (línea 316 [Bolingbroke: —“Andad, conducidle alguno de vosotros a la Torre.”]). Según Holinshed:

[*Hol.* iii. 501/2/63.] Al día siguiente de su venida a Londres, el rey fue llevado de Westminster a la Torre,⁷³ y allí dejado bajo custodia.

No sé por qué Bolingbroke establece que “el miércoles próximo será nuestra solemne coronación” (líneas 319, 320). Fue coronado el lunes 13 de octubre de 1399, según Holinshed, quien registra la coronación de Bolingbroke “el día de San Eduardo, trece de octubre” (511/1/24), y dice (511/1/71): “Concluidas las solemnidades de la coronación, siendo el día siguiente un martes, el Parlamento se reunió nuevamente”.

El primer Parlamento de Henry IV le impuso la corona a él y a los herederos de su cuerpo. Holinshed relata este acuerdo y alude de este modo al inminente complot del abad de Westminster, puesto en marcha al cierre del cuarto acto.

73 Según *Eves*. [n. 4] (156) Richard llegó a Londres el sábado 30 de agosto de 1399 y fue llevado a la Torre al día siguiente. *Ann. R. II. - H. IV. [Annales Ricardi Secundi et Henrici Quarti. 1392-1406. H. T. Riley]* (251) y *Ott.* [n. 16] (208, 209) dan el 1 de septiembre como la fecha de su llegada a Londres, y agregan que el 2 de septiembre fue llevado por agua del palacio de Westminster a la Torre. Con vacilaciones acepto las fechas del monje de Evesham, cuya autoridad en lo concerniente a los acontecimientos del último año de Richard merece gran consideración.

[*Hol.* iii. 514/1/22.] Por la fuerza de este acto el rey Henry se creyó firmemente establecido sobre bases seguras, sin temer ninguna tormenta de fortuna adversa. Pero aún así poco después estuvo en peligro de ser quitado del trono por una conspiración iniciada en casa del abad de Westminster, por la cual, de no haberse visto entorpecida, no se sabe si el nuevo rey habría disfrutado de su realeza, o si el viejo rey (ahora prisionero) habría sido devuelto a su principado.

Acto V, escena i: no existió una despedida entre Richard e Isabelle como la que aquí se representa. No volvieron a verse una vez que Richard abandonó Windsor,⁷⁴ poco antes de embarcarse rumbo a Irlanda. Entre los dos eventos históricos que esta escena conecta —el traslado de Richard a Pomfret⁷⁵ y el regreso de Isabelle a Francia— transcurrió un intervalo de más de un año. El cautiverio de Richard en la Torre es omitido. Northumberland entra y se dirige al rey de puesto de la siguiente manera (líneas 51, 52): “Milord, Bolingbroke ha cambiado de parecer. Es a Pomfret, y no a la Torre, adonde debéis ir”. Richard fue enviado a la Torre el 31 de agosto de 1399 o en una fecha cercana a esa, y desde allí...

74 Estando en la Torre, Richard ordenó que trajeran a la reina para que ella pudiera hablar con él; pero Bolingbroke, que estaba presente, adujo órdenes del consejo como excusa para no obedecer. - *Trais*. [n. 3], 66; 217. Richard se casó con ella en 1396; y para la fecha histórica de la primera escena del quinto acto tenía unos doce años de edad. - *Chron. R. II. - H. IV.* [*A Chronicle of the Reigns of Richard II, Henry IV, V, and VI.* 1377-1461. J. S. Davies], 129 (Apéndice).

75 Richard fue retirado de la Torre al día siguiente de San Simón y San Judas (29 de octubre de 1399), poco después de la medianoche. - *Ann. R. II. - H. IV.* [n. 61], 313. *Ott.* [n. 16], 223. En *Trais*. [n. 3] (75; 227) la fecha dada para su retiro de la Torre es el 31 de octubre de 1399. Según *Ann. R. II. - H. IV.* (313) y *Ott.* (223) el lugar de su encarcelamiento posterior era, al menos entonces, secreto de estado; pero el autor de *Chron. Giles* [*Incerti Scriptoris Chronicon Angliae.* 1399-1455. J. A. Giles. 1848] nos dice (*Hen. IV.*, 10) que Richard fue llevado de la Torre al castillo de Leeds en Kent, y de allí trasladado al castillo de Pomfret.

[*Hol.* iii. 507/2/64.] ...poco después de su renuncia fue trasladado al castillo de Leeds en Kent, y desde allí a Pomfret, donde abandonó esta vida miserable (tal como lo oiréis más adelante).

Además, Northumberland dice a la reina que debe “marchar a Francia” (línea 54). No obstante, fue retenida por Bolingbroke y, cuando volvió a Francia, no abandonó Londres — donde transcurre esta escena— sino hasta el 28 de junio de 1401.⁷⁶

Acto V, escenas ii y iii: la descripción que York hace de la recepción de Bolingbroke entre los londinenses (V, ii, 7-17 [“Entonces, como os decía, el duque, el gran Bolingbroke, montado sobre un ardiente e impetuoso corcel [...] ¡Sé bien venido, Bolingbroke!”]) es totalmente certificada por el siguiente fragmento.

[*Hol.* iii. 501/2/44.] En cuanto al duque, fue recibido con todo el gozo y la pompa posibles por parte de los londinenses, y se alojó en el palacio del obispo, junto a la iglesia de [San] Pablo. Era maravilloso ver la convocatoria espontánea de la gente y la cantidad de caballos que se acercaban a él por el camino a medida que iba pasando por las distintas regiones hasta llegar a Londres, donde (ante su cercanía a la ciudad) el alcalde salió a su encuentro junto con gran número de otros ciudadanos. También el clero salió a su encuentro en procesión, y se mostró tal alegría en los rostros de la gente, que también la expresaba en palabras, como no se ha visto muy a menudo. Pues en cada ciudad y aldea por la que pasó los niños se alegraban, las mujeres aplaudían y los hombres lanzaban exclamaciones de gozo. Pero omito

76 *Usk* [n. 6], 61; 185. Adam de Usk fue testigo ocular de su partida desde Londres.

hablar aquí del gran número de gente que se amontonó en los campos y las calles de Londres ante su llegada, así como tampoco hablaré de los presentes, las bienvenidas, las loas y las recompensas que le ofrecieron los ciudadanos y la comunidad.

Cuando Richard fue trasladado de Westminster a la Torre, apenas logró escapar de un estallido de odio que excedía en mucho el que York había notado (V, ii, 5, 6 [Duquesa de York: —“[...] aquel triste episodio, Milord, cuando manos groseras y rebeldes arrojaban desde las ventanas polvo y barro sobre la cabeza de Ricardo.”]; 27-30 [York: —“[...] así, y con más desprecio todavía, los ojos de la muchedumbre se fijaron insolentemente sobre Ricardo; ninguno exclamó: ‘¡Dios le salve!’, ni lengua alegre le dio la bienvenida, sino que arrojaban polvo sobre su sagrada cabeza, [...]”]) el día anterior.

[*Hol.* iii. 501/2/66.] Muchas personas mal dispuestas, reuniéndose en grandes números, tuvieron la intención de interceptarlo y secuestrarlo de quienes lo transportaban para poder matarlo. Pero el alcalde y los concejales reunieron en su contra a la plebe más fiel y los ciudadanos más serios, y gracias a esta táctica de ellos, y no sin mucho alboroto, se evitó el propósito malvado de los otros...

York termina con una firme declaración de lealtad a Bolingbroke, y entonces la duquesa de York exclama: “¡Aquí viene mi hijo⁷⁷ Aumerle!”, a lo que el duque res-

77 La madre de Aumerle era Isabel, hija de Pedro el Cruel, rey de Castilla y León. Murió en 1394. - *Hol.* 481/1/28 (*Wals.* [n. 13], ii. 214, 215). A York lo sobrevivió su segunda esposa, Joan Holland, hija de Thomas Holland, segundo conde de Kent.

ponde (líneas 41-43): “El que era Aumerle, pero que se ha perdido por ser amigo del rey Ricardo, y que al presente debéis llamarle Rutland, señora”.⁷⁸ Por el Parlamento reunido el 3 de noviembre de 1399,

[*Hol.* iii. 513/2/1.] ...finalmente se estableció que aquellos que habían sido querellantes en el último Parlamento contra el duque de Gloucester y otro fueran ordenados de la siguiente manera. A los duques de Aumerle, Surrey y Exeter, allí presentes, se les quitó el nombre de duques junto con todos los honores, títulos y dignidades correspondientes.

Se puede atribuir la fecha histórica del 4 de enero de 1400⁷⁹ —el día en que York detectó la traición de Aumerle— a aquellas partes de las escenas ii y iii del quinto acto que tienen como tema el descubrimiento del complot del abad. El material para estas partes fue provisto principalmente por la última oración del tercer párrafo y la totalidad del cuarto párrafo de los citados a continuación.

[*Hol.* iii. 514/2/10.] Pero ahora se hablará de la conspiración tramada por el abad de Westminster, quien fue su instrumento principal. Debéis comprender que este abad (según se informa) una vez había oído al rey Henry, cuando éste no era más que el conde de Derby y muy joven, decir que los príncipes tenían muy poco y los religiosos mucho. Por lo tanto ahora, temiendo que si el rey continuaba mucho

78 El conde de Rutland era su título anterior. Fue nombrado duque de Albemarle el 29 de septiembre de 1397, día en el cual el parlamento en el que él acusó a Gloucester fue prorrogado. - *Eves.* [n. 4], 141.

79 Aumerle fue a comer con su padre “le premier Dimanche de lan” [“el primer domingo del año”] [1400], y al sentarse dejó sobre la mesa la carta que contenía la evidencia del complot. - *Trais.* [n. 3], 80; 233.

tiempo en su cargo querría eliminar ese haz de luz que ya entonces ofendía su vista y su conciencia, se convirtió en instrumento para sondear las ideas de los nobles y reunirlos en asamblea y consejo donde pudieran consultarse acerca de cómo efectuar aquello que deseaban ansiosamente, es decir, la destrucción del rey Henry y la restauración del rey Richard. Pues había varios lores que externamente se mostraban favorables al rey Henry, pero que secretamente deseaban y procuraban que le fuera mal. El abad, tras haber sondeado las mentes de varios de ellos, reunió en su casa un día hacia fin de año⁸⁰ a todos esos lores y demás personas que sabía o sospechaba tan afectos al rey Richard como envidiosos de la prosperidad del rey Henry; y sus nombres eran John Holland, conde de Huntington, ex duque de Exeter; Thomas Holland, conde de Kent, ex duque de Surrey; Edward, conde de Rutland, ex duque de Aumerle, hijo del duque de York; John Montacute, conde de Salisbury; Thomas, Lord Spencer, ex conde de Gloucester; Thomas,⁸¹ obispo de Carlisle; Sir Thomas Blunt; y Maudelen, sacerdote de la capilla del rey Richard, y tan parecido a él en estatura y proporción en todos los lineamientos de su cuerpo como diferente en nacimiento, dignidad y condiciones.

El abad agasajó en grande a estos lores, sus amigos especiales, y después de una buena comida se retiraron a una recámara secreta donde se reunieron en consejo, y tras mucha deliberación acerca de cómo llevar a cabo su propósito de destruir al rey Henry, al fin por consejo del conde de Huntington se decidió que emprenderían una solemne justa entre él y veinte más en su bando, contra el conde de Salisbury y otros veinte en el bando de él, en Oxford; torneo

80 Los conspiradores se reunieron en los aposentos del abad de Westminster el 17 de diciembre de 1399. - *Trais*, [n. 3], 77; 299.

81 Thomas] John Hol.

al cual se invitaría al rey Henry, y cuando éste estuviera más entretenido observando el marcial pasatiempo, súbitamente sería asesinado y destruido, y de ese modo el rey Richard, que seguía vivo, podría ser puesto en libertad y recuperar sus antiguas propiedades y dignidades. También se decidió quién reuniría a la gente, la cantidad y las personas que llevarían a cabo y pondrían en ejecución la empresa planificada. Ante lo cual se hizo un contrato en seis partes, sellado con sus sellos y firmado de puño y letra, por el cual se comprometían entre sí a llegar hasta las últimas consecuencias para lograr su propósito. Además se juraron por los santos evangelistas fidelidad y secreto entre sí a muerte.

Con todo así ordenado, el conde de Huntington fue a ver al rey en Windsor y le solicitó encarecidamente que le concediera la gracia de estar en Oxford el día señalado para sus justas, tanto para observarlas como para detectar y ser juez imparcial (si surgía alguna ambigüedad) de sus actos y hechos de coraje. El rey, viéndose así requerido por su cuñado,⁸² y sin imaginar en absoluto más que lo que se le había informado, gentilmente le aseguró que cumpliría con su pedido. Habiendo obtenido esta promesa, todos los lores de la conspiración partieron rumbo a sus hogares, según hicieron saber, para poner a los herreros a trabajar en los detalles de sus armaduras para las justas, y para preparar todo el moblaje y las cosas necesarias como correspondían a tan elevado y solemne torneo. El conde de Huntington llegó a su casa y reunió hombres por todas partes, y preparó caballo y arnés para su propósito. Cuando tuvo todo listo partió hacia Oxford, y al llegar encontró allí a todos sus amigos y confederados, bien preparados para su propósito, excepto el conde de Rutland, por cuya imprudencia la cons-

82 "Nuestro digno cuñado" (*Richard II*, V, iii, 137): John, conde de Huntington, se casó con Elizabeth, hermana de Bolingbroke.

piración salió a la luz y fue revelada al rey Henry. Pues este conde de Rutland, al partir anteriormente de Westminster para ver a su padre, el duque de York, al sentarse a comer con éste guardaba en su pecho su parte del contrato de la conspiración.

El padre, al verlo, quiso saber qué era; y aunque el hijo humildemente se negó a mostrarlo, el padre, más ansioso aún por verlo, se lo quitó a la fuerza. Al percibir su contenido, en un ataque de furia hizo ensillar sus caballos, y reprochándole la traición a su hijo, por quien él era garantía principal de buen comportamiento ante el parlamento abierto,⁸³ montó de inmediato a caballo para ir a ver al rey en Windsor y declarar ante él las malvadas intenciones de sus cómplices. El conde de Rutland, viendo el peligro que corría, montó a caballo⁸⁴ y cabalgó por otro camino a Windsor lo más rápido posible, de modo tal que llegó allí antes que su padre y, desmontando a las puertas del castillo, las hizo cerrar diciéndole que debía entregar las llaves al rey. Cuando estuvo en presencia del rey se arrodilló ante él, implorando su piedad y su perdón, y, revelándole toda la cuestión en el orden en que había sucedido cada cosa, los obtuvo. Entonces llegó su padre y, una vez que pudo entrar, entregó el contrato que le había quitado a su hijo al rey, quien, comprobando entonces que las palabras del hijo eran verdaderas, modificó su propósito de ir a Oxford.

83 Comparar con *Richard II*, V, ii, 44, 45 [York: —“He comprometido por él mi palabra en el Parlamento de que su obediencia y su leal sumisión hacia el nuevo rey serían inalterables.”].

84 Shakespeare hace que Aumerle tome el caballo de York; pues según todos los textos de *Richard II*, en V, ii, 111 la duquesa exclama: “¡Síguele, Aumerle! Monta tú en su caballo”. N. de la T.: nuevamente en este caso traducimos directamente del original, donde se lee *After, Aumerle! Mount the(e) upon his horse*, ya que la versión de Astrana Marín (“¡Síguele, Aumerle! Adelanta a su caballo...”) no refleja el punto del autor.

Acto V, escenas iv y v: la cuarta escena del quinto acto y la última parte⁸⁵ (líneas 95-117 [Alcaide (al palafrenero): —“Camarada, deja sitio; aquí no puedes permanecer”. hasta Exton: —“Voy a llevar el rey muerto al rey vivo; recoged los demás y dadles aquí sepultura”.]) de la escena siguiente representan fielmente uno de los varios relatos de la muerte de Richard.

[*Hol.* iii. 517/1/7.] Un escritor⁸⁶ que parecía tener mucho

- 85 Lo que un caballero que había servido a Richard dice acerca de “el roano Barbary” (líneas 76-80 [“¡Oh! ¡Cómo sangraba mi corazón cuando contemplaba el día de la coronación a Bolingbroke montado sobre el roano ‘Barbary’, aquel caballo que con tanta frecuencia montabais, aquel caballo que yo domé tan cuidadosamente!”]) y el comentario que el rey caído hace al respecto (líneas 84-86 [“¡Tan orgulloso de llevar en sus lomos a Bolingbroke! Ese rocín había comido el pan de mi real mano; esta mano fue la que con sus caricias le dio aquel orgullo.”]) pueden haberse ocurrido a Shakespeare a raíz de la historia de un galgo llamado Mathe; aunque el abandono que el perro hizo de su antiguo amo fue deliberadamente cruel, mientras que el caballo Barbary, según Richard admite, había sido “creado para ser dominado por el hombre” y “nacido para llevarlo”.

Froissart de Berner, ed.1 (1523-25), vol. ii, fol. ccc.xii.: “Y me fue informado que el rey Richard tenía un sabueso llamado Mathe, que siempre lo seguía a él y no reconocía a nadie más. Pues siempre que el rey salía a caballo, el cuidador del galgo lo soltaba, y éste corría directamente hacia el rey y le hacía grandes fiestas, y saltaba poniendo sus patas delanteras en los hombros del rey. Un día que el rey y el conde de Derby conversaban en el patio [del castillo de Flint], el galgo, que siempre saltaba en torno al rey, lo abandonó y fue hacia el conde de Derby, duque de Lancaster, y le hizo los mismos juegos amistosos y alegres que solía hacerle al rey. El duque, que no conocía al galgo, preguntó al rey si el perro solía comportarse así. “Primo,” dijo el rey, “es una muy buena señal para vos, y un muy mal signo para mí”. “Señor, ¿cómo sabéis eso?” dijo el duque. “Bien lo sé,” dijo el rey; “el galgo os festeja hoy como rey de Inglaterra (vos lo seréis, y yo seré depuesto). Este es un conocimiento que el galgo tiene naturalmente; por ende, adoptadlo. Él os seguirá a vos, y a mí me abandonará”. El duque comprendió bien estas palabras y supo apreciar al galgo, que nunca más volvió a seguir al rey Richard, sino al duque de Lancaster.

Usk [n. 6] dice (39, 40; 155) que el perro había pertenecido a Thomas Holland, conde de Kent, y que tras su muerte le quedó a Richard, a quien no había visto nunca antes. Tras dejar a Richard fue a Shrewsbury, y allí Usk lo vio festejar a Henry.

- 86 El escritor, supongo, de *Trais*. [n. 3] (93-96; 248-250). *Holinshed* tenía un manuscrito de *Trais*, al que cita como “el panfleto francés” (n. 8). Pero el señor Williams ha señalado (*Trais*, 1, nota 3) que un manuscrito del cuarto libro de *Froissart* (nro.8323 Regius, Bibliothèque du Roi) contiene

conocimiento de los hechos del rey Richard ha dicho que el rey Henry, sentado un día a la mesa, suspiró gravemente y dijo: “¿Acaso no tengo un amigo fiel que me libre de aquel cuya vida será mi muerte, y cuya muerte será la preservación de mi vida?” Este dicho fue muy notado por aquellos que estaban presentes, especialmente por uno llamado Sir Piers de Exton. Este caballero abandonó de inmediato la corte, con ocho hombres fuertes de su compañía, y fue a Pomfret, dando orden al sirviente que solía servir y hacer la prueba⁸⁷ para el rey Richard que no lo hiciera ya más, diciendo: “Que coma ahora, pues no lo hará por mucho tiempo más”. El rey Richard se sentó a comer y fue servido sin cortesía ni prueba previa; muy sorprendido por este súbito cambio, preguntó al sirviente por qué no cumplía con su deber. “Señor,” respondió éste, “he recibido órdenes contrarias de Sir Piers de Exton, quien acaba de llegar de donde el rey Henry”. Cuando el rey Richard escuchó eso, tomó un cuchillo y golpeó al sirviente en la cabeza, diciendo “¡Qué el diablo se los lleve, a ti y a Henry de Lancaster!”. Ante esas palabras Sir Piers entró en la habitación, bien armado y con ocho hombres altos armados igualmente, cada uno de ellos con una lanza en la mano.

Al ver esto, el rey Richard sacó la mesa de en medio y, acercándose al hombre que avanzaba al frente, le arrancó la lanza de las manos y se defendió tan valientemente que

un agregado con la conocida historia del asesinato de Richard por Exton, y el autor de ese agregado dice que fue informado de su veracidad “par homme digne de foy, nommé Creton” [“por un hombre digno de fe, llamado Creton”] (li.). La única diferencia importante entre la versión de Holinshed y la historia original narrada por Creton y el escritor de *Trais*. es que, según estos últimos, Bolingbroke ordenó expresamente a Exton asesinar a Richard. El comentario que le da un indicio a Exton (“¿No tendré un amigo que pueda libramme de este viviente miedo?”) ocurre por primera vez, creo, en *Halle* [n. 11] (20), cuyo relato del asesinato de Richard concuerda en otros particulares con lo relatado por Holinshed.

87 “Servir y hacer la prueba”: servir y retirar los platos, y probar antes la comida en ellos.

mató a cuatro de los que habían venido a atacarlo. Sir Piers, algo espantado ante el asunto, saltó a la silla en la que el rey Richard se sentaba mientras los otros cuatro luchaban con él y lo perseguían por la habitación. En conclusión, cuando el rey Richard cruzaba la habitación de un extremo al otro, al pasar cerca de la silla en la que estaba parado Sir Piers, fue derribado por un golpe de alabarda que Sir Piers le dio en la cabeza, y con el que le quitó la vida,⁸⁸ sin darle chance de invocar la piedad de Dios por sus pasadas ofensas. Se dice que después de haberlo matado así, Sir Piers de Exton lloró amargamente, como alguien a quien agujonea la conciencia culpable, por haber asesinado a aquel a quien tanto tiempo había obedecido como rey.

Acto V, escena vi: esta escena está posdatada, pues la revuelta fue suprimida antes de la muerte de Richard. Cuando la sexta escena comienza, “las últimas noticias” que tiene Bolingbroke dicen que los rebeldes han quemado Cirencester, pero si habían sido “aprisionados o muertos” no se sabía. Como el relato de la rebelión hecho por Holinshed no fue dramatizado, bastará con sintetizar los principales hechos registrados por los cronistas contemporáneos. Los lorres rebeldes marcharon a Windsor con la esperanza de sorprender a Henry. Advertido a tiempo, él huyó por la noche (del 4 al 5 de enero) a Londres, y reunió las fuerzas necesarias para oponérseles. Los rebeldes se retiraron y llegaron a Cirencester el 6 de enero. A medianoche los ciudadanos los atacaron en su alojamiento y, tras una lucha que duró varias horas,

88 El 14 de febrero de 1400 es la fecha usualmente aceptada para la muerte de Richard (ver Eves. [n. 4], 169); pero el 29 de enero de 1400 Charles VI se refirió a él como Richard, el difunto rey de Inglaterra, a quien Dios perdone. - *Rymer* [n. 49], viii, 124. *Wyllie* [n. 41] (i. 114, 115) cita evidencia documental de la que infiere que Richard fue asesinado para mediados de enero de 1400.

los obligaron a rendirse. Los lores quedaron entonces confinados en la abadía. Para la hora del oficio de vísperas un capellán que los apoyaba prendió fuego a algunas casas de Cirencester, para que los prisioneros pudieran escapar mientras los ciudadanos extinguían las llamas. Pero los hombres de Cirencester, haciendo caso omiso del fuego, sacaron a los rebeldes de la abadía y decapitaron a los condes de Salisbury y Kent al atardecer, el 7 de enero de 1400. - *Usk* [n. 6], 40, 41; 156. *Traison* [n. 3], 80-82; 233-235. *Ann. R. II. - H. IV.* [n. 61], 323-326.

La narración de Holinshed de lo que sucedió con los demás conspiradores debe compararse con las líneas 7-29 [Northumberland: —“[...] La noticia más reciente es que he remitido a Londres las cabezas de Salisbury, Spencer, Blunt y Kent” hasta Bolingbroke (a Carlisle): —“[...] muere libre de toda persecución, pues aunque siempre hayas sido mi enemigo, reconozco en ti brillantes rasgos de honor”].

[*Hol.* iii. 516/2/16.] Lord Hugh Spenser,⁸⁹ también llamado conde de Gloucester, fue apresado cuando intentaba huir a Gales y llevado a Bristol, donde (según el ferviente deseo de la plebe) fue decapitado. (...) Muchos otros que eran parte de esta conspiración fueron apresados y ejecutados; algunos en Oxford, como Sir Thomas Blunt, Sir Benet Cilie, caballero (...). Pero Sir Leonard Brokas y [otros] (...) fueron descuartizados, colgados y decapitados en Londres. En total fueron diecinueve los ejecutados en un lugar y otro, y

89 Los cuartos 1, 2, 3 y 4 dicen “las cabezas de *Oxford*, Salisbury, Blunt y Kent” (V, vi, 8). El Primer Folio dice “las cabezas de Salisbury, Spencer, Blunt y Kent”. Como Aubrey de Vere, conde de Oxford, no participó de la rebelión, es preferible la versión del Primer Folio.

las cabezas de los principales conspiradores fueron puestas en estacas sobre el puente de Londres, para terror de los demás. Poco después, el abad de Westminster, en cuya casa la conspiración había comenzado, según dicen, tuvo un súbito ataque de parálisis cuando se desplazaba entre su monasterio y su mansión, y poco después, sin habla, perdió la vida.⁹⁰ El obispo de Carlisle fue procesado y condenado por la misma conspiración; pero el rey, con piadosa clemencia, le perdonó esa ofensa; si bien murió poco después,⁹¹ más por temor que a fuerza de enfermedad, según han escrito algunos.

El fragmento citado anteriormente contiene todo lo que Holinshed ha registrado en relación con Exton. Según la siguiente descripción del funeral de Richard, parece que Bolingbroke honró tan profundamente la memoria del difunto rey como lo sugieren las líneas finales de esta escena.

[*Hol.* iii. 517/1/49.] Una vez muerto, su cuerpo fue desecado y embalsamado, y recubierto en plomo, todo excepto la cara, con la intención de que todos los hombres pudieran verlo y captar que había partido de este mundo. Cuando el cadáver fue trasladado de Pomfret a Londres, en todas las ciudades y lugares donde permanecieron, aquellos que lo trasladaban pasaron junto a él toda la noche, e hicieron

90 William Colchester, abad de Westminster, estuvo prisionero en el castillo de Reigate el 25 de enero de 1400. - *Claus.* 1 H. IV. Pars i. m. 19 (O.B.). Debe haber recuperado su libertad enseguida. - *Ann. R. II. - H. IV.* [n. 61], 330; y *Claus.* 1 H. IV. Pars ii. m. 6 (O.B.). Probablemente fuera el abad de Westminster llamado William que estuvo presente en Pisa en 1408. - *Thesaurus Novus Anecdotorum* de Martène, ii. 1395 C. Según Dugdale (*Monasticon*, ed. 1817-30, i. 275, 276) Colchester fue abad de Westminster hasta alguna fecha de octubre de 1420.

91 Vivió varios años más después de esta época. Ver *Wylie* [n. 41] (i. 109, 110) para un relato de las fortunas de Carlisle después de la rebelión.

que se cantaran endechas por la noche y se diera misa de Requiem en la mañana; y tanto después de un servicio como del otro, con su rostro descubierto, era exhibido ante todos aquellos que deseaban verlo.

Así fue como el cadaver llegó primero a la Torre y luego, atravesando la ciudad, a la iglesia catedral de San Pablo, con el rostro descubierto; allí estuvo tres días enteros para que todos pudieran verlo. Solemnes exequias se hicieron por él tanto en San Pablo como después en Westminster, ocasiones en las cuales, tanto en las endechas nocturnas como en las misas de Requiem de la mañana, el rey y los ciudadanos de Londres estuvieron presentes. Cuando esto terminó, se dio la orden de que el cadaver fuera llevado a Langley, y allí enterrado en la iglesia de los frailes predicadores.

Los siguientes fragmentos se refieren a los caracteres de Richard II, Edmund —duque de York—, y Sir John Bushy.

Sintetizando los aspectos generales de la sociedad en la época de Richard, Holinshed dice respecto del rey:

[*Hol.* iii. 507/2/68.] Era atractivo en su figura y su rostro, y de bastante buen carácter cuando la maldad y el mal comportamiento de aquellos que lo rodeaban no lo alteraba.

Su suerte realmente fue muy desafortunada por haber caído en semejante calamidad, la de considerar que lo mejor que podía hacer era renunciar a su reino, algo por lo cual los mortales están acostumbrados a poner en riesgo todo lo que tienen con tal de obtenerlo. Pero esas desgracias (o similares) a menudo acontecen a esos príncipes que cuando están en lo más alto no piensan en los peligros que podrían sobrevenir. Era pródigo, ambicioso y muy dado a los placeres del cuerpo (...).

[*Hol.* iii. 508/1/32.] Además imperaba abundantemente el sucio pecado de la lascivia y la fornicación, con abominables adulterios, especialmente en el rey.⁹²

York, dice Holinshed,

[*Hol.* iii. 464/2/49.] ...siendo en verdad hombre de naturaleza amable, deseaba que el estado de la comunidad fuera reparado sin pérdida de vidas humanas ni crueles maltratos.

[*Hol.* iii. 485/2/25.] [Él] era un hombre que anhelaba vivir placenteramente, antes que tener que tratar muchos asuntos y cuestiones importantes del reino.⁹³

Cuando John of Gaunt se casó con Katharine Swinford, al duque de Gloucester,

[*Hol.* iii. 486/1/20.] ...hombre de principios elevados y firmes convicciones, no le agradó que su hermano se casara tan por debajo de su nivel, pero el duque de York lo toleró bastante bien.

92 Bolingbroke acusa a Bushy y a Greene de tentar a Richard a cometer este pecado (III, i, 11-15 ["Hasta cierto punto, por vuestras orgías nocturnas, habéis establecido un divorcio entre la reina y él, interrumpido la posesión de un tálamo regio, marchitado la belleza de las mejillas de una hermosa reina con las lágrimas que arrancaban a sus ojos vuestros infames desórdenes."]).

93 Hardyng [n. 36] lo describe así (340, 341):
...Edmund, llamado de Langley, de buen ánimo,
contento y alegre y por sus propios medios vivió,
sin maldad, como las crónicas han dicho.
Cuando todos los lores al consejo y al parlamento
iban, él salía a cazar y practicar cetrería,
los gentiles pasatiempos que a un lord corresponden
él siempre practicaba, y ayudaba a los pobres
en cualquier lugar donde permaneciera,
sin sorpresa ni extorsión
de las gentes, ni opresión alguna.

Quien presidió el “Gran Parlamento” (septiembre de 1397) fue

[*Hol.* iii. 490/2/28.] ...Sir John Bushy, un caballero de Lincolnshire, al que se tenía por un hombre excesivamente cruel, ambicioso y codicioso más allá de toda medida.

Mientras cumplía con su oficio de presidente en este Parlamento,

[*Hol.* iii. 490/2/57.] ...Sir John Bushy, en todos sus discursos, cuando le proponía algo al rey, no empleaba los títulos de honor debidos o acostumbrados, sino que inventaba términos inusuales y nombres extraños que eran más apropiados para la divina majestad de Dios que para la de un potentado terrenal. El príncipe, bien deseoso de todos los honores y más ambicioso de lo debido, parecía gustar de estos discursos y prestaba buen oído a sus palabras.

Richard fue muy desafortunado en la elección de sus favoritos, pues

[*Hol.* iii. 492/2/72.] ...los principales de su consejo eran considerados por los comunes las peores criaturas que existían; así era con los duques de Aumerle, Norfolk y Exeter, el conde de Wiltshire, sir John Bushy, sir William Bagot y sir Henry Greene. Estos últimos tres eran Caballeros del Baño,⁹⁴ hacia los cuales los comunes sin duda sentían un gran y particular odio.

94 N. de la T.: así llamados por el ritual del baño purificador que formaba parte de la ceremonia de iniciación en la caballería.

***Shakespeare's Holinshed. The chronicle and the historical plays compared*¹ Ricardo III²**

Traducción: Javier Walpen y Agustina Fracchia

*La tragedia de Ricardo III*³ no está separada de la tercera parte de Enrique VI por un intervalo dramático de un día. Pues si bien el arresto de Clarence —el primer incidente de este último drama— ocurre en 1947,⁴ la acción de la escena II, Acto I, nos remonta al

-
- 1 W.G. Boswell-Stone (ed.), *Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared*. London, Chatto and Windus, 1907.
 - 2 Trad. Javier Walpen y Agustina Fracchia. Texto que pertenece a las Crónicas se reproduce luego de la indicación entre corchetes y con tamaño de letra normal. Lo que aparece en diferente tipografía, de menor cuerpo y con sangría, son notaciones del editor de la obra, W.G. Boswell-Stone, quien estuvo a cargo de la selección de todos los fragmentos de *Holinshed* que guardan relación con la obra dramática de William Shakespeare.
 - 3 Cito el texto de Fl. [Para la traducción se ha tomado la versión de Astrana Marín, N. del T.].
 - 4 No sabemos cuándo fue arrestado Clarence, pero una fecha probable se basa en los siguientes acontecimientos: el 20 de mayo de 1477, Burdett y Stacy, dependientes de Clarence, fueron ejecutados por "constructive treason" [por difamar de palabra o por escrito a la persona del rey, N. del T.].- D. K. Rep. 3, appendix ii. p. 214. El 21 de mayo, Clarence asistió al Consejo de Cámara en Westminster, acompañado por un sacerdote llamado Godard, que leyó ante el consejo las declaraciones de inocencia hechas por Burdett y Stacy antes de su ejecución. Molesto por su interferencia, Eduardo convocó a Clarence a comparecer "certo die" en el palacio de Westminster y allí, en presencia de los dignatarios civiles, lo censuró con vehemencia. El duque fue puesto "sub custodia" y permaneció en prisión hasta su muerte. - Cont. Croyl. 561, 562. Los pliegos

23 de mayo de 1471, cuando el cuerpo de Enrique es trasladado a Chertsey; pero, incluso si asumimos que el 21 de mayo es la fecha de su muerte, difícilmente podamos situar la escena final de la tercera parte de *Enrique VI* al mismo día. La Tragedia de Ricardo III termina con la batalla de Bosworth, que tuvo lugar el 22 de agosto de 1485.⁵

Acto Primero

Escena primera

Ricardo entra y pronuncia su soliloquio. Dos obstáculos serios podrían, confía, removerse de su camino: “He urdido complots, inducciones peligrosas, válido de absurdas profecías, libelos y sueños, para crear un odio mortal entre mi hermano Clarence y el monarca” (ll. 32-35).

Noticias (ll. 136-137) de que “el rey está enfermo, débil y melancólico, y sus *médicos* temen mucho por él”.⁶

Lo que lleva a otras anticipaciones (ll. 145-152): “¡Espero que no pueda vivir, y no debe vivir hasta que Jor-

privados de Eduardo muestran que el 26 de mayo estaba en Greenwich, el 27 de mayo en Greenwich y Westminster y el 28 en Greenwich otra vez. - O. B. El 27 de mayo es una fecha que acuerda con el testimonio del continuador de Croyland que, como nos dice él mismo (Cont. Croyl., 557, nota marginal) era miembro del consejo en 1471 o 1472. Clarence fue condenado por el Parlamento que se reunía en Westminster el 16 de enero de 1478. - Rot. Parl., vi 167/1; 193-195.

5 Fab., ii, 672.

6 Eduardo percibió “que había poca esperanza de recuperación en la astucia de sus médicos” (Hol. iii. 708/2/35. No en Halle).

ge sea despachado al cielo por la posta! Lo veré, para excitarle más todavía su rencor contra Clarence, con sutiles mentiras apoyadas en argumentos de peso; y si no fracaso en mi intento sagaz a Clarence no le resta ni un día más de vida. ¡Hecho lo cual, Dios acoja en su gracia al rey Eduardo y me deje a mí en el mundo para moverme!”.

“Algunos hombres sabios” se quejaban de que Ricardo

[*Hol.* iii. 712/2/28. *More*, 6/29.] colaboró sutil y discretamente con la muerte su hermano Clarence, a la que se resistió públicamente, si bien con un poco (consideraron algunos) más de debilidad que si estuviera verdaderamente resuelto en favor de su salud.

Y quienes así lo consideran, piensan que durante mucho tiempo, cuando el rey Eduardo aún vivía, planificó llegar al trono en caso de que su hermano (cuya vida anticipaba sería acortada por “un mal régimen”)⁷ muriera (como en efecto sucedió), siendo sus hijos tan jóvenes. Y aquellos mismos consideran que, debido a que esa era su intención, la muerte de su hermano el duque de Clarence lo hizo feliz, pues su vida entorpecía sus propósitos: fuera porque este duque lo mantuviera fiel a su sobrino el joven rey, o bien porque este ambicionara el trono para sí.

Si la expectativa no falla, “Clarence deberá ser hoy estrechamente aprisionado, a causa de una profecía que dice que J.⁸ será el asesino de los hijos de Eduardo”.

7 Cfr. lo que Ricardo le dice a Eduardo (l. i. 139-140): “¡Oh! ¡El rey ha seguido durante un largo tiempo un mal régimen!”.

8 En inglés, G. [N. del T.].

Y Clarence, entrando por la calle hacia la Torre, informa a Ricardo (ll. 55-59) que Eduardo “suprime la J del abecedario y dice que un mago le ha predicho que su descendencia será desheredada por J. Y, pues mi nombre de Jorge comienza por J, se le ha puesto en la cabeza que yo soy él”.

Rumores señalan que la muerte de Clarence...

[*Hol.* iii. 703/1/46. *Halle*, 326.] dio lugar a una ridícula profecía según la cual, luego de la muerte del rey Eduardo, reinaría uno cuyo nombre comenzara con la letra G. Esto perturbó al rey y a la reina, que comenzaron a abrigar un penoso rencor contra este duque [George], y que no encontraron tranquilidad hasta no haberlo conducido a su fin. Y, como el diablo suele agobiar las mentes de los hombres que se deleitan con este tipo de diabólicas fantasías, se ha dicho después que la profecía no perdió su efecto: muerto el rey Eduardo, Gloucester usurpó su reino.

Ricardo acusa a la reina Isabel de haber enviado a Clarence a la Torre (ll. 62-65). Otro rumor señalaba también como causa de la muerte de Clarence el matrimonio que proyectaba con María la duquesa de Burgundy, heredera de Carlos el Temerario [Charles the Bold].

[*Hol.* iii. 703/1/61. *Halle*, 326.] El rey Eduardo (envidioso de la prosperidad de su hermano) negó y perturbó este matrimonio, y por ello renació el malestar entre ellos, que tanto la reina como sus parientes (siembre desconfiados y murmurando en privado contra el linaje del rey) no cesaron de atizar.

Sin embargo,

[*Hol.* iii. 712/1/46. *More*, 5/13.] ... fuera debido a la reina o a los lores de su familia, que difamaban a los parientes del rey (como suelen las mujeres, no por malicia sino por naturaleza, odiar a aquellos que tienen el amor de sus maridos), o fuera debido al apetito orgulloso del duque mismo, que anhelaba ser rey, una traición cruel e inhumana se tramó contra sus herederos:

No creo que Hastings —que entra (l. 121) luego de ser liberado de la Torre— haya sido encarcelado ni por la enemistad de la reina Elizabeth y Rivers, ni tampoco que haya recuperado su libertad en virtud de solicitarla a la Señorita Shore (ll. 66-77). Pero a la reina no le agradaba Hastings, y es cierto que él afrontó graves peligros debido a la acusación de Rivers.

Escena segunda

“Entran el cadáver del Rey Enrique VI, conducido en un ataúd descubierto. Caballeros con alabardas le custodian, y Lady Ana figura como doliente”. Se apoya el féretro durante un tiempo hasta que Lady Ana dice (ll. 29-30): “Id ahora a Chertsey con vuestra sagrada carga, tomada en San Pablo, para ser inhumada allí (...)”.

Poco después de la entrada de Ricardo, ella les grita a los guardias (ll. 55-56): “¡Caballeros, vean, vean! ¡Las heridas de Enrique muerto abren sus bocas congeladas y sangran otra vez!”.

Holinshed (iii. 690/2/73) da cuenta del modo que sigue del funeral de Enrique, y del sangrado del cuerpo:

[*Hol.* iii. 690/2/73.] El cadáver, en el día de la Ascensión [22 de mayo de 1471], fue conducido pomposamente con pancartas y espadas (si [p.691] es que puede llamarse a esto pompa funeraria) desde la Torre hasta la iglesia de San Pablo, y allí, recostado sobre un ataúd o féretro abierto, en presencia de los observadores en efecto sangró:⁹ aquí permaneció durante todo un día. Desde allí fue conducido a los Blackfriars, donde también sangró. Y al día siguiente¹⁰ fue transportado en bote, sin sacerdote ni párroco, sin antorcha ni velas, sin canción ni prédica, al monasterio de Chertsey, a quince millas de Londres, donde fue enterrado.

La Lady Ana histórica no asistió al funeral de Enrique VI; y el diálogo entre ella y Ricardo (ll. 46-225) es ficticio. Ella contrajo matrimonio con Ricardo en 1472.¹¹ Shakespeare pudo haber tomado de Holinshed (iii. 751/1/45) el hecho de que ella fuera

[*Hol.* iii 751/1/45. *Halle*, 407.] la misma Ana, una de las hijas del conde de Warwick, que (como ya saben), a pedido de Luis el rey de Francia, se unió en matrimonio con el príncipe Eduardo, hijo de Enrique VI.

9 Este extracto deriva en parte de *Halle* (303), pero no menciona el sangrado del cuerpo de Enrique.

10 El cadáver de Enrique fue conducido a Chertsey el día de la Ascensión (23 de mayo). - *Fab.*, ii. 662, y una crónica de Londres (Bibl. Cotton. Vittell. A. xvi. fol. 133, r^o) citada en *Warkw.*, xii. *Hol.* se equivocó si las palabras "permaneció... al día siguiente" significan que el cuerpo fue llevado a Chertsey el 24 de mayo.

11 En una carta escrita el 17 de febrero de 1472, Sir John Paston refiere que Clarence dijo "que él [Ricardo] bien puede tener a mi mujer [Ana], su cuñada...". - *Paston*, iii. 38. Una petición para la extinción de los derechos civiles de John Lord Neville fue presentada al parlamento que se reunía en Westminster el 6 de octubre de 1472, y fue prorrogada en Noviembre de 1472. Esta petición contiene dos "a salvo" de que nada resulte perjudicial a "Ricardo duque de Gloster y Ana duquesa de Gloster, su esposa". - *Rot. Parl.*, vi 25/1. Pareciera entonces que Ricardo y Ana contrajeran matrimonio entre el 17 de febrero y el 30 de noviembre de 1472.

El pedido de Ricardo de que fuera a Crosby Place, y lo recibiera (II. 213-217), fue tomado quizás de la mención (Hol. iii 721/2/70) de que tenía su domicilio, como Protector, en “Crosby en la calle Bishopsgate”. Un desliz de la pluma, o un error del tipógrafo, puede dar cuenta de la orden de Ricardo para que el cuerpo fuera conducido a White-Friars, y no a Chertsey (II. 226-227). Ya hemos visto de qué manera el cadáver de Enrique, luego de salir de San Pablo, descansó en Blackfriars,¹² luego de lo cual fue conducido a Chertsey.

Escena tercera

La reina Isabel le dice a Rivers (II. 11-13), respecto de su hijo: “¡Ah! Es joven, y su minoridad ha sido confiada al cuidado de Ricardo Gloster, un hombre que ni me quiere ni nos quiere.

RIVERS —¿Está decidido su nombramiento de Protector?

REINA ISABEL —Decidido, aunque no ultimado; pero lo será si el rey sucumbe”.

Eduardo murió el 9 de abril de 1483,¹³ y Ricardo fue nombrado Protector antes de mayo del mismo año.¹⁴

12 Halle (803) no menciona que el cuerpo de Enrique haya sido depositado en Blackfriars.

13 Cont. Croyl., 564.

14 En las comisiones de la paz, fechadas el 14 de mayo, es mencionado como Protector de Inglaterra. - Rot. Pat. Edw. V. Dorso (citado en *Grants of Edward V.*, ed. J.G. Nichols, xiii, xxxi). Si la entrada acerca de la Patent Roll es confiable, entonces el 21 de abril era protector. - *Life of Richard III* de Gairdner, ed. 2, p. 69.

Cuando, el 4 de mayo de 1483,¹⁵ Eduardo V entra en Londres,

[*Hol.* iii. 716/2/53. *More*, 22/31.] el duque de Gloster lo condujo a la vista de todos con tanta reverencia hacia el príncipe, con tan humilde semblante que del gran vituperio que había merecido tiempo antes accede a tan grande confianza que en el siguiente consejo es nombrado como el único hombre, el elegido, el que se encuentra en mejores condiciones para convertirse en protector del rey y de su reino. Así, fuera producto del destino o de un disparate, la oveja fue entregada al lobo para su cuidado.

El siguiente diálogo (ll. 17-319) es ficticio. Margarita —que es una de las que habla— abandonó Inglaterra poco después del 13 de noviembre de 1475, y murió el 25 de agosto de 1482.¹⁶ Pero dado que esta escena no puede ser situada históricamente antes del 9 de abril de 1483, hay sustancia en el reproche (ll. 255-256) que ella le hace a Dorset, quien la declara “lunática”. “Silencio, incipiente marqués; ¡isois un petulante! ¡Vuestra nobleza de nuevo cuño es una moneda que apenas corre!”.

Apenas ocho años habían pasado desde que Eduardo, el 18 de abril de 1475,¹⁷

[*Hol.* iii. 702/2/8] ungiere a lord Thomas marqués de Dorset, antes de la cena. Y así, con el vestido de marqués

¹⁵ *Fab.*, 668.

¹⁶ La fecha de la muerte de Margarita está tomada de Anselme, i. 232. *Cfr.* Baudier, *History of the Calamities of Magaret of Anjou Queen of England*, 1737, pp. 191-192.

¹⁷ Tomo esta fecha de *Stow* (713), que es a quien toma *Hol.* para el pasaje en que se registra el ascenso de Grey a la dignidad de marqués.

puesto encima del de caballero, comenzó él con la mesa de los caballeros en la cámara del santo Eduardo.

Ella llama a Ricardo “cerdo” (l. 228). Durante el segundo año del reinado de Ricardo (1484), William Collingborne publica el siguiente pareado:

[*Hol.* iii. 746/2/10. Halle, 398.]

El Gato, La Rata y Lovell nuestro perro,
gobiernan Inglaterra entera bajo el mando de un cerdo

Queriendo referirse con “cerdo” al terrible jabalí salvaje, que era el símbolo del rey. Como la primera línea terminaba con “perro”, el compositor no podía (al observar la métrica) cerrar el segundo verso con jabalí, y entonces llamó al jabalí cerdo.

Si bien, como he señalado, el diálogo de esta escena es ficticio, el siguiente pasaje pudo habérselo sugerido a Shakespeare. En él, Ricardo es acusado de fomentar el conflicto entre dos facciones de la Corte. El escritor se ha referido a un hombre llamado Pottier que, al escuchar la noticia de la muerte de Eduardo, infiere rápidamente que Ricardo será rey.

[*Hol.* iii. 712/2/68. *More*, 7/26.] Y puesto que él [Ricardo] deseaba mantener el resentimiento y la pugna entre la familia de la reina y la del rey, por la envidia que cada partido sentía por la autoridad del otro, consideró ahora que esta división podría (como de hecho lo hacía) contribuir al desarrollo de sus propósitos.

No, más bien estaba convencido de que esta división era un basamento seguro para su edificación, siempre que

pudiera (bajo pretexto de vengar un viejo agravio) abusar de la ira y la ignorancia de un partido para destruir al otro; y ganar para su propósito a tantos como pudiera. Aquellos a los que no pudiera convencer, estarían perdidos antes de poder ver más allá. Porque de una cosa estaba seguro: si sus planes fueran percibidos, pronto habría conseguido la paz entre ambos partidos, a costa de su propia sangre.

Escena cuarta

En esta escena dos asesinos, enviados por Ricardo, dan muerte a Clarence, aunque Eduardo había vuelto atrás en su orden de asesinarlo (II. i. 86). El Asesino 1° exclama, mientras apuñala a Clarence (I. iv. 276-277): “¡Toma ésta! ¡Y ésta! ¡Y si todo esto no es bastante, te ahogaré ahí dentro, en el tonel de malvasía!”.

Cito el pasaje que contiene el único detalle de la escena cuarta que Shakespeare no inventó. El odio de Eduardo por Clarence alcanzó dimensiones tales

[*Hol.* iii 703/1/40] que finalmente el duque fue confinado en la Torres, y juzgado por traición, y ahogado en privado en un tonel de malvasía, el 11 de marzo, al comienzo del séptimo año de su reinado.¹⁸

18 *Hol.* toma esta fecha (11 de mayo) de *Stow* (717). El resto del pasaje deriva de *Halle* (326). *Fab.* (666) dice que Clarence fue muerto el 18 de febrero de 1478; fecha que confirma *Inq. p. m.* 18 E. IV 46 y 47 (O. B.). *More* (*Hol.*, iii 712/1/54), *Fab.*, *Halle* y *Stow* coinciden en que el duque fue ahogado —o, según *Stow*, “halló su fin” en un tonel (“un recipiente”, *Stow*) de malvasía—.

Acto Segundo

Escena primera

Eduardo, que ahora espera su muerte todos los días, ha logrado, espera, una “estrecha unión” entre los dos partidos que dividen su Corte. Hastings intercambia declaraciones de amistad con Rivers¹⁹ y Dorset, y besa la mano de la reina, que se la ofrece como signo de concordia. Buckingham profesa su preocupación por la reina y su familia (ll. 1-40).

De esta breve tregua tenemos el siguiente relato:

[*Hol.* iii. 713/1/10. *More*, 8/15.] El rey Eduardo, durante su vida, y a pesar de que este disenso entre sus amigos lo fastidiaba un poco, manifestó poco interés mientras conservaba su salud. Porque pensaba que, cualquiera fuera el conflicto entre ambos partidos, él siempre podría gobernarlos a los dos.

Cuando finalmente enfermó, y percibió sus fuerzas enflaquecer, tanto que abandonó toda idea de recuperación, entonces, y considerando la edad de sus hijos, y previendo que el conflicto causaría mucho daño, y que debido a su juventud a sus hijos les faltaría prudencia, y el buen consejo de sus amigos, a quienes cada partido buscaría imponerse para su propio beneficio, buscando ganar favores mediante consejos agradables más que útiles para el bien

19 En F. (ll. i. 7), Eduardo ordena a Dorset y Rivers, que no eran enemigos, a darse las manos. En Qq. El rey da esta orden a Rivers y Hastings. En ambos textos, ll. 9-10 y 11, tienen los respectivos prefijos *Riu.* *Hast.*

de los niños, entonces el rey convocó a algunos miembros de la Corte que estaban enfrentados, y especialmente al lord marqués Dorset, hijo de la reina y de su anterior marido.

Y también llamó a Guillermo, lord Hastings, noble y en ese entonces lord chambelán, a quien la reina resentía especialmente porque el rey lo tenía en alta estima; y también porque lo creía secretamente familiar con el rey en compañía licenciosa. Su familia también lo resentía debido a que el rey lo había nombrado Capitán de Calis (cargo que lord Rivers, hermano de la reina, reclamaba le había prometido antes a él), así como por otros dones que había recibido y ellos codiciaban. Cuando estos lores, junto con algunos otros de ambos partidos, se presentaron ante el rey, este se levantó y, apoyado sobre sus almohadas, según han informado, les dijo de esta manera [omito “El discurso del rey en su lecho de muerte”].

[*Hol.* iii. 714/1/22. *More*, 11/30.] Y con esto el rey, que ya no podía mantenerse erguido, se acostó sobre su costado derecho con el rostro hacia ellos; ninguno pudo contener el llanto.

Entonces los lores, reconfortándolo como pudieron con palabras consideradas y respondiendo en aquel momento para complacerlo, parecieron perdonarse en su presencia, al menos por sus palabras, y se dieron las manos. Sin embargo, sus corazones (como luego pareció por sus actos) estaban muy separados.

Quando Buckingham juró la paz, Ricardo entró y rápidamente aprovechó la oportunidad para comunicar a Eduardo que la orden que revocaba el mandato de asesinar a Clarence había llegado demasiado tarde (ll. 75-90). Luego llega el “conde de

Derby”,²⁰ solicitando un perdón para su sirviente, que ha cometido un asesinato. Eduardo exclama (ll. 102-107):

“Ha pronunciado mi lengua la sentencia de muerte de mi hermano, y se quiere que esta misma lengua perdone a un siervo? ¡Mi hermano no había matado a nadie! ¡Su crimen fue pensar, y, no obstante, su castigo ha sido la muerte feroz! ¿Quién intercedió por él? ¿Quién, en mi desesperación, se puso de hinojos y me invitó a que reflexionara?”.

Luego de que Clarence ha sido transportado, [Hol. iii. 703/1/66. *Halle*, 326.] aunque el rey Eduardo sintió su muerte, sin embargo lamentó mucho su infortunio y se arrepintió de su rápida ejecución: tanto que cuando alguna persona solicitaba el perdón de los malhechores condenados a muerte, de costumbre decía y hablaba abiertamente así: “¡Oh, desafortunado hermano, por cuya vida nadie reclamó!”.

Escena segunda

Shakespeare pudo haber leído en Holinshed que la “anciana duquesa de York” era la abuela de “los dos hijos de Clarence”,²¹ con quienes entra en esta escena. Holinshed indica también (iii. 703/2/2) que los “dos jó-

20 En algunas otras escenas de Qq. y F., es llamado correctamente, Stanley. Thomas Lord Stanley fue nombrado Conde de Derby por Enrique VII el 27 de octubre de 1485. - Dugdale, iii. 248/2.

21 “En esta misma estación [1495] partió hacia Dios Cecilia duquesa de York, madre del rey Eduardo IV”. - Hol. iii. 780/1/1.

venes infantes” que deja Clarence se llamaban Eduardo²² y Margarita.

La duquesa y sus nietos hablan de la muerte de Clarence (febrero de 1478) como un acontecimiento reciente. Su diálogo es interrumpido por la reina Isabel, que entra distraída, en duelo por la pérdida del rey Eduardo (9 de abril de 1483). Rivers y Dorset acompañan a la reina (l. 33). Pronto se suman a esta reunión Ricardo, Buckingham y Hastings (l. 100).

Buckingham les recuerda a los lores presentes su reciente reconciliación, y agrega (ll. 120-122):

“Me parece oportuno que se enviara a buscar con un reducido séquito al joven príncipe, que está en Ludlow, para conducirlo a Londres y coronarlo rey.

RIVERS —¿Por qué un reducido séquito, milord de Buckingham?

BUCKINGHAM —Pues. milord, de miedo no sea que, mezclada mucha gente, la herida del rencor, recién cicatrizada, pueda abrirse; lo que sería mucho más peligroso ahora que el reino se halla en estado de infancia y aún sin gobernar”.

Rivers y Hastings aceptan la advertencia de Buckingham (ll. 134-140).²³ Ricardo dice: “Entonces, sea así” (l. 141).

22 En F., en su primera intervención, *Eduardo* está señalado como el hijo de Clarence. Luego, y a lo largo de esta escena en Qq., es llamado *Niño*.

23 123-140. Rivers. Por qué... digo yo?F. No en Qq.

La situación al momento de la muerte de Eduardo, y las intrigas de Ricardo para ganar injerencia sobre el joven rey, son descritas de la siguiente manera:

[*Hol.* iii. 714/1/36. *More*, 12/6.] Tan pronto como el rey falleció, su joven hijo, el noble príncipe, partió hacia Londres, ya que en ese momento residía en Ludlow, Gales.

Para educar y encargarse de este joven príncipe se nombró a sir Antonio Woodville, lord Rivers y hermano de la reina; hombre honorable, tan valiente con su brazo como político en su consejo. También se le acercaron otros del mismo partido; en efecto, todos quienes eran cercanos a la reina se plantaron cerca del príncipe. Este movimiento no fue imprudente por parte de la reina, que esperaba que sus parientes se ganaran así el favor del príncipe, visto que el duque de Gloster estaba decidido a destruirlos. Pues a cualquiera que percibiera tenía diferencias con ellos, o de quien pudiera conseguir algún favor, lo abordaba fuera personalmente o por escrito.

[*Hol.* iii. 714/2/35. *More*, 14/6.] Con estas palabras y escritos, y con otros, el duque de Gloster pronto logró encender a aquellos que eran más fácilmente influenciables; especialmente a dos, Enrique²⁴ duque de Buckingham y Guillermo, lord Hastings, entonces chambelán. Ambos eran hombres de honor y muy poderosos: el primero por su antiguo linaje, el otro por su oficio y el favor que recibía del rey. Estos dos no se tenían tanto amor como odio sentían por el partido de la reina, y en ese punto acordaron con el duque de Gloster: que alejarían completamente a todos los amigos de su madre de la compañía del rey señalándolos como enemigos.

El duque de Gloster estaba al tanto de que los lores, que en aquel momento se alineaban con el rey, tenían la intención

24 Enrique] Eduardo *Hol.*

de acompañarlo a su coronación con el poder de sus amigos. Así, resultaría difícil para el duque lograr su propósito sin reunir a una gran cantidad de gente y bajo la forma declarada de una guerra, condiciones estas que dificultarían sus objetivos y, dado que el rey se alinearía con aquellos, la posición del duque tendría el rostro y el nombre de rebelión. Es por esta razón que secretamente persuadió a la reina²⁵ de que no había ninguna necesidad, y de que además sería riesgoso, de que el rey se presentara con tanto apoyo.

Porque de momento había concordia entre los lores, y sólo considerando la coronación y el honor del rey: si los lores y la familia de la reina reúnen en nombre del rey a mucha gente, darían a los otros lores, con los que había existido disenso antes, razón para temer y sospechar que este agrupamiento respondiera no al objetivo de salvaguardar al rey (a quien nadie impugnaba) sino al de la destrucción de ellos, atentos más a la antigua disputa que a la actual reparación. Y por esta causa este otro partido reuniría mucha gente para su defensa (cuyo poder la reina temía estaba bastante extendido) y entonces todo el reino caería en la disputa. Y por todo el dolor que derivaría de ello (que posiblemente no sería poco, y que probablemente perjudicaría más a quien ella más defendía), todo el mundo diría que habían imprudente y traicioneramente roto la amistad y la paz que el rey su esposo había logrado entre ambos partidos en su lecho de muerte, paz que el otro partido fielmente observaba.

La reina, así persuadida, envió ese mensaje a su hijo, y también a su hermano, y como el mismo duque de Gloster y los otros lores, escribieron con tanta reverencia al rey, y a los amigos de la reina con tanta amabilidad que no cabía

25 En la obra, a la reina Isabel no se le pide opinión acerca de la cantidad de escoltas para su hijo. Ricardo meramente le pide a ella y a su madre que declaren sus "instrucciones" en relación con las personas que se enviarán luego a Ludlow (ll. ii. 141-144).

sospecha alguna, entonces escoltaron al rey con demasiada prisa y una sobria compañía.

Escena tercera

Tres ciudadanos de Londres se encuentran y discuten la noticia de la muerte de Eduardo, que todavía no se hizo pública (ll. 7-8). Antes de salir de escena, el Ciudadano 2° señala (ll. 38-40):

“Verdaderamente, todos los corazones²⁶ se muestran medrosos. Apenas se puede conversar con alguno que no veáis abatido y lleno de pavor.

CIUDADANO 3° —Siempre ocurre así cuando se avecinan días de revolución. Por un divino instinto, el espíritu del hombre persiste en el peligro que se acerca, como, por experiencia, vemos hincharse las olas ante la inminencia de la borrasca”.

Estas líneas contienen reminiscencias de un pasaje que describe el sentimiento del pueblo en Junio de 1483;²⁷ cuando

[*Hol.* iii. 721/2/57. *More*, 43/19] comenzaron aquí y allí algunos rumores entre la gente, como si no todo fuera a estar bien, si bien no sabían qué era lo que temían ni porqué: fuera que, antes de los grandes acontecimientos, los corazones

26 corazones]F. almas Qq.

27 Cuando varios consejos se celebraron (véase más abajo).

de los hombres se llenan de dudas por un secreto instinto natural; como el mar se hincha algunas veces ante la inminencia de la tormenta.

Escena cuarta

Tomás Rotterham, Arzobispo de York, comunica a la reina Isabel noticias del viaje de su hijo a Londres (II. 1-3): “He oído que la noche anterior han dormido en Northampton, y esta noche se detendrán en Stony-Straford. Mañana o pasado estarán aquí”.

En una escena anterior (II. ii. 146-154) Ricardo y Buckingham resuelven irse de Londres,²⁸ y encontrar al Rey en su trayecto a la capital. El siguiente extracto relata el arribo de los dos Duques en Northampton.

[*Hol.* iii. 715/1/15. *More*, 15/23.] Ahora el rey se dirigía a Londres desde Northampton, cuando estos duques de Gloster y Buckingham llegaron allí; ahí permanecía lord Rivers, el tío del rey, con intención de seguir al rey al día siguiente, y encontrarlo en Stony Stratford.

Cité más arriba la lectura de los Cuartos (Q1). En el Folio se lee (II. 1-3): “Escuché que ayer por la noche permanecían en Stony Stratford, y hoy descansan en Northampton. Mañana, o el día siguiente, estarán aquí”.

28 Al recibir la noticia de la muerte de Eduardo, Ricardo deja York camino a Londres, y se encuentra con el duque de Buckingham en Northampton. Entonces los dos duques se dirigen a Stony Stratford, donde se encuentran con el rey. - *Polyd. Verg.* 539-540. Ricardo es nombrado Teniente general contra los escoceses el 12 de junio de 1482. - *Rymer.* xii 157-158.

Londres está más cerca de Stony Stratford que de Northampton,²⁹ pero la lectura del Folio podría quizás defenderse³⁰ sobre la base de que Ricardo y Buckingham, luego de arrestar a Rivers, Gray y Vaughan, llevaron al rey de vuelta de Stony Stratford a Northampton.³¹ Una vez hechos estos arrestos,

[*Hol.* iii. 715/2/51. *More*, 18/26.] el duque de Gloster se hizo cargo de la educación y el cuidado del joven rey, a quien con grandes honores y humilde reverencia condujo hacia la ciudad. Pero, todas estas cuestiones llegaron pronto a oídos de la reina, antes de la medianoche siguiente, y lo hicieron de manera dolorosa: que el rey su hijo había sido capturado, y su hermano, su hijo y otros amigos arrestados y enviados nadie sabe adónde, para hacer con ellos Dios no sabe qué.

Y poco después de medianoche llegaron las noticias del lord chamberlán [Hastings] al doctor Rotterham, arzobispo de York, entonces canciller de Inglaterra, a su domicilio no lejos de Westminster. Y dado que había dicho a sus sirvientes que tenía cuestiones importantes que resolver por órdenes de su señor, y que no se interrumpiera su descanso, éstos no le permitieron al mensajero despertarlo ni visitarlo en sus habitaciones. De él oyó luego que estos duques habían vuelto con el rey desde Stony Stratford a Northampton. “Sin embargo, señor” (dijo el mensajero) “mi lord le envió mensaje para asegurarle a usted que no hay que temer: pues él le asegura que todo estará bien”. “Le aseguro a él” (dijo el arzobispo) “que aunque todo esté bien, nunca estará tan bien como hemos visto antes”.

29 La distancia es de 14 millas.- *Lewis*.

30 Esta explicación es, sin embargo, inconsistente con el hecho de que Rotherham habla sin preocupación del retorno del rey a Northampton.

31 *Hol.* iii. 715/1/48-2/30. *More*, 16/20-18/7.

Entonces, de acuerdo con el relato histórico, la reina Isabel se enteró de todo antes que Rotterham recibiera la información; sin embargo en la obra ella recibe lo que él le dice como novedad.

El joven duque de York entretiene a la reina y la duquesa con su humor cuando un mensajero³² anuncia (ll. 42-45) que, por “los poderosos duques de Gloster y Buckingham”: “Lord Rivers y lord Grey han sido conducidos en prisión a Pomfret, y con ellos sir Tomás Vaughan”.

Ambos duques participaron de los arrestos (Hol. iii 715/1/61; 2/27. More 16/32; 18/4), pero sólo Ricardo

[Hol. iii. 715/2/46. More, 18/21] envió a lord Rivers, y a lord Ricardo, junto con sir Tomas Vaughan, al norte del país, a distintas prisiones; y luego a todos a Pomfret, donde finalmente serían decapitados.

Esperando salvar a su hijo más joven de la destrucción, la reina dice:

“Ven, ven, hijo mío; vamos al santuario! (...)”

ARZOBISPO —Id, mi venerable señora. (A la reina.) Y llevaos allá vuestro tesoro y vuestros bienes. Por mi parte, devuelvo a Vuestra Gracia los sellos que me estaban confiados, y ojalá me suceda conforme al afecto que os profeso a vos y a los vuestros. Venid, yo os conduciré al santuario”.

32 En Qq. Dorset es quien trae estas noticias.

Al escuchar lo que le sucedió a su hijo mayor, la reina Isabel,

[*Hol.* iii. 715/2/60. *More*, 19/1.] muy asustada y dolida, lamentándose por el reino de su hijo, la desgracia de sus amigos y su propio infortunio, maldiciendo el momento en que evitó la concentración de poder alrededor del rey, salió lo más rápido posible con su hijo más joven y sus hijas del palacio de Westminster (donde entonces residía). Pidió santuario, y se refugió junto a su compañía en donde el abad.

Luego de la partida del mensajero de Hastings, Rotterham,

[*Hol.* iii. 716/1/11. *More*, 19/25.] llamó a todos sus sirvientes para que se presentaran de inmediato y así, con toda su gente armada, y llevándose el gran sello, se reunió con la reina antes de que pasara un día. A su alrededor encontró mucho pesar, murmullos, prisa y ocupación; se conducían sus bienes al santuario; no había nadie desocupado, algunos cargando cosas, otros descargándolas, algunos volviendo por más.

La reina se sentaba sola en un estado de consternación y desolación. El arzobispo trataba de confortarla de la mejor manera posible, mostrándole que él confiaba en que la situación no era tan dolorosa como ella la creía, y que tenía esperanzas y no temía gracias al mensaje que el lord chambelán le había enviado. “Ah, maldito sea!” (dijo ella) “pues es uno de los que trabajó para destruirme a mí y a los de mi sangre”. “Señora” (dijo él) “alégrese, pues le aseguro que si coronan a otro rey que a su hijo, que tienen ahora con ellos, nosotros mañana coronaremos a su hermano, a quien tiene usted aquí. Y aquí está el gran sello, que su esposo me dio, y que aquí le entrego a usted para su uso y el bienestar de su

hijo”. Y con esto tomó el gran sello, y volvió a su casa en el amanecer de aquel día.

Acto Tercero

Escena primera

Después de recibir las felicitaciones de Buckingham y Ricardo por su entrada a Londres, el joven rey dice (l. 6): “Quisiera ver aquí más tíos³³ que me recibieran”.

Ricardo le contesta:

“Tierno príncipe, la inocente pureza de vuestros años no ha penetrado todavía en los engaños del mundo. No podéis juzgar al hombre sino por su apariencia, que, bien lo sabe Dios, rara vez o nunca está de acuerdo con el corazón. Esos tíos que echáis de menos eran peligrosos. Vuestra gracia se dejaba coger en la miel de sus palabras; pero no recibía el veneno de sus corazones. ¡Dios os libre de ellos y de tan falsos amigos!

PRÍNCIPE — ¡Dios me guarde de falsos amigos! Pero ellos no lo eran”.

Ricardo y Buckingham arrestaron a Rivers antes de abandonar Northampton. En Stony Stratford sobre-

33 Sir Richard Grey es medio hermano del rey. Véase el extracto utilizado para ilustrar ll. 6; 12-16. Rivers, Grey y Vaughan fueron arrestados el 30 de abril de 1483. - *Cont. Croyl.* 565.

pasaron al rey, y arrestaron en su presencia a Sir Ricardo Grey, a quien acusaron de complotar con Rivers y Dorset para obtener el control supremo del reino.

[*Hol.* iii. 715/2/21. *More*, 17/31.] Palabras a las que el rey respondió “ Lo que mi hermano el marqués haya hecho yo no puedo decirlo, pero de buena fe respondo por mi tío Rivers y mi hermano aquí; ellos son inocentes”. “Sí, mi señor” (dijo el duque de Buckingham) “ellos han conseguido mantener su participación en estas cuestiones lejos de su conocimiento”.

Entra el lord corregidor y Ricardo se lo presenta al rey:
“Milord, el corregidor de Londres viene a saludarlo”.

La recepción de Eduardo V por parte del Lord corregidor se describe de la siguiente manera:

[*Hol.* iii. 716/2/46. *More*, 22/24.] Cuando el rey se aproximó a la ciudad, Edmund Shaw, orfebre y entonces corregidor, junto con William White y John Matthew, alguaciles, y todos los otros concejales de rojo, con quinientos caballos de los ciudadanos, vestidos de violeta, lo recibieron con reverencia en Harnesie; y cabalgando desde allí lo acompañaron a la ciudad, a la que entró el cuarto día de mayo, el primero y último año de su reino.

El rey está molesto por la ausencia de su madre y su hermano cuando Hastings viene a anunciar (ll. 27-28) que: “La reina vuestra madre y vuestro hermano York se han acogido en el santuario”.

Dirigiéndose a Rotterham,³⁴ y luego volviéndose hacia Hastings, Buckingham dice (ll. 32-36): "Lord cardenal, ¿se dignará Vuestra Gracia persuadir a la reina a que envíe inmediatamente al duque de York a saludar a su augusto hermano? Si se niega, lord Hastings, seguid al cardenal y arrebatadlo a la fuerza de los celosos brazos de su madre."

Rotterham promete intentar persuadir a la reina con su oratoria, "pero", agrega (ll. 39-43): "si se obstina en resistirse a mis amorosas instancias ¡el Dios del Cielo no permita que nosotros violemos jamás el santo privilegio del bendito santuario! ¡Ni por toda la tierra me haría culpable de tan enorme pecado!"

Buckingham responde (ll. 48-56) que para apoderarse del duque de York no puede quebrantarse el santuario: "El beneficio de asilo solamente se concede a quienes por sus acciones lo hagan imprescindible y a los que tienen juicio suficiente para reclamarlo. El príncipe no tiene por qué reclamarlo ni necesitar de él; y, además, en mi opinión, no puede obtenerlo. Por consiguiente, haciéndole salir de donde no debe estar, no quebrantáis cédula ni privilegio. He oído hablar con frecuencia de santuarios para los hombres; pero nunca, hasta ahora, de santuario para los niños".

Estas citas representan porciones de los discursos

34 El prelado, que es enviado para sacar al duque de York del asilo, es presentado como cardenal en Qq. y F. De acuerdo con More (25/28), que es a quien toma Hol., el cardenal que se hizo cargo de esta misión fue Rotherham, arzobispo de York. Los editores adhieren con More al decidir que el cardenal (Qq.) o el arzobispo (F.) del acto II, escena iv, es Rotherham, pero han seguido a Cont. Croyl. (566), Fab. (668), Polyd. Verg. (542/11) o Halle (352) al hacer a Bouchier, arzobispo de Canterbury, el cardenal del acto III, escena i. Acuerdo con Daniel al dudar "si el dramaturgo tenía la intención de presentar a más de un personaje". - T-A., 328, nota.

pronunciados por Ricardo, el cardenal Rotterham y el duque de Buckingham en un consejo que tuvo lugar el 16 de junio de 1483. Habiendo señalado los males que podrían derivar de la detención del duque de York en el asilo, Ricardo concluye:

[*Hol.* iii. 717/1/42. *More*, 24/25.] “Por lo tanto, considero que no sería perjudicial enviar a la reina, para enmendar este asunto, a algún hombre honorable y de confianza, que tenga en alta estima tanto el bienestar del rey como el honor de su consejo, y goce también del favor y la confianza de ella. Por todas estas consideraciones, ninguno más adecuado que nuestro reverendo padre aquí presente, milord cardenal, quien puede en este asunto contribuir más al bien que cualquier otro, si quisiera tomarse la molestia”...

“Y si ella fuera por ventura tan obcecada, tan obstinada en su propia voluntad que ni este sabio y fiel consejo pueda conmoverla, ni el razonamiento de ninguno contentarla, entonces deberemos, por mi consejo, por la autoridad del rey, sacarlo de esa prisión y llevarlo ante su noble presencia, en cuya compañía será tan estimado y tan honorablemente abordado que a todo el mundo percibirá, para nuestro honor y su reproche, que fue sólo malicia, perversidad o locura la causa de que ella lo mantuviera allí”.

Rotterham

[*Hol.* iii. 717/2/8. *More*, 25/30.] asumió la tarea de convenecerla, y de hacer en ese sentido su máximo esfuerzo. Sin embargo, si no fuera posible persuadirla de ninguna manera para que de buena voluntad lo entregue, entonces pensaba él, y otros que compartían su sensibilidad allí presentes, que no debería intentarse de ninguna manera sacarlo de allí contra la voluntad de la reina.

Pues esto redundaría en un gran resentimiento por parte de todos, y gran displacer de Dios, si el privilegio de este espacio sagrado, que durante tantos años se mantuvo, fuera violado....

Protestó contra el empleo de la fuerza,

[*Hol.* iii. 717/2/28. *More*, 26/16.] “Dios impida que cualquier hombre intente, cualquiera sea el motivo, violar la inmunidad y libertad del sagrado asilo, que ha salvaguardado la vida de tantos hombres buenos. Y confío (dijo él), que con la gracia divina, no necesitemos hacerlo. Pero, sea cual sea la necesidad, no creo que debamos hacerlo”.

Una extensa respuesta de Buckingham acerca del abuso del privilegio de santuario contiene los siguientes pasajes, que deben ser comparados con las líneas 48-56. Que los santuarios, dijo él, sean respetados

[*Hol.* iii. 718/2/3. *More* 30/5.] “tanto como lo sea la razón, que no es tanto como para impedirnos buscar a este noble hombre, para su honor y bienestar, y sacarlo de ese lugar en el que no es, ni puede ser, sujeto de asilo..

“Pero cuando un hombre está legítimamente en peligro, entonces necesita de una custodia, de algún tipo de beneficio especial; que es la única causa y fundamento del asilo.

“De esta necesidad, el noble príncipe se encuentra lejos, pues su naturaleza y juventud prueban su amor por el rey. De aquí que asilo, ni necesita ninguno ni de ninguno puede gozar. Los hombres no van al santuario como van al bautismo, no puede ser solicitado por sus padrinos; debe pedirlo él mismo para que pueda otorgársele. Y la razón, siendo que ningún hombre tiene motivo para tenerlo, sino que la conciencia de su propia falta le hace necesario requerirlo.

“Cuál es la voluntad de aquel niño que, si tuviera discreción para requerirlo, si hubiera necesidad, me atrevo a decir que estaría enojado³⁵ con aquellos que lo detienen allí?

“Y en verdad, he oído con frecuencia de hombres de santuario, pero jamás he oído hablar de niños de santuario”.³⁶

Durante una subsiguiente conferencia con la reina en el santuario, Rotterham la previene de que hay “muchos” que piensan...

[*Hol.* iii. 720/1/4. *More*, 36/2] “que no puede tener ningún privilegio en este lugar, aquel que no tiene ni la voluntad para pedirlo, ni la malicia para merecerlo. Y por lo tanto no consideran que se viole ningún privilegio aunque lo saquen de allí; con lo cual, si Usted se rehúsa terminantemente a entregarlo, realmente pienso que lo harán”.

En respuesta, ella despectivamente expone su argumento antes de confrontarlo:

[*Hol.* iii. 720/1/20. *More*, 36/17.] “Pero mi hijo no puede merecer santuario, y por lo tanto no puede gozar de él”.³⁷

Rotterham cede ante los argumentos de Buckingham, y sale con Hastings (l. 60). Pronto los dos enviados retornan con el duque de York (l. 94). Mientras tanto, Ricardo, en respuesta a la pregunta del rey (l. 62): “¿Dónde nos alojaremos hasta el día de nuestra coronación?”, propone la Torre, y obtiene el consentimiento renuente de su víctima (ll. 64, 65; 149, 150). More dice que, luego del discurso de Buckingham, la mayoría del consejo...

35 Hastings le dice al rey (III, i. 29-30) que York “hubiera querido venir conmigo a recibir a Vuestra Gracia, pero su madre se ha opuesto”.

36 *Cfr.* III, i. 55-56, y comentario más arriba.

37 *Cfr.* III, i. 52, y comentario más arriba.

[*Hol.* iii. 719/1/2. *More*, 32/7.] accede de hecho a que, si no fuera entregado, debería traérselo. Sin embargo, todos consideraron que era mejor, para evitar cualquier rumor, que el lord cardenal intentara primero conseguirlo con la buena voluntad de la reina.

Con lo cual todo el consejo pasó a reunirse en la Cámara estrellada de Westminster; y el lord cardenal, dejando al protector con el consejo en esa cámara, partió hacia el santuario para reunirse con la reina, junto con otros lores.

[*Hol.* iii. 721/1/42. *More*, 41/2.] Cuando el lord cardenal, y estos otros lores con él, recibieron al joven duque, lo llevaron a la Cámara estrellada, donde el protector lo tomó en sus brazos y lo besó con estas palabras: “¡Ahora bienvenido, milord, con todo mi corazón!”. Y pronunció más palabras de esa guisa. Luego lo llevaron junto con el rey su hermano al palacio de los obispos en Paules, y de aquí a través de la ciudad con honores lo condujeron a la Torre,³⁸ de la que desde aquel día jamás salieron.

El rey y su hermano abandonan el escenario (l. 150); seguidos por todos los presentes excepto Ricardo, Buckingham y Catesby. En algún momento anterior a esta escena —quizás, como Daniel conjetura,³⁹ durante el trayecto hacia Londres, y luego de que lo arrestos se hubieran efectuado—, el dramático Buckingham tomó conciencia de la intención de Ricardo de usurpar el trono. (Véase III. i. 157-164). Pero *More*, como muestra el siguiente extracto, creía que Buckingham

38 *More* se equivoca al decir que el duque de York fue conducido al palacio del obispo en San Pablo. Leemos en *Cont. Croyl.* (566) y en la carta de Stallworthe (*Excerpta Historica*, 16, 17) que York abandonó el santuario el 16 de Junio de 1483 y fue desde ahí a la Torre. Una carta que porta el sello del rey evidencia que Eduardo V ya estaba en la Torre el 19 de Mayo. - Grants, viii, 15.

39 La “historia” (II, ii, 149), por lo tanto, concierne a la premeditada asunción del protectorado por parte de Ricardo.

no estuvo al tanto del propósito de Ricardo hasta que los dos jóvenes príncipes no estuvieron alojados en la Torre.

[*Hol.* iii. 721/1/52. *More*, 41/12.] Cuando el protector tuvo a ambos niños en sus manos, se mostró entonces más abiertamente tanto a algunos otros hombres como también, y principalmente, al duque de Buckingham. Aunque sé que muchos piensan que este duque estaba al tanto de todos los planes del protector, incluso desde el principio, y algunos de los amigos del protector dicen que el duque fue el primero en incitar al protector en esta cuestión enviándole un mensajero en secreto apenas murió el rey Eduardo.

Pero otros, que conocían mejor el ingenio sutil del protector, niegan que jamás haya compartido con él sus planes, hasta que no había conseguido todo lo que había previsto. Cuando consiguió apresar a la estirpe de la reina, y tuvo en sus manos a sus dos hijos, entonces manifestó el resto de su plan, con menos temor, a aquellos que consideró adecuados para el asunto, y especialmente al duque a quien, ya seducido para su causa, consideraba aumentaba su poder.

Aunque Catesby está seguro del amor de Hastings por el joven rey, Buckingham resuelve poner a prueba su convicción, y por lo tanto dice (ll. 169-171): “Vas tú, amable Catesby, y, como si se tratara de una cosa sin importancia, sondeas a lord Hastings para saber con qué ojos miraría nuestro proyecto”.

Sabemos por *More* que...

[*Hol.* iii. 721/1/52. *More*, 41/12.] El protector y el duque de Buckingham guardaron las apariencias con lord Hastings, y se mantuvieron en su compañía. Sin dudas el protector

lo amaba, y le pesaba mucho perderlo, excepto por temor a que su vida pusiera en riesgo su propósito.

Por este motivo convenció a Catesby para probar, deslizando algunas palabras, si era posible ganar a lord Hastings para sus planes.

Habiendo partido Catesby, Ricardo le promete a Buckingham una recompensa (ll. 194-196): “mira, cuando sea rey, reclámame el condado de Hereford y todos los bienes muebles de que estaba en posesión el rey mi hermano”.

Luego de que los príncipes fueron conducidos a la Torre,

[*Hol.* iii. 721/1/52. *More*, 41/12.] se acordó que los duques ayudaran al protector a convertirse en rey, y que el protector le garantizaba la posesión del condado de Hereford, que reclamaba como herencia, y que nunca podría haber obtenido en tiempos de Eduardo.

Además de estos pedidos del duque, el protector, por su parte, le prometió una cantidad cuantiosa del tesoro real, y de sus bienes.

Escena segunda

“A las cuatro” (l. 5) de la mañana del dramático día luego de aquel en que se desarrolla la acción de la escena anterior —o a medianoche del histórico 12-13 de junio de 1483— llega un mensaje de Stanley a Hastings, quien “esta noche” (l. 11-24) había “soñado que el jabalí le había destrozado su yelmo. También os informa de

que van a reunirse dos consejos, y que pudiera ocurrir que en uno de los dos se tomara un acuerdo que hiciera lamentar a vos y al él no pertenecer al otro. Por tanto, ha decidido a enviarme a saber las intenciones de vuestra señoría..., si queréis montar inmediatamente a caballo con él y galopar a toda prisa hacia el Norte, para evitar el peligro que presiente su alma.

HASTINGS —Vete, muchacho, vete; vuelve a tu señor. Dile que nada tenemos que temer de estos consejos separados. Su honor y yo pertenecemos a uno de los dos y mi buen amigo⁴⁰ Catesby al otro, donde nada podrá suceder que nos concierna sin que tenga yo conocimiento”.

Cuando Richard y Buckingham han llegado a un acuerdo,

[*Hol.* iii. 721/2/42. *More*, 43/6.] comienzan a prepararse para la coronación del joven rey, según quieren hacer ver. Esto con el objetivo de desviar los ojos y las mentes de los hombres para que no perciban sus rodeos en otra dirección; los lores provenientes de distintas partes del reino son convocados, llegan en masa para el solemne evento. Pero el protector y el duque, luego de enviar al lord cardenal [Bouchier], al arzobispo de York, entonces lord canciller, al obispo de Elie, a lord Stanley, y a lord Hastings, entonces lord chambelán, junto con otros nobles, a reunirse para la coronación en un lugar, tanto más rápido estaban ellos dos en otro lugar, planificando lo contrario, para hacer al protector rey.

40 buen amigo] F. sirviente Q. La lectura de Q. quizás caracteriza mejor las posiciones sociales relativas de Hastings y Catesby.

A este consejo muy pocos fueron admitidos, y era secreto.

El rumor de la existencia de una camarilla produjo una ansiedad general, y fue la causa de que...

[*Hol.* iii. 722/1/8. *More*, 44/8.] algunos lores hicieran hincapié en esa cuestión y murmuraran; y esto fue tan lejos como para que lord Stanley (que fue luego conde de Derby) desconfiara sabiamente de esto, y le dijera a lord Hastings que no le complacían en nada estos dos consejos. “Porque mientras nosotros (dijo él) hablamos de una cuestión en un lugar, poco sabemos de qué se habla en ese otro lugar”.

“Milord” (dijo lord Hastings) “por mi vida, no dude: pues mientras haya un hombre allí, nada podrá ser dicho que yo considere equivocado sin que llegue a mis oídos tan pronto como sale de sus bocas”. Con esto se refería a Catesby, que era parte de su consejo secreto más cercano, y con quien tenía un trato muy familiar, compartía con él los asuntos de más importancia y no depositaba su confianza en nadie más; reconocía no tener a otro hombre en tan alta estima, siendo que él no sabía de ninguno tan obligado para con él como este Catesby, que era un hombre que conocía bien las leyes de esta tierra y, por el favor especial del lord chambelán, gobernaba con buena autoridad en lo esencial el condado de Leicester, donde residía principalmente el poder del lord chambelán.

Pero fue de seguro una pena que no tuviera más verdad, o menos ingenio. Pues su disimulo hizo posible mantener el ardid. Por lo cual, si lord Hastings no le hubiera tenido tanta confianza, lord Stanley y él habrían partido con otros lores y terminado con esto; pues había percibido muchas señales, que ahora interpreta mejor. Tan seguro estaba entonces de que no podía haber ningún daño para él en aquel consejo en que estaba Catesby.

Habiendo dado motivos para no temer a “estos consejos separados”, Hastings se refiere al sueño de Stanley (ll. 26-33): “tocante a sus sueños, que me asombra sea tan pusilánime para dar fe a quimeras de un sueño agitado. Huir del jabalí antes que nos persiga, sería excitarle a correr tras nosotros y a caer sobre una pieza que no tenía intención de cazar. Ve, di a tu amo que se levante y venga a buscarme, e iremos juntos a la Torre, donde, lo ha de ver, el jabalí nos recibirá amablemente.

MENSAJERO —Iré, milord, y le pondré al corriente de lo que me habéis dicho (Sale.)”.

Hastings recibió una advertencia en relación con su destino cuando,

[*Hol.* iii. 723/1/35. *More*, 48/19.] la misma noche antes de su muerte, lord Stanley le envió con apremio a un mensajero de confianza a medianoche para pedirle que cabalgue y huya con él, pues estaba decidido a no permanecer más luego de tan atemorizante sueño: en el que imaginó que un jabalí con sus colmillos los levantaba por la cabeza y la sangre les corría por los hombros a ambos. Y, siendo que el protector tenía al jabalí como símbolo, el sueño causó tanta impresión en su corazón que estaba determinado a partir, y tenía listo su caballo, y si lord Hastings partiera con él, y cabalgaran lejos esa misma noche, al día siguiente estarían fuera de peligro.

“Ah, (dijo lord Hastings al mensajero) ¿se inclina su señor tanto ante estas insignificancias, y tiene tanta fe en sus sueños, producto de la fantasía de sus propios temores o que se levantan en las noches de descanso alimentados por el pensamiento del día? Dile que es lisa y llanamente brujería creer en tales sueños, que si fueran señales de

las cosas por venir, ¿qué le hace pensar que no las haríamos verdad con nuestra partida, si fuéramos atrapados y traídos de vuelta, fracasados en la huida? Pues entonces le daríamos motivos al jabalí para levantarnos con sus colmillos, pues huimos por alguna falsedad... Y por lo tanto, ve con tu señor y encomiéndame a él, y pídele que esté contento y que no tenga miedo: pues le garantizo que estoy tan seguro del hombre que él sabe como lo estoy de mi propia mano”. “Dios lo tenga en gracia, señor” (dijo el mensajero) y se fue.

Una vez que el mensajero de Stanley hubo partido, entra Catesby, y responde a Hastings, que le pide noticias en “este vuestro vacilante Estado”, diciendo (ll. 38-40): “Anda el mundo un poco inestable, en efecto, milord, y creo que no recobraré su equilibrio hasta que Ricardo ciña la guirnalda real.” Hastings responde (ll. 43-44): “¡Antes se desprenderá ésta de mis hombros que ver la corona tan feamente colocada!”.

Hastings no se lamenta por las noticias —que Catesby trae del protector— acerca de la inminente ejecución de los parientes de la reina en Pomfret, “hoy mismo”; “Pero que yo dé mi voto al partido de Ricardo en perjuicio de los derechos de los legítimos herederos de mi señor, Dios sabe que no lo haré, aunque me cueste la vida”.

Catesby, a quien, como habíamos visto, le había sido encargado tantear a Hastings,

[*Hol.* iii. 722/1/50. *More*, 45/11.] lo hubiera o no presionado, reportó que lo encontró tan firme, y que lo escuchó pronunciar palabras tan terribles, que de seguro no se quebrará.

Stanley entra ahora (l. 73) y, después de que Hastings lo tranquilice, parte con Catesby. Cuando están saliendo entra un perseverante, que es abordado por Hastings (l. 98):

“¿Qué hay, bribón? ¿Cómo te va por ahí?

PERSEVANTE —De la mejor manera, puesto que vuestra señoría se digna preguntármelo.

HASTINGS —Te diré, hombre; las cosas marchan mejor para mí ahora que la última vez que me encontraste aquí. Entonces se me conducía prisionero a la Torre por las intrigas de los deudos de la reina. Pero hoy te digo (y guárdalo para ti) que a estas horas los expresados enemigos están condenados a muerte, y que mi situación es mejor que nunca”.

De este incidente tenemos el siguiente relato:

[*Hol.* iii. 722/1/50. *More*, 45/11.] Sobre el muelle de la Torre, tan cerca del lugar donde su cabeza caería poco después, allí se encontró él con un Hastings,⁴¹ un perseverante con su propio nombre. Y, al encontrarse en ese lugar, recordó otra ocasión en que había sucedido que ellos se encontraron de la misma manera en el mismo lugar. En aquella otra ocasión, el lord chambelán había sido acusado con el rey Eduardo por lord Rivers, el hermano de la reina, de manera que fue durante un tiempo (aunque no duró mucho) foco de la indignación del rey, y tuvo mucho miedo por sí mismo. Y, puesto que ahora se encontraba con este perseverante en el mismo lugar, habiendo pasado el peligro, se complació en hablar de ese asunto con él, con

41 Entra Hastings, un perseverante] Q. Entra un perseverante. F.

quien había hablado aquella vez en el mismo lugar, entonces en situación de riesgo.

Y por lo tanto dijo: “¡Ha, Hastings! Recuerdas cuando te encontré aquí con el corazón apesadumbrado?” “Sí, mi señor” (dijo él) “eso lo recuerdo bien y, gracias a Dios, ellos no consiguieron nada bueno, ni usted sufrió ningún daño con ello”. “Eso dirías (dijo él) si supieras tanto como yo sé, lo que pocos saben por ahora, y más sabrán pronto”. Con eso se refería a los lores parientes de la reina que habían sido apresados antes y que serían decapitados ese mismo día⁴² en Pomfret: eso él lo sabía bien, pero nada lo previno de que el hacha colgaría sobre su propia cabeza. “De verdad (dijo él) nunca estuve tan apenado, ni sentí tanto temor en mi vida, como cuando tú y yo nos encontramos aquí. Y, imira cómo ha cambiado el mundo! ¡Ahora mis enemigos están en peligro (como posiblemente escuches pronto) y jamás en mi vida estuve tan contento ni me encontré tan afortunado!

A la partida del perseverante le sigue la entrada de un sacerdote, a quien Hastings está susurrando⁴³ algo en el oído cuando Buckingham aparece y exclama (ll. 114-116): “¡Cómo! ¿Hablando con un sacerdote, lord chambelán? Vuestros amigos de Pomfret son quienes

42 Hastings fue ejecutado el 13 de junio (*Cont. Croyl.* 566); pero el testamento de Rivers se hizo en Sheriff Hutton (Yorkshire), el 23 de junio (*Excerpta Historica*, 246). Un santoral obituario latino (Cottonian MS. Faustina, B. VIII), escrito en el siglo XIV, tiene algunos agregados al margen. En el reverso de la página 4, al lado de “lunij 25” está escrito, con una caligrafía del siglo XVI o fines del siglo XV, “Anthonij Ryvers”; una entrada que probablemente signifique que la muerte del conde Rivers se recordaba el 25 de junio. Este calendario es citado en *Excerpta Historica*, 244. (el Dr. Furnivall, que examinó el manuscrito, me dice que no es, como se suponía, un santoral obituario perteneciente a la Capilla de San Esteban, Westminster.) *Cfr.* también *York Records*, 156, nota, y *Cont. Croyl.* (567), para pruebas de que la ejecución de Rivers, Grey y Vaughan tuvo lugar después del 13 de junio.

43 Susurra en su oído]Q. (contra l. 113) omitido. F.

lo necesitan. Vuestro honor no precisa confesarse por ahora”.

En la mañana del 13 de junio, cuando Hastings estaba despierto,

[*Hol.* iii 723/2/6. *More*, 49/26.] llegó un caballero⁴⁴ para acompañarlo al consejo, como si fuera una cortesía, pero en realidad había sido enviado por el protector para seguirlo de aquí en más. Entre ellos había una secreta confederación en aquel propósito: era un hombre malvado en aquel momento, y ahora goza de gran autoridad.

Este caballero (digo) cuando sucedió que el lord chamblán, que iba camino a dejar su caballo, se encontró con un sacerdote en la calle de la Torre y se detuvo para hablar un rato con un él, interrumpió su charla y le dijo alegremente: “Qué, mi señor, le ruego, porqué habla tanto con el sacerdote? No tiene necesidad de un sacerdote por ahora”. Y entonces se rió, como si dijera “Pronto la tendrá”. Pero tan poco sabía el otro lo que quería decir, y tan poco desconfiaba, que nunca estuvo tan contento, nunca tan lleno de esperanza en su vida, lo cual es con frecuencia la señal de un cambio.

Al cerrar la escena, Hastings y Buckingham salen camino a la Torre.

44 “Aquí él [Hastings] se levanta de su lecho..., y vino a él Sir Thomas Haward, hijo de lord Haward (que era uno de los más cercanos al lord protector en consejo y acción), como si fuera una cortesía la de acompañarlo al consejo, pero en realidad había sido enviado por el lord protector para seguirlo de allí en más”. - *Halle*, 361. Thomas Howard fue nombrado caballero en el matrimonio infantil de Ana Mowbray y Ricardo el duque de York, segundo hijo de Eduardo IV. - *Weever*, 555. El duque de York contrajo matrimonio el 15 de enero de 1478. - *Sandford*, 415-416. El 28 de junio de 1483, Ricardo nombró a Sir Thomas Howard conde de Surrey. - *Doyle*, ii. 589. El 1º de febrero de 1514, el ducado de Norfolk fue conferido a Surrey por Enrique VIII. - *Ibid*, 590. *More*, escribiendo en 1513, pudo decir con justicia que el “malvado hombre” de los tiempos de Eduardo V era ahora “una gran autoridad”; pues en el año mencionado Surrey comandaba nuestra armada en Flodden.

Escena tercera

“Entra RATCLIFF, con⁴⁵ una escolta, conduciendo a los nobles a su muerte en Pomfret”. La fecha histórica de la ejecución de Rivers no pudo ser anterior al 23 de junio; pero, de acuerdo al tiempo del drama, Rivers y Hastings fueron decapitados el mismo día (13 de junio). Shakespeare siguió la narrativa que Holinshed tomó de More (55/25), que dice:

[*Hol.* iii 723/2/6. *More*, 49/26.] De momento el protector había planeado, junto con su consejo, que ese mismo día, en que el lord chambelán era decapitado en la Torre de Londres, y alrededor de la misma hora, se producían también (y no sin su asentimiento) las ejecuciones en Pomfret de los antes mencionados lores y caballeros que fueron apresados en Northampton y Stony Stratford. Esto se produjo en presencia, y por orden de, sir Ratcliffe, caballero, cuyo servicio utilizó especialmente el protector en ese consejo y en la ejecución de tan ilícitas empresas. Era un hombre que había compartido el secreto mucho tiempo, experimentado en las cuestiones mundanas y de ingenio calculador, de estatura baja y tosco en su hablar, grosero y escandaloso en su comportamiento, audaz en la fechoría y tan ajeno a la piedad como al temor de Dios.

45 Entra RATCLIFF, con una escolta, conduciendo al cadalso a RIVERS, GREY y VAUGHAN, prisioneros].Q. Vaughan dice (III, iii. 7): “¡Día llegará en que gritéis maldición por todo esto!”, y Rivers le pide a Dios que recuerde la maldición de Margaret sobre Hastings, Buckingham y Ricardo (II. 17-19). *Halle* agrega a la narrativa de *More* de ese pasaje (364) en que Vaughan remite a Ricardo “al alto tribunal de Dios por su injusto homicidio y nuestra verdadera inocencia”. Y entonces Ratcliff dijo: ‘has apelado bien; apoya tu cabeza’. ‘Sí’, dijo sir Tomas, ‘Muero en el bien, ten cuidado de no morir tú en el mal’”.

Este caballero, conduciéndolos de la prisión al cadalso, y mostrando a la gente de alrededor que eran traidores (no soportando que ellos se declararan inocentes, a riesgo de que sus palabras pudieran suscitar piedad y consecuentemente odio hacia el protector y hacia él), hizo que, sin juicio o proceso alguno, fueran decapitados; y sin otra culpa que la de ser buenos hombres, demasiado leales al rey, y demasiado cercanos a la reina.

Escena cuarta

La fecha histórica de esta escena es el 13 de junio de 1483.⁴⁶

En una habitación de la Torre están reunidos Buckingham, Stanley, Hastings, el obispo de Ely, Ratcliffe y Lovel. Hastings dice (ll. 1-3):

“Ahora, nobles pares, la causa por que nos hallamos aquí reunidos es adoptar un acuerdo respecto de la coronación. En nombre de Dios, hablad. ¿Cuándo llega el augusto día?

BUCKINGHAM —¿Está todo dispuesto para la regia ceremonia?

46 Hastings fue decapitado el viernes 13 de junio de 1483. - Cont. Croyl. 566. Simon Stallworthe, que escribe el sábado 21 de junio a sir William Stonor, dice: “el viernes pasado fue decapitado el lord chamberlán [Hastings] poco después del mediodía”. - *Excerpta Historica*, 16. Para reconciliar esta noticia con la autoridad del continuador de Croyland, debemos suponer que Stallworthe quiso decir el viernes de la semana pasada. More, aunque no da fechas, hizo que la ejecución de Hastings sucediera después de que York saliera del santuario, pero de acuerdo a Cont. Croyl (566) el último evento tuvo lugar el lunes 16 de junio luego de la muerte de Hastings, fecha confirmada por Stallworthe (si tomamos viernes pasado = viernes de la semana pasada).

STANLEY —Está, y sólo falta fijar la fecha.

ELY —Entonces, mañana, según juzgo, será un día feliz”.

La discusión se detiene por la entrada de Ricardo, que los saluda (ll. 23-24):

“Nobles milores y deudos, buenos días a todos!
He dormido demasiado...”

Pronto se dirige al obispo de Ely (ll. 33-35):

“la última vez que estuve en Holborn vi unas magníficas fresas en vuestro jardín. Os ruego me enviéis algunas.

ELY —A fe y voluntad, milord, con todo mi corazón (Sale Ely.)”.

Llamando aparte a Buckingham, Ricardo le cuenta acerca del fracaso de Catesby para seducir a Hastings (ll. 38-42). Ricardo y Buckingham entonces se retiran. Se retoma la discusión con la propuesta de Stanley de que la coronación sea pospuesta para más tarde que el día siguiente (ll. 44-47). En este momento el obispo de Ely vuelve a entrar y pregunta (ll. 48-49): “Dónde está milord el duque de Gloster? Ya he enviado por esas fresas.

HASTINGS —Su gracia parecía esta mañana alegre y bien dispuesto. Preciso es que se halle bajo la influencia de una sonriente idea para haberos dado tan regocijadamente los buenos días”.

Stanley desconfía del semblante alegre de Ricardo. Hastings responde, pero no consigue convencer a su amigo (Q.), y el protector vuelve a entrar con Buckingham (ll. 56-60). Ricardo dice inmediatamente (ll. 61-64):

“Ruego a todos que me digáis: ¿qué merecen los que traman mi muerte, valiéndose de medios diabólicos de condenada hechicería, y que se han apoderado de mi cuerpo con sus infernales maleficios?

HASTINGS —Milord, el tierno afecto que profeso a Vuestra Gracia me autoriza, más que a ningún otro de esta ilustre asamblea, a condenar a los culpables. ¡Quienesquiera que sean, digo, milord, que merecen la muerte!

GLOSTER —¡Entonces, que vuestros ojos sean testigos del mal que se me ha hecho! ¡Ved cómo estoy embrujado! ¡Mirad mi brazo, seco como un retoño marchito por la escarcha! ¡Y ha sido la esposa de Eduardo, la monstruosa bruja, que en complicidad con esa abyecta puta Shore, ha usado de sus artes mágicas para señalarme así!

HASTINGS —¡Si han cometido tal acción, noble milord...!

GLOSTER —¿Sí?... ¡Tú, protector de esa infame puta!, ¿vas a hablarme de si es...? ¡Eres un traidor! ¡Cortadle la cabeza! ¡Pronto, por San Pablo! ¡No comeré hasta haberla visto! ¡Lovel y Ratcliff, ved que se ejecute! ¡Los demás que me estimen, que se levanten y me sigan!

Salen. Permanecen Lovell y Ratcliffe, con lord Hastings.⁴⁷
(Salen los del Consejo con GLOSTER y BUCKINGHAM)”.

Poco después de que Catesby hubo sondeado a Hastings;

[*Hol.* iii. 722/1/65. *More*, 45/24.] se sabe que el viernes [siendo el decimotercero de junio],⁴⁸ muchos lores se reunieron en la Torre y formaron el consejo, planeando la ceremonia solemne y honorable de coronación del rey, cuya fecha estaba tan cerca que las pompas y demás sutilezas se estaban realizando de día y de noche en Westminster, y por lo tanto se mataron muchos animales que luego se desecharon. Estos lores sentados juntos dialogaban sobre este asunto cuando el protector entró, primero alrededor de las nueve, saludando cortésmente y excusándose por haberse ausentado tanto tiempo; diciendo alegremente que había dormido mucho ese día.

Luego de hablar un poco con ellos, dijo al obispo de Ely: “Mi señor, tiene usted muy buenas fresas en su jardín en Holborn, le solicito nos permita hacer un banquete con ellas”. “Con gusto, milord” (dijo él) “quisiera Dios que

47 El acto III acuerda con *More* (véase más arriba) en hacer que Ratcliffe supervise la ejecución de Rivers, Grey y Vaughan en Pomfret. Y sigue a la misma autoridad al fechar las muertes de Hastings y sus enemigos el mismo día. En la versión de F. del acto III, escena v (l. 13), Catesby entra con el lord corregidor, que presuntamente fue convocado después del arresto de Hastings. En la versión de Q. de esta escena, nadie acompaña al lord corregidor, cuya entrada precede a la aparición de Catesby con la cabeza de Hastings. En ambas versiones, luego de la entrada del corregidor, Ricardo pide a Catesby que “[vigile] los baluartes” (l. 17). Entonces, mientras que F. le permite a Ratcliffe estar presente en Pomfret y Londres el mismo día, Q. presentea a Catesby como ausente del escenario.

48 La fecha (13 de junio) y los corchetes que la encierran, aparecen la reimpresión que *Hol.* hace de *More*.

tuviera algo mejor preparado para complacerlo”. Y con prisa envió a su sirviente a buscar una gran cantidad de fresas. El protector instó a los lores a ponerse de acuerdo rápidamente y luego, rogando prescindan de él por un rato, partió. Y pronto, luego de una hora, entre las diez y las once, volvió a la habitación en la que estaban reunidos, cambiado, con un semblante enojado y agrio, inquieto, frunciendo el seño y mordiéndose los labios: y así se sentó en su lugar.

Todos los lores estaban muy consternados, sorprendidos por este cambio tan brusco y preocupados por aquello que lo afligía. Entonces, una vez que estuvo sentado un rato, comenzó: “¿Qué valor tienen aquellos que planean e imaginan mi destrucción, siendo tan cercano al rey por sangre y protector de su real persona y su reino?”. Ante esta pregunta, todos los lores permanecen sentados, sensiblemente afectados, murmurando acerca de qué podría significar esa acusación, de la que cada uno se sabía inocente. Entonces el lord chambelán (que por el amor que se tenían pensó que podía ser más audaz)⁴⁹ contestó y dijo, que merecían ser castigados como crueles traidores, quienes quiera que fuesen. Y todos los demás dijeron lo mismo. “Es una hechicera la esposa de mi hermano, y los otros que están con ella” (refiriéndose a la reina).

Ante estas palabras muchos de los lores se sintieron grandemente abatidos, pues la favorecían. Pero la mente de lord Hastings se hallaba en paz, creyendo que esto era provocado por ella, y no por otro a quien Ricardo amaba más. No obstante su corazón estaba un poco resentido por no haber sido parte del consejo en relación con este asunto, como lo fue en relación con la muerte de sus parientes, que fueron

49 Hastings propone, ante la ausencia de Ricardo, un *proxy vote* [que vote un “apoderado”, en este caso, Buckingham, N. del T.] en relación con la fecha de la coronación. Respecto de esta propuesta, Ricardo dice (III. iv. 30-31): “Nadie sino lord Hastings podía atreverse a ello. Su señoría me conoce perfectamente y me quiere bien”.

decapitados con su asentimiento en Pomfret ese mismo día en que, sin saberlo él, había otra ejecución planificada, la suya propia en Londres. Entonces dijo el protector: “Verán todos ustedes de qué manera esta hechicera, y esa otra bruja de su consejo, la mujer de Shore, de común acuerdo han, con sus hechizos y brujerías, arruinado mi cuerpo”. Y entonces se subió las mandas hasta el codo de su brazo izquierdo, dejando ver un brazo gastado y marchito, pequeño; como siempre lo fue.

Entonces las mentes de todos entraron en duda, agitadas, percibiendo con claridad que este asunto no era otra cosa que una disputa. Pues ellos bien sabían que la reina era demasiado inteligente como para hacer una tontería semejante. Y también, si en efecto incluiría en su consejo, antes que a cualquier otra, a la esposa de Shore, a quien entre todas las mujeres ella odiaba más, pues era la concubina a la que el rey su esposo había amado más. Tampoco había ninguno entre los presentes que no supiera con certeza que su brazo era así de nacimiento. Sin embargo, el lord chambelán (que desde la muerte del rey Eduardo había mantenido a la mujer de Shore, por quien ya sentía predilección en vida del rey excepto que, como algunos dicen, impidió por un tiempo la veneración de ella hacia el rey, o bien debido a un cierto tipo de fidelidad por su amigo) contestó y dijo: “Ciertamente, milord, si han llevado a cabo tan terrible acto, merecen un terrible castigo”.

“De qué me sirves (dijo el protector), me pregunto, con tus ‘si’ y tus ‘y’: ¡te digo que lo han hecho, y que haré buen uso de tu cuerpo, traidor!”. Y con estas palabras, como si estuviera muy enojado, golpeó su puño sobre la tabla. Ante esta señal uno gritó “¡Traición!” fuera de la cámara. Entonces una puerta sonó y hombres armados se lanzaron hacia adentro, tantos como entraban en la cámara. Pronto el protector le dijo a lord Hastings: “¡Te arresto, traidor!”.

“¿Qué? ¿A mí, milord?” (dijo él). “¡Sí, a ti, traidor!”, dijo el protector...

Entonces fueron todos rápidamente ubicados en distintas habitaciones, excepto el lord chambelán, a quien el protector declaró y confesó rápidamente, “pues, por San Pablo” (dijo él) “ino cenaré hasta que te vea decapitado!”. Más le valía no preguntar porqué; con pesar llamó a un sacerdote con premura y realizó una *rápida confesión*:⁵⁰ pues una más elaborada no sería tolerada, el protector apuraba su cena, a la que no asistiría hasta no haber terminado con este asunto, en acuerdo con su juramento.

Mientras Hastings se detiene a reflexionar sobre su repentina caída, recuerda un incidente hasta ahora ignorado (II. 86-88):

“¡Tres veces tropezó hoy con su caparazón mi caballo, y se encabritó al ver la Torre, como rehusando llevarme al matadero!”.

[*Hol.* iii. 723/1/71. *More*, 49/18.] Y también es cierto que al cabalgar rumbo a la Torre, esa misma mañana en la que sería decapitado, su caballo dos o tres veces se tropezó, y casi se cae.

Al cerrar esta escena Hastings es conducido a su ejecución. Cito el pasaje que ofrece los detalles de su muerte:

[*Hol.* iii. 723/1/19. *More*, 48/11.] Entonces fue conducido al prado lindante con la capilla de la Torre, y su cabeza apoyada sobre un largo tronco de madera, y allí fue cortada...

50 “RATCLIFF [*Cat. Q.*] ¡Vamos, vamos, termina con esto! El duque desea cenar: Haz una rápida confesión; ansía ver tu cabeza”. - Ricardo III, III. iv. 96-97.

Escena quinta

“Entran GLOSTER y BUCKINGHAM ridículamente ataviados con mohosas armaduras”.⁵¹ Fingen gran timidez (ll. 14-21). Dirigiéndose al lord corregidor —que ha sido llamado para escuchar una explicación de la decisión que han tomado— Ricardo habla así de Hastings (ll. 29-32):

“Tan bien disimulaba sus vicios, bajo la apariencia de virtud, que sin la evidencia de su crimen, quiero decir, su comercio familiar con la mujer de Shore, vivía al abrigo de la más ligera sospecha”.⁵²

Cuando Ricardo envía por “muchos hombres importantes de la ciudad”, despacha un heraldo a la ciudad con una proclama (la misma que el escribano produce en la escena cuarta del acto tercero) en la que provee los detalles de la supuesta conspiración, y acusa a Hastings de...

[*Hol.* iii. 724/1/43] vivir en el vicio y de un abuso desordenado de su cuerpo, junto con muchos otros, y especialmente con la esposa de Shore, que era parte del consejo más secreto con que planificaba la más terrible traición, y con quien yacía por las noches, y en particular la noche anterior a la que precedió a su muerte.⁵³

51 Entra Ricardo...]F. Entra el duque de Gloster y Buckingham con armadura]Q.

52 sospecha] Q. sospechas] F.

53 con quien... su muerte] Halle (362). Omitido. More.

Buckingham le pregunta al corregidor (ll. 35-39): “¿Hubierais imaginado o podido creer (si, gracias a la protección de Dios, no viviéramos para contároslo) que este sutil traidor proyectaba asesinaros hoy en pleno Consejo a mí y a mi querido lord de Gloster?”.

El siguiente extracto muestra que Hastings no confiesa su traición (ll. 57-58). Los “hombres importantes” fueron, sin embargo, en apariencia tan aquiescentes como el crédulo y dramático corregidor, que responde así a Ricardo (ll. 62-63): “Pero, mi buen lord, basta la palabra de Vuestra Gracia. Para mí es como si todo lo hubiera visto y oído”.

[*Hol.* iii. 723/2/74. *More*, 51/14.] Ahora vuela la noticia de la muerte de este lord rápidamente a través de la ciudad, tan lejos y tanto más allá, como un viento en el oído de cada hombre. Pero el protector, inmediatamente después de la cena, intentando darle color al asunto, envió a toda prisa por muchos hombres importantes de la ciudad hacia la Torre.

Ahora, con su llegada, él mismo junto con el duque de Buckingham permanecen de pie ataviados con viejas y andrajosas armaduras que ningún hombre usaría, y que ellos no habrían aceptado poner sobre sus espaldas si una imperiosa necesidad no los hubiera obligado. Y entonces el protector les mostró que el lord chambelán, y otros conspiradores, habían planeado para destruirlo a él y al duque, el mismo día del consejo. Y lo que tenían pensado después de eso aún no se sabía. De esta su traición él jamás había tenido conocimiento antes de las diez de aquella noche; y fue ese miedo repentino lo que los llevó a armarse para su defensa con lo primero que encontraron a su alcance. Y Dios los ayudó, de forma tal que la fechoría que deseaban hacer

se les había vuelto en contra. Y eso fue lo que les solicitaba reportar.

Todos respondieron favorablemente, como si nadie desconfiara del asunto, que nadie creía verdadero.

Ricardo ahora incita a Buckingham a seguir al lord canciller a Guildhall, y aprovechar allí la oportunidad de denunciar a Eduardo IV en presencia de los ciudadanos. Como prueba del humor tiránico del difunto rey, le pide a Buckingham: “Recordadle cómo condenó a muerte Eduardo a un ciudadano, sólo por haber dicho que su hijo heredaría la corona siendo así que se refería a la muestra de su casa, que llevaba este nombre” (ll. 76-79).

En un discurso pronunciado en Guildhall el 24 de junio de 1483,⁵⁴ Buckingham acusó a Eduardo de haber convertido “pequeñas transgresiones en felonías, y felonías en traición” y, para probar esta acusación, citó el caso que sigue como conocido por todos:

[*Hol.* iii 723/2/74. *More*, 51/14.] De todo lo cual (pienso) que nadie considera que debemos recordarle los ejemplos por los nombres, como si Burdet hubiera sido olvidado, quien fue cruelmente decapitado por una palabra pronunciada de prisa, por la malinterpretación de las leyes de este reino para placer del príncipe.

54 De acuerdo con *Fab.* (669) el sermón de Shaw fue predicado el 15 de junio, el domingo siguiente a la ejecución de Hastings el 13 de ese mes, y el discurso de Buckingham fue pronunciado el martes 17 de junio. Pero Stallworthe, que escribe desde Londres el sábado 21 de junio, y menciona, entre otras noticias, la ejecución de Hastings, no dice una palabra acerca del sermón de Shaw (*Excerpta Histórica*, 16-17). Además, el sermón reveló completamente las intenciones de Ricardo, por lo que difícilmente podamos suponer que tan riesgoso accionar haya sucedido antes del 16 de junio, fecha en que el duque de York fue llevado a la Torre.

Entre las palabras “decapitado” y “por” [la malinterpretación...], Halle⁵⁵ inserta el siguiente comentario (369):

Este Burdet era un mercader que residía en Cheapside, en el signo de la corona, que ahora lleva el signo de la flor de lis, sobre la calle Soper. Este hombre tan solo, en los turbulentos tiempos del rey Eduardo, en el cuarto año de su reino, dijo a su propio hijo que lo haría heredero de la corona, refiriéndose a su propia casa. Pero estas palabras el rey Eduardo hizo que fueran malinterpretadas como si Burdet se hubiera referido a la corona de su reino, por lo cual, en menos de cuatro horas fue aprehendido, arrastrado y descuartizado en Cheapside, por medio de la malinterpretación de las leyes del reino para placer del príncipe...

Cuando Buckingham parte, Ricardo dice (ll. 103-105): “Id a toda prisa, Lovel, a casa del doctor Shaw. Marchad vos (a CATESBY.) en busca del monje Penker... Decidles que dentro de una hora me hallarán en el castillo de Baynard”.

Entre aquellos a quienes Ricardo empleaba para propugnar su derecho al trono estaban

[*Hol.* iii. 725/2/30. *More*, 57/4.] John Shaw, clérigo y hermano del corregidor, y el monje Penker, líder de los monjes

55 En *Grafton* (ii. 107); la misma historia es impuesta en la narración de *More*. *Hol.* registra, en el año 1476, que “Thomas Burdet, un don de Arrow en Warwiceshire, fue decapitado por una palabra dicha de esa guisa. El rey Eduardo cazó en el parque de Thomas Burdett en Arrow, y mató a muchos ciervos, entre los cuales había uno blanco, que Thomas Burdet tenía en mucha importancia. Y entonces se entiende que deseó que la cabeza del siervo blanco estuviera dentro del estómago del rey, que lo asesinó. Y esta historia, al ser referida al rey, fue la causa de que Burdet fuera aprehendido y acusado de traición por desear que la cabeza del ciervo (con cuernos y todo) estuviera dentro del estómago del rey. Fue condenado, arrastrado desde la Torre de Londres hasta Tiburne y allí fue decapitado, y enterrado luego en la iglesia de los Greyfriars en Londres.

agustinos; ambos doctores de la divinidad, ambos excelsos predicadores, ambos más eruditos que virtuosos, y con más fama que erudición.

Una vez solamente, Ricardo menciona su resolución (ll. 108-109): “...dar la orden secreta de poner a buen recaudo a los chicuelos de Clarence y recomendar que de ninguna manera persona alguna tenga jamás acceso hasta el príncipe”.

Cuando Ricardo se convierte en rey (26 de junio⁵⁶ de 1483),

[*Hol.* iii. 735/1/37. *More*, 83/16.] para lo cual el príncipe y su hermano habían sido silenciados y todos los demás alejados de ellos, con la excepción de uno (llamado Will el oscuro, o William el carnicero), destinado a servirlos y vigilarlos.

Escena sexta

“Entra un escribano con un papel en la mano” (Q. con... mano es omitido en F.). Se dirige así a la audiencia (ll. 1-9):

“He aquí el acta de acusación del buen lord Hastings, escrita a pulso con *mi mejor letra*, para que pueda hoy leerse en San Pablo. ¡Y notad qué natural es la consecuencia de los hechos! ¡Once horas he tardado en

56 Los Memoranda Rolls of the Exchequer en Irlanda contienen una carta de Ricardo III a sus súbitos irlandeses que, aparentemente, tenían dudas respecto de la fecha exacta de su ascenso al trono. El rey les informa que su reino comenzó el 26 de junio de 1483. - *Chronology of History*, 326-327, de Nicolas. Véase también *Cont. Croyl*, 566, y *York Recrods*, 157, nota.

escribirla, porque hasta ayer no me la envió Catesby!
El original había de costar el mismo tiempo en ser re-
dactado, y aún no hace cinco horas vivía Hastings, sin
haber sido acusado ni interrogado, en plena libertad”.

La proclama acerca de la traición y la vida viciosa de
Hastings fue

[Hol. iii. 735/1/37. More, 83/16.] hecha dos horas después
de que fuera decapitado, y la imputación fue tan curiosa, y
tan prolijamente escrita en pergamino, *a pulso con tan buena
letra*, producto de un procedimiento tan dilatado, que hasta
los niños percibían con claridad que había sido preparado
desde antes. Pues todo el tiempo entre su muerte y la pro-
clama apenas podría haber sido suficiente para la escritura
solamente, si hubiera sido en papel y garabateada con pre-
mura. De manera que, con la proclama a la vista, uno que
era maestro de escuela en Powles, y de casualidad estaba
allí, observando en cuán poco tiempo se había dirimido el
asunto, dijo a quienes se hallaban a su alrededor: “Aquí hay
una alegre y abultado elenco, una masa desechada por el
apuro”. Y un mercader le contestó que estaba escrito en una
profecía.

Escena séptima

La escena tiene lugar en el castillo de Baynard. Desde
el cierre de la escena quinta, Buckingham había aren-
gado a los ciudadanos en Guildhall. Ricardo pregunta
ahora (l. 4):

“¿Habéis tocado la bastardía de los hijos de
Eduardo?

BUCKINGHAM —La toqué, así como su matrimonio con lady Lucy y sus esponsales por poderes en Francia;⁵⁷ la insaciable avidez de sus deseos; y sus violencias con las mujeres de la City”.

Buckingham les recuerda a los ciudadanos en Guildhall cómo el domingo (22 de junio) el Dr. Shaw...

[*Hol.* iii. 729/2/53. *More*, 70/21.] “con fundamento hizo público ante ustedes que los hijos del rey Eduardo IV no fueron concebidos legítimamente, puesto que el rey (abandonando a su verdadera esposa Isabel Lucy)⁵⁸ nunca estuvo casado legalmente con la reina su madre”.

Buckingham también declaró que...

57 No leemos en *More* que el discurso de Buckingham en Guildhall se detenga en la embajada de Warwick para estos esponsales. El Buckingham shakespereano se refiere a este asunto nuevamente (III. vii. 179-182), junto con el supuesto contrato de Eduardo y Lady Lucy.

58 El Parlamento que se reúne el 23 de enero de 1484 ratifica una petición —sin dudas presentada por el protector en el castillo de Baynard— que enumera motivos para el ascenso de Ricardo al trono. Una de las objeciones a la validez de la unión de Eduardo y Isabel Grey era que “en el momento del contrato de este pretendido matrimonio, y antes y durante largo tiempo después, el mencionado rey Eduardo estaba y permaneció casado con una Dama Elianor Buteler, hija del viejo conde de Shrewsbury [¿John Talbot, el primer conde] con quien el mismo Eduardo había hecho un precontrato de matrimonio, mucho tiempo antes de que llevara a cabo el pretendido matrimonio con la mencionada Isabel Grey de la manera ya descripta”. - *Rot. Parl.* Vi 241/1. El primer Parlamento de Enrique VII (1485) ordenó que esta petición fuera, “por la falsedad y sediciosas imaginaciones y las mentiras que contiene... eliminada de los Registros del mencionado Parlamento del difunto rey [Ricardo III] y destruida”. El Parlamento ordenó también que “cada persona que tenga una Copia de la mencionada petición, o bien la destruya antes de la próxima Pascua bajo pena de prisión”. - *Rot. Parl.*, vi. 289/1. *More*, que escribe alrededor de 1513, no menciona a la Dama Eleanor Butler, pero sí dice que la duquesa de York objetó el matrimonio de su hijo con Isabel Grey porque “el rey era fiel a la dama Isabel Lucy y su esposo ante Dios”. La dama Isabel Lucy, sin embargo confesó que ella y Eduardo “nunca estuvieron casados”. *Ibid.* 62/10.

[*Hol.* iii. 729/1/58. *More*, 1557, pp. 62,63.] “el apetito y avaricia del rey era insaciable, y resultaba intolerable en todo el reino.

Pues no había mujer alguna en ninguna parte, joven o vieja, rica o pobre, sobre la que posara su mirada que, cuando encontraba alguna cosa de su agrado, en su persona o semblante, en su manera de hablar, de caminar o su porte, y sin temor de Dios o respeto por su honor, el murmullo o la indignación del mundo, perseguía su apetito inoportunamente y la hiciera suya, lo cual redundó en la destrucción de muchas buenas mujeres, y en el gran dolor de sus esposos... Y las cosas eran así, y con estas y otras maneras insoportables, el reino estaba en todas partes molesto, y especialmente aquí, los ciudadanos de esta noble ciudad, puesto que entre ustedes hay una mayor cantidad de esas cosas que incitan a estos daños, y porque eran los que estaban más cerca, siendo que cerca de aquí era donde más comúnmente residía”.

Ricardo había prescripto el tópico de la ilegitimidad de Eduardo para el discurso de Buckingham, agregando, sin embargo, (III. v. 93-94): “Todo esto tocadlo ligeramente como sobre ascuas; porque como sabéis milord aún vive mi madre”.

Buckingham reporta entonces (III. vii. 9-14) que ha llamado la atención sobre...

“su propia bastardía [de Eduardo], como nacido mientras vuestro padre estaba en Francia, y su escaso parecido con el duque. A continuación, hablé de vuestras facciones, que daban comple-

ta idea de las de vuestro padre, no sólo por la forma, sino por la nobleza de alma”.⁵⁹

En su discurso en Guildhall, Buckingham aludió a...

[*Hol.* iii. 729/2/69. *More*, 70/32.] otras cuestiones que el sudicho excelentísimo doctor más bien insinúo que explicó, cuestiones que no serán dichas por mí, pues es aquello de lo cual todo hombre se abstiene de decir lo que sabe, y también para eludir cualquier displacer que pudiera generar en mi noble lord protector, que siente (como lo requiere la naturaleza) una reverencia filial por la duquesa su madre.

Ricardo y su consejo resuelven que el doctor Shaw traiga a colación la deposición de Eduardo V.

[*Hol.* iii. 725/2/53. *More*, 57/24.] en un sermón en St. Paul's Cross, en el que (con la autoridad de su prédica) inclinaría al pueblo hacia el proyecto fantasmal del protector. Pero ahora toda la labor y el estudio se hallaban volcados a concebir algún pretexto conveniente para conseguir que el pueblo esté satisfecho con la deposición del príncipe, y acepte al protector como rey. En todas estas cuestiones pensaban. Pero la cuestión principal y de mayor peso de toda esta invención reside en esto, en que alegarían bastardía, ya del rey Eduardo mismo, ya de sus hijos, o de ambos. De manera tal que pareciera inhabilitado para heredar la corona del duque de York, y por lo tanto también su príncipe.

Acusar de bastardía al rey Eduardo sonaba abiertamente a censurar a la madre del mismo protector, pues era madre

59 "Hice valer todas vuestras victorias en Escocia", es la siguiente línea. El discurso de Buckingham, en *More* y *Halle*, no contiene ninguna alusión a estas victorias. La campaña de Ricardo en Escocia es relatada por *Hol.* iii 705-708.

de ambos; pues en ese punto no podía haber matices, sólo pretender que su propia madre era una adúltera, lo cual, sin embargo, para avanzar en su propósito, no permitió. Sin embargo deseaba que ese punto se tratara más leve y favorablemente tratado: no en profundidad y directamente, sino que el asunto debería ser apenas tocado, con habilidad, como si los hombres evitaran decir toda la verdad de la cuestión por temor a disgustarlo.

Así instruido Shaw, luego de negar la legitimidad de los difuntos hijos del rey, le dijo al pueblo que...

[*Hol.* iii. 727/2/50. *More*, 64/26.] ni el rey Eduardo mismo, ni el duque de Clarence eran reconocidos con seguridad como hijos del noble duque; pues por sus favores se parecían a otros nobles hombres más que a él. Y de estas condiciones virtuosas dijo también que el difunto rey Eduardo se hallaba lejos.

Pero el lord protector, dijo, el verdadero noble príncipe, tanto en el patrón especial de destreza caballeresca como en el comportamiento principesco y también en las *facciones*⁶⁰ y el favor de su semblante, representan el propio rostro del noble duque su padre. “Esta es (dijo) la mismísima figura de su padre, su propio semblante, la impresión misma de su rostro, la indudable imagen que expresa el parecido con ese noble duque”.

Buckingham concluye su reporte (ll. 20-41):

“Y cuando mi oratoria tocaba a su fin, excité a cuantos amaran bien a su patria a gritar: ¡Dios salve a Ricardo, legítimo rey de Inglaterra!

60 Cfr. III, vii. 12, citado más arriba.

GLOSTER —¿Y lo hicieron así?

BUCKINGHAM —¡No! ¡Vive Dios, no dijeron una palabra! Semejantes a mudas estatuas o a insensibles rocas, se miraban y palidieceron como muertos. Al ver esto, les reprendí, y pregunté al lord corregidor qué significaba ese obstinado silencio. Me contestó que el pueblo no tenía costumbre de ser interpelado por otro que no fuera el secretario del Corregimiento. Entonces supliqué a éste que repitiera mi discurso. Esto ha dicho el duque, esto ha resuelto el duque, murmuró, sin añadir por su parte una palabra. Cuando terminó, algunos compañeros de mi séquito, apostados al fondo de la sala, arrojaron sus gorros al aire, y una docena de ellos gritó: ¡Dios salve al rey Ricardo! Y aprovechándome de la ocasión de esa coyuntura, añadí: ¡Gracias, honrados ciudadanos y amigos! ¡Este aplauso general y alegres vivas son una prueba de vuestro acierto y de vuestro amor a Ricardo!; y dicho esto, me retiré”.

El relato de More del discurso de Buckingham contiene detalles que fueron omitidos por Shakespeare. El silencio de los ciudadanos provocado por Buckingham que aborda “la misma cuestión una y otra vez en distinto orden y con otras palabras”. Cómo los ciudadanos permanecieron “quietos como la medianoche”. Luego de las palabras del secretario del Corregimiento, Buckingham susurra al corregidor: “este maravilloso y obstinado silencio” (*cf.* III. vii. 28), y luego dice a sus oyentes que, aunque los lores y los comunes de otras partes pueden hacer aquello que era

solicitado, sin embargo la consideración por los ciudadanos era motivo para buscar también su consentimiento. Y por lo tanto requería una respuesta. Entonces comenzó un murmullo entre el pueblo, “como si fuera el sonido de un enjambre de abejas”, hasta que finalmente se oyeron los gritos procedentes de “una emboscada de sirvientes de los duques”.

[*Hol.* iii. 730/1/71. *More*, 72/16.] Cuando el duque terminó de hablar, y miró al pueblo, al que esperaba el corregidor ya hubiera preparado y por lo tanto debería, luego de que él expusiera su propuesta, gritar “¡rey Ricardo, rey Ricardo!”, todo estaba callado y silencioso, y ni una palabra se dijo en respuesta.

Cuando el corregidor vio esto [el fracaso del segundo discurso de Buckingham], él junto con otros del consejo se agruparon en torno del duque y le dijeron que el pueblo no estaba acostumbrado a que le hablaran directamente, sino mediante el secretario del Corregimiento, que es la boca de la ciudad, y que a él le contestarían. Con esto el secretario, llamado Fitz William, un hombre triste y honesto, que era nuevo en ese cargo, y que jamás había hablado al pueblo antes, y qué tristeza era empezar con este asunto, sin embargo, ante la orden del corregidor, ensayó el discurso ante los comunes del duque con quienes éste ya había ensayado dos veces.

Pero el secretario atemperó tanto el relato, que mostró que todas eran palabras del duque, y ninguna parte era propia. Todo esto no produjo ningún cambio en el pueblo, que siguió permaneciendo de pie como si todos los hombres estuvieran sorprendidos.

[Cuando Buckingham requirió una respuesta] la gente comenzó a susurrar entre sí en secreto, de forma tal que ninguna voz era más alta ni podía distinguirse, sino que

era como si se tratara de un enjambre de abejas. Hasta que al final, en la esquina más lejana del Hall, una emboscada de sirvientes de los duques, y uno de Nashfield, y otros que pertenecían al protector, con algunos aprendices y jóvenes que se lanzaron hacia adentro del hall entre la multitud, comenzaron repentinamente a gritar a espaldas de los hombre, tan alto como sus gargantas les permitían: “¡Rey Ricardo, rey Ricardo!”, y arrojaron sus sombreros como signo de alegría. Aquellos que se hallaban delante volvieron sus cabezas sorprendidos, pero no dijeron nada. Cuando el duque y el corregidor vieron esto, lo transformaron para su propósito, y dijeron que era un llamado importante y alegre el escuchar a todos los hombres con una sola voz.

“Por lo tanto, amigos” (dijo el duque) “siendo que percibimos que desean a este hombre para que sea su rey (y de lo cual haremos a su gracia un relato efectivo, que tenemos por seguro redundará en un mayor bienestar y comodidad de ustedes), les pedimos que mañana vengan con nosotros, y nosotros con ustedes, ante su noble gracia, para realizar nuestra humilde solicitud de la manera que recordamos”. Y entonces los lores descienden y la compañía se disuelve y parte...

La fecha histórica del resto de esta escena (ll. 45-247) es el 25 de junio de 1483.⁶¹ El lord corregidor está a su disposición, de manera que Ricardo parte para mostrarse en el Castillo de Baynard. Cuando el corregidor y los ciudadanos entran encuentran a Buckingham aparentemente esperando una audiencia. Catesby trae entonces algo que pretende ser la respuesta del protector (ll. 59-64): “Suplica a Vuestra Gracia, noble

61 La mañana en que Buckingham pronuncia su discurso en Guildhall. Las escenas ii-vii del acto III transcurren el mismo día. - T.A., 328-331.

milord, que vaya a visitarle mañana o pasado. Se ha encerrado con dos reverendos padres, absorto en meditaciones divinas, y dice que ningún asunto terrenal le distraiga de sus piadosos ejercicios”.

Catesby es despachado para pedir audiencia de nuevo, pero Ricardo lo envía otra vez con excusas (ll. 84-87): “No concibe con qué fin reunís grupos de ciudadanos para venir en su busca sin haberle prevenido. ¡Teme, milord, que abriguéis malos deseos contra él!”.

Luego de recibir la profesión de buena fe de Buckingham, Catesby sale, y entra entonces Ricardo “en lo alto, entre dos obispos” (l. 94).⁶²

Debo señalar que nada que haya dicho More, o ninguna otra autoridad histórica, permite conjeturar la negativa dramática de Ricardo, que rechaza la audiencia argumentando su preocupación por “sus piadosos ejercicios”: las palabras “con un obispo en cada mano” —que he anotado entre corchetes— fueron agregadas por Halle o Grafton al texto de More.

Retomo entonces la narrativa de More en el punto en que, “la mañana siguiente” al discurso de Buckingham,

[*Hol.* iii. 730/1/11. *More*, 74/27.] el corregidor, con todos los concejales,⁶³ y los jefes comunales de la ciudad, atavia-

62 En Qq. no figura la convocatoria de Ricardo a Shaw y Penker para que se encuentren con él en el castillo de Baynard.

63 En la versión de F. del acto III, escena vii. 66: “el corregidor y los concejales” desean una conferencia con Ricardo. La versión de Q. lee: “el corregidor y los ciudadanos”; y en F. (l. 55): “Entra el corregidor y los ciudadanos”.

dos con sus mejores trajes y reunidos todos, acudieron al castillo de Baynard, donde residía el protector. A este lugar se dirigió también (de acuerdo a una cita acordada) el duque de Buckingham, y otros nobles con él, además de muchos caballeros y gentilhombres. Y entonces el duque envió mensaje al protector, de que había una gran y honorable compañía que deseaba plantearle un asunto de suma importancia. A lo cual el protector manifestó dificultades para atenderlos, a menos que supiera primero algo más de su requerimiento, como si dudara y en parte desconfiara de la llegada de tan gran número de personas sin advertencia previa, desconociendo si venían en paz o deseaban dañarlo.

Entonces, cuando el duque hubo mostrado esto al corregidor y a los otros, para que vieran cuán poco se cuidaba el protector de este asunto, enviaron un mensajero con tan amable mensaje, rogándole con humildad, asegurando que necesitaban recurrir a su presencia para declarar sus intenciones, las que no podían manifestar a nadie más ni en ninguna otra parte. Finalmente salió de su cámara, pero sin embargo no descendió todavía, sino que permaneció en una galería alta, [con un obispo en cada mano], donde pudieran verlo y hablarle, como si no se decidiera a acercarse más hasta saber más del asunto.

Hablando en nombre del Alcalde y de los ciudadanos, Buckingham así se dirige a Ricardo: “ilustre Plantagenet, el más generoso de los príncipes, presta favorable atención a nuestros requerimientos, y perdónanos que interrumpamos tu devoción y admirable celo cristiano!” (ll. 100-103). Ricardo inquiere, “[q]ué desea Vuestra Gracia?”, y Buckingham, respondiendo “[p]recisamente lo que desea el Dios que vela por nosotros y todos los dignos habitantes de esta isla sin gobierno”, procede, luego de algunas lisonjas, a hacer conocer su

petición, “vienen nuestros corazones a rogar a Vuestra Gracia tome la carga y el gobierno de este vuestro país, no como protector, regente sustituto o como agente subalterno que trabaja por el provecho de otro, sino como heredero que ha recibido de generación en generación los derechos de sucesión a un Imperio que os pertenece en propiedad”. La respuesta de Ricardo exhibe nula semejanza con el discurso que le atribuye More, excepto en las siguientes líneas (que deben ser contrastadas con el último párrafo del pasaje transcrito más adelante): “Si no os respondo, tal vez imaginéis que mi lengua, atada por la ambición, consiente, por su silencio, a este yugo dorado de la soberanía que bondadosamente queréis imponerme aquí. Si, de otro lado, repruebo los ofrecimientos que me hacéis, inspirados en vuestro sincero afecto hacia mí, entonces ofendo a mis amigos (...) Le cedo [a Eduardo V] el paso con que queríais abrumarme y que le pertenece por derecho de su fortuna y feliz estrella. ¡No permita Dios que yo lo usurpe!” (ll. 109, 110).

[*Hol.* iii. 731/1/39. *More*, 75/20.] Y luego el duque de Buckingham hizo una humilde petición en nombre de todos, que Su Majestad los dispensara y les permitiera exponer el motivo de su presencia; sin dicho permiso, no se atreverían a molestarlo con el asunto que llevaban. Pues aunque deseaban tanto honor a Su Majestad como riquezas al reino, no sabían con certeza de qué forma Su Majestad tomaría el pedido, y no osarían ofenderlo. Entonces el Protector [Ricardo], que era amable y anhelaba conocer lo que tenían para decir, dio a Buckingham libertad para hablar, confiado (por las buenas intenciones que les atribuía) en que ninguno de ellos le daría razones para entristecerse. Cuando el duque tuvo licencia para

hablar, se atrevió a dejar en claro su propósito, mostrando con qué objeto se presentaban, y a rogar a Su Majestad que, con su habitual bondad y celo por el reino, observara con piadosos ojos la larga y continuada decadencia del mismo y prestase luego sus reales manos en pos de un restablecimiento. Todo lo cual podría bien realizar si tomara la corona y el gobierno del imperio, que por títulos y derecho de sucesión le pertenecía; para alabanza de Dios y beneficio de la tierra, que todo honor descendiera sobre Su Majestad, pues nunca un pueblo más feliz estuviera bajo la obediencia a un príncipe como estarían los habitantes del reino sometidos a la autoridad de su noble persona. Cuando el Protector hubo atendido la proposición, se mostró extrañado, y así respondió que, a pesar de saber que lo que alegaban era cierto, tan grande amor profesaba hacia el rey Eduardo y su descendiente, el príncipe de Gales, y de tal manera miraba más por su propio honor en otros reinos que por la corona de los mismos (jamás deseada), que le resultaba imposible encontrar manera de satisfacer el pedido...

A pesar de lo cual, no sólo perdonó a los hombres su moción sino que además quiso agradecerles por el amor y cordial favor que le revelaran, suplicándoles también que procedieran de la misma manera con el príncipe de Gales.

Buckingham responde⁶⁴ haciendo notar la ilegitimidad de la descendencia de Eduardo IV (ll. 177-180):

64 En este parlamento, Buckingham señala que Eduardo fue seducido por lady Grey, quien "supo conquistar el sentimiento lascivo del rey, rebajando la meta y altura de sus pensamientos a una baja degradación y a una inmundia bigamia". La duquesa de York había advertido a Eduardo que la viudez de lady Grey constituía un fuerte impedimento, pues era "una verdadera mancha y un gran descrédito contra la sagrada majestad de un príncipe, quien debería llegar casi al sacerdocio en valores de pureza y dignidad, que fuera deshonrado con el título de bigamo en su primer matrimonio" [*Hol.* iii. 726/2/21. *More*, 60/12].

“Decís que Eduardo es el hijo de vuestro hermano. Así creemos también nosotros; pero no de su legítima esposa, pues él se casó primeramente con lady Lucy (y vuestra madre, que vive, puede servirme de testimonio”. Cuando Eduardo IV contrajo esponsales con lady Grey, la duquesa de York...

[*Hol.* iii. 727/1/16. *More*, 61/31.] se opuso abiertamente al matrimonio, que iría en detrimento de su conciencia, en tanto el rey habíase comprometido ante Dios con la dama Lucy.

Como Ricardo aún finge vacilar, Buckingham esgrime un último argumento (ll. 227-236), “sabed que, aceptéis o no nuestros ofrecimientos, jamás el hijo de vuestro hermano reinará sobre nosotros como rey, sino que colocaremos a otro cualquiera en el trono, para desgracia y ruina de vuestra casa”. Ricardo cede, rehusando cualquier responsabilidad propia (“si la negra calumnia o el reproche de rostro repugnante son un día la secuela de vuestra imposición, la violencia que me hacéis me salvaría de todas las censuras y manchas de ignominia que podrían resultar”). Buckingham exclama: “Entonces os saludo con este real título: ¡Viva el rey Ricardo, digno soberano de Inglaterra!”. El subsiguiente pasaje ilustra el resto de la escena.

[*Hol.* iii. 731/2/30. *More*, 77/11.] Ante la afirmativa respuesta, el duque, rodeado de nobles y acompañado también por el Alcalde de Londres, pidió permiso al Protector y, una vez obtenido, con grandes perdones concluyó diciendo que el reino no podría ser dirigido por la línea sucesoria del rey Eduardo aunque hasta ese momento así había ocurrido,

si querían alcanzar la rectificación del mismo. Por lo cual ofreció a Su Majestad el honor de coronarlo, suplicándole humildemente aceptar esa responsabilidad sobre su cabeza. Si les diera una respuesta adversa, rechazando la proposición (lo que aborrecerían oír), ellos deberían buscar y sin duda encontrarían otra noble persona dispuesta a aceptarla.

[Cuando Ricardo aceptó la corona] hubo una sonora algarabía, y los hombres cantaban “¡Viva el rey Ricardo! ¡Viva el rey Ricardo!”.

Acto Cuarto

Escena primera

La reina Isabel, la duquesa de York,⁶⁵ el marqués de Dorset, Ana, duquesa de Gloster, y lady Margarita Plantagenet (hija de Clarence), se encuentran ante la Torre con el propósito de visitar al príncipe. Sin embargo, el alguacil de la Torre les informa que Ricardo les ha prohibido la entrada. En la última escena del acto tercero, la coronación de Ricardo había sido dispuesta para el día siguiente. Entra Stanley y, dirigiéndose a la duquesa Ana, dice: “Venid, señora; debéis presentaros inmediatamente en Westminster, para ser coronada allí como esposa del rey Ricardo” (ll. 32, 33).

65 Hacia el final de la escena, la duquesa de York exclama: “¡Ochenta y tantos años de dolor he contemplado, y cada hora de alegría la he pagado con una semana de pesares!”. La duquesa histórica había nacido el 3 de mayo de 1415 (*Wycr.*, 453). Tenía, por lo tanto, ochenta años en el momento de su muerte, ocurrida en 1495.

El 6 de julio de 1483 —casi quince días después de la elección en el castillo de Baynard Ricardo y Ana suben al trono en la Abadía de Westminster,

[*Hol.* iii. 734/1/3. *Halle*, 376.] donde el arzobispo de Canterbury y además otros obispos los coronaron siguiendo la costumbre del reino.

La reina Isabel repudia así a Dorset: “¡Si quieres escapar de la muerte, atraviesa los mares y ve a vivir con Richmond, fuera del alcance del infierno!” (ll. 42, 43). Dorset se dirigió con la reina Isabel al santuario en Westminster, pero luego dejó el lugar para unirse a la rebelión dirigida por Buckingham en octubre de 1483. Buckingham, antes de su captura, deseaba reunir un nuevo ejército o “navegar hacia Bretaña, hacia el condado de Richmond” (*Hol.* iii. 743/2/56. *Halle*, 394). Dorset, más afortunado, fue uno de los que “huyeron a través del mar y llegaron sanos y salvos al ducado de Bretaña” (*Hol.* iii. 743/2/68. *Halle*, 394). Cuando Richmond regresó a Bretaña, luego de su infructuoso intento de socorrer la rebelión,

[*Hol.* iii. 745/1/55. *Halle*, 396.] fue informado por fuentes confiables del hecho de que el duque de Buckingham había perdido su cabeza; le informaron también que el marqués de Dorset, y un gran número de nobles de Inglaterra, muy poco tiempo antes lo habían estado buscando, y estaban ahora de nuevo en Vannes.

Cuando supieron que había regresado sin peligro a Bretaña, ¡cuán grande fue su alegría! Pues hasta ese momento desconocían su paradero, y no sabían en qué parte del mundo podrían encontrarlo. Habían temido grandemente que hubiera llegado a Inglaterra, y caído en manos

del rey Ricardo, de quien no podían esperar misericordia o clemencia algunas. Por ello, galoparon velozmente hacia él, y lo saludaron con reverencia.

Escena segunda

Ricardo, con los atributos reales, sobre el trono; atendido por Buckingham, Catesby, un paje, y otros. El rey requiere el consentimiento de Buckingham en cuanto a la muerte que desea para los jóvenes príncipes (l. 23). Buckingham reclama “algún aliento, un instante de reflexión”, antes de poder brindar “una respuesta definitiva” (ll. 24, 25), y sale. Encolerizado por la irresolución de Buckingham, Ricardo llama al paje.

“REY RICARDO —¿Conoces a alguien que dejándose tentar por un oro corruptor, realizara una secreta misión de muerte?”

PAJE —Conozco un hidalgo descontento, cuyos humildes recursos no están a la altura de sus pensamientos. El oro vale para él como treinta oradores, y no dudo que le determinará a hacer cualquier cosa.

REY RICARDO —¿Cuál es su nombre?

PAJE —Su nombre es Tyrrel, señor.

REY RICARDO —Conozco algo a ese individuo. ¡Anda, llámale aquí, muchacho!”.

Luego de la salida del paje, Ricardo conoce por boca de Stanley la huida del marqués de Dorset. El rey así reacciona: “¡Ven aquí, Catesby! Haz correr el rumor de que Ana, mi esposa, está gravemente enferma. Daré orden de que permanezca encerrada”.

En marzo de 1485, Ricardo

[*Hol.* iii. 751/1/18. *Halle*, 407.] hizo correr entre el pueblo un rumor en apariencia anónimo de que la reina había muerto; con lo cual se proponía que la reina, preocupada por esta desconocida fama, cayera en súbita y grave enfermedad. Deseaba evaluar así, en caso de que de esa o de alguna otra forma la reina perdiera su vida, si el pueblo imputaba la muerte a la enfermedad o, por el contrario, culpaba al rey la desventura.

Catesby sale, y Ricardo habla para sí. “Es preciso que me case con la hija de mi hermano, o mi trono tendrá la fragilidad del vidrio” (ll. 61, 62). En 1485, Richmond había oído que Ricardo “se proponía contraer matrimonio con lady Isabel, la hija de su hermano” (*Hol.* iii. 752/2/47. *Halle*, 409).

El paje retorna con Tyrrel, quien en seguida promete dar muerte a los príncipes. “Procuradme los medios de llegar hasta ellos, y yo os libraré pronto del miedo que os inspiran”, dice. Ricardo responde: “¡Cantas una dulce música! ¡Escucha! ¡Acércate, Tyrrel! Ve, usa de esta prenda...”. El trabajo de Tyrrel debe ser hecho a toda prisa, incluso antes de que el rey se retire a dormir.

[*Hol.* iii. 734/2/38. *More*, 81/15.] El rey Ricardo, luego de ser coronado, se dirigió a Gloster, para visitar (en su nuevo

honor) la población que antiguamente le diera nombre. Imaginaba, al andar, la realización de aquello que anteriormente había intentado. Su mente le decía que, mientras vivieran sus sobrinos, los hombres no reconocerían como legítimo su derecho al reino. Decidió deshacerse de ellos sin mayor demora, como si la muerte de sus parientes pudiera enmendar su causa o convertirlo súbitamente en benévolo rey. Con lo cual ordenó a un tal Juan Greene (en quien confiaba especialmente) que entregara a Roberto Brakenbury, alguacil de la Torre, una carta en la que Ricardo le mandaba ejecutar a los príncipes.

El tal Juan Greene llevó la misiva a Brakenbury, arrodillándose ante una imagen de Nuestra Señora en la Torre. El alguacil contestó que jamás podría cumplir semejante cometido. Con dicha respuesta regresó Juan Greene, encontrándose, aún en camino, con el mismísimo rey Ricardo en Warwick. Poco placer halló el rey en el comunicado rechazado; pero al mismo tiempo recordó que, esa misma noche, en secreto se había dirigido a uno de sus pajes, diciendo: “¡Ah! ¿En quién debería confiar un hombre? Aquellos a quienes yo mismo he criado, los que pensé me servirían sin dudar, incluso esos me fallan, y si algo les pidiera, nada harían por mí”. El paje escuchó a su amo y habló luego. “Señor, existe uno que, por difícil que fuera el pedido, no osaría rechazarlo, para no disgustar a Su Majestad”. Con estas palabras se refería a James Tyrrel, hombre de apariencia severa y hermosa a un tiempo, cuyas nobles cualidades habrían merecido estar al servicio de príncipe más benigno. Si hubiera servido a Dios, quizás por gracia habría obtenido tanta verdad y provecho como fortaleza e ingenio en verdad poseía.

Tenía el hombre un fuerte temperamento y lamentaba amargamente no haber escalado tantas posiciones como anhelaba, siendo estorbado e impedido continuamente por los medios de Ricardo Ratcliff y Guillermo Catesby, los

cuales, pues deseaban no compartir con nadie el favor del rey y, ciertamente, menos con Tyrrel, cuyo orgullo consideraban sin par, lo mantenían en desconocimiento absoluto de toda obligación secreta, cosa que el paje sabía muy bien. Por eso, ofrecida esta ocasión, tomó la oportunidad de proponerlo y de tal forma hacerle un bien, que de todos los enemigos que tenía (excepto el diablo) ninguna podría causar tanto daño. Ante las palabras de su paje, el rey Ricardo se levantó y salió a la cámara del palacio en donde encontró a James y Tomás Tyrrel en persona, hermanos de sangre, pero en condición alguna parecidos.

Con alborozo les preguntó el rey si ya estaban por retirarse a dormir. Y llamando especialmente a James, en secreto le confesó sus negras intenciones, en las que éste no encontró nada extraño. Por eso, al día siguiente, envió a Tyrrel con Brakenbury, para que le entregara una carta en la que el rey le pedía que entregara al asesino todas las llaves de la Torre por una noche, con el fin de que lograra aquello que más complacería al rey. Luego de que la carta fuera entregada y las llaves recibidas, Tyrrel ocupó la siguiente noche en destruir a los herederos.⁶⁶

Quando Tyrrel sale, Buckingham vuelve a entrar y hace una demanda (ll. 91, 94): “Milord, reclamo la recompensa que me habéis prometido, por la cual em-

66 Asumiendo que este relato sea verdadero, los príncipes fueron asesinados hacia mediados de agosto de 1483. El sello real de Ricardo III muestra que había estado en Warwick desde el 8 hasta el 14 de agosto. El 15 de agosto se encontraba en Coventry (*H. S.*). En Warwick, Grene reportó la respuesta de Brakenbury (*More*, 81/33). El día siguiente al arribo de Grene a Warwick, Tyrrel fue enviado a tomar las llaves de la Torre (*More*, 82/2, 83/2). El crimen fue cometido “la siguiente noche” a la entrega de las llaves (*More*, 83/6). Warwick se encuentra a 90 millas de distancia de Londres (*Lewis*). Durante el reinado de Ricardo, los mensajeros podían viajar 100 millas por día (*Cont. Croyl.*, 571). Si Tyrrel fue enviado desde Warwick, debería haber partido el 17 de agosto, no más, y llegado a Londres el mismo día. Cuando comenzó la rebelión de Buckingham (en octubre), existía un rumor de que los príncipes estaban muertos (*Cont. Croyl.*, 568).

peñasteis vuestro honor y vuestra palabra: el condado de Hereford y los bienes muebles de que me prometisteis que sería poseedor”. Ignorando el reclamo, sin dar respuesta a Buckingham, Ricardo se dirige a Stanley (ll. 95, 96): “Stanley, vigilad a vuestra esposa. Si se comunica con Richmond, me respondéis de ello”.

En 1484,⁶⁷

[*Hol.* iii. 746/1/56. *Halle*, 398.] nada causaba mayor sorpresa que el hecho de que lord Stanley no hubiera sido tomado como enemigo del rey, considerando el trabajo de Margarita, su esposa, madre del conde de Richmond. Pero, visto que las elucubraciones de una mujer carecían de importancia para él (Thomas Stafford, su antiguo esposo, había demostrado por su parte ser inocente de toda acción perpetrada por Margarita), fue mandado a Stanley guardar a su mujer en un lugar secreto, alejada de cualquier sirviente o compañía: para que así, ella no fuera capaz de enviar carta o mensajero alguno a su hijo, ni a ninguno de sus muchos amigos y confederados, buscando molestar y traer problemas al rey o perjudicar y dañar el reino y la comunidad entera.

Desconsiderando aún la petición de Buckingham, Ricardo monologa sobre la profecía de Enrique VI sobre el hecho de que Richmond sería rey, lo que lleva a una reflexión sobre la imprevista muerte del profeta,⁶⁸ se-

67 Este sentimiento general de sorpresa ante la libertad de Stanley es relatado por *Halle* (397, 398) como prevalente en el tiempo en que el Parlamento único de Ricardo se encontraba en sesión, que abrió el 23 de enero de 1484. (*Rot. Parl.*, vi. 237/1).

68 “¿Cómo se explica que en aquella época no me dijera el profeta, estando yo presente, que le mataría yo?”. El Ricardo dramático de *La tercera parte de Enrique VI* se encontraba, como el personaje histórico, ausente de Inglaterra durante la breve restauración de Enrique.

guida de una reminiscencia desagradable (ll. 106, 110): “¡Richmond! Cuando estuve la última vez en Exeter, el corregidor tuvo la cortesía de mostrarme el castillo, y lo llamó *Rouge-Mont*, a cuyo nombre me estremecí, a causa de que un bardo de Irlanda me dijo una vez que no viviría mucho tiempo después de haber visto a Richmond”.

En noviembre de 1483,⁶⁹ Exeter fue visitada por Ricardo,

[*Hol.* iii. 736/1/1.] ciudad en la que fue recibido del mejor modo por el Alcalde y sus correligionarios, quienes le ofrecieron al rey doscientos nobles como presente, los que aceptó agradecido. Durante su estancia allí, recorrió la ciudad, vio su centro, y llegó a su castillo. Cuando supo que era llamado Rugemont, cayó en amarga remembranza y, espantado, exclamó: “¡Bien, parece que no serán largos mis días!”. Una profecía lo había hecho conocer que, una vez que acudiese a Richmond, no viviría por mucho más tiempo: lo que luego resultó ser verdadero. No respecto de dicho castillo, sino de Enrique, duque de Richmond, quien al siguiente año encontró en el campo de Bosworth a Ricardo, donde fue asesinado.

Buckingham solicita nuevamente atención a su demanda por el condado prometido. Había respaldado a Ricardo en Northampton, en abril de 1483;

69 Buckingham fue decapitado el 2 de noviembre de 1483. En el día siguiente, Ricardo dejó Salisbury y marchó hacia el oeste, hasta que alcanzó Exeter. (*Cont. Croyl.*, 568). Hacia el final de noviembre, el rey regresó a Londres (*Cont. Croyl.*, 570).

[*Hol.* iii. 736/1/21. *More*, 86/29.] y desde entonces había sido su compañero en toda ocasión; hasta que, luego de su coronación, se habían separado (según parecía) como grandes amigos en Gloster. A partir de lo cual, tan pronto como el duque llegó a su casa, tan ligeramente pasó de él y tan duramente conspiró contra él, que un hombre podría preguntarse de dónde surgió cambio tan inesperado. Y, seguramente, la causa de su desacuerdo es reportada de diversas maneras por diversos hombres.

Escuché decir que el duque, tiempo antes de la coronación, entre otras cosas, requirió del Protector las tierras del condado de Hereford, de las que se pretendía heredero. Y, por cuanto el título, que reclamaba como herencia, estaba de alguna forma relacionado con el derecho a la corona por línea del rey Enrique, antes privado, el Protector concibió tamaña indignación, que rechazó la propuesta del duque con malévolas y amenazantes palabras, lo que hirió su corazón, llenándolo de odio y desconfianza, tanto que nunca pudo volver a mirar al rey Ricardo, temiendo siempre por su propia vida.

Ricardo rechaza la demanda de su antiguo aliado con estudiado insulto; todos abandonan el escenario, excepto Buckingham, que se detiene un momento a meditar: “¿Conque eso tenemos? ¿Me paga mis importantes servicios con semejante menosprecio? ¿Para eso le he hecho rey? ¡Oh! ¡Pensemos en Hastings y vayámonos a Brecknock mientras tema por mi cabeza!” (ll. 123, 126).

En el verano de 1483, poco tiempo después de que Buckingham

[*Hol.* iii. 736/2/3. *More*, 88/12.] llegara al castillo de Brecknock, teniendo allí bajo su custodia, por mandato del rey Ricardo, al doctor Morton, obispo de Elie, logró familiarizarse con él; el obispo, ingeniosamente, abusaba de la dignidad de Buckingham en vista a su propia liberación y la destrucción del duque.

La Crónica de Halle contiene (387) lo que parece ser un reporte de este asunto dado por el mismo Buckingham al doctor Morton, en el tiempo en que el obispo se encontraba detenido en el castillo de Brecknock. Cuando, dijo Buckingham, Ricardo...

[*Hol.* iii. 739/1/74.] fue coronado rey, y ya en plena posesión del reino entero, dejó atrás sus viejas condiciones, tal como una víbora cambia de piel, confirmando así el antiguo proverbio que dice que los grandes honores cambian los modales (pero el párroco recuerda que fue sacristán). Por cuanto yo mismo demandé a Ricardo mi parte del condado de Hereford (el que había sido retenido erróneamente por su hermano el rey Eduardo) y requerí también llevar el cargo de alguacil de Inglaterra, como mis nobles ancestros habían llevado. Él no sólo aplazó mi requerimiento y lo negó de plano sino que además me dirigió palabras tan ásperas y tan llenas de burla que llegué hasta el límite de mi paciencia: como si nunca lo hubiera ayudado y respaldado, como si hubiera entorpecido en alguna manera su accionar.

Mas cuando fui informado de la muerte de los dos pobres inocentes, sus propios sobrinos, contra su fe y juramento, muerte con la que —ante Dios lo afirmo— nunca estuve de acuerdo y de la que jamás condescendí a formar parte, ¡oh, Señor! ¡Cómo latieron mis venas, cómo tembló mi cuerpo, cuánto horror sintió mi corazón! Hasta el punto que aborrecía la visión, y mucho más la compañía de Ricardo, tanto

que ya no quise permanecer en su corte, a menos que fuera abiertamente resarcida mi condición, con lo cual el fin aún no había sido escrito.

Escena tercera

Los príncipes han sido ahogados en la cama por Dighton y Forrest, a instancias de Tyrrel, quien entra y describe el remordimiento de sus agentes. Ricardo, al entrar, conoce de boca de Tyrrel que aquello que había ordenado estaba hecho, y se da la siguiente conversación:

“REY RICARDO —Pero, ¿los has visto muertos?

TYRREL —Los he visto, Milord.

REY RICARDO —¿Y enterrados, amable Tyrrel?

TYRREL —El capellán de la Torre les ha dado sepultura. Ahora, en dónde, a decir verdad, no lo sé”.

Habiendo emprendido la tarea de deshacerse de los príncipes,

[*Hol.* iii. 735/1/45. *More*, 83/23.] James Tyrrel decidió que debían ser asesinados en sus camas. Para la ejecución de lo cual designó a Miles Forrest, uno de los cuatro que los custodiaba, endurecido hacía ya largo tiempo por el crimen.⁷⁰

70 Tyrrel llama a los asesinos “malvados endurecidos, perros sanguinarios”.

A él unió a un tal John Dighton, su propio palafrenero, un grande, ancho, cuadrado, y fuerte bribón.

Así, habiendo removido al resto de los guardias, Forrest y Dighton, cerca de la medianoche —los niños dormían en sus camas—, ingresaron en la cámara y, tomándolos súbitamente por entre los lienzos, para envolverlos y enredarlos, manteniendo con fuerza las almohadas sobre sus bocas, sofocados, ahogados, los príncipes entregaron sus inocentes almas a Dios y a la gloria de los Cielos, dejando sus cuerpecitos sin vida en el lecho. Luego de que los miserables percibieron, primero por el forcejeo con los dolores de la muerte y luego por la inmovilidad total, que estaban completamente muertos, acostaron sus cuerpos desnudos sobre la cama, y buscaron a Tyrrel para que los viera allí. Los vio, e hizo que los asesinos los enterraran al pie de la escalinata, muy profundamente, bajo un gran cúmulo de piedras.

James Tyrrel acudió apresuradamente ante el rey Ricardo y expuso la forma en que había sido llevado a cabo el asesinato. El rey le agradeció fervorosamente y (como cuentan algunos) lo hizo caballero, mas no permitió (así lo he escuchado) entierro en rincón tan humillante, diciendo que les encontraría un lugar de descanso más apropiado, siendo como habían sido hijos de un rey. Después de lo cual, cuentan que un sacerdote de Robert Brakenbury tomó los cuerpos y los colocó en lugar secreto. Cuando el sacerdote murió, llevó el secreto a la tumba, y nunca se supo dónde fueron enterrados los príncipes.

Al quedarse solo, Ricardo refiere lo que ha ocurrido desde el cierre de la escena segunda del acto cuarto. Secretamente se había propuesto (en el final de la escena quinta del acto tercero) “poner a buen recaudo a los chicuelos de Clarence y recomendar que de nin-

guna manera persona alguna tenga jamás acceso hasta el príncipe” (III. v. 107). Más tarde, remarca (escena segunda, acto cuarto): “El chico [Eduardo Plantagenet, conde de Warwick, hijo del duque de Clarence] es idiota, y no le temo” (IV. ii. 56). Finalmente, en la escena tercera del acto cuarto, dice: “He encerrado bien al hijo de Clarence” (l. 36). Eduardo Plantagenet fue ejecutado en noviembre de 1499, por haber formado parte de la conspiración de Perkin Warbeck para escapar de la Torre (*Halle*, 491). Warwick

[*Hol.* iii. 787/2/15. *Halle*, 490.] había sido prisionero en la Torre casi desde sus primeros años, esto es, desde el primer año del rey, hasta este, su quinceavo año, sin compañía alguna, de hombres o de bestias, hasta el punto en que no podía diferenciar un ganso de una liebre.

Un día o dos luego de la batalla de Bosworth, Enrique VII envió...

[*Hol.* iii. 762/1/6. *Halle*, 422.] al caballero Robert Willoughby al señorío de Sheriffehuton, en el condado de York, para encontrar a Eduardo Plantagenet, conde de Warwick, hijo y heredero de Jorge, duque de Clarence, que por entonces contaba quince años. El rey Ricardo lo había mantenido prisionero allí durante el tiempo de su ilegítimo reinado.⁷¹

Algunas horas dramáticas han transcurrido desde la partida de Catesby, ante la orden de Ricardo, “búscame por cualquier medio un hidalgo pobre con quien

71 Ricardo se encontraba en York en septiembre de 1483 (*York Records*, 171-173). Y allí hizo caballero al joven conde de Warwick (*Rows Rol*, 60).

pueda casar inmediatamente a la hija de Clarence” (escena segunda, acto cuarto).

Ambos obstáculos han sido eliminados. El hijo de Clarence se encuentra “encerrado”, su hija casada “de mala manera”. Margarita Plantagenet, condesa de Salisbury, hija de Clarence, tenía alrededor de doce años de edad en el momento de la muerte de Ricardo.⁷² Se unió en matrimonio con Ricardo Pole, Caballero de Cámara del príncipe Arturo.⁷³ El dramaturgo la ha confundido, aparentemente, con su prima hermana. En 1485, el rumor de que Ricardo se casaría con su sobrina llegaba acompañado con la noticia de que pretendía también “casar a lady Cicely, su hermana, con un hombre de linaje y familia desconocidos (*Hol.* iii. 752/2/48. Halle, 409).

Procede Ricardo: “los hijos de Eduardo descansan en el seno de Abrahán, y Ana, mi esposa, ha dado ya las buenas noches a este mundo” (ll. 38, 39). Ricardo fue, como hemos visto, acusado de expandir un rumor falso sobre la muerte de Ana. Habiendo llegado a sus oídos, la dama temía que Ricardo la considerara digna de morir y, de ese modo,

72 Había nacido en agosto de 1473 (*Rows Rol*, 61).

73 “Margarita Plantagenet se unió en matrimonio con el Caballero Ricardo Pole (hijo del Caballero Jeffrey Pole, descendiente de una familia de la antigua nobleza de Gales) quien, habiendo servido valientemente al rey Enrique VII en sus guerras con Escocia y siendo persona experta, fue nombrado Caballero de Cámara del príncipe Arturo y Caballero de la Orden de la Jarretera; después de lo cual, regresando a Gales, le fue comandado gobernar en aquellos lugares (*Sandford*, 441). Como su hijo, Henry Pole, recibió las tierras el 5 de julio de 1513 (*Calendar, Hen. VIII.*, l. 4325), el año del matrimonio de Margarita no pudo haber sido más tardío a 1492.

[*Hol.* iii. 751/1/40. *Halle*, 407.] acaso por pensamientos macabros o pesares del corazón, o quizás debido a un envenenamiento (lo cual, han afirmado, es más probable), pocos días después la reina abandonó su vida transitoria.⁷⁴

Las meditaciones de Ricardo se ven interrumpidas por la entrada de Ratcliff, que anuncia malas noticias: “Morton ha huido a encontrarse con Richmond” (l. 46). Juan Morton, obispo de Ely, aunque se volvió confidente de la conspiración de Buckingham contra Ricardo,

[*Hol.* iii. 741/1/71. *Halle*, 390.] no se arriesgó hasta que la compañía del duque no estuvo ensamblada, cuando, secretamente disfrazado, partió una noche (para disgusto del duque), regresó a Ely, donde encontró dinero y aliados, y navegó hasta Flandes, donde prestó buen servicio al conde de Richmond.⁷⁵

Continúa Ratcliff, diciendo que “Buckingham, sostenido por los atrevidos habitantes de Gales, está en campaña, y sus fuerzas crecen de día a día”. Buckingham se encontraba...

74 El cronista de *Cont. Croyl.* (572) escribe que la muerte de la reina Ana ocurrió hacia mediados de marzo de 1485, *in die magnaee eclipsis solis*. El Reverendo S. J. Johnson, vicario de Melplash, Dorset, escribió así en respuesta a mi interrogación acerca de la fecha exacta del eclipse: “El eclipse al que usted se refiere tuvo lugar el 16 de marzo de 1485. Realizando un cálculo aproximado unos años atrás, encontré que tres cuartos del Sol estarían eclipsados en Londres alrededor de las tres y media de la tarde. En el Mediterráneo podría haberse visto el eclipse total”. Stow (782) señala el 16 de marzo de 1485 como fecha del fallecimiento de Ana.

75 “REY RICARDO —Ely con Richmond me preocupa más que Buckingham y sus turbas improvisadas” (50).

[*Hol.* iii. 743/2/10. *Halle*, 394.] respaldado por una gran cantidad de salvajes y poderosos galeses, a los que (siendo como era hombre de coraje y discurso afilado) había reunido y obligado contra sus voluntades, mediante un altivo y estricto mandato, que nada tenía de gentil. Fue esta la causa de que cobardemente lo abandonaran. El duque, con todo su poderío, marchó a través del bosque de Dean con la intención de cruzar el río Severn, en Gloster, y reunir allí su ejército con los Courtney y otros hombres del oeste afines a su complot. Si lo hubiera hecho, sin duda el rey Ricardo se habría encontrado en grave peligro: por la privación de su reino, por la pérdida de su vida, o por ambos.

Ricardo exclama: “¡Partamos, reuniendo gente!” (l. 56). Busca acción inmediata. La escena se cierra.

La rebelión de Buckingham fue secundada por abundantes sublevaciones en diferentes partes de Inglaterra, pero...

[*Hol.* iii. 743/1/70. *Halle*, 393.] el rey Ricardo (quien había logrado reunir un gran poder de armas), considerando que no resultaría beneficioso dispersar su ejército en pequeñas ramas y perseguir específicamente cada sublevación, determinó (dejando de lado cualquier otra cosa) marchar con todas sus fuerzas contra el duque de Buckingham.

Escena cuarta

El séquito de Ricardo ha sido reunido, y entra marchando con toques de clarín y golpes de tambor. Se encuentra con la duquesa de York y la reina Isabel. Su

madre se retira, dejándole su “más abrumadora maldición”. Ricardo detiene a su cuñada y pide la mano de su sobrina, la princesa Isabel. Declarando su causa, dice (ll. 311, 314): “Dorset, vuestro hijo, que ha ido a ocultar su descontento a tierra extranjera, podrá, merced a esta alianza, volver a sus lares y alcanzar las más elevadas dignidades y la más brillante fortuna”.

Luego de tratar largamente con él, la reina se encuentra de tal forma apaciguada por su razonable discurso que pregunta: “¿Haré someter a mi hija a tu voluntad?”. Se da el siguiente intercambio, antes de la salida de la reina:

“REY RICARDO —¡Os convertiréis por ese medio en madre dichosa!

REINA ISABEL —Iré... Escribidme pronto y conoceréis por mí sus sentimientos.

REY RICARDO —¡Llévadle el beso de mi sincero amor! ¡Y con esto, adiós!”.

Anteriormente, en el memorable día dramático que une las escenas segunda, tercera, cuarta, y quinta del acto cuarto, Ricardo había enviado a Catesby a difundir el rumor sobre la enfermedad moral de la reina Ana. Pronto, en la escena tercera, escuchamos a través de Ricardo la noticia de su muerte. El rey agrega: “Ahora, sabiendo que Richmond el de Bretaña tiene ciertas miras sobre la joven Isabel, hija de mi hermano, y que a favor de este enlace forma proyectos ambiciosos sobre la corona, voy a buscarla y hacerle la corte, como galante y favorecido enamorado”.

En el otoño de 1483, la condesa de Richmond y la reina Isabel se comunicaron a través de la agencia de Lewis, el médico que atendía a la condesa, cuya profesión le brindó un buen pretexto para visitar el santuario en Westminster, donde permanecía aún la reina. Actuando bajo instrucción de la condesa, Lewis expuso a la reina Isabel una propuesta —que fue aceptada— acerca de unir las casas rivales:⁷⁶

[*Hol.* iii. 742/1/1. *Halle*, 391.] “Sabéis muy bien, señora, que de la casa de Lancaster, el conde de Richmond —joven y lozano— soltero es el heredero. De la casa de York, vuestras hijas son las herederas. Si estuvierais de acuerdo y encontrarais la forma de unir en matrimonio a vuestra hija mayor con el joven conde de Richmond, no hay duda de que el usurpador del reino sería prontamente depuesto, y vuestra heredera nuevamente a su derecho restaurada.

El día de Navidad de 1483, Richmond se encontraba en Rennes, donde juró contraer matrimonio con la princesa Isabel luego de su ascensión al trono y recibió vo-

76 El sello real de Ricardo III muestra que se encontraba en Gloster entre el 2 y el 4 de agosto de 1483 (*H. S.*); y allí Buckingham lo abandonó (*More*, 88/11). Desde allí Buckingham se dirigió al castillo de Brecknock, donde custodiaba a Juan Morton, obispo de Ely. (*More*, 87/21-88/15). El resultado del encuentro entre Buckingham y Morton en Brecknock fue que el primero prometió ayudar a Enrique, conde de Richmond, a obtener la corona, si el conde aceptaba contraer matrimonio con Isabel, la hija mayor de Eduardo IV.

Con invitación de Morton, Reginald Bray, uno de los domésticos de Margarita, condesa de Derby y madre de Richmond, llegó a Brecknock desde Lancashire —donde residía la condesa—; y, luego de conferenciar con Buckingham, volvió con la condesa y la informó de la promesa del duque (*Hardyng-Grafton*, 526; *Halle*, 390). Por eso, ella envió al médico Lewis a la reina Dowager, que se encontraba en el santuario de Westminster, instruyéndole que propusiera la alianza matrimonial como si se tratara de una idea suya (*Halle*, 390, 391). Considerando el tiempo de los viajes y negociaciones previas, podemos referirnos con bastante precisión a la acción de Lewis, que tuvo lugar a principios del otoño de 1483. Previo al 12 de octubre de 1483 Buckingham se había rebelado, y Ricardo marchaba en contra de él (*Ellis*, II. i. 159, 160).

tos de fidelidad por parte de los refugiados que habían abrazado su causa (Polyd. Verg. 553/44). A comienzos del año 1483,⁷⁷

[*Hol.* iii. 750/1/27. *Halle*, 406.] el rey Ricardo fue advertido de las promesas que el conde y sus confederados habían realizado juntos en Rennes, y de qué forma, por medio del conde, todos los ingleses se habían distribuido desde Bretaña hasta Francia. Por eso, consternado de dolor y desesperado porque su empresa (detener a Richmond en Bretaña) no había surtido efecto, planeó la forma de vulnerar el propósito del conde. Al casarse con su sobrina, Isabel, el conde no podría reclamar ningún derecho a la corona.

Por lo tanto, Ricardo determinó reconciliar a su favor a la esposa de su hermano, la reina Isabel, con razonables discursos y promesas generosas. Una vez que obtuviera el favor, firmemente creía que la reina dejaría en sus manos la protección de sus hijas y de ella misma también. Por ese medio, el conde de Richmond se vería defraudado y engañado, anulando la afinidad con su sobrina.

Ricardo prefería tomar en matrimonio a su sobrina Isabel⁷⁸ antes de que el reino en su totalidad se viera en la

77 El primer día de marzo de 1484, estando presentes el Alcalde y los concejales de Londres, Ricardo tomó un voto solemne de asegurar la seguridad personal y el bienestar de sus sobrinas en el caso de que ellas, dejando el santuario, se encomendaran a su cuidado (*Ellis*, II. i. 149). Antes de que Ricardo abriera las negociaciones con la reina, que colocó a sus hijas bajo su poder, había considerado la conveniencia (ante la posibilidad de quedar viudo) de contraer matrimonio con la princesa Isabel, anticipándose así a Richmond.

78 Los rumores atribuyeron este propósito a Ricardo. Un tiempo antes de la Pascua de 1485 (que cayó un 3 de abril), en el priorato de San Juan de Jerusalén, Clerkenwell, en presencia del Alcalde y ciudadanos de Londres, el rey repudió absolutamente la proposición de matrimonio con su sobrina (*Cont. Croyl.*, 572). En una carta al Alcalde y concejales de York, con fecha del 5 de abril de 1485, Ricardo se refería a las diversas maneras en que “personas malvadas y sediciosas” sembraban “semillas de desorden contra un hombre”; y agregaba: “para remedio de lo cual, y en virtud de retener la fidelidad abiertamente declarada que reprimirá tan falsas y artificiales invenciones,

ruina por falta de afinidad; si cayera alguna vez de su estado y su dignidad se viera rebajada, prontamente el reino afrontaría también una calamidad. De esta forma, envió a la reina (que se encontraba en el santuario) diversos y asiduos mensajeros, quienes primeramente debían excusarlo de todo aquello que Ricardo había intentado en otro tiempo, y luego prometer beneficios tan inmensos, no sólo para la reina sino también para su hijo Tomás, marqués de Dorset, que la elevarían hasta el Paraíso.

Los mensajeros, hombres de ingenio y gravedad, persuadieron a la reina con grandes razones y con hermosas y extensas promesas. Tanto, que ella comenzó a ceder, y finalmente prestó oídos a sus palabras. Hasta el punto que juró fielmente someterse a la voluntad del rey.

Luego, la reina envió cartas a su hijo, el marqués, que se encontraba entonces en París con el conde de Richmond, urgiéndolo a abandonar al conde y regresar de inmediato a Inglaterra, donde le serían prestados grandes honores y promociones diversas, asegurándole que toda pasada ofensa había sido olvidada y perdonada, y que tanto ella como él habían sido incorporados al corazón del rey Ricardo.

Luego de la muerte de Ana, en marzo de 1485, el rey...

[*Hol.* iii. 751/1/49. *Halle*, 407.], flojos ya los lazos matrimoniales, comenzó a demostrar desatinadas intenciones hacia su sobrina, la princesa Isabel, haciendo claro su deseo de unirse con ella en matrimonio.

llamamos ante nosotros al Alcalde y a los regidores de nuestra ciudad de Londres, junto con las personas más discretas, en gran número, estando presentes también muchos de los caballeros de nuestra tierra, a quienes mostramos nuestra verdadera intención en tales asuntos, como el mencionado desorden, de forma que estas bien dispuestas autoridades se encontraron conformes con ello" (*York Records*, 209).

La salida de la reina Isabel es seguida por la entrada de Ratcliff, con el anuncio de que “sobre la costa oeste avanza una flota formidable. Se cree que Richmond es el almirante de ella, y que se mantiene al ancla, en espera de que Buckingham les preste ayuda viniendo de la orilla” (ll. 433, 439). Ricardo da a Catesby un mensaje para el duque de Norfolk: “Dile que reúna inmediatamente todas las fuerzas de que disponga y me las envíe a toda prisa a Salisbury”.

Desde Londres, Ricardo...

[*Hol.* iii. 743/2/5. *Halle*, 394.] comienza su viaje hacia Salisbury, con la intención de atacar a su paso el ejército del duque de Buckingham, si acaso lo encontrara acampando en lugar cercano, o con una orden de batalla de antemano organizada.

Mientras Ratcliff habla, el tiempo histórico no ha avanzado más allá de octubre de 1483, pero debemos sospechar que el mensaje que se le encarga a Catesby podría ser fechado en agosto de 1485; al enterarse del arribo de Richmond, Ricardo

[*Hol.* iii. 754/1/53. *Halle*, 412.] mandó por Juan, duque de Norfolk, Enrique, conde de Northumberland, Tomás, conde de Surrey, y otros de sus leales amigos de la nobleza a los que juzgaba preferirían más el honor y la riqueza del rey que sus propias comodidades; los instó a reunir a todos sus sirvientes e inquilinos, y elegir entonces a los más valientes entre ellos, reparando la presencia con prontitud y diligencia.

Las noticias de Ratcliff son confirmadas por Stanley, que finge saber por mera conjetura que Richmond “se ha hecho a la mar rumbo a Inglaterra para reclamar la corona” (l. 469). La rebelión de Buckingham y sus aliados comenzó el 18 de octubre de 1483⁷⁹. Contaban con el apoyo de Richmond, que había...

[*Hol.* iii. 744/2/48. *Halle*, 395.] preparado un ejército de cinco mil bretones y cuarenta naves equipadas de la mejor forma. Cuando todo estuvo listo, y el día de partida determinado, que era el doceavo de octubre [de 1483], el ejército todo subió a los barcos, alzó las velas y, con un próspero viento, se lanzó al mar.

Ricardo reprocha a Stanley un deseo de unirse a Richmond (ll. 476, 478). Stanley pide permiso para partir y reunir hombres al servicio del rey (ll. 488, 490). Ricardo da su consentimiento, con una condición: “Id, pues, y reunid vuestros hombres. Pero dejadme en rehenes a vuestro hijo Jorge Stanley. ¡Mirad que me seáis fiel, o, de lo contrario, la cabeza de vuestro hijo no estará segura!” (ll. 496, 498). Holinshed copió de Halle (408) un pasaje en el que descubrimos que, entre aquellos de los que Ricardo

[*Hol.* iii. 751/2/5.] más desconfiaba, estos eran los principales: Tomás Stanley y su hermano, Guillermo Stanley, Gilbert Talbot y seiscientos otros: aunque el rey ignoraba sus propósitos, no les daba ningún crédito. Y menos aun a Stanley, pues se había unido en matrimonio con Margarita,

79 Esta es la fecha brindada en la condena de Buckingham y sus confederados (*Rot. Parl.*, vi. 245/l). Pero Norfolk, escribiendo desde Londres el 10 de octubre de 1483, cuenta a John Paston que “los hombres de Kentish se han alzado, y amenazan con asaltar la ciudad, por lo que pienso abandonarla si puedo” (*Paston*, iii. 308).

madre del conde de Richmond. Pues cuando el dicho Stanley quiso partir para visitar a su familia, y para refrescar los espíritus (como alegó abiertamente, pero lo cierto es que deseaba partir para recibir al conde de Richmond en su primer arribo a Inglaterra), el rey de ninguna manera quiso que partiera, a menos que dejara como rehén de la corte a su hijo Jorge, su primogénito y heredero.

Cuando sale Stanley, sucesivamente entran cuatro mensajeros con noticias de la rebelión. El primero anuncia (ll. 500, 504) un alzamiento en Devonshire, encabezado por “sir Eduardo Courtney y el altivo prelado, obispo de Exeter, su hermano mayor”. Los Guildfords, anuncia un segundo mensajero (ll. 505, 507), se han levantado en armas en Kent. Un cuarto mensajero trae noticias de otro estallido: “Sir Tomás Lovel y el marqués de Dorset se han levantado en armas en el Yorkshire, según se dice, señor”. La rebelión estaba bien concertada, pues Buckingham había

[*Hol.* iii. 743/1/56. *Halle*, 393.] persuadido a todos sus cómplices y partícipes de que todo hombre debía, con toda diligencia, levantarse en armas y crear una conmoción a su alrededor. Y así, casi enseguida, el marqués de Dorset salió del santuario (donde había permanecido desde los comienzos del reinado de Ricardo) y reunió a una gran cantidad de hombres en Yorkshire.

Eduardo Courtney y Pedro, su hermano, obispo de Exeter, alzaron otro ejército en Devonshire y en Cornualles. En Kent, Ricardo Gilford y otros caballeros juntaron una gran compañía de soldados y abiertamente comenzaron la guerra.

Las noticias de un tercer mensajero se tratan de que “una violenta tempestad y desbordamientos e inundaciones han dispersado y puesto en desorden el ejército de Buckingham, y que él anda errante y solo sin que nadie sepa dónde está”. Buckingham estaba decidido a cruzar el río Severn, y efectuar una unión con sus aliados en el oeste, pero antes

[*Hol.* iii. 743/2/25. *Halle*, 394.] de que pudiera cruzar el Severn, por fuerza de lluvias continuas y humedad, el río creció de tal forma que inundó toda tierra cercana; tanto que los hombres se ahogaron en sus camas, las casas fueron derrumbadas, los niños nadaron por los campos en sus cunas, y las bestias murieron en las colinas. Dicha furia del agua duró diez días, tal es así que los habitantes de aquellas tierras al día de hoy la llaman “La gran inundación” o también “La gran inundación del duque de Buckingham”. Por ella se cerraron los pasos, de forma que ni el duque pudo cruzar para reunirse con sus adherentes ni ellos para reunirse con él. En este tiempo, los galeses, que esperaban de brazos cruzados, sin dinero o víveres, súbitamente se dispersaron y abandonaron el lugar. El duque (habiendo sido dejado casi solo) se veía en la necesidad de huir. Así, cuando sus adherentes (que estaban prontos a dar batalla) se enteraron de que su anfitrión había huido y no podía ser encontrado, se maravillaron y asustaron en grado sumo, tal es así que la mayoría de los hombres, desesperados, huyeron también.

Ricardo pregunta: “¿Se le ha ocurrido a algún amigo previsor anunciar una recompensa para el que entregue al traidor?”. A lo que el mensajero responde que dicha recompensa ya se ha anunciado.

Desde Leicester, el 23 de octubre de 1483, Ricardo

[*Hol.* iii. 744/1/21. *Halle*, 394.] realizó una proclama, en relación a aquella persona que pudiera revelar el paradero del duque de Buckingham, que sería recompensada con creces: si quien brindara esa información fuera un esclavo, quedaría inmediatamente libre; si fuera libre, se le entregaría una cantidad igual a mil libras.

El dudoso reporte del cuarto mensajero sobre el levantamiento de Dorset es contrastado con mejores y ciertas noticias: “Ha sido dispersada por una tempestad la flota de Bretaña. En el Yorkshire, Richmond ha destacado una chalupa a la orilla para preguntar a los que estaban sobre la costa si eran o no de su partida, quienes le contestaron que venían a apoyarle de parte de Buckingham. Él, desconfiando de ellos, izó sus velas y reanudó su crucero hacia Bretaña”.

El 12 de octubre de 1483, Richmond se lanza al mar con un próspero viento:

[*Hol.* iii. 744/2/55. *Halle*, 396.] Pero, al anochecer, el viento empezó a cambiar, y se levantó de pronto una enorme y terrible tempestad, cuyo poder alcanzó para dispersar los barcos: algunos arrojados hacia Normandía, otros de vuelta hacia Bretaña. La nave en la que se encontraba el conde de Richmond, al igual que otra, dio vueltas durante toda la noche.

La mañana siguiente, cuando la furia de la tempestad y de los vientos se había aplacado, el conde se acercó a la porción sur del reino de Inglaterra, al puerto de Pole, en el condado de Dorset, desde donde pudo observar las costas llenas de soldados, establecidos allí para defender su desembarco.

Por eso dio una estricta orden: que ningún hombre pisara la tierra hasta que la flota entera volviera a ensamblarse. Y, mientras aguardaban, el conde envió un bote hacia la costa, para saber si aquellos soldados tan bien equipados eran sus enemigos o sus aliados.

Aquellos que fueron enviados de inmediato debieron descender, por deseo de los hombres que custodiaban las costas. Éstos afirmaron que se encontraban allí por nombramiento del duque de Buckingham, para aguardar el arribo del conde de Richmond y conducirlo sin peligro al lugar en donde, no muy lejos, el duque acampaba con un poderoso ejército. El objetivo consistía en que el duque y el conde reunieran sus fuerzas para destituir al rey Ricardo y así finalizar la tarea que habían comenzado previamente.

El conde de Richmond, sospechando que la lisonjera solicitud podría ser un fraude (como ciertamente era), luego de percibir que ninguna de sus naves aparecía, levó las anclas y, con próspero viento, un fresco vendaval enviado por Dios para ayudarlo en semejante peligro, arribó a salvo al ducado de Normandía. Allí, para consuelo de su gente, permaneció tres días, y determinó luego, con parte de su compañía, volver por tierra a Bretaña.

Catesby, a quien Ricardo había despachado para que convocara al duque de Norfolk a Salisbury, vuelve a entrar con las últimas noticias: “¡Mi soberano, el duque de Buckingham ha sido hecho prisionero! Esta es la mejor noticia. La que el conde de Richmond ha desembarcado en Milford con fuerzas imponentes es fresca, pero no debe ocultarse”. Aquí, Shakespeare anula el tiempo histórico que medió entre la desafortunada rebelión de Buckingham y la victoriosa empresa de Richmond. Buckingham fue capturado en octubre de 1483. Richmond,

[*Hol.* iii. 753/1/23. *Halle*, 410.] acompañado solamente por dos mil hombres y un reducido número de barcos, levó las anclas y orientó las velas en el mes de agosto [de 1485], y navegó desde Harfleet con viento tan próspero que, siete días después de su partida,⁸⁰ arribó a Gales por la noche, a un llamado Puerto de Milford, donde pisó tierra.

Escena quinta

Stanley ingresa con Cristóbal Urswick, a quien dice (ll. 1-5): “Sir Cristóbal, decid a Richmond, de parte mía, que mi hijo Jorge Stanley está encerrado en la pocilga de ese jabalí sanguinario. Si me rebelo, la cabeza de mi joven Jorge va a caer. El temor a esto es lo que me impide prestarle mi apoyo”.

En agosto de 1485, Richmond permaneció una temporada en Lichfield.

[*Hol.* iii. 753/2/73. *Halle*, 411.] Stanley, teniendo en su bando casi cinco mil hombres, se hospedaba en el mismo pueblo. Pero, al escuchar que el conde de Richmond marchaba hacia ese lado, decidió darle lugar, y partió hacia un pueblo llamado Aderstone. Este astuto zorro obró así para evitar toda sospecha por parte del rey Ricardo.

Pues Stanley temía que, si demostraba ser un factor de ayuda para el conde, su yerno, antes del día de la batalla, el rey Ricardo (quien aún no desconfiaba totalmente de

80 *Polyd. Verg.* menciona (559/45) que Richmond navegó desde la desembocadura del Sena el 1 de agosto (“*Calend. Augusti*”) y arribó al Puerto de Milford siete días después, al atardecer. De acuerdo con *Cont. Croyl.* (573), el 1 de agosto fue la fecha del arribo al Puerto. *Rous* (218) ofrece el 6 de agosto como la fecha de la llegada de Richmond a Milford.

él) daría muerte cruel a su hijo y heredero, Jorge Stanley, a quien el rey (como quedó escrito anteriormente) había tomado como rehén, con el propósito de que su padre no intentara nada en su contra.

Hasta el día previo a la batalla de Bosworth, Richmond

[*Hol.* iii. 754/2/54. *Halle*, 413.] no pudo estar seguro sobre su suegro, Stanley, quien, por miedo a lo que pudiera ocurrirle a su hijo, no se inclinaba hacia ninguna de las partes. Pues, si hubiera asistido al conde, y el rey fuera notificado, su hijo sería ejecutado de inmediato.

Stanley pregunta también (l. 6): “Pero dime, ¿dónde está ahora el noble Richmond?”. Se da el siguiente intercambio:

“CRISTÓBAL —En Pembroke o en Harfordwest, en el país de Gales.

STANLEY —¿Qué personajes de renombre cooperan con él?

CRISTÓBAL —Sir Gualterio Herbert, un guerrero de nota; sir Gilberto Talbot, sir Guillermo Stanley Oxford, el temible Pembroke, sir Jaime Blunt y Rice de Thomas, con una valiente escolta y muchos otros de gran renombre y distinción. Y hacia Londres dirigen sus legiones, si antes no les presentan batalla en su camino”.

Los condes de Oxford y Pembroke navegaron con Richmond desde Normandía. El día siguiente al arribo al Puerto de Milford, Richmond, “a la salida del sol, se

retiró a Hereford” (Hol. iii. 753/1/33. Halle, 410). Una vez allí, recibió

[Hol. iii. 753/1/44. Halle, 410.] un mensaje de los habitantes del pueblo de Pembroke, que se encontraban listos para servir y dar su asistencia a su señor Jasper, conde de Pembroke.

Avanzando aún más, Richmond

[Hol. iii. 753/2/10. Halle, 411.] fue notificado por sus espías que sir Gualterio Herbert y Rice de Thomas se encontraban delante de él, listos para enfrentar a su ejército e impedir su paso. Por ello, como valiente capitán, determinó primero atacarlos y destruirlos o tomarlos prisioneros y luego, con todo su poder, dar batalla a su mortal enemigo, el rey Ricardo. Pero, con el propósito de mostrar a sus aliados cuán preparado se hallaba y de qué forma iba a proceder, envió a sus sirvientes más leales con cartas e instrucciones a su madre, lady Margarita, a lord Stanley y su hermano [Guillermo Stanley], a Gilberto Talbot, y a otros de sus fieles amigos. Les declaraba que, ayudado por sus aliados, pretendía atravesar el Severn y así pasar directamente a la ciudad de Londres.

Con ello, les requería que lo encontraran en el camino con toda diligente preparación. Pretendía discutir con ellos, en profundidad, su intrincada y costosa empresa. Cuando los mensajeros fueron despachados con estos recados, Richmond marchó hacia Shrewsbury. A su paso, encontró a Rice de Thomas con una excelente compañía de galeses, la cual, realizando un solemne juramento, se sometió de forma total a las órdenes del conde.

Al final del día en que Richmond acampó cerca de Newport,

[Hol. iii. 753/2/59. Halle, 411.] llegó hasta él sir Gilberto Talbot, con el poder de dos mil jóvenes habitantes de Shrewsbury. Así, con su armada en número creciente, llegó al pueblo de Stafford, y allí permaneció.

Luego llegó también sir Guillermo Stanley, acompañado por algunas personas.

En 1484,⁸¹

[Hol. iii. 749/1/17. Halle, 405.] John Vere, conde de Oxford, quien, por orden del rey Eduardo, había sido mantenido en prisión en el castillo de Hammes, persuadió a Jaime Blunt, capitán de esa misma fortaleza, y a sir John Fortescue, conserje del pueblo de Calis, no sólo que había sido licenciado y puesto en libertad, sino que además los convenció de abandonar sus cargos, unirse a él, y marcharse a Francia para encontrar al conde de Richmond y tomar su parte.

La fecha histórica de esta escena debería ser agosto de 1485, pero Stanley da a Urswick un mensaje relacionado con un asunto que había ocurrido en 1483: “¡Así, procura marcharte! Encomiéndame a tu señor. Al propio tiempo, dile que la reina consiente gustosa en darle en matrimonio a su hija Isabel”.

Cuando el matrimonio entre Richmond y la princesa Isabel había sido arreglado,

81 Oxford probablemente se reunió con Richmond en octubre de 1484. Conocemos por los registros del Concilio de Carlos VIII, llevado a cabo en Montargis, que Richmond había dejado Gran Bretaña antes del 11 de octubre de 1484 (*Séances du Conseil de Charles VIII*, 128). El Concilio permaneció en Montargis hasta el 25 de octubre de 1484 (*Ibid.*, 142). De acuerdo con *Polyd. Verg.* (556/13), Richmond, luego de escapar de Bretaña, se dirigió a Angers y finalmente a Montargis, donde Oxford, Blunt, y Fortescue lo encontraron.

[*Hol.* iii. 742/1/58. *Halle*, 392.] la condesa de Richmond tomó a su servicio a Cristóbal Urswick, un sabio y honesto sacerdote, y (luego de que él jurara guardar el secreto) le confesó todas sus preocupaciones, pidiéndole para ella toda la confidencia que él había proferido al rey Enrique VI. La condesa, preocupada por la prosperidad de su hijo, determinó que Cristóbal Urswick navegara a Bretaña para encontrar al conde de Richmond y revelarles todos los pactos y acuerdos que ella misma y la reina habían aprobado conjuntamente.

Acto Quinto

Escena primera

Sobre el final de la escena cuarta del acto cuarto, Ricardo enviaba a Salisbury para buscar a Buckingham y llevarlo ante su presencia. Buckingham, ahora, entra, camino a su ejecución. Pregunta al sheriff (l. 1): “¿No permitirá el rey Ricardo que hable con él?”. A lo que aquél responde: “¡No, buen milord! ¡Resignaos, por tanto!”. Seguro, por una respuesta brindada, que se encuentran en el día de Todas las Ánimas, el duque exclama: “¡Pues, entonces, el día de Todas las Ánimas es el día del juicio de mi cuerpo!”.

Buckingham,

[*Hol.* iii. 744/2/13. *Halle*, 395.] en el día de Todas las Ánimas, sin acusación o juicio algunos, se encontraba en

Salisbury, en la plaza del mercado, sobre un cadalso. Pronto es decapitado y muere.

Escena segunda

Entran Ricardo y sus aliados. Uno de los escenarios de su marcha había sido “el pueblo de Tamworth” (*Hol.* iii. 754/2/32. *Halle*, 413), y la escena segunda tiene lugar en ese mismo lugar, o cerca. Blunt desprecia la fuerza de Ricardo (ll. 20-21): “No tiene más amigos que los que lo son por miedo, que cuando más los necesite lo abandonarán”. Holinshed copió la mención de Halle (413) sobre algunos hombres que se unieron a Richmond en la marcha entre Lichfield y Tamworth, pero alteró el sentido del pasaje siguiente. Cito este último pasaje como aparece en Holinshed:

[*Hol.* iii. 754/2/42. *Halle*, 413.] Diversos nobles personajes, quienes interiormente odiaban al rey Ricardo más que a una serpiente, de todas formas recurrieron a él con todo su poder y fuerza, deseando su destrucción. Los cuales, de otra forma, habrían sido el instrumento de su perdición.

El día de la batalla,

[*Hol.* iii. 757/1/26. *Halle*, 416.] se encontraban presentes hombres que, más por terror que por amor, alababan abiertamente al rey, pero por dentro lo detestaban. Juraban por fuera unirse a aquellos cuya muerte imaginaban y deseaban secretamente. Otros prometían invadir a los enemigos del rey, y luego huían y combatían con fiereza contra aquél.

Escena tercera

Ricardo entra con sus partisanos y dice: “¡Que levanten aquí nuestra tienda, en este campo de Bosworth!”.

El 21 de agosto de 1485,

[*Hol.* iii. 755/1/36. *Halle*, 413.] el rey Ricardo, quien se encontraba determinado a finalizar su última labor por justicia y providencia divinas (las que lo impulsaban también a castigar a los malvados desertores), se dirigió a una villa denominada Bosworth, no lejos de Leicester: allí acampó, en una colina llamada Anne Beame. Hizo descansar a sus soldados, y descansó él mismo.

Norfolk está entre aquellos que lo acompañan. Ricardo pregunta (l. 9): “¿Quién ha contado el número de los traidores?”. Se da el siguiente intercambio:

“NORFOLK —A seis o siete mil hombres ascienden sus fuerzas.

RICARDO — Y qué! ¡Nuestro ejército es tres veces mayor! (...)”

Cuando ambos ejércitos se alzaron para pelear, el ejército de Richmond

[*Hol.* iii. 755/2/57. *Halle*, 414.] se componía de un número de hombres no mayor a cinco mil, además del ejército de los Stanley, bajo cuyo estandarte se agrupaban tres mil hombres en el campo de batalla. El número de hombres del rey multiplicaba más de dos veces esta cantidad.

Ricardo regresa luego de inspeccionar las ventajas del campo y ocupa sus cuarteles en la tienda real. Da algunas órdenes, entre ellas la de ensillar su “blanco Surrey para la batalla” del día siguiente.

El 19 de agosto de 1485,⁸²

[*Hol.* iii. 754/2/20. *Halle*, 412.] el rey (acompañado por su guardia) con el ceño fruncido y un gesto cruel en el rostro, montó un gran corcel blanco y entró en Leicester antes del atardecer.

Ricardo inquiera luego a Ratcliff (l. 68): “¿Has visto al melancólico lord Northumberland?”. Ratcliff responde: “¡Tomás, el conde de Surrey, y él, iban, a la hora de acostarse las gallinas, de pelotón en pelotón recorriendo el ejército y animando a los soldados!”

Malone citó el pasaje, aclarando que “Ricardo llama melancólico a Northumberland pues no había apoyado la causa del rey con todo el corazón” (Var. Sh., xix. 213).

82 Luego de la llegada de Richmond a Lichfield, Ricardo dejó Nottingham y se dirigió a Leicester (*Polyd. Verg.*, 561/11-39). El rey propuso abandonar Nottingham el 16 de agosto (*Paston*, iii. 320), pero un mensajero, que se encontraba en York el 19 de agosto, encontró a Ricardo en Bestwood (*York Records*, 216). Bestwood se encuentra 4 millas al norte de Nottingham (*Bartholomew*). Este mensajero debe haber viajado tan rápidamente como para encontrarse en el campo de Bosworth el 22 de agosto y, al día siguiente, llevar noticias de la batalla de York (*York Records*, 218). Tal proeza fue superada por Bernardo Calvert, quien, el 17 de julio de 1619, cabalgó —con relevo de caballos— 140 millas en 9 horas (*Annales de Stow*, ed. 1631, p. 1032, col. 2). Durante el reinado de Ricardo, los mensajeros podían, en dos días, cabalgar 200 millas (*Cont. Croyl.*, 571). La distancia entre Nottingham y Leicester es de 22 millas en línea recta. Ricardo, como hemos visto, partió de Leicester el 21 de agosto.

Entre aquellos que se rindieron a Richmond luego de la batalla

[*Hol.* iii. 759/2/43. *Halle*, 419.] se encontraba Enrique, el cuarto conde de Northumberland, quien (ya sea por orden del rey Ricardo o por el amor que profesaba al conde) permaneció inmóvil con una gran compañía, sin tomar parte en la batalla.

Ya es noche oscura (l. 80). Richmond se encuentra en su tienda, que ha sido colocada al otro lado del campo. Es visitado en secreto por Stanley, que promete ayudar “en el dudoso choque de los armas”, tanto cuanto sea posible sin poner en peligro la cabeza de Jorge (ll. 90-96). Stanley dice luego: “¡Adiós! ¡El tiempo y el peligro cortan las ceremoniosas expresiones de amor y el amplio intercambio de las dulces frases, tan gratas, entre amigos largo tiempo separados!” (97-100). Sale con los lores que deben conducirlo al cuartel. Richmond, solo, reza y se duerme.

El 20 de agosto de 1485, Richmond se dirigió a...

[*Hol.* iii. 755/1/17. *Halle*, 413.] el pueblo de Aderston, donde Stanley y su hermano Guillermo permanecían con sus bandos. Allí el conde se acercó a su suegro y saludó también a sir Guillermo, y luego de amables salutations, cada uno se regocijó con el estado del otro, deseándose afortunado suceso en cada una de sus respectivas empresas. Más tarde se consultaron de qué forma dar batalla al rey Ricardo, quien no se encontraba lejos de allí, con un importante rehén.

[*Hol.* iii. 755/2/22. *Halle*, 414.] Luego de este encuentro con sus amigos, el conde de Richmond se encontró con mejor

ánimo y mayor coraje, y con toda diligencia acampó muy cerca del territorio de sus enemigos, y allí permaneció esa noche.

Ricardo y Richmond duermen, cada uno en su tienda. Sus sueños traen ante ellos los espectros del príncipe Eduardo, de Enrique VI, de Clarence, Rivers, Grey y Vaughan, y también los de los dos jóvenes príncipes, de la reina Ana y de Buckingham. Mientras prometen la victoria a Richmond, los espectros piden por la desesperación de su asesino, Ricardo. Cuando Buckingham se desvanece, el rey Ricardo sale de su sueño (l. 176).

Ricardo acampó cerca de la villa de Bosworth el 21 de agosto de 1485.

[*Hol.* iii. 755/1/45. *Halle*, 414.] Se decía que había tenido esa misma noche un sueño terrible, que había visto diversas imágenes, como temibles demonios, que lo arrastraban de un lugar hacia otro, y que no había podido lograr ningún tipo de descanso. Esta extraña visión llenó su corazón de un súbito miedo y ocupó su mente con fantasías espantosas. Así las cosas, su ánimo parecía predecir la insegura suerte que correría en la batalla por venir. No contaba con la astucia mental a la que estaba acostumbrado. Y para que no supusieran que lo atormentaba el miedo a sus enemigos, relató a sus amigos, en la mañana, la maravillosa visión, el temido sueño.

La noche ha transcurrido. Los lores entran a la tienda de Richmond (l. 222). Éste pregunta (l. 234): “¿Qué hora será de la madrugada, lores?”. Responden: “Sobre las cuatro”. Richmond, entonces, avanzando hacia las

tropas, exclama: “Pues, entonces, a armarse y tomar la dirección”.

El procedimiento de Richmond, previo a la batalla, es así descripto:

[*Hol.* iii. 755/2/27. *Halle*, 414.] Al alba, hizo que sus hombres se colocaran las armaduras y se prepararan para combatir.

Sigue la oración de Richmond a sus soldados (ll. 237-270): “Dios y la justicia de nuestra causa combaten a nuestro lado (...) Excepto Ricardo, aquellos contra quienes vamos a combatir desean nuestra victoria más que la de aquel a quien acompañan. Porque, ¿quién los conduce? Sinceramente, señores, un sanguinario tirano y un homicida, que, elevado por la sangre, por la sangre ha de sostenerse; pues no ha reparado en medios para conseguir sus fines y fue asesino de los mismos por cuyos medios se elevó (...) ¡Si os cuesta sudores derribar al tirano, muerto el tirano dormiréis en paz! ¡Si combatís contra los enemigos de vuestra patria, la prosperidad de vuestra patria será el salario de vuestros esfuerzos! (...) ¡Así, en nombre de Dios y de todos sus derechos, desplegad vuestros estandartes y desenvainad valerosamente vuestras espadas! Por lo que a mí respecta, el tributo de mi atrevida empresa será mi frío cadáver sobre la fría cara de la tierra (...) ¡Dios y San Jorge! ¡Richmond y victoria!”.

En comparación con ésta, brindo a continuación extractos de la “Oración del rey Enrique VII a su Ejército”:

[*Hol.* iii. 757/2/14. *Halle*, 416.] No tengo duda de que Dios preferirá ayudarnos y combatir a nuestro lado que vernos vencidos y derrocados, si nosotros mismos combatimos en su nombre y por sus derechos.

Nuestra causa es tan justa, que ninguna empresa podría ser de virtud mayor, por las leyes tanto divinas como humanas. Pues, ¿qué puede ser más honesto y excelente que luchar contra un capitán homicida y asesino de su propia sangre y progenie, un destructor de la nobleza y, para su país y los pobres súbditos del mismo, un mazo mortal, una marca de fuego, una carga intolerable?

[*Hol.* iii. 757/2/49. *Halle*, 417.] Más allá de esto, os lo aseguro, a la gran batalla los hombres fueron arrastrados por miedo más que por amor. Los soldados, llevados a la fuerza, y no reunidos por buena voluntad. Son, en fin, personas que desean la destrucción, no la salvación, de su jefe y capitán.

[*Hol.* iii. 758/1/7. *Halle*, 417.] ¿Qué misericordia puede encontrarse en un hombre que asesinó a sus amigos más fieles de la misma forma que a sus peores enemigos?

[*Hol.* iii. 758/1/59. *Halle*, 417.] Por tanto, perseguid la victoria, y sudad por vuestros derechos. Mientras estuvimos en Bretaña, pocos bienes poseímos. Ahora es el momento de ir en busca de grandes riquezas, recompensa por vuestros servicios y mérito de vuestros sacrificios.

[*Hol.* iii. 758/2/50. *Halle*, 418.] Y os aseguro una cosa, que se trata de una causa tan justa y buena, de pelea tan notable, que mi tributo sería más bien una muerte sobre la fría tierra antes que verme prisionero, caído sobre la alfombra del cuarto de alguna dama.

[*Hol.* iii. 758/2/50. *Halle*, 418.] ¡Y así, en nombre de Dios y de San Jorge, que cada uno de vosotros avance, con coraje, llevando en alto el estandarte!

En el campo opuesto, Norfolk ingresa exclamando (l. 288): “¡A las armas, a las armas, milord! ¡El enemigo cubre la llanura!”. Ricardo declara de qué forma las tropas reales deben ser ordenadas (ll 291-300). “Conduciré a mis soldados a la llanura y ordenaré de este modo el plan de batalla: mi vanguardia se desplegará sobre toda la línea, componiéndose, en número igual, de infantes y jinetes. Nuestros arqueros se colocarán en el centro. Juan, duque de Norfolk, y Tomás, conde de Surrey, tomarán el mando de la infantería y la caballería. En tal disposición, los seguiremos nosotros con el grueso del ejército, cuyo apoyo en ambas alas se reforzará con lo más escogido de nuestros caballeros”.

El 22 de agosto de 1485,

[*Hol.* iii. 755/2/7. *Halle*, 414.] el rey Ricardo, acompañado por hombres y equipado con todos los suministros de guerra necesarios, dio la orden de abandonar el campamento y dirigirse a la llanura, ordenando su vanguardia sobre toda la línea, en la que dispuso jinetes e infantes, con el objetivo de imprimir, en los corazones de aquellos enemigos que se encontraban más lejos, un miedo extremo, a causa de la gran multitud de soldados armados. En el frente delantero, colocó a los arqueros, como una fuerte y fortificada trinchera. Al mando se encontraban Juan, duque de Norfolk, y Tomás, conde de Surrey, su hijo. Luego de esta larga vanguardia, se encontraba el mismo rey Ricardo con una compañía de elegidos hombres de guerra, cuyo apoyo en ambas alas se encontraba reforzado con multitud de caballeros.

Norfolk muestra un papel al rey, diciendo (l. 303): “Esta mañana he encontrado esto en mi tienda”. El pa-

pel contiene los siguientes versos: “Juanillo Norfolk, no seas tan audaz, pues Ricardete, tu amo, está traicionado y vendido” (ll. 304-305).

Holinshed copió de Halle (419) una historia acerca de que a Norfolk

[*Hol.* iii. 759/2/3.] le fue advertido que se retirara del campo, hasta el punto que, la noche anterior a su encuentro con el rey, encontró en su puerta un papel que alguien había dejado con una copla escrita: “Juanillo Norfolk, no seas tan audaz, pues Ricardete, tu amo, está traicionado y vendido”. A pesar de todo esto, a Norfolk le importaba más su honor y la promesa dada al rey Ricardo, como caballero que era y fiel súbdito de su príncipe. Así como lealmente había vivido bajo su reino, valientemente murió a su lado, para fama y elogio de su persona.

Pronto, la oración de Ricardo a su ejército es pronunciada. De este discurso (ll. 314-341), doy algunos fragmentos: “¡Recordad a quiénes vais a hacer frente! ¡Un racimo de vagabundos, bribones y desterrados, la hez de Bretaña, y el bajo paisanaje inmundo (...)! ¡Poseáis tierras y viváis felices con bellas esposas! ¡Quieren arrebatáros las unas y deshorrar a las otras! Y, ¿quién es el que los conduce sino un mozo despreciable, nutrido largo tiempo en Bretaña, a costa de nuestra madre? ¡Una sopa de leche (...)! ¡Si hemos de ser vencidos, que sea por hombres, y no por esos bastardos bretones, a quienes nuestros padres batieron, zurraron y humillaron en su propio país; y, como es hecho notorio, les hicieron los herederos de la vergüenza!”

La “Oración del rey Ricardo III a los Jefes de su Ejército” contiene los siguientes pasajes, que deben ser comparados con las líneas citadas arriba:

[*Hol.* iii. 756/1/60. *Halle*, 415.] Así veis cómo una compañía de traidores, ladrones y desterrados de nuestra propia nación son partícipes de su empresa [se refiere a Richmond], listos a agobiar.

Veis también el número de míseros bretones y pusilánimes franceses que se unieron a él para deshonar a nuestras esposas y asesinar a nuestros niños.

[*Hol.* iii. 756/2/17. *Halle*, 415.] Y para comenzar con el conde de Richmond, capitán de esta revuelta, es una sopa de leche galesa, un hombre de poco coraje y nula experiencia en las artes de la guerra; nutrido largo tiempo a costa de nuestra madre, en la corte de Francisco, duque de Bretaña.

[*Hol.* iii. 756/2/43. *Halle*, 415.] Y en cuanto a los franceses y bretones, su valor es tal que nuestros nobles progenitores, y vuestros aguerridos padres, los batieron y humillaron en un mes, algo que al principio habían imaginado lograr en un año.

Casi inmediatamente después de la última entrada de Norfolk, Ricardo manda por Stanley y su tropa (l. 290). El rey tiene el siguiente intercambio con un mensajero (l. 341-345):

“REY RICARDO —¿Qué dice lord Stanley?”

MENSAJERO —¡Milord, se niega a venir!

REY RICARDO —¡Fuera con la cabeza de su hijo Jorge!

MENSAJERO —¡Milord, el enemigo ha atravesado el pantano! ¡Esperad a después de la batalla para que pueda morir Jorge Stanley!”.

[*Hol.* iii. 760/1/59. *Halle*, 420.] Cuando el rey Ricardo arribó a Bosworth, envió a un mensajero a buscar a lord Stanley, instándolo a avanzar con su tropa y presentarse ante él; cosa que, si se negaba hacer, atentaría contra la vida de su hijo. Lord Stanley contestó al mensajero que, si el rey así procedía, él tenía otros hijos aún con vida. Al escuchar semejante respuesta, el rey Ricardo ordenó decapitar a Jorge Stanley, lo que ocurrió cuando ambos ejércitos estaban ya uno a la vista del otro. Los consejeros del rey ponderaron el tiempo y la causa (sabiendo también que el hijo de Stanley era inocente) y lo persuadieron de que era momento de combatir, no de ejecutar. Aconsejaron que Jorge permaneciera como prisionero hasta que la batalla finalizara, cuando su orden de cortarle la cabeza podría ser acatada. Así es que el rey rompió su juramento sagrado y Jorge Stanley fue enviado con los guardianes de la tienda real como prisionero.

Ricardo ataca en el momento en que el flanco derecho de Richmond ya no se encuentra protegido por el pantano del que habla Norfolk.

[*Hol.* iii. 758/2/65. *Halle*, 418.] Entre ambos ejércitos se extendía un gran pantano. El conde de Richmond lo utilizó como una defensa para su flanco derecho; a sus espaldas tenían el sol y de frente a sus enemigos. Cuando el rey Ricardo vio que la compañía del conde había dejado atrás el pantano, dio inmediatamente la orden de atacar.

Ricardo acepta el consejo de Norfolk y exclama:
“¡Adelante vuestras banderas! ¡Al enemigo! ¡Que

nuestro antiguo grito de guerra, por el gran San Jorge, nos inspire con la cólera de los dragones ígneos!”. Compárense estas palabras con las finales del discurso atribuido a Ricardo por Halle, parte del cual se citó previamente.

[*Hol.* iii. 757/1/16. *Halle*, 416.] Y ahora, apropiándonos de San Jorge, ¡adelante! ¡A ellos!

Escena cuarta

La fortuna ha sido adversa a Ricardo y, cuando el rey entra, pidiendo un caballo, Catesby contesta: “¡Retiraos, milord; yo os traeré un caballo!”. El rey exclama: “¡Miserable! ¡Juego mi vida a un albur y quiero correr el azar de morir!”.

Ricardo podría haber huido, pues...

[*Hol.* iii. 759/2/73. *Halle*, 419.] cuando el fracaso de la batalla era inminente, le llevaron un veloz caballo para que tomara distancia. El rey, conociendo el rencor y la animadversión que le profesaba la gente común, y dejando de lado toda esperanza de victoria, respondió que ese día lucharía hasta el final, corriendo el azar de morir.

Escena quinta

En el comienzo de la escena anterior, Catesby pedía ayuda a Norfolk: “¡Socorro, milord de Norfolk! ¡So-

corro! ¡Socorro! ¡El rey ha hecho prodigios sobrehumanos de valor, oponiendo un adversario a cada peligro! ¡Su caballo ha caído muerto, y combate a pie, buscando a Richmond por entre las fauces de la muerte! ¡Socorro, milord, o, de lo contrario, la batalla está perdida!”.

Las didascalias que abren esta escena son tales: “Fragores. Entran el Rey Ricardo y Richmond. Combaten los dos. Ricardo es muerto”.

Mientras las vanguardias de ambos ejércitos se encontraban en el fragor de la lucha,

[*Hol.* iii. 759/1/26. *Halle*, 418.] el rey Ricardo fue advertido por sus exploradores que el conde de Richmond, acompañado por un pequeño número de hombres de armas, no se encontraba lejos. Y, mientras marchaba hacia él, lo reconoció, de pronto, perfectamente desde lejos. Inflamado de ira, azuzó a su caballo y cabalgó hacia ese lado, dejando a la vanguardia combatiendo; como un león hambriento se lanzó contra él. El conde de Richmond, al ver que el rey se acercaba furiosamente hacia él, con brío fue hacia él para luchar cuerpo a cuerpo, pues toda la esperanza de riqueza y prosperidad dependía de ese encuentro.

El rey derribó el estandarte de Richmond y dio muerte a sir Guillermo Brandon, el que lo llevaba. Luchó mano a mano con Juan Cheinie, hombre de gran fortaleza que podría habersele resistido, pero que fue derribado por la furia del rey. Y así, abriéndose paso a punta de espada, llegó hasta el conde de Richmond, que resistió su violencia, y lo mantuvo a punta de espada por más tiempo del que podría haberse esperado. El ejército de Richmond, en este punto, se vio reforzado por la compañía de sir Guillermo Stanley,

que contaba con tres mil soldados de a pie. Así, los hombres del rey Ricardo fueron rechazados y huyeron. El rey mismo, combatiendo valientemente entre sus enemigos, fue muerto; obtuvo una sangrienta muerte, como sangrienta había sido su vida.

Richmond entra con Stanley, que lleva la corona. Dice: “¡He aquí la corona, tan largo tiempo usurpada, que he arrancado de las pálidas sienes de ese miserable asesino para ceñir tu frente! ¡Llévala, poséela, estímalas en todo su precio!”. La coronación extemporánea de Richmond fue el último evento del día. Al final de su segundo discurso dirigido a su ejército,

[*Hol.* iii. 760/1/42. *Halle*, 420.] los hombres, plenos de alegría, se levantaron y aplaudieron, y gritaron hacia los cielos: “¡Viva el rey Enrique! ¡Viva el rey Enrique!”. Cuando lord Stanley vio la algarabía de los hombres, tomó la corona del rey Ricardo (que había sido encontrada en un matorral de espinos) y la colocó en la cabeza del conde, como si hubiera sido elegido rey por voluntad del pueblo, como antaño en diversos reinos había sido costumbre.

La obra finaliza con un discurso de Richmond que así comienza: “¡Que sean sepultados sus cuerpos como conviene a su alcurnia! ¡Que se proclame el perdón para los soldados fugitivos que quieran sometérse-nos!” (ll. 15-17).

Una vez alcanzada la victoria, Richmond

[*Hol.* iii. 760/1/35. *Halle*, 420.] ascendió a lo más alto de una colina, desde donde no sólo alabó el coraje de sus soldados sino que también les agradeció de corazón, dando una

promesa de recompensa condigna por su fidelidad y sus actuaciones heroicas en el campo de batalla. Ordenó también que todos los hombres heridos fueran curados y aquellos muertos, sepultados.

Por último, cito pasajes que describen el carácter y la apariencia de Ricardo III y de Richmond.

[*Hol.* iii. 712/1/59. *More*, 5/25.] Ricardo, el tercer hijo, de quien nos ocupamos ahora, era en sabiduría y coraje igual a cualquiera de los otros. En cuerpo y habilidad, muy inferior: bajo de estatura, pálido y de semblante enfermizo, tenía la espalda encorvada y su hombro izquierdo era mucho más elevado que el derecho. Era malicioso, colérico y envidioso. Lo fue desde su nacimiento hasta que murió. Se dice que vino al mundo con los pies por delante, y que ya tenía dientes.

Como capitán, fue bueno en la guerra. Tuvo victorias, en algunas ocasiones muy importantes. Era generoso con sus amigos, grandes regalos les hacía; pero este derroche le trajo también mucha animadversión por parte de la gente. Era arrogante, pero también sabía disimular muy bien. Por su enorme ambición, se volvió odioso, cruel e inescrupuloso.

Richmond era...

[*Hol.* iii. 757/1/53. *Halle*, 416.] un hombre de baja estatura, pero estaba dotado de tan hermosos regalos de la naturaleza, que parecía un ángel más que un ser terrenal. Su semblante y su aspecto eran alegres y bravos, su cabello parecía oro bruñido. Sus ojos, grises, brillaban. Era rápido en sus réplicas, pero poseía tal sobriedad de temperamento, que nunca pudo saberse si era más bien apagado en sus conversaciones.

Un espejo para magistrados (selección)¹

Un breve texto conmemorativo sobre varios ingleses desgraciados

Por William Baldwin

Traducción: Noelia Fernández

Al lector²

-
- 1 Haslewood, Joseph (ed.) *Mirror for Magistrates*. London, Longman, vol. II, 1815. El título completo en la versión original es el siguiente: “Un espejo de los magistrados, donde se puede encontrar ejemplos de cómo los graves vicios son castigados y cómo la fragilidad e inestabilidad de la prosperidad mundana se encuentran aun en aquellos a quienes la Fortuna más parece favorecer” y agrega un subtítulo en latín que se podría traducir de este modo: “Felices los que son prudentes por ver los peligros de los demás”. Para esta selección hemos tomado, en primer lugar, la dedicatoria de Baldwin al lector, puesto que allí explica brevemente el plan y propósito de la obra. En cuanto al texto poético, se ha considerado en forma completa la segunda parte —cuya voz poética es la del propio rey Richard—, que contiene un breve *racconto* del conflicto entre Bolingbroke y Mowbray, con el que Shakespeare comienza su obra. Finalmente, la selección se cierra con el texto en prosa que sirve de reflexión a este poema de doce estrofas.
 - 2 La obra se publicó por primera vez en 1559, poco después del ascenso de la reina Isabel Primera al trono. Un grupo de poetas bajo la dirección de William Baldwin escribió el volumen como un poema histórico que tenía el objetivo de instruir a la nobleza de la época al invocar a los espectros de las figuras políticas del pasado para que contaran sus vidas y el modo en que murieron. Los fantasmas salen de sus tumbas en orden cronológico para hablar sobre su caída y la pérdida del poder, comenzando por figuras del reinado de Ricardo II y finalizando con los que corresponden a la época de Eduardo IV, aunque la continuación que se publicó en 1563 extiende esta cronología al reinado de Enrique VII). Los autores intercalan textos en prosa que van articulando con los poemas, frecuentemente para ofrecer un comentario moral del texto poético inmediatamente anterior o a veces para introducir el próximo. Se espera, entonces, que de estos ejercicios prosaicos relacionados entre sí donde los poetas les dan voz a figuras históricas, los magistrados contemporáneos puedan aprender la virtud. Tal como Baldwin explica en esta dedicatoria, los

Cuando el editor se propuso publicar la traducción hecha por Lydgate del libro de Boccaccio sobre los príncipes caídos³ y por ello le habían llegado muchos honores y distinciones varios le aconsejaron que procurara continuar la historia desde donde *Boccaccio* la había dejado hasta nuestros días, principalmente en relación con los asuntos de los que la Fortuna se ocupa aquí en esta isla. Esto podía ser una suerte de espejo para los hombres de todos los Estados, de cualquier condición —tanto nobles como otros— en el que pudieran observar los taimados engaños de esa vacilante dama y la justa recompensa que se recibe por toda clase de vicios. Este consejo le pareció tan apropiado que me pidió que pusiera empeño en ello. Pero al ser una tarea que excedía mi habilidad e ingenio, y en la cual, entonces, era más ingrato que provechoso inmiscuirse, me negué terminantemente, excepto si pudiera tener una ayuda apropiada en ingenio, con los conocimientos suficientes, y con el juicio y la ponderación necesarios para ejercer y proporcionar una tarea de semejante envergadura, y de tal manera compartir la labor. Pero él, serio y diligente en sus asuntos, me proporcionó un Atlas en cuyos hombros descansar: varios hombres doctos, —cuyos muchos dones requieren pocas alabanzas— aceptaron encargarse de una parte de la labor. Y cuando algunos de ellos, que llegaron a ser siete,⁴ alcan-

espectros están destinados a aportar ejemplos de cómo funciona la Providencia en la historia inglesa de acuerdo con distintos ejemplos históricos del vicio. El énfasis puesto en el castigo y la intervención divina dirige a los lectores a asumir que, en estas narraciones, la Fortuna funcionará como una sierva de Dios. Baldwin y sus colegas escritores prometen poemas espectrales que abarcarán una historia de justicia providencial.

- 3 Se refiere a *Fall of Princes*, del poeta John Lydgate, traducción de *De Casibus Virorum Illustrium* de Boccaccio donde el traductor incluía, además, algunos agregados de su propia invención. Los vaivenes de la Fortuna era una de las problemáticas presentes en la versión inglesa que luego William Shakespeare desarrollaría extensamente en su obra, en especial las piezas históricas.
- 4 La edición de 1815 a partir de la cual se ha hecho esta traducción indica que en la primera edición sólo figuran las producciones de seis de ellos: Cavil, Churchyard, Ferrers, Phaer, Skelton y Baldwin.

zaron un acuerdo general, decidieron hora y lugar, se reunieron para trazar el plan, luego recurrí a ellos llevando conmigo el libro de Boccaccio traducido por Lydgate para observar mejor su disposición. Aunque la apreciáramos, no nos sería, sin embargo, del todo útil, y puesto que tanto Boccaccio como Lydgate habían muerto, ya no quedaba nadie vivo que hubiese lidiado con el asunto y ante quien un desventurado pudiera elevar su queja. Por lo tanto, para llegar a un compromiso, se pusieron todos de acuerdo en que yo debía usurpar el papel de Boccaccio, y que los desdichados príncipes se quejaran ante mí. Cada uno por su lado se hizo cargo de encarnar diferentes personajes y, en su nombre, llorar ante mí su dolorosa suerte, su triste destino y su lamentable desventura. Hecho esto, abrimos los libros de las crónicas que teníamos frente a nosotros, y el maestro Ferrers, luego de haber encontrado el punto donde Boccaccio había terminado —que era, aproximadamente, hacia fines del reinado de Eduardo III— para comenzar con el asunto, habló de este modo:

“Me asombra lo que Boccaccio tuvo la intención de olvidar entre sus príncipes miserables, tal como fueron los de nuestra propia nación, cuyo número es tan grande como sus aventuras son maravillosas. Dejó de lado tanto a británicos como a daneses; también a los sajones y, llegando a la última conquista no hay de ellos ninguna descripción, siendo que algunos, incluso, eran de los tiempos del propio Boccaccio (o no mucho antes). Por ejemplo, William Rufus —segundo rey de Inglaterra después de la conquista— asesinado en el bosque (donde se encontraba de cacería) por Walter Tirell con un disparo de flecha. Robert, duque de Normandía, el hijo mayor de Guillermo el Conquistador, fue privado de su herencia al trono de Inglaterra por parte del mencionado William Rufus, su segundo hermano, y más tarde de Enrique, su hermano menor, habiéndole cegado de ambos

ojos, tristemente lo encarcelaron en el castillo de Cardiff, donde murió. Del mismo modo, está el aun más lamentable caso de William, Richard y Mary, hijos del mencionado Enrique, ahogados en el mar. Y el rey Richard I, muerto en una pelea en su apogeo. También está el caso del rey John, su hermano que, según algunos dicen, fue envenenado. ¿No son estas historias tristes y ejemplos excepcionales? Pero, tal parece que, siendo Boccaccio italiano, le importó más la historia romana e italiana, o probablemente también deseaba que nosotros la conociéramos. Sería, por lo tanto, un asunto hermoso y notable indagar y discurrir sobre toda nuestra historia desde el mismísimo principio en que la isla fue habitada. Pero viendo que la idea del editor consiste en que continuemos el relato desde donde Lydgate lo dejó, cederemos esa gran labor a otro que se la proponga y, como uno que tiene la audacia para romper el hielo primero, comenzaré con los tiempos de Richard II, una época tan desdichada como su mismísimo gobernante. Y visto que tú, amigo Baldwine, serás el encargado de observar y escribir ordenadamente todo el proceso, yo, hasta donde mi memoria y criterio sean útiles, te seguiré en la veracidad de la historia. Y omitiendo, por lo tanto, la agitación provocada por Jack Straw y sus colaboradores, con los asesinatos de muchos hombres notables tal como ocurrieron (por lo que sabemos, Jack no era sino un príncipe pobre), comenzaré con un insigne ejemplo que luego de algún tiempo sobrevino. Y aunque la persona con la cual comenzaré no fue ni rey ni príncipe, sin embargo, en vista de que tuvo un oficio principesco, me ocuparé del desdichado Robert Tresilian, presidente del Tribunal Supremo de Justicia de Inglaterra y de otros que sufrieron con él con el fin de advertir, de este modo, a todos los de su autoridad y profesión para que presten atención a juicios equivocados y no interpreten erróneamente las leyes o las violenten para servir a los príncipes

de turno, lo que legítimamente los llevaría a un desgraciado final que podrían, por consiguiente y con justicia, lamentar.

De cómo el rey Ricardo II, a causa de su mal gobierno, fue depuesto en 1399 y asesinado en prisión al año siguiente

1

Feliz es el príncipe que posea la gracia
de perseguir la virtud manteniendo a raya los vicios,
pero ay de aquél cuyo deseo ocupe el lugar de la sabiduría:
porque quien así rasgue el bien y la ley en mil pedazos
logrará sorprender a la larga a todo el mundo.
Ni la noble cuna, la dilecta fortuna, la fuerza o el cetro principesco
puede, para el caso, garantizar rey o emperador:
al pecado le sigue la vergüenza como las gotas de lluvia al trueno.
Que los príncipes entonces abracen una vida virtuosa
en que los placeres caprichosos no les hagan cometer errores.

2

Observad mi suerte, ved cómo la tonta derrota
me contempla y se dicen una a la otra:
mira dónde está él ahora, quien fue firme demasiado tarde,
vean cómo el poder, el orgullo y la rica pompa
de los poderosos gobernantes suavemente se esfuman.
Al rey, que ante todo mantuvo el reino entero en la incertidumbre,
el mismísimo villano ahora se atreve a controlar y a desobedecer.
¿De qué están hechos los reyes sino de carne y arcilla?
Mira cómo sus heridas se hincharon todas,
mientras vivió, él jamás pensó que se pudrirían.

Entonces creo que oigo a la gente decir:
 ¿por qué, Baldwin, no te sientas y cuentas
 cómo cayeron los príncipes, para que vivamos prudentemente?
 No dispenses ningún aspecto de mi vida desenfadada
 retrátala en extenso para que los gobernantes puedan cuidarse
 de no despreciar a los buenos consejeros, la ley o la virtud.
 Pues los reinos tienen reglas y los gobernantes tienen límites
 que si los rompen, me atrevo a decir, entonces, que
 de las penas ajenas surgen los temores,
 pues hasta que uno no se pierde, el otro no comienza a preocuparse.

Yo era un rey que gobernaba todo con la lujuria,
 forzando sólo a la luz de la justicia, el bien y la ley,
 considerando siempre falsos a los aduladores,
 y obrando así tanto como pude, le abrí la puerta a mis vicios,
 no dejaba que los fieles consejeros emitieran tan solo un suspiro.
 Ni bien asomaba el placer debía plegarme a sus necesidades,
 deleitándome en alimentar y atender el arrebato.
 Tres comidas al día al día apenas podían satisfacer mi voracidad
 Me gustaba menos participar de Justas y torneos
 en tanto que Venus divertía mi fantasía y me atraía.

Para solventarme, mi gente era esquilada
 con multas, tributos y préstamos a modo de adelanto,
 letras en blanco, obligaciones, y ajustes nunca antes conocidos,
 por lo cual la gente común con rabia me detestaba.
 También vendí la noble ciudad de Brest,

de ahí mi culpa, porque mi tío me previno,
ya que los actos de los príncipes pueden no ser sabiamente
controlados.

hallé los medios para que se le destripara:
los dignos pares que defendían su causa
fueron amenazados con un largo exilio o una muerte cruel.

6

No me faltó ninguna ayuda en cualquier hecho malvado,
los embobados tontos a quienes había alentado,
acrecentarían toda esperanza de mayor recompensa.
Ningún rey puede imaginar cuán malo es
que alguien lleve felizmente a puerto ese deseo,
Puesto que las raras enfermedades así de rápido se reproducen,
tal como el mal humor aumenta el dolor al alimentarlo,
Así los estados del rey entre todos los demás peligrarán,
violentados en sus riquezas, abandonados en la necesidad,
y más cerca de la ruina cuando menos se lo esperan.

7

Mi vida y mi muerte la verdad de esto han demostrado,
pues mientras yo luchaba en Irlanda contra mis enemigos,
mi tío Edmund, a quien dejé en casa para conducir
mi reino, se alzó en rebeldía
para ayudar a traidores como Percy, que abogaban por mi
destitución,
y llamó a Francia al conde Bolingbroke, a quien
yo había desterrado allí por diez años.
Éste dio cruel muerte a todos esos
que en mi ayuda una vez osaron mirarlo de soslayo
y cuyo número era escaso

8

Cuando regresé para aplacar el repentino tumulto,
el conde de Worcester, en quien yo más confiaba,
mientras me hallaba instalado en mi castillo de Flint, en Gales,
tanto para reanimarme como para multiplicar mis huestes,
allí, en mi residencia, a la vista de casi todos,
sus fuerzas destruyeron mi hogar familiar,
hecho el daño, se alejaron.

Ved, príncipes, ved la fuerza de la cual alardeamos:
aquellos en quienes más confiamos en la necesidad nos traicionan,
por su falsa lealtad mi tierra y mi vida perdí.

9

Mi artero mayordomo entonces huyó,
mis astutos sirvientes se replegaron por doquier,
entonces fui capturado y llevado a mi enemigo,
quien a su príncipe no proveyó de ningún palacio,
sino de una prisión fuerte donde Enrique me arrojó con orgullo,
para que resignara mi estado real y mi trono,
y así me dejó abandonado y solo como una estaca,
esos amigos huecos, pronto espíados por Enrique,
se volvieron sospechosos, y la confianza no se le dio a ninguno,
lo que hizo que nuevamente cayeran en descrédito.

10

Algunos conspiraron para derrocar a su nuevo rey,
y con ese fin un solemne juramento ellos hicieron
de devolverme mi trono y mi corona,
de lo cual ellos mismos me habían privado antes.
Pero remedios tardíos no pueden ayudar a la lлага supurada.
Cuando los flujos de la pústula han desbordado en la ciudad,

demasiado tarde es para salvarla de que se ahogue:
hasta que las velas se desplieguen un barco puede quedarse en
la orilla,
ninguna ancla puede retener el navío,
con la corriente y el gobierno necesariamente serán llevados.

11

Porque aunque los pares pusieron a Enrique en su lugar,
aun así no pudieron quitarlo de allí otra vez,
y lo que fácilmente me sacaron más tarde,
pudieron devolvérmelo sin afanarse demasiado
Las cosas difícilmente se arreglan, pero pueden nuevamente
dañarse
y cuando alguien ha caído en un destino perverso,
los tropiezos de aquél arroja luz sobre la coronilla de algún otro.
y los medios bien intencionados moderan todo contratiempo
La cera caída es una advertencia, puesto que sus goces menguan,
la prueba de esto es clara en lo expresado.

12

El rey [Enrique] lo supo cuando, por lo que me hizo,
sus falsos pares una noche lo matarían.
En efecto, él, para acabar con todas las dudas, sin vacilar
envió a Percy de Extón, un cruel caballero asesino,
al castillo de Pomfret, totalmente armado,
quien sin causa me asesinó allí contrariando todas las leyes;
así, una vida descontrolada acabó en una muerte ilícita.
Por eso los reyes deben gobernar y ser gobernados por el bien.
El que manipule su voluntad y escape de las máximas de la
sabiduría,
que se cuide, pues caerá en la aflicción.

Cuando el maestro Ferrers hubo terminado esta tan penosa tragedia y digna enseñanza para los príncipes, nos detuvimos habiendo atravesado una miserable época llena de lamentables tragedias. Y viendo el reinado posterior, el de Enrique IV, un hombre más cauteloso y próspero en sus gestiones, aunque no exento de problemas causados por enemigos internos y externos, comenzamos a buscar qué lores habían caído en eso, de los cuales el número no era pequeño. Sin embargo, puesto que sus ejemplos no significaban mucho a nuestro propósito como para ser destacados, ignoramos a todos aquellos que eran falsos —cuyo cabecilla era el hermano del rey Ricardo— y que fueron ajusticiados por su intento de traición. Y al encontrar luego a Owen Glendover —uno de los mimados de la Fortuna— y los Percy —sus confederados—, pensé que no sería satisfactorio pasarlos por alto, y por ende dije a la silenciosa compañía: “¿Por qué mis maestros están todos de un humor tan ensimismado? ¿No se sienten atraídos por ninguna de estas historias? Tal vez les importan tanto otras que estas no los conmueven, y a decir verdad, no hay ninguna razón en especial para que los conmuevan. Sin embargo, al ser uno de los favorecidos por la Fortuna, antes que sumirlo en el olvido, contaré su historia por él. Owen, al salir de las montañas salvajes de Gales, similar en todo a una imagen de la muerte (exceptuando sólo su corazón) como un fantasma consumido por la extrema hambruna y el frío, puede de esta manera lamentar su gran desdicha”.

Un espejo para magistrados (segunda parte)

Por William Baldwin

Traducción: Ramiro Vilar

Cómo Collingbourne fue cruelmente ejecutado por componer unos versos satíricos [A Mirror for Magistrates, 43-98].

[...]

“Conocemos nuestras faltas tanto como cualquiera,
Y también sospechamos los peligros que conllevan.
Y aun confiamos en guiar a los incultos, sin saber
Si escaparemos a las olas que generan.
Pensamos que tenemos más recursos que ninguno,
Y en vano ignoramos los consejos de los otros:

Conocemos nuestros yerros pero no evitamos ni uno”.
Ésas son las perversas pasiones que a lo hombres
Nos mueven: las riquezas y los placeres vanos.
Basta ya por tanto, Baldwin, te exhorto a que termines,
Aparta tu pluma, que nada has de ganar
Más que odio, y malgastar papel, tinta y esfuerzo.
Pocos odian sus pecados, mas todos el sentirse tocados
Cuando sale a la luz lo que tienen bien guardado.

Yo sé que tu intención es buena, franca y pía,
Aleccionar al sabio y asustar al tonto con el mal.
Pero es tal la insensatez y locura de los fatuos
Que los peores de ellos creen hacerlo todo bien.
A la buena voluntad la recompensan con crueldad;
Retuercen las palabras hasta romper sus tendones
Adquiriendo un sentido dudoso, casi siempre el peor.

Una prueba dolorosa me instruyó en esta verdad
Con la furia del tirano y de Fortuna un giro cruel.
Por hacer versos con cosas indebidas asesinado fui.
¿Y sabes tú por qué? Soy ese Collingbourne
Que rimó aquello que todos lamentaron:
“El Gato, la Rata y Lovel, nuestro Perro,
Gobiernan Inglaterra mandados por un Cerdo”.*

Y dado que el sentido era claro y verdadero,
Hasta el más tonto lo entendió al instante.
A la mayoría le gustó, porque sabía de qué hablaba,
Y en secreto murmuró hasta donde se atrevió.
El mismísimo Rey estalló de indignación,
Tanto por sus faltas como por la de sus cómplices,
Tres de los más perversos entre los perversos.

El primero era Catisby, al que llamé “el Gato”,
Un abogado artero y muy amigo de lo ajeno.
El segundo era Ratcliffe, al que llamé “la Rata”,
Una bestia cruel a la hora de roer de donde sea.

* Diversas fuentes coinciden en que los versos que aquí reproduce Baldwin (“*The Cat, the Rat, and Lovell our Dog/Do rule all England, under a Hog*”), o unos muy similares, le valieron a su autor, William Collinbourne, ser cruelmente ejecutado. Las alusiones a los tres consejeros de Ricardo III, Lord Lovell, Sir Richard Radcliffe y Sir William Catesby, resultaban muy claras; también la alusión al rey, que en el poema aparece como *the Hog*, el cerdo, ya que el emblema de Ricardo era un jabalí salvaje (*boar*). El poeta cambió *boar* (o su variante *bore*) por *dog* por cuestiones de rima y métrica.

Y Lord Lovel ladraba y mordía
A quien Ricardo quería,
Por eso con razón le puse “nuestro Perro”,

Y para concluir la rima le puse al Rey “el Cerdo”.

Antes de usurpar la corona consagró al Jabalí
Y allí habría querido Dios que muera
De no haber arruinado tan tristemente al reino.
Y de no haber cesado tan pronto el reinado del sobrino,
La noble sangre no habría tenido semejante merma.
Su Rata, su Gato y el Sabueso no habrían fastidiado
A tantos miles como a los que destruyeron.

Todo el mundo lamentó sus manejos ilegales,
Y también yo, de allí el dichoso verso,
Que así mostró mi ingenio y mi vena creativa,
Para advertir así a los frescos de los crímenes de aquellos.
Pensé que la libertad de los tiempos antiguos
Seguía aún vigente. *Ridentem dicere verum
Quis vetat?** Nadie, aparte de los trepadores in FERUM.**

* “¿Quién impide decir la verdad riendo?” Horacio, *Sátiras I, I, 24-24*.

** *In ferum* (del latín *in ferrum*) vale aquí por “en esta edad de hierro”.

Lectores de Shakespeare

Segunda Parte

Michael Drayton

**“To my most dearely-loved friend Henery
Reynolds Esquire, of Poets & Poesie”**

Battaile of Agincourt, 1627

Traducción y notas de Lucas Margarit

[...]

Shakespeare thou hadst as smooth a comic vein,
Fitting the sock, and in thy natural brain,
As strong conception, and as clear a rage,
As any one that traffick'd with the stage. [...]

[...]

Shakespeare tenías una vena cómica tan suave
Como el calce del calcetín, y en tu cerebro natural,
Como una concepción fuerte, y tan claro como la rabia,
Como cualquiera que trafique con la escena. [...]

John Davis de Hereford (1565?-1618)

The Scourge of Folly, 1611

Traducción de Lucas Margarit

“To Our English Terence, Mr Will. Shakespeare”
Some say (good Will), which I, in sport, do sing,
Hadst thou not played some Kingly parts in sport,
Thou hadst been a companion for a King;
And been a King among the meaner sort.
Some others rail; but, rail as they think fit,
Thou hast no railing, but, a reigning Wit:
And honesty thou sowst, which they do reap;
So, to increase their stock which they do keep.

El Flagelo de la Locura (1611)

“A nuestro Terencio inglés, Sr. Will. Shakespeare.”
Algunos dicen, buen Will, lo que yo, jugando, canto:
Que si no hubieses interpretado algunos papeles nobles en
broma,
Hubieras sido compañero de un rey;
Y un rey entre los más humildes.
Otros te difaman, pero, por más que lo hagan,
Tú no tienes barreras, sino un ingenio soberano:
Y siembras honestidad, la que ellos cosechan,
Así, para acrecentar la provisión que conservan.

Ben Jonson (1572-1637)

“To the Memory of my Beloved Master William Shakespeare, and what He hath left us”

Publicado en el primer folio de las *Obras Completas* de Shakespeare (1623).

Traducción de María Inés Martínez Asla

To draw no envy, SHAKSPEARE, on thy name,
Am I thus ample to thy book and fame ;
While I confess thy writings to be such,
As neither Man nor Muse can praise too much.
'Tis true, and all men's suffrage. But these ways
Were not the paths I meant unto thy praise ;
For seeliest ignorance on these may light,
Which, when it sounds at best, but echoes right ;
Or blind affection, which doth ne'er advance
The truth, but gropes, and urgeth all by chance ;
Or crafty malice might pretend this praise,
And think to ruin where it seemed to raise.
These are, as some infamous bawd or whore
Should praise a matron ; what could hurt her more ?
But thou art proof against them, and, indeed,
Above the ill fortune of them, or the need.
I therefore will begin: Soul of the age!
The applause ! delight ! the wonder of our stage!
My SHAKSPEARE rise ! I will not lodge thee by
Chaucer, or Spenser, or bid Beaumont lie

A little further, to make thee a room :
Thou art a monument without a tomb,
And art alive still while thy book doth live
And we have wits to read, and praise to give.
That I not mix thee so my brain excuses,
I mean with great, but disproportioned Muses :
For if I thought my judgment were of years,
I should commit thee surely with thy peers,
And tell how far thou didst our Lyly outshine,
Or sporting Kyd, or Marlowe's mighty line.
And though thou hadst small Latin and less Greek,
From thence to honour thee, I would not seek
For names : but call forth thund'ring Aeschylus,
Euripides, and Sophocles to us,
Pacuvius, Accius, him of Cordova dead,
To life again, to hear thy buskin tread
And shake a stage : or when thy socks were on,
Leave thee alone for the comparison
Of all that insolent Greece or haughty Rome
Sent forth, or since did from their ashes come.
Triumph, my Britain, thou hast one to show
To whom all Scenes of Europe homage owe.
He was not of an age, but for all time !
And all the Muses still were in their prime,
When, like Apollo, he came forth to warm
Our ears, or like a Mercury to charm !
Nature herself was proud of his designs,
And joyed to wear the dressing of his lines !
Which were so richly spun, and woven so fit,
As, since, she will vouchsafe no other wit.
The merry Greek, tart Aristophanes,
Neat Terence, witty Plautus, now not please ;
But antiquated and deserted lie,
As they were not of Nature's family.

Yet must I not give Nature all ; thy art,
My gentle Shakspeare, must enjoy a part.
For though the poet's matter nature be,
His art doth give the fashion : and, that he
Who casts to write a living line, must sweat,
(Such as thine are) and strike the second heat
Upon the Muses' anvil ; turn the same,
And himself with it, that he thinks to frame ;
Or for the laurel he may gain a scorn ;
For a good poet's made, as well as born.
And such wert thou ! Look how the father's face
Lives in his issue, even so the race
Of Shakspeare's mind and manners brightly shines
In his well torned and true filed lines;
In each of which he seems to shake a lance,
As brandisht at the eyes of ignorance.
Sweet Swan of Avon ! what a sight it were
To see thee in our waters yet appear,
And make those flights upon the banks of Thames,
That so did take Eliza, and our James !
But stay, I see thee in the hemisphere
Advanced, and made a constellation there !
Shine forth, thou Star of Poets, and with rage
Or influence, chide or cheer the drooping stage,
Which, since thy flight from hence, hath mourned like night,
And despairs day, but for thy volume's light.

A la memoria de mi querido autor, el Señor William Shakespeare, y lo que nos ha dejado

Shakespeare, para no crear envidia en tu nombre,
¡soy yo generoso con tu libro y fama

cuando confieso que tus escritos son tales
que ni Hombre ni Musa pueden alabarte en exceso?
Es verdad, y todos los hombres lo aprueban. Pero estas sendas
no eran los caminos a los que me refería en tu alabanza:
ya que el más inocente desconocimiento de éstos puede iluminar
a lo que si bien suena óptimo, sólo es un buen eco,
o emoción ciega que nunca promueve
la verdad, pero anda a tientas e impulsa todo por casualidad;
o la astuta malicia podría simular este elogio
y tratar de destruir lo que parecía elevar.
Estos son, como algún infame Rufián o Prostituta,
que alaba a una Matrona. ¿Qué puede herirla más?
Pero tú eres a prueba de ellos, por cierto,
y estás por encima de su mala fortuna o su miseria.
¡Por lo tanto empezaré, alma de la época,
aplauzo, deleite, maravilla de nuestro escenario!
Mi Shakespeare, levántate. Yo no te alojaré cerca
de Chaucer o Spenser o pediré a Beaumont ubicarse
un poco más allá para hacerte un lugar.
Tú eres un monumento sin sepultura
Y estarás vivo mientras tu libro perdure
y nosotros tengamos imaginación para leer y elogios para otorgar.
Mi intelecto se excusa de que yo no te asocie de esta manera:
Quiero decir con famosas pero desproporcionadas Musas:
ya que si yo pensara que mi juicio fuera de años
te colocaría seguramente con tus pares,
y diría cuánto has superado a nuestro Lyly en brillo
o al arriesgado Kyd o al poderoso verso de Marlowe.
Y a pesar de que tú has tenido poco Latín y menos Griego,
de allí yo no tomaría nombres para honrarte,
sino que llamaría a los tonantes Esquilo, Eurípides y Sófocles,
Pacuvio, Accio, aquel de Córdoba muerto,
nuevamente a la vida para oír el caminar de tu coturno
y agitar el escenario. O cuando tus comedias eran representadas

dejarte solo para la comparación
con todo lo que esa insolente Grecia o la arrogante Roma
enviaron, o que desde entonces vino de sus cenizas.
Triunfa, mi Bretaña, tú tienes algo para mostrar,
a quien todas las escenas de Europa deben homenaje.
El no era de una época, sino de todos los tiempos.
Y todas las Musas todavía estaban en su albor
cuando como Apolo él vino desde allí para dar calor
a nuestros oídos, o como un Mercurio para cautivar.
La Naturaleza misma estaba orgullosa de sus designios
y se alegró de usar el adorno de sus líneas
que fueron ricamente hiladas y entretajadas tan adecuadamente,
que desde entonces ella no avalaría ningún otro talento.
El festivo Griego, el mordaz Aristófanes,
el claro Terencio, el ingenioso Plauto, ahora no gustan
sino que yacen anticuados y abandonados
como si no fueran de la familia de la Naturaleza.
Sin embargo, no debo dar todo el crédito a la Naturaleza: tu arte,
mi gentil Shakespeare, debe disfrutar de una parte.
Pues aunque los Poetas importan y la Naturaleza es,
su Arte imprime la forma. Y aquél
que se lanza a escribir un verso vivo (como son los tuyos)
debe sudar y golpear al segundo calor
sobre el yunque de las Musas: volverse aquello
(y él mismo con esto) que quiere fraguar;
o si no como laurel él puede obtener desdén,
puesto que un buen Poeta se hace al igual que nace.
Y eso fuiste tú. Mira cómo el rostro del padre
vive en su prole, asimismo, la estirpe
de la mente de Shakespeare y de sus costumbres reluce brillantemente
en sus versos bien torneados y limados
en cada uno de los cuales él parece agitar una Lanza,
como blandida a los ojos de la Ignorancia.
¡Dulce cisne de Avon! ¡Qué visión fuera

verte en nuestras aguas aún aparecer
y hacer esos vuelos sobre las orillas del Támesis
que tanto arrebataran a Eliza y nuestro James!
¡Pero quédate, yo te veo en el Hemisferio
honrado, y convertido allí en una Constelación!
Resplandece públicamente, tú Estrella de Poetas, y con ardor
influye, amonesta o revive al marchitado Escenario,
que, desde tu vuelo fuera de aquí, ha llevado luto como la noche
y desespera del día, a no ser por la luz de tus Volúmenes.

Ben Jonson

"Shakespeare Nostrati"

De Timber: or, Discoveries; Made upon Men and Matter, 1641

Traducción de Alicia Jurado (Buenos Aires: SUR, nº 289-290, julio-agosto-setiembre-octubre de 1964)

Recuerdo que los actores solían repetir, como hecho honroso para Shakespeare, el que en sus escritos (cualesquiera fuesen) nunca borró una línea. Mi respuesta ha sido, ojalá hubiese borrado mil. Lo cual fue considerado una frase malévolas. No le hubiese contado esto a la posteridad si no fuese por la ignorancia de aquellos que, para alabar a su amigo, eligieron aquel rasgo suyo que lo indujo a mayores errores. Y para justificar mi propia buena fe (pues amé a este hombre y honro su memoria - sin llegar a la idolatría - tanto como cualquiera). Era en verdad honesto, de naturaleza franca y liberal; tenía una excelente fantasía; ideas audaces y expresiones airosas, en las que abundaba tanto que a veces era necesario detenerlo: *Sufflaminandus erat*, como dijo Augusto de Haterio. Era plenamente dueño de su ingenio; ojalá lo hubiese sido también su manejo. Muchas veces cayó en lo ridículo; como cuando puso en boca de César, al decirle alguno: *César, me agravias*, la respuesta: *César nunca obró mal sino con justa causa*, y cosas por el estilo, que son absurdas. Pero redimió sus vicios con sus virtudes. Siempre hubo en él mucho más que fuese merecedor de elogio que de perdón.

Richard Barnfeild (1574-1627)

"A Remembrance of Some English Poets"

Poems in Divers humors, 1598

Traducción de Marcelo Lara

And Shakespeare thou, whose honey-flowing Vein
(Pleasing the World), thy Praises doth obtain.
Whose Venus, and whose Lucrece (sweet, and chaste)
Thy Name in Fame's immortal Book have placed.
Live ever you, at least in Fame live ever:
Well may the Body die, but Fame dies never.

"Recuerdo de algunos poetas ingleses"

Poemas en diversos humores, 1598

Y tú, Shakespeare, que de tus venas en las que corre la miel
(agradando al mundo) obtienes tus alabanzas.
De quien *Venus* y *Lucrecia* (dulce, y casta)
Han inscripto el nombre en el libro de la Fama inmortal.
Vive para siempre, al menos en la Fama, vive para siempre:
El cuerpo morirá, pero la Fama, jamás.

John Weever, "Fourth Weeke", epig. 22

Epigrammes in the oldest Cut, and newest Fashion,
1599

Sweet Swan of a Muddled River

Traducción de Lucas Margarit

Ad Gulielmum Shakespeare

HONEY-TONGUED Shakespeare, when I saw thine issue,
I swore Apollo got them and none other;
Their rosy-tinted features clothed in tissue,
Some heaven-born goddess said to be their mother:
Rose-cheeked Adonis, with his amber tresses,
Fair fire-hot Venus, charming him to love her,
Chaste Lucretia, virgin-like her dresses,
Proud lust-stung Tarquin, seeking still to prove her:
Romeo, Richard; more whose names I know not,
Their sugared tongues, and power attractive beauty
Say they are saints, although that saints they show not,
For thousands vow to them subjective duty :
They burn in love, thy children, *Shakespeare HET them* ,
Go, woo thy Muse, more Nymphish brood beget them.

Ad Gulielmum Shakespeare

Shakespeare de lengua dulce, cuando observé tu asunto,
Juré a Apolo que los consiga y no otro;

Sus características teñidas de rosa vestidas con lienzos,
Alguna diosa nacida del cielo dice que es su madre,
Adonis, de mejillas rosadas, con su cabellera color ámbar,
Bella Venus de fuego-caliente, quien lo encanta para amarla,
Casta Lucrecia, virgen como su propio vestido,
Orgulloso de lujuria, Tarquino, buscando aún convencerla;
Romeo, Ricardo, no conozco más que sus nombres,
sus lenguas azucaradas y su poderosa y atractiva belleza;
Dicen que son santos, aunque esos santos no se muestran,
Para miles que los votan por un deber subjetivo:
Se queman en el amor, tus hijos, Shakespeare, abrázalos,
 Ve, corteja a tu musa, que los alimenta y engendra como
las ninfas.

John Taylor

"The Water Poet, *The Praise of Hemp-seed*, 1620

Traducción de Lucas Margarit

In paper, many a poet now survives
Or else their lines had perish'd with their lives.
Old Chaucer, Gower, and Sir Thomas More,
Sir Philip Sidney, who the laurel wore,
Spenser, and Shakespeare did in art excell,
Sir Edward Dyer, Greene, Nash, Daniel.
Sylvester, Beaumont, Sir John Harrington,
Forgetfulness their works would over run
But that in paper they immortally
Do live in spite of death, and cannot die.

En el papel, muchos poetas ahora sobreviven
O bien, sus versos han muerto con sus vidas.
El viejo Chaucer, Gower, y Sir Tomas Moro,
Sir Philip Sidney, quien llevaba el laurel,
Spenser y Shakespeare lo hicieron con excelso arte,
Sir Edward Dyer, Greene, Nash, Daniel.
Sylvester, Beaumont, Sir John Harrington,
El olvido sus obras ha invadido
Pero eso en el papel ellos de modo inmortal
Viven a pesar de la muerte, y no pueden morir.

William Basse (c.1583-1653?)

"On Mr. Wm. Shakespeare, he died in April 1616"

Fennell's Shakespeare Repository, 1853, p. 10

Printed from a MS. temp. Charles I

Traducción de Marcelo Lara

Renowned Spenser, lie a thought more nigh
To learned Chaucer, and rare Beaumont lie
A little nearer Spenser to make room
For Shakespeare in your threefold, fourfold tomb.
To lodge all four in one bed make a shift
Until Doomsday, for hardly will a fifth
Betwixt this day and that by fate be slain
For whom your curtains may be drawn again.
If your precedency in death doth bar
A fourth place in your sacred sepulcher,
Under this carved marble of thine own
Sleep rare tragedian Shakespeare, sleep alone,
Thy unmolested peace, unshared cave,
Possess as lord not tenant of thy grave,
That unto us and others it may be
Honor hereafter to be laid by thee.

Sobre Mr. Wm. Shakespeare, muerto en abril de 1616

Célebre Spenser, acuéstate un poco más cerca
Del sabio Beaumont, y tú, extraordinario Beaumont, acércate
Un poco más a Chaucer para hacerle sitio
A Shakespeare, para que en vuestra tumba de tres descansen cuatro.
Acomodaos para que los cuatro os alojéis en una misma cama
Hasta el día del Juicio Final, porque difícilmente surgirá un quinto
Entre este día y el que con la destrucción nos espera,
Para quien las cortinas se desplieguen nuevamente.
Pero si las muertes más tempranas impiden
Un cuarto lugar en vuestro sagrado sepulcro,
En este mármol tuyo y sin inscripciones,
Duerme, valiente trágico, duerme, Shakespeare, en soledad;
Descansa en paz en tu tumba sin compañeros,
Poséela como un lord, jamás como un inquilino,
Que para otros cuente
El honor en el más allá de ser enterrado a tu lado.

John Milton

“On Shakespeare”, 1630

Traducción de Elina Montes

What needs my Shakespear for his honour'd Bones,
The labour of an age in piled Stones,
Or that his hallow'd reliques should be hid
Under a Star-ypointing *Pyramid*?
Dear son of memory, great heir of Fame, [5]
What need'st thou such weak witnes of thy name?
Thou in our wonder and astonishment
Hast built thy self a live-long Monument.
For whilst to th' shame of slow-endeavouring art,
Thy easie numbers flow, and that each heart [10]
Hath from the leaves of thy unvalu'd Book,
Those Delphick lines with deep impression took,
Then thou our fancy of it self bereaving,
Dost make us Marble with too much conceaving;
And so Sepulcher'd in such pomp dost lie, [15]
That Kings for such a Tomb would wish to die.

Sobre Shakespeare

¿Para qué necesitaría, mi Shakespeare, en sus huesos venerables,
el trájín de una era sobre un montón de piedras,
o que sus amados restos se oculten
bajo una pirámide que apunte a las estrellas?
Amado hijo de la memoria, gran heredero de la Fama,
¿para qué necesitas tan endeble testimonio de tu nombre?

En nuestra admiración y en nuestro asombro tú mismo
has construido un monumento perdurable.
Mientras que para oprobio de un arte lenta en logros,
tus rimas fluyen, y cada corazón
ha tomado con profunda emoción aquellos versos délficos
de las páginas de tu libro invaluable,
tú de sí a nuestra imaginación has privado
y nos vuelves mármol de tanto razonar;
yaces sepultado con una pompa tal
que morirían los reyes por semejante tumba.

Margaret Cavendish (1623-1673)

Una carta sobre Shakespeare

De CCXI *Sociable Letters*, escritas por la entonces Duquesa de Newcastle, 1664

Traducción de Alicia Jurado (Buenos Aires: SUR, nr. 289-290, Julio-Agosto-Setiembre-Octubre de 1964)

Me pregunto cómo esa persona que menciona V. M. en su carta, pudo tener la osadía y presunción de menospreciar las piezas de Shakespeare, diciendo que sólo estaban hechas con rústicos, bobos, guardianes y gentes semejantes; pero, para responder a esa persona, aunque el ingenio de Shakespeare sería respuesta sobrada, digo que por su juicio o su censura se advierte que ni entiende de teatro ni de ingenio; pues expresar con propiedad, corrección y naturalidad el carácter, los gestos, frases, apariencia, maneras, acciones, palabras y forma de vida de un rústico o de un bobo, requiere tanto ingenio, sabiduría, juicio, invención y observación como escribir y expresar los gestos, frases, apariencia, maneras, acciones, palabras y forma de vida de reyes y de príncipes; lo requiere de igual manera representar con naturalidad, tal como son en la vida misma, tanto una moza campesina de baja condición, como una gran dama; una cortesana, como una mujer virtuosa; un loco, como un hombre cuerdo; un ebrio, como un hombre que no lo está; un pícaro, como un hombre honrado; y tanto un rústico como un gentilhomme y un bobo como un sabio. Expresa y demuestra mayor ingenio presentar y dar a la posteridad las extravagancias

de la locura, la sutileza de los bribones, la ignorancia de los patanes y la simplicidad de los naturales o la astucia de los fingidos bobos, que la corrección, la honestidad, los modales cortesanos o los discursos razonables, pues es más difícil expresar el desatino que la razón y las conversaciones corrientes que las poco comunes; y es más difícil y requiere más ingenio representar un bufón que un grave gobernante; sin embargo, no le faltó aquél a Shakespeare para mostrar con la mayor fidelidad todo género de personas, cualesquiera fuesen su condición, profesión, calidad, educación o cuna; ni le faltó para expresar los diversos y diferentes caracteres o naturalezas, o las varias pasiones de la humanidad; y tan bien representó en sus obras a toda clase de personas, que parecería haberse transformado en cada una de las que describió; y, así como se creería a veces que él fuese realmente el rústico o el bobo que remeda, también se creería que fuese el rey y el consejero privado; y, del mismo modo que se le creería en verdad el cobarde que simula ser, también se le creería el soldado más diestro y más valiente. ¿Quién dudaría que hubiese sido tal como su Sir John Falstaff? ¿Y quién, de que no hubiese sido Enrique V? Tengo por cierto que Julio César, Augusto César y Antonio, nunca hicieron en la realidad mejor papel y acaso no tan bueno como al describirlos él, y creo que Antonio y Bruto no hablaron al pueblo mejor de lo que él les hizo hablar; hasta se diría que fue metamorfoseado de hombre en mujer, pues ¿quién podría describir mejor a Cleopatra y a muchas otras mujeres por él creadas, como Nan Page, Mrs. Page Mrs. Ford, la doncella del Doctor, Bentriz, Mrs. Quickly, Doll Tearsheet, y otras, que sería prolijo nombrar? Y en su vena trágica, presenta con tal naturalidad las pasiones y tanta probabilidad los infortunios, hiriendo tan vivamente el alma de sus lectores al percibirlos y sentirlos, que obliga a sus ojos a derramar lágrimas y llega al punto de persuadirlos de que son en verdad

actores, o cuando menos que asisten a las tragedias. ¿Quién no juraría que fue un noble amante quien tan bien corteja? Y no hay persona alguna descrita en su libro, de la que sus lectores no pudiesen pensar que les fuese bien conocida. En verdad, Shakespeare tenía un claro juicio, un vivo ingenio, una amplia fantasía, una observación sutil, una comprensión profunda y un lenguaje de los más galanos; era, ciertamente, un poeta por naturaleza, y no un orador que sólo habla bien sobre ciertos temas, como los letrados que pueden hacer discursos elocuentes ante el tribunal y ahogar, con sutileza e ingenio en asuntos legales, o los sacerdotes que saben decir elocuentes sermones o disputar sutil e ingeniosamente sobre teología, pero que quitándoles de allí y puestos a hablar de otros temas, no hallan argumentos; pues el ingenio y la elocuencia de Shakespeare eran generales, ya que en todos los casos más bien le faltaban temas para la labor de aquéllos, por lo que se vio forzado a pedir algunos de sus argumentos a la historia, de la que tomó sólo los hechos principales, siendo suyos el ingenio y el idioma; y era tan superior a otros que quienes escribieron después de él se vieron obligados a pedirle en préstamo, o más bien a robarle; podría mencionar muchos trozos en que otros famosos poetas nuestros hicieron tal cosa, pero no haré mención de ellos para no descubrirlos, sino que dejaré que los descubran quienes lean las obras de uno y otros. No me hubiese sido menester escribirle esto, pues los trabajos de Shakespeare habrían declarado esta misma verdad; mas creo que quienes censuran sus piezas lo hacen antes por envidia que por simplicidad e ignorancia ... Pero dejando que las obras del Shakespeare ejerzan su propia defensa, sus detractores su envidia y V. M. una ocupación de más provecho que la lectura de mi carta, quedo, Señora,
Su fiel amiga y humilde servidora,

MARGARET CAVENDISH, DUQUESA DE NEWCASTLE

Anónimo, 1623

Inscripción en el Monumento erigido a la memoria de William Shakespeare en la Iglesia de la Santísima Trinidad en Stratford-on-Avon

Traducción y notas de Marcelo Lara

*Judicio Pylum, genio socratem, arte Maronem,
Terra tegit, populus mæret, Olympus habet*

Stay passenger, why goest thov by so fast?
Read if thov canst, whom enviovs death hath plast
With in this monvment shakspeare: with whome,
Qvick natvre dide: whose name, doth deck y tombe,
Far more, then cost: sieh all, y he hath writt,
Leaves living art, bvt page, to serve his witt.

*Judicio Pylum, genio Socratem, arte Maronem,
Terra tegit, populus maeret, Olympus habet.^{1w}*

Detente, pasajero, ¿ante quién pasas tan deprisa?²

1 *La sensatez de Néstor, el genio de Sócrates, el arte de Virgilio, lo cubre la tierra, lo llora el pueblo, lo posee el Olimpo.*

2 En la inscripción del monumento erigido a la memoria de Shakespeare en la iglesia de Stratford-on-Avon se lee "STAY, PASSANGER, WHY GOEST 'HOU BY SO FAST". Sin embargo, en las reproducciones de esa arquitectura textual, se suele encontrar el mismo verso escrito de la siguiente manera: "Stay, passenger, who goest thou by so fast?". En este sentido, como se observará, hemos decidido para esta traducción, siempre teniendo en cuenta nuestros propósitos, subrayar cierta fuerza déictica que aparecería en el "who", señalando, quizás, la presencia del poeta. He-

Lee, si puedes, al que la envidiosa muerte ha colocado
Dentro de este monumento; Shakespeare, con quien
La fértil naturaleza murió; cuyo nombre adorna esta tumba
Con mucho más brillo; pues todo lo que él ha escrito
Deja al arte viviente apenas como un paje al servicio de su genio.

mos elegido, entonces, inscribir aquí ese sentido: hacer aparecer en esa línea ese sitio lejano, pero concreto. Hemos optado, frente a ambas posibilidades, el señalamiento de la inadvertida huella de su presencia fantasmal cristalizada en la piedra, frente a la otra opción, que requeriría del pasajero una respuesta a la pregunta por el “why” que, si bien retórica, habilitaría el espacio para una excusa, o una razón de su proceder.

John Dryden (1668)

De Poesía dramática, ensayo, 1668, p. 47

Traducción y nota de Ramiro Vilar

Comenzar, entonces, con Shakespeare; fue él el hombre que, de todos los poetas modernos, y acaso de los antiguos, tuvo el alma más abarcadora y amplia. Todas las imágenes de la naturaleza estaban aún presente para él, y logró extraerlas no con esfuerzo pero sí con fortuna: cuando describe alguna cosa, más que verla, lo que puedes es sentirla. Quienes lo acusan de falta de conocimientos le hacen el mayor de los elogios: él ha aprendido de modo natural; no necesitó usar los libros como lentes para leer la naturaleza; miró dentro de sí y allí la encontró. No puedo decir que sea parejo en toda su obra; de haber sido así, sería una injuria compararlo con los más grandes que ha dado la humanidad. Muchas veces es chato, insípido; su ingenio cómico a veces degenera en algo forzado y su inflada seriedad en algo ampuloso. Pero siempre es grandioso cuando se le presenta una ocasión grandiosa; nadie puede decir que al tener ante sí un tema a la altura de su ingenio, no se haya elevado por encima de la altura del resto de los poetas

,

*Quantum lenta solent inter viberna cupressi.*³

Esta consideración hizo afirmar a Mr. Hales, de Eton, que no existía tema sobre el que hubiese escrito poeta alguno, que no pudiese mostrar, mejor tratado, en Shakespeare; y, aunque hoy por lo general se le prefieran otros, el siglo en que vivió, que tuvo por contemporáneos suyos a Fletcher y a Jonson, nunca los igualó a él en su estima; y, en la corte del último Rey, cuando la fama de Ben estaba en su apogeo, Sir John Suckling, junto con la mayor parte de los cortesanos, ubicaron a nuestro Shakespeare muy por encima de él.

3 Virgilio, Bucólicas, I, 25. En esta primera égloga el pastor Títo se refiere a la ciudad de Roma: Uerum haec tantum alias inter caput extulit urbes/ Quantum lenta solent inter uiberna cupressi. "Pero ésta la cabeza tanto alzó entre otras urbes/ como entre las flexibles mimbreras los cipreses." Traducción de Pablo Imberg, Buenos Aires: Losada, 2004 (N. del T.).

Sir William D'Avenant y John Dryden, 1676

Prologue to *The Tempest or the Enchanted Island*

Traducción de Ramiro Vilar

As when a Tree's cut down the secret root
Lives under ground, and thence new Branches shoot
So, from old Shakespear's honour'd dust, this day
Springs up and buds a new reviving Play.
Shakespear, who (taught by none) did first impart
To Fletcher Wit, to labouring Johnson Art.
He, Monarch-like, gave those his subjects law,
And is that Nature which they paint and draw.
Fletcher reach'd that which on his heights did grow,
Whilst Johnson crept and gather'd all below.
This did his Love, and this his Mirth digest:
One imitates him most, the other best.
If they have since out-writ all other men,
'Tis with the drops which fell from Shakespear's Pen.
The Storm which vanish'd on the Neighb'ring shore,
Was taught by Shakespear's Tempest first to roar.
That innocence and beauty which did smile
In Fletcher, grew on this Enchanted Isle.
But Shakespear's Magick could not copy'd be,
Within that Circle none durst walk but he.
I must confess 'twas bold, nor would you now,
That liberty to vulgar Wits allow,
Which works by Magick supernatural things:
But Shakespear's pow'r is sacred as a King's.
Those Legends from old Priest-hood were receiv'd,

And he then writ, as people then believ'd.
But, if for Shakespear we your grace implore,
We for our Theatre shall want it more:
Who by our dearth of Youths are forc'd t'employ
One of our Women to present a Boy.
And that's a transformation you will say
Exceeding all the Magick in the Play.
Let none expect in the last Act to find,
Her Sex transform'd from man to Woman-kind.
What e're she was before the Play began,
All you shall see of her is perfect man.
Or if your fancy will be farther led,
To find her Woman, it must be abed.

Prólogo a *La Tempestad o la Isla Encantada*

Así como un árbol es cortado, y bajo el suelo,
La secreta raíz sigue con vida y brotan nuevas ramas,
Así, del antiguo y venerado polvo de Shakespeare,
Brota hoy y florece una obra vivificante y nueva.
Shakespeare, que sin ser él instruido, le enseñó
A *Fletcher* el ingenio, y el arte al laborioso *Jonson*.
Cual rey, impartió a sus súbditos la ley:
Y es ésa la naturaleza que después ellos trazaron y pintaron.
Fletcher alcanzó el fruto que floreció en esas alturas,
Mientras *Jonson* descendía a recoger los más profundos.
Esto hizo su amor, y esto resumió su regocijo:
Uno fue quien más lo imitó; el otro quien lo imitó mejor.
Y si es que el resto de los hombres escribió a partir de allí,
Lo hizo con las gotas caídas de la pluma de Shakespeare.
La tormenta que arrasó con la vecina orilla,
Aprendió de *La tempestad* de Shakespeare a rugir.
El candor y la belleza que sonrieron

En *Fletcher*, nacieron de esa isla encantada.
Pero la magia de Shakespeare no puede ser copiada;
Dentro de ese círculo nadie más que él se atrevió a entrar.
Y debo confesar que fue audaz, y hoy no concedería
A ingenios más vulgares, la libertad de obrar
Lo sobrenatural haciendo uso de esa magia:
Pero Shakespeare, cual un rey, goza de un poder sagrado.
Y recibidas del antiguo sacerdocio esas leyendas,
Pudo él entonces escribirlas, y el pueblo, pues, crearlas.
Pero si por Shakespeare tu gracia imploramos
Más aun lo haremos por nuestro teatro:
En el que a causa de la escasez de jóvenes,
Nos vemos forzados a usar a una mujer
Para representar el papel de un muchacho.
Y de tal transformación podrán decir
Que tiene más magia que la obra entera.
Que nadie espere así ver en el último acto
Que cambie su sexo masculino al de mujer.
No importa lo que fuera antes de empezar la obra:
Todo lo que verás de ella será un perfecto hombre.
Y si tu fantasía va a dar un paso más hasta verla
Cual mujer, entonces habrá que mandarla a dormir.

James Drake (1667-1707)

“Shakespeare Defended” (Shakespeare defendido),⁴ 1699

De The Antient and Modern Stages surveyed. Or, Mr. Collier's View of the Inmorality and Profaneness of the English Stage Set in a True Light. Wherein some of Mr. Collier's Mistakes are rectified, and the comparative Morality of the English Stage is asserted upon the Parallel (1699).⁵

Traducción de Marina Novello

La *Tragedia Moderna* es un campo lo suficientemente grande como para que nos perdamos en él, y por lo tanto no me tomaré la libertad de moverme a través de él a lo grande, sino que me remitiré a aquellas cosas que Mr Collier ya ha atacado. Entonces, bajo la presunción de que esos elementos son los más débiles, si pueden ser defendidos, el resto supongo que se sostendrán por sí mismos.

Comenzaré con Shakespeare a quien, no obstante la severidad de Mr. *Rymer* y el maltrato de Mr *Collier*, debo considerar el proto-dramaturgo de Inglaterra, aunque no alcanzó al arte de *Jonson* y de la conversación de *Beaumont* y *Fletcher*. Teniendo eso en cuenta, Shakespeare carece de muchas de

4 Todas las citas del texto de Shakespeare en español han sido tomadas de la traducción hecha por Luis Astrana Marín (Madrid, Aguilar S.A. de Ediciones, 1991; primera edición, 1932).

5 Los escenarios antiguos y modernos revisados. O la visión de la inmoralidad y profanidad de Mr Collier en el escenario inglés puesta en una luz verdadera, donde se corrigen algunos de los errores de Mr Collier y se afirma la moralidad comparativa del escenario inglés sobre un paralelo.

sus gracias, sin embargo sus bellezas compensan sus defectos, y la naturaleza lo ha provisto ricamente con los materiales, aunque su fortuna mala le negó el arte de usarlos para su mejor uso.

Su *Hamlet*, una obra de primer nivel, tiene la desgracia de caer bajo el desagrado de Mr Collier, y Ofelia, quien hasta ahora ha tenido la suerte de mantener su reputación, es finalmente censurada por la ligereza de su locura. No, Mr Collier está tan familiarizado con ella como para hacer el desagradable descubrimiento del mal olor de su aliento, que ningún cuerpo sospechó antes. Pero puede ser esto una suposición sin base, y Mr Collier es simplemente engañado por una mala nariz, o un diente podrido; y luego es obligado a rogar el perdón del poeta y la dama por el mal que les ha hecho. Pero eso caerá con más naturalidad bajo nuestra consideración en otro lugar.

Hamlet, rey de Dinamarca, fue asesinado en privado por su hermano, quien inmediatamente se casó con su viuda y suplantó a su sobrino en la sucesión al trono. Aquí viene la acción de la obra.

El fantasma del rey muerto se aparece a su hijo, el joven Hamlet, y le declara cómo y por quién fue asesinado, y le pide que lo vengue. Hamlet, entonces, crece muy infeliz, y el rey muy celoso de él. Luego es despachado con los embajadores a Inglaterra, y más tarde es supuesto tributario de Dinamarca, a donde es enviada una comisión secreta para matarlo. *Hamlet*, cuando lo descubre, escribe una nueva comisión en la que inserta los nombres de los embajadores en lugar del suyo. Después un pirata ocupa su barco, y Hamlet la aborda muy ansioso. El barco es llevado y atracado en Dinamarca nuevamente. Los embajadores, que no sospechan el engaño de Hamlet, avanzan en su viaje y son atrapados en su propia trampa. Polonio, un consejero del rey, convirtiéndose en espía detrás de las cortinas en una entrevista

entre Hamlet y su madre, es confundido por el rey y asesinado por Hamlet. Laertes, su hijo, junto con el rey, conjuran la muerte de Hamlet con un enfrentamiento falso en Foys, donde Laertes usa un arma envenenada. El rey, que no confía en este engaño simple, prepara una copa envenenada para Hamlet que, sin saber, termina bebiendo la reina. Hamlet es demasiado duro para Laertes y termina con él, y luego recobra el arma envenenada, pero al hacerlo hiere con ella y es herido por ella. Laertes, percibiendo que está a punto de morir, confiesa que fue todo un esquema ideado por el rey para la vida de Hamlet, y que la práctica falsa se dio vuelta justamente sobre él. La reina, en ese mismo instante, grita que ha sido envenenada, entonces Hamlet hiere al rey con el arma envenenada. Todos mueren.

Cualesquiera sean los defectos que los críticos puedan encontrar en esta fábula, la moral de ella es excelente. Aquí hay un asesinato cometido en la privacidad, descubierto de forma extraña, y castigado de forma fantástica. Nada en la antigüedad puede equipararse con esta trama en la distribución admirable de la justicia poética. Los criminales no sólo son ejecutados sino que caen en sus propios afanes, sus propios estratagemas se les vuelven sobre sí mismos y ellos se ven envueltos en los problemas y la ruina que habían proyectado para Hamlet. Polonio, al jugar al espía, se encuentra con un destino que no se esperaba ni estaba planeado para él. Guildenstern y Rosencrantz, los señuelos del rey, son engañados y enviados a encontrarse con el destino que estaban preparando para el príncipe. El tirano mismo cae en por su propio plan y por la mano del hijo del hermano que él había asesinado. Laertes sufre por su propia malicia y muere por el arma de su propia confección. Los crímenes de todos producen naturalmente sus castigos y todos ellos (exceptuando al tirano) comienzan la historia como unos desafortunados y, luego, como villanos.

La enseñanza moral de todo esto es muy obvia. Nos muestra que *La grandeza del ofensor no califica la ofensa, y que ningún poder o política humana es suficiente para proteger de la mano y ojo imparciales de la providencia, la cual derrota sus propósitos malignos y da vuelta sus maquinaciones peligrosas sobre sus propias cabezas*. Hamlet insinúa él mismo esta moral cuando le dice a Horacio que él debe el descubrimiento del plan contra su vida en Inglaterra a una curiosidad indiscreta e impetuosa, y hace entonces esta inferencia:

...nuestra indiscreción nos presta a veces buen servicio, mientras fracasan nuestros proyectos más maduros, y esto debe enseñarnos que hay una divinidad que labra nuestros designios, por muy toscamente que los desbastemos. [5.2.8 ss]

Las tragedias de este autor en general poseen enseñanza moral y son instructivas, y muchas de ellas, tal y como las mejores de la antigüedad, no pueden igualarse en este aspecto. Su Rey Lear, Timón de Atenas, Macbeth y algunas otras son tan remarcables en ese sentido que sería impertinente molestar al lector con un examen minucioso de obras tan conocidas y aprobadas.

Para no desviarme más, creo que le debemos a los poetas trágicos modernos la introducción de la justicia poética sobre el escenario, y debemos reconocer que fueron los primeros que hicieron su objetivo constante instruir así como también agradar con la fábula. Los antiguos trajeron de forma indiferente todo tipo de sujetos sobre el escenario, que sacaron de la historia o la tradición, y que fueron entonces más solícitos a que sus historias conformaran al relato original o a la opinión pública que a la justicia poética o la propiedad de la acción trágica. Por esto todas las esperanzas de una enseñanza moral fueron cortadas, o, si por casualidad la historia permitía alguna de algún tipo, se la debemos a

la suerte del poeta que a su habilidad o cuidado. Entonces la enseñanza moral, el logro más alto y útil que se hizo o se hará en el teatro, es de extracción moderna, y puede muy bien ser declarada argumento que frena cualquier reclamo a favor de los antiguos tanto en cuanto a su preferencia en cuestiones de moralidad y del servicio a la virtud, como en respuesta a todas las objeciones hechas a los modales y conductas del escenario moderno en general.

Así el escenario moderno, contra el cual Mr Collier declama con malicia y amargura, es por esto infinitamente preferible al de los atenienses, al cual Mr Collier alaba y admira. Y lo que él crítica como la perdición de la sobriedad y la peste de las buenas maneras es confirmado como el instrumento más conveniente para propagar la enseñanza moral, y el vehículo más sencillo y satisfactorio para hacer que la instrucción haga efecto.

Los poetas (dice Mr Collier) hacen que las mujeres hablen de forma obscena. Ellos las llevan a un muy mal comportamiento, como por ejemplo a la violencia hacia su modestia nativa y una mala interpretación de su sexo. La modestia, observa Mr Rapin, es la característica de las mujeres. Los poetas representan a sus damas solteras, y personas de condición, bajo estos desórdenes de la libertad. Esto hace que la irregularidad sea aún más monstruosa, y genera una contradicción mayor en la naturaleza y la probabilidad.

Aquí de vuelta, de acuerdo con su método usual, Mr Collier erra su punto y escapa con una pista falsa. Sin embargo, él llora abiertamente que la música puede cubrir el error y atraer a todos aquellos que no sean fieles compañeros de su error. Mr Rapin observa que la personalidad de las mujeres es la modestia, y entonces Mr Collier piensa

... que ninguna mujer debe ser mostrada sin ella. Aristóteles había dado coraje y valor como característica o marca de distinción propia del otro sexo, lo cual era una noción tan antigua y universalmente aceptada que la mayoría de las naciones la habían denominado a partir de ese sexo, como si fuera particular de él. Los griegos lo llamaban *ἄρρεία*, nosotros, masculinidad. Sin embargo no es un error en la manera poética de representar a veces a los hombres en el escenario como cobardes, ni ningún hombre pensó jamás que todo el sexo estaba afectado por él, incluso cuando podía afectar a algún individuo.

Si los poetas ubicaban a estas mujeres de libertad como representantes de todo su sexo, o pretendían hacerlas el estándar para medir al resto, el sexo hubiera tenido una razón justa para quejarse de tal abusiva interpretación. Pero es lo contrario: el sexo no tiene interés en las virtudes o vicios de ningún individuo, ya sea en el escenario o fuera de él. Ellas no reflejan honor o desgracia en el cuerpo colectivo así como ni la pulcritud ni la buena educación de la corte afectan la maldad o malos modales de la *Billingsgate*⁶ o son afectadas por ellas.

En las obras los personajes no son ni universales ni generales. Marcas tan comprensivas son las impresiones y firmas de la naturaleza, que no deben ser corregidas o mejoradas por nosotros, y que, entonces, tampoco deben interferirse. Además, ellas no nos dan ninguna idea de la persona caracterizada más allá de lo que es común al resto de las especies, y no la distinguen lo suficiente. Tampoco son tan singulares como para extenderse más allá de individuos únicos. Personajes con un espectro tan estrecho serían de

6 Pequeño distrito ubicado al sudeste de la ciudad de Londres, famoso por su mercado de pescados.

muy poco uso o diversión porque no parecerían naturales, en particular porque los originales son desconocidos para gran parte de la audiencia, por no decir toda. Tampoco podría la audiencia encontrar nada para corregirse a sí misma al ver las debilidades peculiares de un hombre particular expuesto. Este era de hecho el método de la comedia griega antigua, pero luego eligieron personas públicas a las que vistieron con sacos de tonto y expusieron en el escenario no por sus formas sino por las del gusto del poeta; una insolencia que nunca podría haber durado en ningún lugar salvo en un gobierno popular donde los mejores hombres son a veces sacrificados a los humores y caprichos de una multitud risueña. Incluso así fue finalmente suprimida.

Los personajes entonces no deben ser muy generales o muy singulares, uno pierde la distinción, el otro la hace monstruosa; estamos tan familiarizados con eso que no lo notamos, y demasiado desacostumbrados como para reconocerlo como real. Pero entre estos hay casi una variedad infinita, algunos naturales y cercanos a los generales, como varias edades del mundo, y de la vida, sexos y temperamentos; otros artificiales y más particulares, como las vastas variedades y formas de la villanía, picardía, locura, afectación, humor, etc. Todo esto está dentro del reino del poeta, y él puede obligar a cada cosa a atenderlo cuando él necesite de sus servicios. Sin embargo, a pesar de que éstos constituyen a la gran mayoría de la raza humana, al poeta no le gusta imaginar que tiene alguna autoridad sobre todos ellos o esperar homenaje de cualquiera de ellos como el público representativo de sus sexos.

Sin embargo, incluso dándole a los poetas una autoridad tan ilimitada (cosa que no haré) el argumento de Mr Collier igual se desarma. Porque tanto en la pintura como en la poesía, es una máxima tan verdadera como común que hay dos tipos de parecidos, uno apuesto, el otro familiar. Ahora

bien, la comedia, cuyo deber no es favorecer, tal y como las caricaturas, hace verdaderos los rasgos aunque el aire sea ridículo. El sexo tiene sus manchas características así como también ornamentos; esos deben ser copiados cuando se pretende un personaje defectuoso, mientras que los otros son para uno perfecto. Y sin embargo, por las razones ya dichas, cuando las virtudes o los vicios de cualquier mujer particular son representados, el sexo en general no tiene participación ni en el cumplido ni en la afrenta. Porque, no obstante cualquier instancia particular contraria, el sexo puede ser en lo principal o bueno o malo. Así que la acusación de Mr Collier de mala representación del sexo en general no tiene sustento.

Pero él persigue su argumento a los particulares, y no ve que incluso la calidad en sí misma no es exceptuada de estas malas administraciones.

Si las dignidades dieran verdadero mérito y los títulos nobiliarios se llevaran todas las manchas, los poetas estarían ciertamente muy equivocados en representar cualquier persona de calidad con fallas. Pero si el nacimiento o el ascenso social no son suficiente guardia para la debilidad de virtud o entendimiento, si el título nobiliario no es seguridad contra las debilidades humanas usuales, no veo razón alguna por la que no deberían aparecer juntos tanto sobre el escenario menor del teatro y como del escenario grande del mundo. Pero esto será mejor considerado en otro lugar. De estas excepciones más generales él descende a las expresiones particulares. Para lo cual, a fin de volverlas más inexcusables, se explaya en elogios extravagantes de los antiguos sobre el resultado de su modestia y la limpieza de sus expresiones. En este uso él se esfuerza notablemente y pretende no dejar ningún pasaje excepcional sin remarcar. Pero o ha tenido una cosecha prodigiosa o es un marido muy malo, porque deja grandes hechos detrás de

él. Seremos audaces al caminar el mismo suelo y levantar algunos de sus restos (porque todos serían demasiado voluminosos como para encontrar espacio en este lugar), y restaurarlos a sus dueños, ya sea que hayan sido dejados por negligencia o por un plan.

Una cosa que deseo que el lector note es que no cargo estos pasajes como faltas o inmoralidades sobre los antiguos, sino que sólo son para mostrar la parcialidad de Mr Collier, quien lucha contra las palabras y el sentido de los modernos de forma violenta sólo para hacer monstruoso e insufrible en ellos aquello que excusa o defiende en otros. Tampoco yo pretendo aquí presentar al lector con una colección completa de este tipo. Yo le aseguro que dejaré sin tocar varias de estas instancias que ya he observado entre los dramaturgos griegos y latinos, y sólo le daré tantas como sean indispensables para mostrar de qué forma tan injusta Mr Collier ha dibujado su paralelo. Porque desde que ambos, antiguos y modernos, como poetas, son enviados hacia y deberían ser gobernados por las mismas leyes, es con razón que tanto el uno como el otro deberían ser permitidos el beneficio de ellas.

Ofelia de Shakespeare viene primera bajo su látigo por no mantener su boca limpia en su locura. Mr Collier es tan bueno que el aliento de Ophelia, que por tantos años ha superado la prueba de las narices más críticas, huele podrido para él. Sería válido, entonces, cuestionar si la falta reside en la boca de ella o en la nariz de él.

Ofelia era una joven virgen modesta, amada por Hamlet, y enamorada de él. Su pasión era aprobada y dirigida por su padre, y sus pretensiones de estar con Hamlet, el aparente heredero a la corona de Dinamarca, eran alentadas y apoyadas por la aceptación y la asistencia del rey y la reina. Un amor probable, plantado tan naturalmente en un pecho tan tierno, criado con tanto cuidado, fertilizado de forma tan habilidosa e impuesto con tanta fuerza, debe

necesitar echar raíces muy profundas y llevar una gran cabeza. Amor, incluso en las circunstancias más difíciles, es la pasión que más predomina de forma natural en los pechos jóvenes, pero cuando es alentado y querido por aquellos a quienes ellos admiran, crece magistral y tiránico, y no admitirá ninguna verificación. Este fue el caso de la pobre Ofelia. Hamlet lo había jurado, su padre lo había aprobado, el rey y la reina habían consentido, no, habían deseado la consumación de sus deseos. Sus esperanzas explotaron cuando las rompieron de forma miserable. Hamlet, por error, mata a al padre de Ofelia y se vuelve loco, o, lo que es lo mismo para ella, simula estar loco tan bien que ella cree que es real. Aquí la piedad y el amor concurren para hacer que su aflicción sea penetrante y para hacer que su tristeza sea más profunda y duradera. Romper dos pasiones tan violentamente desde la raíz genera convulsiones horribles en una mente tan tierna y en un sexo tan débil. Estas calamidades la distraen y ella habla incoherentemente; frente a esto Mr Collier se asombra, queda estupefacto, y piensa que la locura de la mujer termina con su mente. Pero a pesar de que ella habla un poco mareada, y parece querer dormir, no creo que necesitara ninguna castaña de cajú en su boca para corregir su aliento. Este es un descubrimiento de Mr Collier (como otros suyos) que quizás es de la opinión de que el aliento y la comprensión tienen la misma base y deben ser corrompidos juntos. Sin embargo, finalmente Shakespeare la ahoga, y Mr Collier está enojado porque no lo hizo antes. Él prefiere tener su ejecución de forma seria y en una tristeza sobria, sin la excusa de la locura para el suicidio. Matarla no es suficiente para él a menos que ella sea también condenada. Aún admitiendo que la causa de su locura sea *partie per pale*⁷, la muerte de su padre y la pérdida de su amor – que

7 División de un escudo de armas en dos partes iguales por una línea perpendicular.

es lo máximo que podemos decir de este último-, su pasión es tan inocente e inofensiva en su distracción como antes, aunque no tan razonable y bien gobernada. Mr Collier no nos ha dicho en qué basa su fuerte censura, pero podemos adivinar que si él estuviera tan enojado como pretende sería con la canción loca que Ofelia le canta a la reina, que me atreveré a transcribir sin miedo de ofender la modestia de la oreja más casta

Mañana es la fiesta
de San Valentín;
al toque del alba
vendré por aquí.

Iré a tu ventana,
que soy doncellita
pronta a convertirme
en tu Valentina

Entonces él se alza
y pónese aprisa ligero vestido;
y, abriendo la puerta,
entró la doncella,
que tal no ha salido.

- ¡Por Jesús y la Santa Caridad!
- ¡Desdichada de mí! ¡Ay qué vergüenza!
- Hacen todos los jóvenes lo mismo cuando este propio caso se les brinda.
- Pues juro a Dios que es una acción villana
- contestó la doncella-, porque antes de tenderme en el lecho, prometiste unirte en sacrosanto matrimonio.
- Y tal hiciera, por la luz del sol,

si no te anticiparas a mi tálamo.

[4.5.46 ss.]

Es extraño que este material oscile tanto en el estómago de Mr Collier y lo ponga en tal escándalo. Es tonto, es cierto, pero muy inofensivo, y no es un gran milagro que una mujer fuera de sus cabales hable sin sentido si, además, en lo mejor de su intelecto no tenía ningún talento extraordinario en el discurso. Sin duda, las funciones digestivas de Mr Collier están tan extremadamente alteradas que esa mera papilla aguada le resulta violentamente corruptiva.

Pero los niños y los locos cuentan la verdad, dicen, y él parece descubrir a través de la locura de Ofelia lo que ella realmente quiere decir. A ella la acomplejaba la pérdida de su enamorado y la ruptura de su compromiso, pobre alma. No es poco probable. Sin embargo, esto no era novedad en los días de nuestros antepasados; si él gusta de consultar los archivos, encontrará que incluso en los días de Sófocles las damas tenían un deseo semejante, y querían saber qué era antes de morir.⁸ (286-97)

8 Este no es el Don John de *Much Ado*. (n. de T.: esta nota es del autor y está ubicada en este párrafo, aunque no parezca tener relación directa con el contenido del artículo).

Alexander Pope (1688-1744)

Prefacio para la edición de las obras de Shakespeare, 1725

Traducción de Alicia Jurado (Buenos Aires: SUR, nr. 289-290, julio-agosto-setiembre-octubre de 1964)

No es mi propósito hacer la crítica de este autor; aunque realizarla eficazmente y sin superficialidad sería, para cualquier escritor justo, la mejor ocasión de formar el juicio y el gusto de nuestro pueblo. Pues, entre todos los poetas ingleses, debe confesarse que Shakespeare es para la crítica el mejor y el más completo de los sujetos y el que ofrece los ejemplos más numerosos y conspicuos de toda suerte de bellezas y defectos. Pero esto sobrepasa en mucho los límites de un prefacio, cuyo fin sólo es dar cuenta del destino de sus obras y de los inconvenientes que tuvieron para sernos transmitidas. En él atenuaremos muchas faltas que son suyas, y lo absolveremos de muchas otras que no lo son; propósito que, aunque no sirva de guía a los críticos futuros para hacerle justicia en una forma, bastará al menos para impedirles que sean injustos con él en otra.

Sin embargo, no puedo dejar de mencionar algunas de sus excelencias principales y características, por las cuales (a pesar de sus defectos) se le eleva universalmente y con justicia por encima de todos los demás dramaturgos. No porque sea éste el lugar adecuado para su elogio, sino porque no omitiría ninguna ocasión de hacerlo.

Si hubo autor alguno que mereciese el nombre de original, ése fue Shakespeare. El propio Homero no extrajo su

arte tan directamente de las fuentes de la naturaleza: pasó a través de filtros y canales egipcios y no le llegó sin teñirse un tanto con los conocimientos de quienes lo precedieron, o adquirir la estampa de sus moldes. La poesía de Shakespeare fue la inspiración misma: es menos un imitador que un instrumento de la naturaleza, y es menos apropiado decir que él habla por boca de ésta que decir que ella lo hace a través de él.

Sus personajes representan a tal punto la naturaleza misma, que es una suerte de injuria darles el nombre, tan inadecuado, de copia suyas. Los de otros poetas se asemejan siempre, lo que demuestra que los recibieron unos *de* los otros y no hicieron sino multiplicar la misma imagen; cada figura, como un arco iris secundario, es apenas el reflejo de un reflejo. Pero en Shakespeare cada personaje es un individuo, hasta el punto en que lo son en la vida misma; tampoco es posible hallar dos iguales, y aquellos que por su relación o afinidad en cualquier aspecto parecen asemejarse en mayor grado, se verán notablemente diferentes al compararlos entre sí. A este realismo y variedad de los caracteres, debemos añadir su maravillosa continuidad a través *de* las obras, tal que, si todos los discursos se imprimiesen sin los nombres de quienes los pronuncian, creo que se podrían aplicar con certeza a cada personaje.

El poder de obrar sobre nuestras pasiones nunca fue poseído en grado más eminente, ni demostrado con tan diversos ejemplos. No obstante, no se advierten dificultad ni esfuerzo para provocarlas; no hay una preparación para conducir nuestras conjeturas hacia el efecto, o que nos guíe perceptiblemente hasta él; pero el corazón se colma y saltan las lágrimas precisamente en los lugares adecuados. En el momento de nuestro llanto nos sorprendernos y, sin embargo, a poco de reflexionar, la pasión nos parece tan justa, que nos hubiese sorprendido no llorar y no hacerlo en ese preciso instante..

¡Cuán asombroso resulta, además, que maneje con la misma destreza las pasiones directamente opuestas a aquéllas, la risa y la tristeza! ¡Que sea tan buen maestro de lo que hay de grande en la naturaleza humana, como de lo que hay en ella de ridículo: nuestras ternuras más nobles y nuestras debilidades más vanas; nuestras emociones más fuertes y nuestras sensaciones más triviales!

Tampoco se limita su excelencia a las pasiones: en la serenidad de la reflexión y el razonamiento es igualmente admirable. Sus opiniones sobre cualquier asunto no sólo son, en general, las más atinadas y juiciosas, sino que un talento muy peculiar, mezcla de penetración y de expresión feliz, lo lleva al punto mismo que constituye el eje de cada argumento, o del de sus pensamientos de tal manera que parece haber conocido el mundo por al provenir de un hombre que no tuvo ocasión ni experiencia en ninguno de esos vastos escenarios públicos de la vida que son la sustancia habitual de sus pensamientos; de tal manera que parece haber conocido el mundo por intuición, haber abarcado con una sola mirada la naturaleza humana y *ser* el único autor que justifica un punto de vista muy nuevo: que se puede nacer filósofo y hasta hombre de mundo, como se nace poeta.

Es preciso reconocer que, junto con estas grandes excelencias, tiene defectos casi tan grandes como ellas; y, así como escribió mejor que cualquier otro, acaso también haya escrito peor que ninguno. Pero creo que en alguna medida puedo explicar estos defectos, a partir de varias causas y accidentes, sin los cuales es difícil imaginar cómo una mente tan capaz e ilustrada pudiese haber sido susceptible de caer en ellos. Que todas estas contingencias se uniesen para su desventaja, me parece tan singular desdicha como fue cosa feliz y extraordinaria que tan diversos (y hasta contradictorios) talentos se dieran cita en no solo hombre.

Debe admitirse que la poesía teatral es, entre todas, la que suele rebajarse más al nivel que complace al populacho, y cuyo éxito depende en forma más inmediata del sufragio común. No puede sorprender, *por lo* tanto, si Shakespeare no tuvo al comienzo otro propósito que el de procurarse una subsistencia con sus escritos, que haya dirigido sus esfuerzos solamente a satisfacer el gusto y el humor que entonces prevalecía. El público se componía por lo general de las gentes más bajas, y por ello las imágenes de la vida debían tomarse entre los de su misma condición; según esto, encontrarnos que no sólo las comedias de nuestro autor, sino casi todas las antiguas, tienen lugar entre mercaderes y artesanos; hasta sus piezas históricas siguen estrictamente las antiguas narraciones comunes o las vulgares tradiciones de este tipo de gentes. En la tragedia, es seguro que nada sorprendía tanto ni causaba mayor admiración como los hechos e incidentes más extraños, inesperados y, en consecuencia, antinaturales; los pensamientos más exagerados; las expresiones más verbosas y altisonantes; las más pomposas rimas y la versificación más atronadora. En la comedia, nada agradaría tanto como la mezquina bufonada, la vil obscenidad, las chanzas groseras de payasos y patanes. Pero, aun en éstos, el ingenio de nuestro autor se eleva por encima de su tema; en esos papeles bajos, su genio es como algún príncipe novelesco disfrazado de pastor o de labriego; de vez en cuando irrumpen cierta grandeza y espiritualidad que manifiestan la mayor altura de su origen y de sus cualidades.

Se puede añadir que no sólo el público común carecía de toda noción acerca de las normas literarias, sino que hasta eran pocos, entre los de mejor clase, quienes podían jactarse de poseer a este respecto, conocimientos o sutileza en mayor grado; hasta que Ben Jonson, al adueñarse de la escena, trajo la moda del conocimiento crítico; y puede observarse

que esto no sucedió sin dificultad, en las frecuentes lecciones (y, en verdad, casi declamaciones) que se veía obligado a anteponer a sus primeras obras y a poner en boca de sus actores: el Grex, el Coro, etc., para eliminar los prejuicios e informar el juicio de sus oyentes. Hasta entonces, nuestros autores no pensaban en escribir a imitación de los antiguos; sus tragedias no eran sino historias dialogadas y sus comedias se ajustaban a la narración de cualquier relato tal como lo encontrasen, con fidelidad no menor que si se hubiese tratado de la verdadera historia.

Juzgar, pues, a Shakespeare según las normas de Aristóteles, es como juzgar a un hombre de acuerdo con las leyes de un país cuando ha obrado bajo las de otro. Escribió para el pueblo, y lo hizo al principio sin el apoyo de los mejores y por lo tanto sin el propósito de complacerlos; sin la asistencia ni los consejos de los sabios y sin las ventajas de la educación o de la amistad con ellos; sin el conocimiento de los mejores modelos, los antiguos, para inspirarle a la emulación; en una palabra, sin tener en vista la reputación ni aquello que los poetas se complacen en llamar la inmortalidad; motivos que, por separado o en conjunto, han alentado la vanidad o animado la ambición de otros escritores.

Sin embargo debe observarse que, cuando sus obras merecieron la protección de su Príncipe, y el estímulo de la Corte sucedió al del pueblo, las de sus años más maduros sobrepasan manifiestamente a las anteriores. Las fechas de sus piezas son prueba suficiente de que sus obras mejoraron en proporción al respeto que le merecían sus oyentes. Y no dudo que se comprobaría la verdad de esta observación en todos los casos, si existieran ediciones en las que pudiésemos saber la fecha exacta en que fue compuesta cada pieza, y si fue escrita para el pueblo o para la Corte.

Otra causa (y no menos importante que la anterior) se puede deducir del hecho de que nuestro autor fuese un actor,

y se hubiese formado primero según los juicios del grupo humano del que era miembro. Siempre tuvieron un patrón propio, basado sobre principios diferentes de los de Aristóteles. Como viven de la mayoría, no conocen otra regla que la de agradar el gusto del momento y acceder al ingenio de moda, consideración que limita todo su juicio. Los actores son tan buenos jueces de lo que es correcto, como pueden serlo los sastres de lo que es elegante. Y, desde este punto de vista, es justo admitir que la mayoría de las faltas de nuestro autor deben atribuirse menos a su juicio erróneo como poeta que a su juicio acertado como actor.

Estos hombres consideraron elogioso para Shakespeare, decir que rara vez borraba un verso. Difundieron este hecho con diligencia, según se ve por lo que nos dice Ben Jonson en sus *Discoveries* y el prefacio de Heminges y Condell a la primera edición *in folio*. Pero en realidad (por mucho que haya prevalecido) nunca hubo información más infundada, ni más contradicha por las pruebas más irrefutables. Así, la comedia de *Las alegres comadres de Windsor*, que reescribió por completo; la historia de *Enrique VI*, que se publicó primero bajo el título de *La lucha entre York y Lancaster*, y la de *Enrique V*, extremadamente mejorada; la de *Hamlet*, aumentada casi hasta el doble, y muchas otras. Creo que la opinión corriente acerca de su falta de erudición no tiene mejor fundamento. También esto pudo parecer un elogio a algunos y, con la misma falta de juicio, otros le han atribuido sus errores. Pues es seguro que, en caso de ser así, sólo se podría referir a una pequeña parte de tales errores; la mayoría no son defectos propiamente dichos, sino excesos, y no surgen de la falta de conocimientos o de lecturas, sino de pensamiento y reflexión; o más bien (para ser más justos con nuestro autor), por hacer concesiones a esas carencias en los demás. En cuanto al desacierto al elegir el tema y desarrollar los episodios, los pensamientos falsos,

las expresiones forzadas, etc., cuando no han de atribuirse a las razones accidentales que mencioné, deberán imputarse al poeta mismo y no hay más que hacer. Pero creo que las dos desventajas que señalé (verse obligado a complacer a las gentes más bajas y andar en las peores compañías), si esta consideración se extiende hasta donde fuese razonable, parecerán suficientes para descaminar y deprimir al mayor genio de la tierra. Cuanto más dotado esté de modestia, mayor peligro correrá de someterse y conformarse a los otros, en contra de su mejor juicio.

Pero, en lo que se refiere a su falta de erudición, será preciso decir algo más: hay, por cierto, una gran diferencia entre ésta y el conocimiento de idiomas. No puedo determinar en qué medida ignoraba estos últimos, pero es patente que tenía muchas lecturas, aunque no se le quiera llamar erudición. Si un hombre posee conocimientos, tampoco importa demasiado que los haya obtenido en un idioma o en otro. Nada es más evidente que el hecho de que poseía nociones de filosofía natural, mecánica, historia antigua y moderna, poesía y mitología; lo hallamos muy informado acerca de los usos, ritos y costumbres de la antigüedad. En *Coriolano* y *Julio César* están pintados con exactitud no sólo el espíritu sino las costumbres de los romanos, y hasta aparece una distinción más sutil, entre las de los romanos en tiempos del uno y del otro. No es menos conspicua su lectura de los historiadores antiguos, en muchas referencias a pasajes determinados, y las alocuciones copiadas de Plutarco en *Coriolano* se pueden utilizar, creo, como ejemplo de su saber, tanto como aquellas copiadas de Cicerón en *Catilina* de Ben Jonson. Los usos de otros pueblos en general, los egipcios, venecianos, franceses, etc., están descritos con igual propiedad. Cualquiera sea el objeto natural que describe o la rama de la ciencia de que hable, siempre lo hace con un conocimiento competente, si bien no extenso; sus descripciones

son siempre exactas, todas sus metáforas apropiadas y notablemente tomadas de la verdadera naturaleza y cualidades inherentes a cada sujeto. Cuando trata de ética o de política, observamos constantemente una maravillosa justicia en la discriminación, así como una comprensión vasta. Nadie domina mejor la historia de la poesía, ni alude con mayor frecuencia a sus diversas partes; Mr. Waller (a quien se ha celebrado por esto último), no ha demostrado en este punto más conocimientos que Shakespeare. Tenemos traducciones de Ovidio publicadas bajo su nombre, entre los poemas que pasan por suyos, algunos de los cuales con pruebas suficientes (por ser publicados por él mismo y dedicados a su noble protector el Conde de Southampton). También parece haber conocido a Plauto, de quien tomó el argumento para una de sus obras; imita a los autores griegos y particularmente a Dares Phrygius, en otra (aunque no presumo poder decir en qué idioma los leyó). Es patente que conocía los narradores modernos italianos, y podemos deducir que no tenía menos trato con los antiguos de su propio país por la forma en que utilizó a Chaucer en *Troilo y Cresida* y en *Two noble kingmen*, si esa pieza es suya como dice una tradición (y en verdad se parece muy poco a Fletcher y más a nuestro autor que algunas otras admitidas como auténticas).

Me inclino a suponer que esta opinión tuvo origen en el celo de los partidarios de nuestro autor y los de Ben Jonson, cuando se empeñaban en exaltar el uno a expensas del otro. Siempre fue cosa natural en los partidos situarse en los extremos y nada hay más probable que, por el hecho de tener Ben Jonson más conocimientos, se dijese por un lado que Shakespeare carecía de ellos por completo; y, porque Shakespeare tenía mucho más ingenio e imaginación, se replicase por el otro que a Jonson le faltaban ambos. Porque Jonson no escribía de improviso, se le reprochaba que tardaba un año para componer cada pieza y, porque

Shakespeare escribía con facilidad y rapidez, exclamaban que nunca borraba nada. El espíritu de oposición era tal, que cualquier cosa objetada por un bando era tomada por el otro y convertida en alabanzas, con tan poco juicio como el de sus antagonistas al presentarla como objeción ...

Terminaré diciendo de Shakespeare que, con todos sus defectos y la irregularidad de su drama, sus obras pueden mirarse, si se las compara con aquellas más perfectas y equilibradas, como una antigua y majestuosa construcción de arquitectura gótica comparada con un sencillo edificio moderno: el último es más elegante y pulido, pero la primera es más sólida y solemne. Debe concederse que en la una hay materiales suficientes como para construir varios semejantes al otro. Su variedad es mucho mayor y sus estancias mucho más nobles, aunque a menudo nos conduzcan a ellas por pasajes oscuros, extraños y extravagantes. El conjunto no deja tampoco de despertarnos una mayor reverencia, aunque muchas de las partes sean infantiles, estén mal situadas y no se hallen a la altura de su grandeza.

John Oldmixon

Acerca de la manipulación de las obras de Shakespeare, 1700

Epílogo a *Medida por medida* de Gildon

Traducción de Ramiro Vilar

El Epílogo

Pronunciado por el fantasma de *Shakespeare*

¡Suficiente! Estando vivo conocí vuestra crueldad
¿Habrán de perseguirme también después de muerto?
Por recientes injurias perpetradas en escena,
Mi fantasma no soporta más y arde de ira.
He visto escritorzuelos mutilar mis obras,
Masacradas en escena por actores sin vida;
Contemplé aquí con gusto a un gordo *Falstaff*
Blandiendo enardecido su botella y su garrote:
Así pensé a ese Caballero, y así se presentó;
Alardeaba como *Falstaff* y como *Falstaff* temía.
Pero cuando se representó al bribón en aquel otro escenario⁹
Apenas si yo mismo logré reconocerlo.
A sí mismos, y no lo que escribí, representaban;

9 La obra de Gildon fue representada en Lincoln's Inn Fields, donde *Henry IV* venía gozando de un resurgimiento con Betterton como Falstaff; "aquel escenario" es presumiblemente Drury Lane, el hogar (junto con Dorset Garden) de la "United Company", de la cual Betterton y otros se habían retirado en 1694-5.

Y de un pobre fanfarrón sacaron cinco borrachos insulsos.
¡Diablos! ¡Que si tales artes os engañan,
Me convierta yo en el estribillo recitado por un *burro*!
¡O! Si alguna vez gozaron de *Hamlet y Macbeth*,
O *Desdémona* encendió vuestra pasión;
Si *Bruto*, o *César* moribundo, alguna vez
Os inspiró piedad o despertó temor,
No me obliguéis a soportar injurias tan terribles
Por la locura de un escritorzuelo o los pulmones de un actor.
Ojalá pueda, pues, dejar *Betterton* las tablas,
Y pueda *Barry* vivir para encantar al siglo.
¡Que pueda surgir un nuevo *Otway* y enseñe
A los hombres a vibrar de terror y a los justos de amor!
Que pueda nuevamente *Congrave* tentar la nota cómica;
Y *Wycherley* revivir su vena antigua:
Si no, que vuestro gusto ponga a prueba a vuestra peor maldición
Y aquellos que ahora escriben sin pasión, escriban aun peor.

Samuel Cobb (1675-1713)

“Las tragedias sin artificio de Shakespeare”

De Poetae Britannici: poema satírico y panegírico,
1700

Traducción de Ramiro Vilar

Ev'n Shakespear sweat'd in his narrow Isle,
And Subject Italy obey'd his Style.
Boccace and Cynthio must a Tribute pay,
T' enrich his Scenes, and furnish out a Play.
Tho' Art ne'er taught him how to write by
Rules, Or borrow Learning from Athenian Schools:
Yet He with Plautus could instruct and please,
And what requir'd long toil, perform with ease.
By Native strength so Theseus bent the Pine,
Which cost the Robber many years Design.

Tho' sometimes Rude, Unpolish'd and Undress'd
His Sentence flows more careless than the rest.
Yet, when his Muse complying with his Will,
Deigns with informing heat his Breast to fill,
Then hear him thunder in the pompous strain
Of Aeschylus, or sooth in Ovid's Vein.
Then in his Artless Tragedies I see,
What Nature seldom gives, Propriety.
I feel a Pity working in my

Eyes When Desdemona by her Husband dies.
When I view Brutus in his Dress appear,
I know not how to call him too severe.
His rigid Vertue There atones for all,
And makes a Sacrifice of Caesar's Fall.
Nature work'd Wonders then; when Shakespear dy'd
Her dearest Cowley rose, drest in her gaudy Pride.
So from great Ruines a new Life she calls,
And Builds an Ovid, when a Tully falls.

De Poetae Britannici: poema satírico y panegírico, 1700

Incluso *Shakespeare* se tuvo que esforzar en su pequeña isla,
E *Italia*, sojuzgada, se sometió a su estilo.
Boccaccio y *Cintio* deben pagar tributo
Por enriquecer sus escenas y decorar sus obras.
Y aunque el Arte nunca le enseñó a escribir mediante reglas,
Ni a tomar su saber de las escuelas atenienses,
Él supo, con *Plauto*, el modo de instruir y deleitar,
Y aquello que requiere gran esfuerzo, logró él de modo natural...
Y aunque a veces son un poco toscas, ásperas y desalineadas,
Sus frases fluyen más despreocupadas que en el resto.
Pero cuando su Musa complace sus designios
Se digna a infundir su calor hasta llenarle el pecho;
Oídló pues tronar, hijo de la pompa de *Esquilo*,
O deleitarnos con la serenidad de *Ovidio*.
Veó pues en sus tragedias despojadas de artificio
Lo que Natura raramente da: decoro.
Y siento una piedad obrando ante mis ojos
Al ver a *Desdémona* muriendo por su esposo.
Y cuando veo a *Bruto* aparecer vestido en su atavío,
No encuentro las palabras que lo nombren.

Su rígida virtud lo redime de todo,
Y convierte la caída de *César* en su propio sacrificio.
Entonces la Naturaleza obró maravillas, cuando Shakespeare
murió
Su adorada rosa Cowley vestida en su extravagante orgullo.
Entonce desde las grandes ruinas a una nueva vida ella llama
Y reconstruye un Ovidio allí donde Cicerón cae.

Joseph Addison (1672-1719)

“Sobre Shakespeare”

***El espectador*, 39, 40, 42, 44, 61, 161, 279, 419, 592**
(edición in-folio)

Traducción y notas de Ramiro Vilar
(1711-1714)

Nº 39 (14 de abril de 1711)

... nuestros *poetas* ingleses han obtenido un éxito más grande en el estilo de sus tragedias que en los sentimientos de las mismas. Su lenguaje es muy a menudo noble y sonoro, pero el sentido es o muy frívolo o muy ordinario... Es necesario que señale, además, que cuando nuestros pensamientos son grandiosos y justos, a menudo se ven oscurecidos por las frases sonoras, las metáforas duras y las expresiones forzadas con que están vestidos. Shakespeare es a menudo culpable de esta falta.

Nº 40 (16 de abril de 1711)

Los escritores *ingleses* de tragedias están poseídos por la noción de que cuando representan una persona virtuosa o inocente en un estado de aflicción, no deben dejarla hasta que se haya librado de sus problemas o triunfado sobre sus enemigos. A este error han sido conducidos por una ridícula doctrina de la crítica moderna, que dice que están obligados a una equitativa distribución de las recompensas y los castigos y a una ejecución imparcial de la justicia poética. Quiénes fueron los primeros en establecer esta regla, no lo

sé; pero estoy seguro de que no se funda en la naturaleza, en la razón o en la práctica de los antiguos. Vemos que el bien y el mal ocurren por igual a todos los hombres de este lado de la sepultura; y como el principal designio de la tragedia es despertar la conmiseración y el terror en las mentes de los espectadores, traicionaremos este grandioso fin si siempre hacemos que la virtud y la inocencia resulten felices y triunfantes. Cualquiera adversidad o desengaño que sufre un hombre bueno en el cuerpo de la tragedia, hará una pobre impresión en nuestras mentes si nos enteramos de que en el último acto llegarán a su fin sus deseos y anhelos. Cuando lo vemos sumido en los profundo de sus aflicciones podemos consolarnos porque estamos seguros de que los superará, y que sus penas, no importa cuán grandes sean, pronto terminarán en felicidad. Por esta razón los escritores antiguos de tragedias trataron en sus obras a los hombres como los trataron en el mundo, haciendo a la virtud a veces feliz y a veces infeliz, tal y como los encuentran en la fábula que les sirve de fuente, o según pudiera afectar a su audiencia del modo más agradable. *Aristóteles* toma en consideración las tragedias escritas de esas dos maneras, y observa que aquellas que no tienen final feliz siempre han complacido a la gente y obtenido el premio en las disputas públicas de los escenarios frente a las de final feliz. El terror y la conmiseración dejan una angustia placentera en la mente y fijan a la audiencia en una calma de pensamiento de tal seriedad que resulta mucho más duradera y deleitable que cualquier pequeño arrebatado pasajero de goce y satisfacción. En consecuencia, vemos que han triunfado más de nuestras tragedias inglesas en las que los favoritos de la audiencia sucumben a sus calamidades, que aquellas en las que pueden superarlas. Las mejores obras de este tipo son *El huérfano*, *Venecia preservada*, *Alejandro el Grande*, *Teodosio*, *Todo por amor*, *Edipo*, *Oroonoko*, *Otelo*, etc. *Rey Lear* es una admirable tragedia de

este mismo tipo, tal como Shakespeare la escribió; pero tal como se la ha reformado de acuerdo a la quimérica noción de la justicia poética, en mi humilde opinión, ha perdido la mitad de su belleza. Al mismo tiempo, debo conceder que hay muchas nobles tragedias que han sido construidas según el otro plan, y tienen un final feliz; de hecho, la mayoría de las buenas tragedias escritas a partir de la crítica antes mencionada ha tomado ese camino. Por ejemplo *La novia de luto*, *Tamerlán*, *Ulises*, *Fedra e Hipólito*, y la mayoría de las del Sr. *Dryden*. También debo conceder que muchas de las de *Shakespeare*, y varias de las celebradas tragedias de la Antigüedad, respetan esa misma forma. No entablo aquí por tanto una disputa contra este modo de escribir tragedias sino contra la crítica que pretende establecerlo como el único método, lo cual restringiría enormemente a la tragedia inglesa y torcería equivocadamente el genio de nuestros escritores.

La tragicomedia, que es el producto del teatro inglés, es una de las más monstruosas invenciones que se ha metido jamás en la mente de los poetas. Un autor bien podría entretener las aventuras de *Eneas* y de *Hudibras* en un solo poema, o escribir una pieza que sea una mezcla de júbilo y pesar. Pero lo absurdo de estas representaciones está tan a la vista que no insistiré en ello.

Las mismas objeciones que se le hacen a la tragicomedia pueden en cierta medida aplicárseles a todas las tragedias que tienen una trama doble, que son igualmente más frecuentes en la escena *inglesa* que en cualquier otra. Porque aunque el dolor de la audiencia en tales representaciones no se trasmuta en otras pasiones, como en las tragicomedias, se aparta no obstante hacia otro objeto, que debilita su interés por la acción principal y rompe la marea de dolor arrojándolo dentro de diferentes canales. Este inconveniente, como sea, puede en gran medida remediarse, si no

eliminárselo por completo, por la hábil elección de una trama subterránea que pueda tener una estrecha relación con el diseño principal, de modo que contribuya a la realización del mismo y concluya mediante la misma catástrofe.

Nº 42 (18 de abril de 1711)

El sastre y el pintor a menudo contribuyen al éxito de una tragedia más que el poeta. Los escenarios afectan a las mentes ordinarias tanto como los parlamentos, y nuestros actores son muy sensibles al hecho de que lo mismo puede llenar una sala una obra bien ataviada que una bien escrita. Los *italianos* tienen una frase muy buena para expresar este arte de conquistar a los espectadores mediante las apariencias: lo llaman la *Fourberia della Scena*, *La trampa o la parte engañosa del drama*. Pero como sea que el espectáculo y la parte exterior de la tragedia puedan obrar sobre el vulgo, la parte más intelectual de la audiencia ve inmediatamente a través, y a pesar de, esas apariencias.

Un buen poeta le dará al lector una idea más vívida de un ejército o de una batalla a través de una descripción que si se los muestra representando escuadrones y batallones, o mezclados en la confusión de un combate. Nuestras mentes deberían estar abiertas a grandes conceptos y enardecidas con sentimientos gloriosos surgidos más de los textos dichos por el actor que por lo que representa. ¿Pueden todos los atavíos o pertrechos de un rey o héroe darle a Bruto la mitad de la pompa y majestad que recibe de unas pocas líneas de *Shakespeare*?

Nº 44 (20 de abril de 1711)

Entre los varios artificios que ponen en práctica los poetas para llenar de terror las mentes de la audiencia, el primer lugar corresponde a los truenos y los rayos, de los que se

hace uso a menudo cuando un dios baja de los cielos o cuando se levanta un fantasma, al desaparecer un demonio o a la muerte de un tirano. También he visto que en algunas tragedias produce un buen efecto el sonido de una campana, y he visto cómo toda la concurrencia estuvo alarmada mientras duró su sonido. Pero no hay nada que deleite y aterre a nuestro teatro *inglés* tanto como un fantasma, especialmente cuando aparece con ropajes ensangrentados. A menudo un espectro ha salvado a una obra, aunque no haya hecho otra cosa que atravesar furtivamente el escenario o aparecido por una de sus grietas, hundiéndose otra vez sin decir palabra. Puede que haya un momento apropiado para estos varios terrores, y cuando vienen en ayuda y asistencia del poeta no solo deben ser excusados sino aplaudidos. Así, el sonido del reloj en *Venecia preservada* hace que a toda la audiencia se le estremezca el corazón, y transmite un terror espiritual más intenso que el que pueden transmitir las palabras. La aparición del fantasma en *Hamlet* es una obra maestra en su tipo, lograda con todas las circunstancias capaces de generar tanto atención como horror. La mente del lector está maravillosamente preparada para su recepción gracias al discurso que lo precede. Su torpe comportamiento al entrar golpea la imaginación poderosamente; pero cada vez que entra es aun más aterrador. ¿Quién puede leer el parlamento con el que el joven *Hamlet* se dirige a él y no temblar?

Horacio. – ¡Mirad, señor, ya se aparece!

Hamlet. – ¡Ángeles y ministros de la piedad, amparadnos!

¡Ya seas un espíritu bienhechor o un genio maldito;

Ya te circunden auras celestes o ráfagas infernales;

Sea tu intención benéfica o malvada,

Te presentas en forma tan sugestiva

Que quiero hablarte!... ¡Yo te invoco, Hamlet,

Rey, padre, soberano de Dinamarca! ¡Respondedme!
¡No me atormentes con la duda!... Antes, di:
¿Por qué tus huesos benditos, sepultados en muerte,
Han rasgado su mortaja? ¿Por qué tu sepulcro,
En el que te vimos quietamente depositado,
Ha abierto sus pesadas mandíbulas marmóreas
Para arrojarte otra vez? ¿Qué puede significar
El que tú, cuerpo difunto, nuevamente revestido de acero,
Vuelvas a visitar los pálidos fulgores de la luna,
Llenando la noche de pavor?

[I, IV, 38 y ss.]¹⁰

Nos es pues que encuentre errados los artificios arriba mencionados, siempre y cuando se lo introduzca hábilmente y acompañados de una cuota proporcional de sentimientos y expresividad en la escritura.

Para movilizar la piedad nuestro principal herramienta es el pañuelo, y de hecho en nuestras tragedias corrientes ocurre a menudo que no estaríamos seguros de la angustia de los personajes con solo escuchar sus palabras, sino cuando los vemos, de tanto en tanto, llevarse los pañuelos a los ojos. Lejos de mí pensar en desterrar este instrumento de aflicción del escenario: sé que una tragedia no subsistiría sin él. Abogaría sí por evitar su mal uso. En una palabra, haría que la lengua del actor simpatizara con sus ojos...

Pero entre todos nuestros métodos para movilizar la piedad o el horror no hay ninguno tan absurdo y bárbaro, y que nos exponga más al desprecio y ridículo de nuestros vecinos, que esas terribles carnicerías de unos contra otros que es tan frecuente en la escena *inglésa*. Deleitarse al ver hombres apuñalados, envenenados, torturados o empalados es ciertamente señal de un temperamento cruel. Y

10 Shakespeare, William. *Hamlet*, en *Obras Completas*, Madrid: Aguilar, 1951, p. 1347 (tr. De Luis Astrada Marín).

como esas cosas son representadas a menudo ante la audiencia *británica*, varios críticos *franceses* que piensan que eso nos resulta un grato espectáculo, lo aprovechan para presentarnos como un pueblo que se deleita con la sangre. De hecho resulta muy extraño ver nuestro escenario sembrado de cadáveres en la última escena de una tragedia, y observar en el guardarropa del teatro tantas dagas, puñales, tornos, botellas de veneno y muchos otros instrumentos de muerte. Asesinatos y ejecuciones trascurren siempre detrás de escena en el teatro *francés*, que en general es muy agradable a las costumbres de un pueblo cortés y civilizado. Pero como en las obras *francesas* no hay excepción a esta regla terminan cayendo en absurdos tan ridículos como aquellos que caen en manos de nuestra censura actual. Recuerdo en la famosa obra que *Cornaille* escribió sobre el tema de los *Horacios* y los *Curiacios*, a un fiero y joven héroe que había vencido uno a uno a los *Curiacios*, y que en lugar de recibir la felicitación de su hermana por esta victoria, ésta lo reprende por haber asesinado en batalla a su enamorado, con lo cual en un arrebato de pasión y resentimiento el héroe termina matándola. Si hay algo capaz de atenuar una acción tan brutal sería realizarla de modo repentina, antes de que los sentimientos de naturaleza, razón y hombría pudieran apoderarse de él. De todos modos, para evitar un derramamiento público de sangre, tan pronto como su pasión es llevada al extremo él sigue a su hermana todo a lo largo del escenario, y no la mata hasta haber llegado detrás del escenario. Debo confesar que de haberla asesinado delante de la audiencia, la indecencia habría sido aun mayor, pero tal y como ocurre resulta bastante antinatural, y parece un asesinato a sangre fría. Doy mi opinión sobre este caso: el hecho no debió haber sido representado sino haber sido contado, de haber habido alguna ocasión.

Puede no resultarle inaceptable al lector ver cómo *Sófocles* ha conducido una tragedia bajo similares circunstancias delicadas. *Orestes* estaba en la misma condición que *Hamlet* en *Shakespeare*, habiendo su madre asesinado a su padre y tomado posesión de su reino conspirando con su amante. Por lo tanto ese joven príncipe, determinado a vengar la muerte de su padre contra quienes han ocupado su trono, se hace conducir mediante una hermosa estratagema a los aposentos de su madre resuelto a matarla. Pero dado que semejante espectáculo hubiera sido demasiado impactante para la audiencia, esta terrible resolución se lleva a cabo detrás de escena. Puede oírse a la madre clamando por piedad a su hijo, y a su hijo contestarle que ella no mostró piedad por su padre. A continuación ella grita que ha sido herida, y por lo que sigue descubrimos que ha sido asesinada. No recuerdo que en ninguna de nuestras obras haya parlamentos dichos detrás de escena, aunque hay otros ejemplos de esta naturaleza que pueden hallarse en las de los antiguos. Y creo que mi lector coincidirá conmigo en que hay algo infinitamente más conmovedor en este terrible diálogo entre la madre y su hijo detrás de escena del que pudo haber habido en cualquier hecho llevado a cabo ante la audiencia. *Orestes*, inmediatamente después de toparse con el usurpador en la entrada de su palacio, y gracias a una muy feliz idea del poeta, evita matarlo delante del público diciéndole que debería vivir algún tiempo más con esa amargura en el alma antes de matarlo, y le ordena que se retire a esa parte del palacio en la que ha asesinado a su padre, cuyo asesinato él vengará en el mismo lugar en el que ha sido cometido. Mediante estos artificios el poeta observa ese decoro que luego *Horacio* estableció por medio de una regla: evitar cometer parricidios o asesinatos anti-naturales delante del público.

Nec coram populo natos Medea trucidet.

Que Medea no desenvaine su cuchillo asesino

Y derrame la sangre de sus hijos sobre el escenario.¹¹

Nº 61 (10 de mayo de 1711)

No hay ningún tipo de falso ingenio que la práctica de todas las épocas haya recomendado tanto como ese que consiste en el juego de palabras conocido por el nombre general de *retruécano*. De hecho es imposible matar una mala hierba producida por el suelo con una disposición natural. Las semillas del retruécano están en las mentes de todos los hombres, y aunque puedan ser sometidas por la razón, la reflexión y el buen juicio, estarán en óptimas condiciones para brotar en el mayor de los genios que no esté roturado y cultivado por las reglas del arte. La imitación nos es natural, y cuando no eleva la mente hacia la poesía, la pintura, la música u otra arte más noble, a menudo florece en retruécanos y las argucias.

Aristóteles, en el capítulo decimoprimeros de su libro de Retórica, describe dos o tres tipos de retruécanos (que él llama paragramas) entre las bellezas de la buena escritura, y presenta ejemplo extraídos de los más grandes autores en lengua *griega*. *Cicerón* ha salpicado varias de sus obras con retruécanos, y en el libro en el que establece las reglas de la oratoria cita abundantes dichos como ejemplos de ingenio, que también, si se los examina, son flagrantes retruécanos. Pero la época en la que el *retruécano* floreció de modo singular fue el reino de *Jacobo I*. Ese docto monarca fue él mismo un aceptable autor de retruécanos, y nombró a muy pocos obispos o consejeros privados que no se hubieran distinguido en algún momento u otro por un argumento irrefutable o un *acertijo*. Fue entonces en esa época en la que

11 Horacio, *Ars Poetica*, 185; traducción de Roscommon.

el retruécano fue investido de pompa y dignidad. Antes habían sido admitidos en parlamentos alegres y composiciones divertidas, pero en ese tiempo fue que se los liberó del púlpito con actitud grave, o se los pronunció del modo más solemne en la mesa del concejo. En sus obras más serias, los autores más importantes hicieron uso frecuente de los juegos de palabras. Los sermones del obispo *Andrews* y las tragedias de *Shakespeare* están repletos de ellos. El primero intentaba conducir al pecador al arrepentimiento por medio de juegos de palabras, del mismo modo en que en segundo nada es más usual que ver a un héroe lamentándose y diciendo sutilizas a lo largo de una docena de versos.

Nº 161 (3 de septiembre de 1711)

De entre los grandes genios, los pocos que se han ganado la admiración de todo el mundo y se han erigido en prodigios de la humanidad son lo que, por la mera fuerza de los elementos naturales y sin ninguna asistencia del arte o del saber, han producido obras que deleitaron a sus propias épocas y maravillaron a la posteridad. En esos grandes genios por naturaleza se nos manifiesta algo noblemente indómito y extravagante que es infinitamente más hermoso que los giros y pulimentos de aquello que los *franceses* llaman *Bel Esprit* (con lo que quieren referirse a un genio refinado por la conversación, la reflexión y la lectura de los autores más cultos). Los más grandes genios que han hecho su paso por las artes y las ciencias extraen de ellos una especie de tintura, y caen inevitablemente en la limitación.

Muchos de estos grandes genios naturales que nunca fueron disciplinados ni roturados por las reglas del arte han de encontrarse entre los antiguos, y en particular entre aquellos de las regiones más orientales del mundo. *Homero* tiene innumerables bríos que *Virgilio* no fue capaz de alcanzar, y en el Antiguo Testamento encontramos varios

pasajes más elevados y sublimes que cualquiera de *Homero*. Al mismo tiempo que concedemos un genio mayor y más osado a los antiguos, debemos reconocer que los más grandes de ellos han tenido sus falencias, o, si prefieren, que estuvieron muy por encima de la sutileza y corrección de los modernos. En sus símiles y alusiones, siempre y cuando exista una similitud, no se molestaron demasiado respecto de la decencia de la comparación. Así Salomón compara la nariz de su amada con la Torre del *Líbano* que mira hacia *Damasco*; o en el Nuevo Testamento se utiliza como un símil del mismo tipo la llegada de un ladrón en la noche. No terminaríamos nunca de acumular ejemplos de esta naturaleza. *Homero* ilustra a uno de sus héroes cercado por el enemigo con la imagen de un asno en un campo de maíz que tiene uno de los costados lastimado por todos los chicos del pueblo sin que se le mueva un pelo; y compara a otro de ellos que da vueltas en la cama, ardiendo de resentimiento, con un pedazo de carne asándose a las brasas. Esta falla particular en los antiguos abre un extenso campo de burlas por parte de los pequeños ingenios, que pueden reírse de una indecencia pero no saborear lo sublime en estos tipos de textos. El actual emperador de *Persia*, conforme a su mentalidad oriental, entre un montón de títulos pomposos que tiene también se hace llamar “El Sol de Gloria” y “La Nuez Moscada del Deleite”. En una palabra, para cortar con estas injurias contra los antiguos, y particularmente aquellos de los climas más cálidos y de imaginación más llena de calor y vida, tenemos que considerar que la regla de observar lo que los franceses llaman el *Bien se’ance* en una alusión ha perdido vigencia en los últimos años y en las regiones más frías del mundo, donde debiéramos hacer algunas enmiendas por nuestra falta de fuerza y de espíritu, apegándonos a una escrupulosa sutileza y a la exactitud en nuestras comparaciones. Nuestro

compatriota *Shakespeare* fue un ejemplo destacable de esta primera clase de grandes genios.

Nº 279 (19 de enero de 1712)

Una muestra del genio superior de *Shakespeare* es el haber desarrollado a su *Calibán* antes que a su *Hotspur*¹² o a *Julio César*: el primero surgió de su propia imaginación, mientras que los otros pudieron haber sido trazados a partir de la tradición, de la historia y de la observación.

Nº 419 (1 de julio de 1712)

[Sobre la poesía de lo sobrenatural] Entre los *ingleses*, *Shakespeare* ha aventajado incomparablemente a todos los otros. La noble extravagancia de su fantasía, que alcanzó en él tal perfección, lo puso en óptimas condiciones para tocar esta parte supersticiosa de la imaginación de sus lectores, y lo hizo capaz de triunfar allí donde no tenía otro apoyo que la fuerza de su propio genio. Hay algo tan indómito y a la vez tan solemne en los parlamentos de sus fantasmas, hadas, brujas y demás personajes imaginarios que no podemos evitar considerarlos naturales si bien no tenemos ninguna regla por medio de la cual juzgarlos; y debemos confesar que, de haber en el mundo seres como esos, es altamente probable que hablen y actúen del modo en que él los ha representado.

Nº 592 (10 de septiembre de 1714)

En siguiente lugar, nuestros críticos no parecen sensibles al hecho de que hay más belleza en las obras de un gran genio que ignora las reglas del arte, que en aquellos cuyo genio es menor y que las conocen y observan... Nuestro inimitable

12 Sobrenombre de Harry Percy (hijo de Henry Percy, Earl of Northumberland), personaje de *Henry IV, parte I*.

Shakespeare es una piedra de escándalo para toda la tribu de esos críticos rígidos. ¿Quién no preferiría leer una de sus obras en las que no se observa ni una sola regla escénica, antes que cualquier producción de un crítico moderno donde ninguna es violada? Shakespeare ya nació provisto de todas las semillas de la poesía, y puede ser comparado con la piedra en el anillo de Pirro, que, como nos cuenta Plinio, tenía las figuras de Apolo y de las nueve Musas en sus vetas, producidas por la mano espontánea de la naturaleza, sin ninguna ayuda del arte.

David Garrick (1717-1779)

“Cómo no actuar Macbeth”, 1744

Un ensayo sobre la actuación: en el cual serán considerados la conducta mimética de una determinada defectuosa moda de actor, y la laudabilidad de eventuales descortesés, tanto como inhumanos procedimientos. A los cuales agregamos, una pequeña crítica en su actuación de Macbeth, 1744

Traducción: Vanesa Cotroneo

Tanto para el *Vestido* y la *Figura*. Ahora yo debería proceder hacia las más dificultosas y físicas partes del personaje, y debería considerar la *acción*, el *discurso* y la *concepción* de nuestro *moderno héroe*.

Las primeras palabras de la parte, *-No he visto un día tan sucio y bello*, *-en mi opinión*, están mal dichas. Macbeth antes de su entrada, ha estado en una gran tormenta de lluvia, truenos, etcétera. Ahora, como la audiencia ha sido informada de esto por las tres brujas, él debería muy *enfáticamente* describir la rápida transición de estar *húmedo para el cielo* a estar casi instantáneamente *seco de nuevo*. Yo no puedo transmitir por escrito la manera en cómo esto *podría* ser dicho, sin embargo, cada lector, quizás comprenda cómo *debería* decirse y saber que en la manera en que es *ahora* el sentimiento es lánguido, ininteligible e indescriptible. Yo debo ahora examinar la escena más remarcable en toda la obra, que es la de la *daga dibujada en el aire*. Esto hará parecer que él ha estado confundido desde el comienzo hasta el final.

Macbeth, como una preparación para esta visión, está tan predisuelto desde su humanidad con el horror de la declaración, a la que por su ambición más prevaleciente se incita, y por la perpetración de aquello que él oculta bajo una promesa a su señora que su mente, siendo revuelta por estas diferentes y confusas ideas, sus sentidos fallan, y le presentan a él ese *fatal agente* de su crueldad, el *puñal*. Ahora, en su visionario horror, él no debe pegar sus ojos a un objeto *imaginario*, como si este *realmente* estuviera allí, pero debe mostrarse un *movimiento inquieto* en su ojo, como alguien no del todo despierto de un sueño desordenado. Sus *manos y dedos* no deberían estar *inmóviles* pero sí *descansados*, y dirigidos a dispersar la nube que cubre de sombras su rayo óptico y oscurece su intelecto. ¡Aquí habrá confusión, desorden y agonía! ¡*Ven, déjame que te agarre!* No es para ser hecho por *una* moción sola pero sí por muchas *sucesivas capturas* a eso, primero con una mano y luego con la otra, preservado la misma moción al mismo tiempo con sus pies como un hombre quien, fuera de su terreno y un poco ahogado en sus esfuerzos, toma al aire por sustancia. Esto haría que la sangre del espectador corra fría, y casi sentiría él mismo las agonías del asesinato. Yo he hablado de la escena seguida al asesinato en mi *Ensayo sobre la Actuación*, y deberé solamente decir que el *puñal* está a una pulgada y media de largo en proporción a la altura del asesino. La bata de noche en la cual él aparece luego del asesinato debe ser un *damasco rojizo*, y no el pretencioso floreado de un *Foppington*¹³; pero cuando el *sabor* es deseado en *liviandad* y el *juicio* en esencia, ¿cómo podemos esperar ver el florecimiento del TEATRO? Yo debo hacer un destacado sobre él en la *escena del banquete*,

13 Lord Foppington es un lujoso y ridículo personaje de la dramaturgia inglesa de los siglos XVII y XVIII, representado en *The Releapse*, de John Vanbrough y *A trip to Scarborough*, de Richard Sheridan.

la cual es de lo más brillante que alguna vez fuera interpretada por un actor. Cuando el *fantasma de Banquo* toma posesión de la silla de *Macbeth*, y posteriormente, estremecedor en su apariencia por sus palabras y acciones, dice *¿Quién de ustedes ha hecho esto?*- por el asesinato de *Banquo*- aquí el actor debería dirigirse él mismo a los invitados y no permanecer con el ojo *fijo* sobre el *fantasma*. Él debería voltear su *cabeza de Banquo* y decir a los *Lords* en la cena *¿Quién de ustedes ha hecho esto?* Hablar en número *plural* y mirar al *singular* (sólo *Banquo*) es lo más absurdo y ridículo. Luego, en la *segunda* aparición del fantasma, en las palabras *Me atrevería a desafiarte con mi espada*, *Macbeth* debería empuñar su espada y ponerse él mismo en una postura de defensa; y cuando llega a la *idesde ahí horrible sombra!* debe hacer un empujón y recubrirse él mismo del movimiento del *fantasma* y permanecer atravesándolo hasta que él lo tenga lo bastante fuera de la habitación. La manera en que ha sido hecho *de ahí en más*, la cual es manteniendo la mano sobre la espada y siguiéndolo hasta afuera, no es tan natural y pretenciosa como la que yo propongo; y si alguna objeción es hecha porque *Macbeth* debería saber que los fantasmas no son *vulnerables* yo respondo que el honor de *Macbeth* lo confunde y sus acciones deben denotar la *no composición*. Aquí, debería tomar nota de una omisión en la parte de *Banquo*. Cuando él aparece en la escena del banquete debe hacerlo con una *capa roja*, como fue visto al cruzar la escena inmediatamente antes de su asesinato. Esto debería lanzar una gran solemnidad sobre la figura de *Banquo* y preservar el decoro de la escena.

Asimismo, debo observar que en el tiempo de *Shakespeare* los actores usaban su propio cabello, y ahora, desde la actual moda de usar pelucas, algunos discursos se han vuelto absurdos. Tanto así, por ejemplo, es el de *Macbeth*, *Nunca me sacudas tus bucles sangrientos*, cuando al mismo tiempo el

fantasma es visto con una peluca. Si yo pudiera estar habilitado para proponer una alteración (con una imaginable diferencia respecto del inmortal *Shakespeare*), con el objeto de evitar este error, yo preferiría que el actor diga *Nunca sacudas tus lazos [tue] sangrientos sobre mí*; si la palabra *peluca [wig]* es pensada como más poética será igualmente bueno, ya que ambas son monosilábicas.

Como todavía no he dejado la *escena del banquete*, debo observar que la *actitud G-k* se encuentra en la segunda aparición del fantasma, es absolutamente equivocada. *Macbeth* aquí debe *hundirse en sí mismo*, o mejor, si se me permite la expresión, debe *escondese* detrás de *sí mismo*. O, para ilustrarlo más a través de un ejemplo, (*Si parvis componere*¹⁴, &c), él debe imitar el poder de contracción de un *caracol*, preservando *al mismo tiempo un lento y terriblemente varonil* doblegar de sus facultades, y mientras su *cuerpo* se reúne poco a poco con la visión de su mente, debe mantener el mismo tiempo y denotar sus esfuerzos y convulsiones en sus ojos. La copa de vino en su mano no debería romper contra el suelo pero sí debería caer *suavemente* en él, y no debería tener la menor conciencia de poseer un poder como este en su mano, su memoria estando lo bastante perdida en las presentes culpa y horror de su imaginación. (16-21)

Creo que no puede ser mejor terminar una crítica sobre *Macbeth* que con una sucinta descripción de los talentos y capacidad del autor. *Shakespeare* era un escritor que no se limitaba por la *regla*; él tenía un *poder despótico* sobre toda naturaleza; las leyes serían un *infringir su prerrogativa*; su pluma cetro marcó control sobre cada *pasión y humor*; su

14 Virgilio, Égloga 1.23: "para comparar las grandes cosas con las pequeñas".

palabra real no era sólo *absoluta* sino también *creativa*; *ideas*, *lenguaje* y *sentimiento* eran sus esclavos, ellos eran *cadena*s para el *auto triunfal* de su *genio*; y cuando hizo su *entrada* en el *templo de la fama*, todo el *parnaso* llamó con *aclamaciones*; las *musas* cantaron sus *conquistas*, coronándolo con sus nunca imparciales *laureles*, y pronunciándolo *inmortal*. AMÉN.

David Garrick (1719-1779)

“De su presentación de Macbeth”

De la edición de Bell (ed. Francis Gentleman), 9 vols., 1773, I, p. 69

Traducción: Vanesa Cotroneo

Actuada por primera vez el 7 de enero de 1744, y anunciada como una obra de Shakespeare, las nuevas adiciones de Garrick incluían una nueva escena de muerte para el héroe. De todas maneras, Garrick sigue a D'Avenant en retener la danza de las brujas y omitir al embebido portero. Garrick sólo reduce la escena en la cual Lady Macduff y su hijo son asesinados: esto tiene lugar fuera de la escena, como en D'Avenant.

Macb. Descansa sobre *Macduff*,

Y maldito sea el que primero lllore, sostiene, lo suficiente.

Macd. Esto para mi real maestro *Duncan*.

Esto para mi querida amiga, mi esposa; y esto para las garantías de su amor y el mío, mis hijos.

[*Macbeth cae*]

Seguro que hay recuerdos para conquistar- Yo voy a, como un trofeo, llevarme su espada, para testigo de mi venganza.

[*Sale Macduff*]

Macb. Hecho esto. La escena de la vida cerrará pronto.

La vana ambición, desilusionadores sueños están ausentes, y ahora me despierto de la oscuridad, la culpa y el horror; ¡no puedo soportarlo! Déjame quitármelo-

que no sea; mi alma está obstruida con sangre-
no puedo levantarme! No me atrevo a pedir misericordia-
es demasiado tarde, el infierno me arrastra hacia abajo; me
hundo;
me hundo- ¡Oh!- mi alma está perdida para siempre!
¡Oh! [Muere]

Anna Seward (1747-1809)

On Shakespeare's Monument at Stratford-upon-Avon

Traducción y notas: Noelia Fernández

Great Homer's birth sev'n rival cities claim,
Too mighty such monopoly of Fame;
Yet not to birth alone did Homer owe
His wondrous worth; what Egypt could bestow,
With all the schools of Greece and Asia join'd,
Enlarg'd th'immense expansion of his mind.
Nor yet unrival'd the Maeonian strain,
The British Eagle and the Mantuan Swan
Tow'r equal heights. But happier Stratford, thou
With incontest'd laurels deck thy brow:
Thy bard was thine unschool'd, and from thee brought
More than all Egypt, Greece or Asia taught.
Not Homer's self such matchless honours won;
The Greek has rivals, but thy Shakespeare none.

Sobre el monumento a Shakespeare en Stratford-upon-Avon, 1782

Del gran Homero siete ciudades rivales se disputan el nacimiento¹⁵,
Tal poderío tuvo el monopolio de su fama.
Sin embargo, no sólo de nacimiento poseía Homero

15 Los datos sobre la fecha y el lugar de nacimiento del poeta griego son inciertos.

su maravilloso valor; lo que Egipto pudo aportarle,
con todas las escuelas de Grecia y Asia juntas,
expandió la inmensidad de su mente.
Ni aún el inigualable esfuerzo maioneano¹⁶,
el Águila británica¹⁷ ni el Cisne de Mantua¹⁸
alcanzaron igual altura. Pero de ti, oh dichosa Stratford,
con los innegables laureles que cubren tu frente,
Tu bardo de talento innato extrajo
más de lo que todo Egipto, Grecia o Asia enseñaran.
Ni el mismísimo Homero honores tan incomparables conquistó.
El griego tiene rivales, pero tu Shakespeare ninguno.

16 Relativo a Meonia, antigua región de Asia Menor, luego rebautizada como Lidia y conocida como lugar de nacimiento de Homero.

17 Referencia al poeta inglés John Milton.

18 Referencia al poeta latino Virgilio, nacido en Mantua.

Samuel Taylor Coleridge (1772-1834)

Los síntomas específicos de la aptitud poética, dilucidados en un análisis crítico de las obras *Venus y Adonis* y *El rapto de Lucrecia* de Shakespeare

Traducción de B. R. Hopenhaym (Baeza, R., Ensayistas Ingleses, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992, pp. 174-181)

En la aplicación de estos principios a los fines perseguidos por la crítica práctica, tal como se emplea en la apreciación de obras más o menos imperfectas, he tratado de descubrir cuáles son las cualidades de un poema que pueden ser sus puestas promesas y síntomas específicos de aptitud poética, distinguiéndola del talento general movido a la composición poética por motivos accidentales, por un acto volitivo más que por la inspiración de un carácter genial y productivo. En esta investigación asumí que no podía hacer cosa mejor que ponerme delante la obra más temprana del genio más grande que quizá ha producido hasta ahora la especie humana, nuestro multiinclinado¹⁹ Shakespeare. Me refiero a *Venus y Adonis* y a *El rapto de Lucrecia*, obras que deparan al instante grandes promesas de la fortaleza de su genio, aunque también pruebas evidentes de su inmadurez. De éstas extraje las señales siguientes, que creo características del genio poético original en general.

19 *Myriad-minded*: literalmente, de "mente múltiple" (N. del t.).

1. En *Venus y Adonis* la primera y más evidente excelencia es la perfecta delicadeza de la versificación, su adaptación al tema, y la aptitud exhibida al variar la marcha de las frases sin pasar a un ritmo más encumbrado y majestuoso del que exigían los pensamientos o permitía la propiedad de mantener la predominancia de una sensación de melodía. Considero como promesa altamente favorable en las composiciones de un joven el goce en la riqueza y delicadeza del sonido, aun cuando llegue a un exceso que importe defecto, si fuere evidentemente original y no el resultado de un mecanismo fácilmente imitable. “El hombre que no lleva música en su alma” nunca puede ser en verdad un poeta genuino. La ímagería (aun tomada de la naturaleza, mucho más que cuando se trasplanta de libros, como viajes, travesías, y libros de historia natural); los incidentes conmovedores; las ideas justas; los sentimientos personales o domésticos interesantes; y con todo lo anterior el arte de su combinación o entretejimiento en la forma de un poema; todo ello como un oficio puede adquirirlo, mediante esfuerzo incesante, un hombre de condiciones y muy leído, que, como yo mismo observara una vez, ha confundido su intenso deseo de fama poética con el genio poético natural, el amor del fin arbitrario con la posesión de los medios peculiares. Pero el sentido del encanto musical, junto con la aptitud para producirlo, es don de la imaginación; y esto, junto con el poder de reducir lo múltiple en una unidad de efecto, y modificar una serie de pensamientos a través de un pensamiento o sentimiento predominante, puede cultivarse y mejorarse, pero nunca puede aprenderse. Es esto que *Poeta nascitur, non fit.*²⁰

2. Una segunda promesa de genio es la elección de temas muy alejados de los intereses y circunstancias privados del

20 El poeta nace, no se hace.

escritor mismo. A lo menos he hallado que, cuando el tema se extrae inmediatamente de las sensaciones y experiencias personales del autor, la excelencia de un poema en particular no es más que señal equívoca, y a menudo voto falaz, de genuina aptitud poética. Quizá podamos recordar la anécdota del escultor que había adquirido una fama considerable por las piernas de sus diosas, aunque el resto de la estatua concordaba indiferentemente con la belleza ideal; hasta que su mujer, exaltada por los elogios a su marido, reconoció modestamente que ella misma había sido su constante modelo. En *Venus y Adonis* esta prueba de aptitud poética existe hasta en exceso. En toda la obra es como si un espíritu superior, más intuitivo, más íntimamente consciente aun que los personajes mismos, no sólo de todo gesto y acto exterior, sino también del flujo y reflujo del entendimiento en todos sus más sutiles ideas y sentimientos, estuviera colocando esa totalidad ante nuestros ojos; y entre tanto él mismo se mantiene apartado de las pasiones, actuando solamente por medio de esa agradable excitación que había resultado del enérgico fervor que sentía su propio espíritu al exhibir tan vívidamente lo que había contemplado con tanta precisión y profundidad. Pienso que debí haber conjeturado por esos poemas que ya entonces el gran instinto que impelió al poeta al drama estaba actuando secretamente en él, moviéndolo mediante una serie, una cadena jamás rota de imágenes, siempre viva y, por intacta, a menudo minuciosa, mediante el más elevado esfuerzo de pasar lo pintoresco a palabras, hasta donde son capaces las palabras, mayor tal vez que el realizado jamás por ningún otro poeta, aun sin exceptuar al Dante, a proporcionar un sustituto para ese lenguaje visual, esa constante intervención y manantía observación por el tono, la mirada y el gesto que tenía derecho a esperar de los actores en sus obras dramáticas. Su *Venus y Adonis* parece al mismo tiempo los personajes mismos, y toda la

representación de aquellos personajes por los actores más consumados. A uno le parece, no que le estén contando algo, sino estar viendo y oyéndolo todo. De aquí -de la perpetua actividad de la atención requerida por parte del lector, del rápido fluir, del cambio rápido y del carácter retozón de las ideas e imágenes, y, sobre todo, del enajenamiento y, si puedo aventurar expresión semejante, del total apartamiento de los sentimientos propios del poeta de aquellos que pinta y analiza a un tiempo- que, aunque el tema mismo no puede menos que disminuir el goce de un espíritu, a pesar de ello nunca fue poema alguno menos peligroso en punto de moral. En vez de hacer como ha hecho Ariosto y como, más ofensivamente aun, ha hecho Wieland; en vez de degradar y deformar la pasión en apetito, los esfuerzos del amor en luchas de concupiscencia, Shakespeare ha representado aquí el impulso animal de modo de impedir toda simpatía con él, disipando la atención del lector entre las mil imágenes exteriores y las circunstancias, ora bellas, ora fantásticas, que forman sus vestiduras y su escenario, o apartando nuestra atención del sujeto principal mediante las frecuentes reflexiones ingeniosas o profundas que la inteligencia siempre activa del poeta ha deducido del conjunto de imágenes e incidentes, o ha relacionado con éstos. En una acción excesiva el lector se ve forzado a simpatizar con lo meramente pasivo de nuestra naturaleza. Es tan pequeña la posibilidad de que un espíritu así animado y despierto pueda cobijar una emoción vil y cargada, como la de que la niebla baja y perezosa pueda arrastrarse sobre la superficie de un lago mientras un fuerte viento lo impulsa hacia adelante en ondas y oleadas.

3. Ya se ha observado antes que las imágenes, por bellas que sean, por fielmente copiadas de la naturaleza y exactamente representadas en palabras que estén, no caracterizan por sí solas al poeta. Pasan a ser pruebas de genio original sólo

hasta donde las modifica una pasión predominante; o ideas asociadas o imágenes movidas por esa pasión; o cuando tienen el efecto de reducir lo múltiple a la unidad, o la sucesión a un instante; o, finalmente, cuando una vida humana e intelectual es transferida a ellas desde el propio espíritu del poeta, *Which shoots its being through earth, sea, and air.*²¹ En los dos versos siguientes, por ejemplo, no hay nada reprochable, nada que pudiera excluirlos de formar, en su lugar apropiado, parte de un poema descriptivo:

Behold yon row of pines, that shorn and bow'd
Bend from the sea-blast, seen at twilight eve.²²

Pero, con una leve alteración del ritmo, las mismas palabras estarían igualmente en su lugar en un libro de topografía o de viajes. La misma imagen se elevará a una apariencia de poesía si se dispone así:

Yon row of bleak and visionary pines,
By twilight-glimpse discerned, mark! how they flee
From the fierce sea-blast, all their tresses wild
Streaming before them.²³

He dado esto como una ilustración, y en modo alguno como ejemplo de esa particular excelencia que tenía en mira y en la cual Shakespeare, aun en sus primeras y en sus últimas obras, sobrepasa a todos los demás poetas. Por esta razón los objetos que presenta conservan aún dignidad y pasión.

21 Que lanza su ser a través de la tierra, el mar y el aire.

22 Contemplad esa hilera de pinos que, mochos y arqueados, / doblados por la ráfaga marina, se ven cuando el sol se dirige al ocaso.

23 Aquella hilera de pinos yermos y quiméricos, / que se distinguen a la luz del crepúsculo, ¡mirad cómo
huyen / de la feroz ráfaga marina, con sus cabellos hirsutos / tremolando delante de ellos!

Sin ayuda de ninguna excitación previa, irrumpen inmediatamente sobre nosotros vivos y fuertes.

Full many a glorious morning have I seen
Flatter the mountain-tops with sovereing eye.²⁴

Not mine own fears, nor the prophetic soul
Of the wide world dreaming on things to come
[...]

The mortal moon hath her eclipse endured,
And the sad augurs mock their own presage:
Incertainties now crown themselves assured,
And peace proclaims olives of endless age.
Now with the drops of this most balmy time
My love looks fresh: and Death to me subscribes,
Since, spite of him, I'll live in this poor rhyme
While he insults o'er dull and speechless tribes.
And thou in this shalt find thy monument,
When tyrant's crest, and tombs of brass are spent.²⁵

De mayor valor, y también sin duda más característico aun del genio poético, se vuelven las imágenes cuando se moldean y se colorean de acuerdo con las circunstancias, pasión o carácter presentes y más destacados en la mente. Para ejemplos sin rival de esta excelencia, la propia memoria del

24 He visto muchas mañanas de gloria / halagar con mirada soberana los picos de las montañas (Soneto XXXIII).

25 Ni mis propios temores, ni el alma profética / del vasto mundo soñando en las cosas por venir... / La luna mortal ha sobrevivido a su eclipse / y los fatídicos augures burlan ahora de su propio presagio; / las incertidumbres proclámanse al fin seguras, / y la paz nos trae su rama de olivo perenne. / Ya con las gotas caídas de este tiempo balsámico / mi amor renace, y la Muerte me rinde pleitesía, / pues, a despecho de ella, viviré en estos pobres versos, / mientras ella se ceba en las muchedumbres estúpidas y sin voz; / y tú en ellos tendrás también tu monumento, / cuando ya las coronas de los tiranos y las tumbas de bronce se habrán venido a tierra (Soneto CVII).

lector lo remitirá al *Lear*, a Otelo; en resumen, ¿a cuál no de las obras dramáticas del “gran hombre, del hombre eternamente vivo, del hombre muerto”? *Inopem me copia fecit*.²⁶ Lo veraz que ello es con respecto a la naturaleza él mismo lo ha expresado bellamente en el ruego de amor del Soneto XCVIII.

From you have I heen absent in the spring,
When proud-pied April drest in all his trim
Hath put a spirit of youth in every thing;
That heavy Saturn laugh'd and leap'd with him.
Yet nor the lays of birds, nor the sweet smell
Of different flowers in odour and in hue,
Could make me any summer's story tell,
Or from their proud lap pluck them where they grew:
Nor did I wonder at the lily's white,
Nor praise the deep vermilion in the rose;
They were, but sweet, but figures of delight,
Drawn after you, you patten of all those.
Yet seem'd it winter still, and you away,
As with your shadow I with these did play!²⁷

¡Señal apenas menos segura, o, si menos valiosa, no menos indispensable,

Γόνιμου μὲν Πουητού...

26 La misma abundancia de las ilustraciones hace infructífera mi tarea.

27 De tí estuve ausente durante la primavera, / cuando el abril multicolor gayamente vestido con todas sus galas / ponía en toda cosa un tal espíritu juvenil, / que hasta el tardo Saturno reía y brincaba con él. / No obstante, ni el cantar de los pájaros, ni el suave aroma / de las flores más variadas en olor y color / podían moverme a contar un cuento alegre / ni a arrancarlas del espléndido regazo en que crecían; / ni me maravillaba la blancura de la azucena / ni alababa el bermellón profundo de la rosa; / tan sólo dulces imágenes de deleite, / formadas conforme a ti, modelo de todas ellas. Pero yo aún me creía en el invierno y, tú ausente, / jugaba con ellas como si fueran tu sombra.

...ὄστις ὄῆμα γενναῖον λάκοι,²⁸

nos darán las imágenes, cuando, con fuerza mayor que la del pintor, el poeta nos da la imagen más viva de lo continuo con sensación de simultáneo!

With this he breaketh from the sweet embrace
Of those fair arms, that bound him to her breast,
And homeward through the dark laund runs apace:
Look how a bright star shootheth from the sky!
So glides he in the night from Venus' eye.²⁹

4. El último carácter a que me referiré -que en realidad probaría muy poco, a no ser que se lo tome de mancomún con los anteriores, pero sin el cual los anteriores difícilmente existirían en un grado elevado, y (aunque esto fuera posible) sólo darían promesas de relámpagos transitorios y de una aptitud meteórica- es la profundidad y energía de pensamiento. Ningún hombre fue jamás un gran poeta sin ser al mismo tiempo un profundo filósofo. Porque la poesía es la flor y la fragancia de todo saber humano, de todas las ideas humanas, de todas las pasiones, las emociones y la lengua humanas. En los poemas de Shakespeare el poder creador y la energía intelectual luchan como en un abrazo guerrero. Cada uno parece amenazar la extinción del otro, en su exceso de fortaleza. Al cabo, en el drama, fueron reconciliados, y pelearon cada cual con su coraza ante el pecho del otro. O como dos rápidos torrentes que, en su primer encuentro dentro de un cauce de orillas angostas y rocosas, se

28 De las facultades creadoras del poeta que dice la palabra justa.

29 Esto diciendo se arranca de la dulce prisión de aquellos brazos 1 hermosos que lo retenían contra el pecho de ella, 1 y hacia el hogar corre a través del calvero en sombra. 1 Como estrella resplandeciente del cielo disparada, 1 así surca la noche huyendo de los ojos de Venus. (*Venus y Adonis*, vv. 811-813 y 815-816).

esfuerzan mutuamente por rechazarse, y se entremezclan de mala gana y tumultuosamente, pero que pronto, al encontrar un canal más ancho y riberas más dúctiles, se mezclan y se dilatan y siguen fluyendo en una sola corriente y con una sola voz. *El Venus y Adonis* tal vez no permitía la exhibición de las pasiones más profundas. Pero la historia de Lucrecia parece favorecer y aun exige sus juegos más intensos. Y sin embargo, no encontramos en el manejo del relato que hace Shakespeare ni lo patético ni alguna otra igualdad dramática. Existe la misma imaginaria minuciosa y fiel del poema anterior, con colores igualmente vivos, inspirado por el mismo impetuoso vigor del pensamiento, y divergiendo y contrayéndose con la misma actividad de las facultades asimilativas y de las facultades modificadoras; y con un despliegue mayor aun, con una amplitud mayor todavía de conocimiento y de reflexión; y, finalmente, con el mismo dominio perfecto, a menudo dominación, sobre el mundo íntegro del idioma. ¿Qué decir, pues? Todavía esto: que Shakespeare, no mero hijo de la naturaleza, no autómatas de genio, no pasivo vehículo de inspiración poseído por el espíritu sin poseerlo él a su vez, primero estudió pacientemente, meditó profundamente, comprendió minuciosamente, hasta que el conocimiento, vuelto ya habitual e intuitivo, se aferró en sus emociones habituales, y al cabo dio a luz esa estupenda aptitud por la cual se yergue solitario, sin par ni segundo en su clase; a esa aptitud que lo sentó en una de las dos cúspides amadas por la gloria que se alzan en la montaña de la poesía, teniendo a Milton por compañero, no por rival. En tanto que el primero se lanza hacia adelante como saeta, y pasa por todas las formas del carácter y la pasión humanos, Proteo único del fuego y de las aguas, el otro atrae hacia sí todas las formas y todas las cosas, para darles la unidad de su propio ideal. Todas las cosas y modos de acción adquieren nueva forma en la criatura de Milton;

en tanto que Shakespeare se transforma en todas las cosas y, sin embargo, permanece siempre fiel a sí mismo. ¡Oh, qué grandes hombres no has producido tú, Inglaterra, patria mía! Por cierto que en verdad

Must we be free or die, who speak the tongue,
Which Shakespeare spake; the faith and morals hold,
Which Milton held. In everything we are sprung
Of earth's first blood, have titles manifold?³⁰

30 "Debemos ser libres, o morir, quienes hablamos la lengua / que habló Shakespeare; quienes poseemos la fe y la ética / que poseyera Milton. En todo hemos nacido / de la sangre primera de la tierra. ¿Hay títulos mayores?" Estos cuatro versos corresponden al soneto de Wordsworth, incluido en *Biographia Literaria*, que empieza así: *It is not to be thought of.* [No ha de pensarse de ...] (N. del t.).

Samuel Taylor Coleridge

Lecture VII (fragmentos), 1818

Notes and Lectures upon Shakespeare...vol. II, London, William Pickering, 1849

Traducción de Elina Montes

(...) What had a grammatical and logical consistency for the ear, — what could be put together and represented to the eye — these poets took from the ear and eye, unchecked by any intuition of an inward impossibility ; — just as a man might put together a quarter of an orange, a quarter of an apple, and the like of a lemon and a pomegranate, and made it look like one round diverse-coloured fruit. But nature, which works from within by evolution and assimilation according to a law, cannot do so, nor could Shakspeare ; for he too worked in the spirit of nature, by evolving the germ from within by the imaginative power according to an idea. For as the power of seeing is to light, so is an idea in mind to a law in nature. They are correlatives, which suppose each other. Doubtless from mere observation, or from the occasional similarity of the writer's own character, more or less in Beaumont and Fletcher, and other such writers, will happen to be in correspondence with nature, and still more in apparent compatibility with it. But yet the false source

is always discoverable, first by the gross contradictions to nature in so many other parts, and secondly, by the want of the impression which Shakspeare makes, that the thing

said not only might have been said, but that nothing else could be substituted, so as to excite the same sense of its exquisite propriety. (...)

(...) There is, however, a diversity of the most dangerous kind here. Shakspeare shaped his characters out of the nature within ; but we cannot so safely say, out of his own nature as an individual person. No! this latter is itself but a natura naturata, — an effect, a product, not a power. It was Shakspeare's prerogative to have the universal, which is potentially in each particular, opened out to him, the homo generalis, not as an abstraction from observation of a variety of men, but as the substance capable of endless modifications, of which his own personal existence was but one, and to use this one as the eye that beheld the other, and as the tongue that could convey the discovery. There is no greater or more common vice in dramatic writers than to draw out of themselves. How I — alone and in the self sufficiency of my study, as all men are apt to be proud in their dreams — should like to be talking king ! Shakspeare, in composing, had no /, but the / representative.

Conferencia VII (fragmentos)

(...) Lo que tuvo una consistencia gramática y lógica para el oído, lo que pudo ser puesto junto y representado para la mirada, estos poetas [Jonson, Fletcher, Massinger] lo tomaron del oído y del ojo, sin las restricciones impuestas por la intuición de una imposibilidad interna, como si un hombre pudiese juntar un cuarto de naranja, un cuarto de manzana, uno de limón o uno de granada y hacerlos parecer un fruto redondo de distintos colores. Pero la naturaleza, desde el interior por evolución y asimilación de acuerdo con una ley, no puede hacerlo. Ni pudo Shakespeare, que también

trabajó en el espíritu de la naturaleza, haciendo evolucionar el germen interno a través del poder imaginativo según una idea -como si el poder de la vista fuese iluminar, así una idea en la mente es como una ley en la naturaleza. Son correlativos que se implican mutuamente. Sin duda de la mera observación o de la similitud ocasional del carácter del escritor, podrá ocurrir estar más o menos en correspondencia con la naturaleza, y más aún en aparente compatibilidad; pero aún la fuente falsa puede ser descubierta, en primera instancia por las fuertes contradicciones de la naturaleza en muchas otras partes, y en segunda instancia por la exigencia de dar la impresión -lo que hace Shakespeare-, que lo dicho no sólo podría haber sido dicho sino que nada más puede ser substituido para excitar la misma sensación de su exquisita propiedad. (...)

Pero tenemos aquí una diversidad de la más peligrosa especie. Shakespeare conforma sus personajes fuera de la naturaleza interna, sin embargo no podemos decir con liviandad fuera de su *propia* naturaleza como de una *persona individual*. ¡No! esto último es en sí nada más que una natura naturata, un efecto, un producto, no un *poder*. Fue prerrogativa de Shakespeare reconocer lo *universal* que potencialmente hay en todo *particular*, desplegándolo en el *homo generalis*, no como una abstracción de la observación de la variedad humana, sino como la sustancia pasible de un sinfín de modificaciones -de la que su existencia personal no fue más que una- y usar esto como el ojo que contempló lo otro, como la lengua que pudo vehiculizar el descubrimiento. [No hay] vicio más grande o más común en los escritores teatrales que el de hablar desde sí. ¡Como si yo -solo y la autosuficiencia de mi estudio, como cualquier hombre a menudo orgulloso en sus sueños- no pudiese *parecer* un rey al hablar! ¡Vamos! Shakespeare componiendo no poseía el yo sino el Yo representativo.

Samuel Taylor Coleridge (1772-1834)

“Notas sobre Rey Lear” (1817-1818?)

***Lectures on Shakespeare*, London, Dent, 1909**

Traducción de Marcelo Lara

De todas las obras de Shakespeare *Macbeth* es, en [términos de] movimiento, la más veloz; *Hamlet* [en cambio] la más lenta. [En este sentido], *Lear* combina, como el huracán y el remolino (absorbiendo a medida avanza), duración y velocidad. *Lear* comienza como un día de tormenta estival, refulgente, pero ese brillo, ese resplandor es siniestro, y anticipa la tempestad.

No fue indeliberadamente, ni carece de su correspondiente significado, que la división del reino de Lear ocurriera en las primeras seis líneas de la obra como algo ya determinado [de antemano] en todos sus detalles antes de la prueba de las declaraciones,³¹ así como las recompensas que ellas recibirían, la parte del reino que le tocaría a cada una. La extraña mezcla, aunque de ninguna manera artificial, de egoísmo y sensibilidad, y el hábito de experimentar los sentimientos acorde a su jerarquía, [según] lo que indica el rango particular y el tratamiento codificado: el intenso deseo de ser intensamente amado, [sentimiento] egoísta, característico de una naturaleza amorosa y amable en soledad; la incapacidad de sostenerse a uno mismo, siempre buscando todo placer en el pecho de otro; el capricho [de correr] detrás de

31 Prueba de las declaraciones de amor de las tres hijas, Goneril, Regan y Cordelia.

la simpatía con indiferencia pródiga, frustrado por su propia ostentación y los modos y formas de sus demandas; la ansiedad, el descreimiento, los celos, que en mayor o menor medida acompañan todas las afecciones egoístas y están entre las más seguras contradicciones del simple cariño [que nace] del amor verdadero, y que de hecho origina en Lear el ansioso deseo de disfrutar de las violentas declaraciones de sus hijas, mientras que las empedernidas costumbres de la soberanía convierten el deseo en demanda y en derecho positivo, y, por supuesto, el incumplimiento hacia dicha demanda se convierte en crimen y traición; -estos hechos, estas pasiones, estas verdades morales sobre las que la tragedia se basa están todas dispuestas para [que la tragedia efectivamente ocurra], y [luego], retrospectivamente, veremos que [estas verdades] ya estaban implicadas en estas primeras cuatro o cinco líneas [inaugurales] de la obra. Estos [primeros parlamentos] nos hacen saber que la prueba [de las declaraciones] no es sino un truco, y que la furia del viejo rey es, en parte, al resultado natural de un tonto engaño, de una estupidez que de pronto, e inesperadamente, se frustra y deviene decepcionante.

Considerando que casi todas las tragedias de Beaumont y Fletcher están basadas en algún suceso fuera de lugar, o en alguna excepción a la experiencia general de la humanidad, sería importante destacar que *Lear* es la única puesta seria de Shakespeare, el interés y las situaciones que se derivan de la asunción son de una flagrante improbabilidad. Pero observemos el incomparable juico de nuestro Shakespeare. Primero, si bien es improbable la conducta de Lear en la primera escena, sin embargo [aquella situación] era una vieja historia arraigada profundamente en la creencia popular; algo que era admitido y, en consecuencia, que no poseía ninguno de los efectos de la improbabilidad. En segundo lugar, [dicha

conducta] es meramente el lienzo sobre el que se delinean los personajes y las pasiones, una mera ocasión para desplegar los incidentes y las emociones, y no a la manera de Beaumont y Fletcher³², que se remontan permanentemente a la causa *sine qua non*.

Dejemos que la primera escena [de esta obra] se pierda, y permitamos que ella se entienda sólo por el caso de un padre cariñoso que ha sido víctima de hipócritas declaraciones de amor y lealtad por parte de dos de sus hijas, [aliadas] con el fin de desheredar a la tercera hermana [Cordelia], quien antes había sido imerecidamente! la preferida de su padre, y todo el resto de la tragedia conservará su interés intacto, y será perfectamente inteligible. Aquello que es universal, lo que en todas las edades del mundo ha estado y estará cerca del corazón del hombre, y que le es inherente, es lo que sienta las bases de las pasiones, y no lo meramente contingente: es la angustia del padre por la ingratitud de sus hijos, el valor de la autenticidad, aunque confinada en aspereza, y la execrable villanía de la injusticia es aquello está en la base de las pasiones. Quizás debería haber agregado *El mercader de Venecia*; aquí también se aplican las mismas observaciones. Era un viejo cuento: [es decir] sustituyamos cualquier otro peligro que aquel del pedazo de carne (justamente la circunstancia en la yace la improbabilidad), y todas las situaciones y emociones relacionadas con ellas seguirán siendo igualmente buenas y apropiadas. Mientras que, por ejemplo, si sacamos de [la obra] *The Mad Lover*, de Beaumont y Fletcher, la fantástica hipótesis de su compromiso de cortarse su propio corazón y presentárselo a su señora, todas las escenas principales se irán con ella.

32 Francis Beaumont (1584-1616) y John Fletcher (1579-1625).

Kotzebue³³ es el Beaumont y Fletcher alemán, [aunque] sin sus poderes poéticos, y sin su *vis comica*³⁴. Sin embargo, como ellos, él siempre hace emerger [en sus obras] las situaciones y pasiones de accidentes maravillosos, y del truco de traer una parte de nuestra naturaleza moral para oponerla a otra, como [por ejemplo] nuestra compasión por la desgracia y la admiración por la generosidad, el coraje para combatir nuestra condena de culpables, como en el adulterio, el robo, y otros crímenes atroces. Y también, como [Beaumont y Fletcher], Kotzebue se destaca en la manera de contar una historia de un modo claro e interesante, a través de una serie de diálogos dramáticos. Sólo el truco de hacer devenir comerciantes y camareras en héroes y heroínas trágicos era demasiado bajo para la época, y [también] demasiado prosaico para el genio de Beaumont y Fletcher. Kotzebue era, por cierto, inferior [a estos dramaturgos] en todo sentido, del mismo modo en que ellos [Beaumont y Fletcher] lo son respecto de su gran predecesor y contemporáneo [William Shakespeare]. ¡Cuán inferiores habrían sido si Shakespeare no hubiera existido para ser utilizado como modelo de imitación!, cosa que, más o menos, estos hacen siempre, e incluso de manera más obvia en sus tragedias. ¡Y sin embargo (¡Vergüenza, vergüenza!), no se pierden ni una sola oportunidad para burlarse de aquel hombre divino y, [como si fuera poco] rebajarle sus méritos!

Pero volvamos a *Lear*. Habiendo, por lo tanto, provisto en poquísimas palabras, y como una respuesta natural a una pregunta natural, las premisas y la *data* (lo que todavía responde al segundo propósito de atraer nuestra atención a la diversidad o a la diferencia entre los personajes de Cornwall y Albany) para nuestra posterior comprensión

33 August von Kotzebue (1761-1819).

34 Fuerza cómica.

de la mente y el humor de Lear, cuyo carácter, pasiones y sufrimientos son el tema principal de la obra, Shakespeare pasa sin demorarse del rey, la *persona patiens* de su drama, al segundo [personaje] en importancia, [quien es] el agente principal y el motor primario [de la obra], [a saber] Edmund. [Shakespeare] introduce [a Edmund] en nuestro mundo, preparándonos con la misma felicidad de juicio, y de la misma manera (sencilla y natural), para [el despliegue de] su personaje a través de la aparentemente casual mención de sus orígenes y circunstancias [de vida]. Desde que se sube el telón, Edmund se ha plantado frente a nosotros como la unión de la fortaleza y la belleza de la más primitiva virilidad. Nuestros ojos lo han estado cuestionando. Dotado, como se presenta, con grandes ventajas, y provisto por la naturaleza con un poderosísimo intelecto y una inmensa y enérgica voluntad, incluso sin ninguna concurrencia de otras circunstancias ni accidentes, el orgullo será necesariamente el pecado que con más facilidad lo acosará. Pero Edmund es, además, el conocido y reconocido³⁵ hijo del noble Gloster: él, por lo tanto, tiene a la vez el germen del orgullo, así como las aptitudes más adecuadas para que este evolucione y madure como un sentimiento predominante. Sin embargo, hasta ahora no hay ninguna razón por la que esto debería ser de otra manera que como lo es usualmente en una persona de cuna y talento: un orgullo auxiliar, incluso afín a muchas virtudes, y natural aliado de los impulsos naturales. Pero, ¡ay!, [allí], en su propia presencia, frente a al mismísimo [Edmund], el propio padre se avergüenza de sí mismo por la franca confesión de que él es su padre. ¡Gloster se ha ruborizado tantas veces al reconocerlo [como hijo] que [la vergüenza] ha quedado ahora soldada [su piel]! Edmund escucha las

35 Edmund es el hijo bastardo de Gloucester.

circunstancias de su nacimiento narradas de la manera más degradante y licenciosa: su madre, descrita como una mujer lasciva por su propio padre, recordando su deseo animal, y los bajos instintos criminales conectados con la lascivia y su prostituta belleza, asignada como la razón por la cual “¡el hijo ilegítimo debe ser anoticiado!”. Todo esto y la conciencia de su notoriedad, la tormentosa idea de que cada una de las muestras de respecto es un esfuerzo de cortesía que trae al presente, mientras se reprime, un sentimiento opuesto. Este es el eterno goteo de amargura y bilis que orada la fuente del orgullo, el virus corrosivo que inocula con un veneno ajeno, con envidia, odio y ansias de poseer ese poder que, en su derroche de brillo, esconde sus manchas: punzadas de vergüenza inmerecidas y, por lo tanto, sentidas [cada una de ellas] como injusticias. [Y un] fermento ciego de rencor, siempre rumiando las razones y causas, [sentimiento] especialmente dedicado hacia un hermano cuyo immaculado nacimiento y legítimos honores eran los constantes recordatorios de su inmanente degradación, siempre allí presentes para evitar que aquello, su origen, pasara por alto, desapercibido u obtuviera la gracia del olvido. Sumado a lo expuesto, Shakespeare, con excelente criterio, y previendo las demandas del sentido moral, especialmente por aquello que, en referencia al drama, se denomina justicia poética, y [buscando] los medios más adaptados para reconciliar los sentimientos de los espectadores a los horrores del posterior sufrimiento de Gloster, o al menos interpretándolos de un modo menos insoportable (porque no voy a esconder mi convicción de que, en este punto específico, lo trágico en esta obra ha sido llevado más allá de los límites extremos y del *ne plus ultra* del dramatismo), ha quitado toda excusa posible y no ha mitigado la culpa de ninguno de los padres en la concepción de Edmund a

través de la confesión de Gloster, en la que admite que en aquel tiempo él ya estaba casado y bendecido con un legítimo heredero de su fortuna [Edgar]. El triste alejamiento del amor fraternal, ocasionado por la ley de primogenitura en las familias de la nobleza, o más bien por las distinciones innecesarias que se establecen en estos niños, ramas del mismo tronco [familiar], todavía es casi proverbial en el continente, especialmente. Así lo veo a través de mis propias observaciones en el sur de Europa, y parece haber sido menos común en nuestra propia isla antes de la revolución de 1668, si nos atenemos a lo que muestran los personajes y sentimientos [al respecto], tan frecuentes en nuestras mayores comedias. Por ejemplo, en la obra de Beaumont y Fletcher, *Scornful Lady*, hay, por un lado, un hermano menor, y por el otro, está Oliver en la obra *As You Like It*, de Shakespeare. ¡Es preciso decir lo terriblemente estigmático que debe de haber sido, en tal caso, la marca de ser bastardo: sólo el más joven de los hermanos estaba obligado a escuchar su propio deshonor y la infamia de su madre vociferada por su progenitor con el solo gesto de un encogimiento de hombros, y en un tono que hace equilibrio entre la burla y la vergüenza!

A esta altura, a partir de las circunstancias aquí enumeradas, que funcionan como causas que predisponen [al rencor], el carácter de Edmund habría sido suficientemente explicado, y nuestras mentes [ya estarían] preparadas para él. Pero en esta tragedia, la historia o fábula forzó a Shakespeare a introducir la maldad de una manera monstruosa en los personajes de Regan y Goneril. [Shakespeare] había leído muy cuidadosamente la naturaleza [humana] para desconocer que el coraje, el intelecto y la fuerza de carácter son las formas más impresionantes de poder, y que para insuflárselo a uno mismo, sin referencia a ningún fin moral, una inevitable admiración y complacencia se ponen juego, sean

ellas desplegadas en la conquista de un Bonaparte o de un Timur, o en la espuma y el trueno de una catarata. Pero en la exhibición de semejante carácter era de gran importancia prevenir que la culpa deviniera una total monstruosidad. Esto, nuevamente, depende de la presencia o ausencia de causas y de suficientes tentaciones a cuenta de la maldad, sin necesidad a recurrir a un minucioso mecanismo diabólico de naturaleza [interna] que justifique su origen. Para ello están las [ya] señaladas relaciones de poder intelectual a la verdad, y de la verdad a la bondad, que devienen tanto moral como poéticamente inseguros para presentar lo que es admirable, lo que nuestra naturaleza nos obliga a admirar, en la mente; y lo que es más detestable en el corazón, como co-existentes en el mismo individuo sin ninguna conexión aparente, sin ninguna modificación de uno por parte del otro. Eso Shakespeare lo tiene en un ejemplo, aquel de Yago, [tan] cercano a esto [que estamos viendo]. Y aquello que lo ha hecho tan exitoso es, quizás, la más asombrosa prueba de su genio, y la opulencia de sus recursos. Pero en esta tragedia [*Lear*], en la que [Shakespeare] se vio forzado a presentar una Goneril y una Regan, era más cuidadoso que fuera evitado todo aquello. Por lo tanto, el único agregado concebible a las influencias (para nada auspiciosas) en la pre formación del carácter de Edmund está dado en la información acerca de que todas las posibles situaciones que podrían haber contrarrestado los dañinos sentimientos de vergüenza, como por ejemplo el hecho de compartir la vida diaria con Edgar y su padre común, [posibilidad que] fue cortada de raíz a partir de la ausencia de [Edmund] de la casa [paterna], y de su educación en el extranjero desde la niñez hasta el presente, y la idea de que continuará en el extranjero, como para así prevenir cualquier riesgo de interferencia con los proyectos del padre para su mayor y legítimo hijo:

Ha estado en el exterior nueve años, y volverá a partir.

Acto I. Escena i.

Cordelia: No digo nada, mi señor.

Lear: ¿Nada?

Cordelia: Nada.

Lear: Nada surgirá de la nada. Volved a hablar.

Cordelia: Sufro porque no puedo expresar mi corazón

Con mis palabras. Amo a Vuestra Majestad

Según mi deber: ni más, ni menos.

Hay algo de disgusto en la despiadada hipocresía de las hermanas, y también cierta mezcla defectuosa de orgullo y hosquedad en el “Nada” de Cordelia. Su tono es, además, bien artificial, ciertamente, para reducir la flagrante conducta absurda de Lear. Sin embargo, [en realidad] su función responde a un propósito más importante, a saber, evitar que la escena se incline hacia el cuento infantil: el momento ha servido a su fin, proporcionar el lienzo para el cuadro. Esto es además materialmente fomentado por la oposición de Kent, que expone la incapacidad moral de Lear para renunciar a su poder soberano en el mismo acto de desprendimiento. Kent es, quizás, de todos los personajes de Shakespeare, el más cercano a la perfecta bondad y, sin embargo, el más individualizado. Hay un excepcional encanto en su simpleza, que es aquella de un noble que surge en un tiempo de excesiva cortesía, y que se combina con la calma natural, donde la bondad del corazón es aparente. Su apasionada fidelidad y afecto por Lear inclinan nuestros sentimientos a favor de él mismo: la virtud en sí misma parece ser una compañía suya.

Ib. esc. ii. Monólogo de Edmund:

¿Quién en la lasciva soledad de la naturaleza adquiere
Mejor físico y mayor energía
Que cuando...

Una nota de Warburton sobre una cita de Vanini.³⁶

¡Pobre Vanini! Nadie sino Warburton habría pensado este precioso pasaje más característico de Mr. Shandy que del ateísmo. Si el hecho así fuera (que no lo es, incluso casi lo contrario) no veo por qué el más confirmado teísta no podría de manera muy natural pronunciar el mismo deseo. Pero es proverbial que el más joven hijo de una numerosa familia sea comúnmente el hombre de los más grandes talentos; y tan buena autoridad como Vanini ha dicho *-incallescere in venerem ardentius, spei sobolis injuriosum esse*.³⁷

En este monólogo de Edmund ustedes pueden ver, tan pronto como un hombre no alcanza a reconciliarse con la razón, cómo su conciencia se retira de la posibilidad de recurrir a la naturaleza. Él está seguro de que en ella nunca se encuentran las culpas, y también sabe cómo la vergüenza agudiza una predisposición en el corazón hacia el mal. Debido a que es una profunda [conducta] moral [pensar] que la vergüenza naturalmente generará culpa: el oprimido será vengativo, como Shylock, y en la angustia de la ignominia inmerecida la desilusión brotará secretamente, pasando por alto el juicio moral de una acción, focalizando [en cambio] la mente sólo en el simple acto físico.

Ib. Monólogo de Edmund:

36 Giulio Cesare Vanini (1585-1619) o Lucilio Vanini.

37 Caliente en el sexo, espero ardientemente que los hijos sean traviesos.

Esta es la perfecta imbecilidad del mundo: cuando no nos favorece la fortuna –con frecuencia como efecto natural de nuestro propio comportamiento- echamos la culpa a los desastres del sol, la luna y las estrellas,

De modo que ese desprecio y misantropía son a menudo las anticipaciones y los portavoces de la sabiduría en la detección de supersticiones. Tanto individuos como naciones pueden estar libres de tales prejuicios, sea permaneciendo debajo de ellos, así como elevándose sobre ellos.

Ib. esc. 3. El mayordomo [Oswald] debería ser ubicado en exacta oposición a Kent, como el único personaje de una absoluta e irremediable vileza en Shakespeare. Incluso en esto, el juicio y la invención del poeta son claramente observables: ¿para qué otro fin podría estar dispuesta esta herramienta [que hace posible] del deseo de una Goneril? Ningún vicio más que el de la vileza fue dejado abierto para [Oswald].

Ib. esc. 4. En la ancianidad [misma] de Lear encontramos un personaje: sus [históricas] imperfecciones naturales han aumentado por la costumbre de una larga vida en la que ha recibido inmediata obediencia [a sus deseos por parte de sus súbditos]. Cualquier agregado a su subjetividad hubiera sido innecesario y penoso; porque las respuestas de otros hacia él, sean tanto de maravillosa fidelidad como de horrosa ingratitud, ya de por sí son suficientes para distinguirlo. De modo que Lear deviene la abierta e inmensa sala de juegos de las pasiones de la naturaleza.

Ib.

Caballero: Desde que la joven señora se fue a Francia, señor,
El bufón ha languidecido.

El Bufón no es un bufón cómico que está para hacer reír a los gobios del gallinero: ninguna condescendencia del genio de Shakespeare hacia el gusto de la audiencia. Consecuentemente, el poeta prepara su introducción [la del bufón], introducción que nunca hace con ninguno de sus clowns y bufones comunes, llevándolo a éste en particular hacia una conexión vital con el pathos de la obra. El bufón es una creación tan maravillosa como lo es Caliban: sus parloteos salvajes y su inspirada idiotéz articulan e indican los horrores de la escena.

El monstruo Goneril prepara todo lo necesario, mientras que el personaje de Albany da cuenta de un resentimiento aún más desesperante, a saber, [la unión de] Regan y Cornwall en perfecta [relación] de simpatía y monstruosidad. Ningún sentimiento ni ninguna imagen que pueda dar placer por cuenta propia son admitidos, cada vez que estas criaturas son presentadas, y son empujadas mínimamente, puro horror reina en todas partes. En esta escena y en todos los parlamentos del principio de Lear, el sentimiento general de ingratitud filial prevalece como el resorte principal de los sentimientos: en esta temprana escena el **objeto externo**, causando la presión en la mente, que no está todavía suficientemente familiarizada con la angustia para que la imaginación trabaje sobre ella.

Ib.

Goneril: ¿Oísteis eso, mi señor?

Albany: No puedo ser tan parcial, Goneril,

Al gran amor que os profeso...

Goneril: Serenaos, os ruego.

Observen el desconcertado empeño de Goneril para actuar sobre los miedos de Albany, y sin embargo su pasividad, su

inertia; él no está convencido, pero de todos modos tiene miedo de examinar la cuestión. Tales personajes siempre ceden el paso a quienes tendrán el problema de gobernarlos, o de gobernar para ellos. Quizás, la influencia de una princesa, cuya elección por su persona le haya dado un aire regio, podría ser una pequeña excusa para explicar la debilidad de Albany.

Ib. sc. 5.

Lear: ¡Ay, no dejes que me vuelva loco, que no me vuelva loco, dulce cielo!

Mantenme en mi sano juicio. No quiero ser loco.

¡La propia anticipación de locura de su mente! Las más profundas notas son usualmente golpeadas por una brisa de impedimento. La conclusión que saca el bufón de este acto mediante un parloteo grotesco parece iniciar la dislocación de sentimiento que ha comenzado y que continuará.

Acto II. esc. i. Parlamento de Edmund:

Él respondió,
¡Bastardo desheredado!

Por eso el veneno que se destila en secreto dentro del corazón de Edmund avanza palmo a palmo. ¡Y luego observemos al pobre Gloster,

¡Mi leal y *natural* muchacho!

como si estuviera alabando el crimen cometido de concebir a Edmund!

Ib. Comparemos el parlamento de Regan

¿Qué, el ahijado de mi padre atentó contra vuestra vida?
¿Aquel a quien mi padre le dio el nombre?

con su violencia masculina

Toda venganza es demasiado poca,

y todavía [no aparece] ninguna referencia a la culpa, sino sólo al accidente, que ella usa como una ocasión para despreciar a su padre. Regan no es, de hecho, un monstruo peor que Goneril, pero tiene, sin embargo, el poder de escupir más veneno.

Ib. esc. 2. Parlamento de Cornwall:

Este es un tipo,
Que en algún tiempo fue elogiado por su aspereza, que se engalana
De una brusquedad impertinente,

De este modo, colocando estas profundas verdades generales en las bocas de hombres como Cornwall, Edmund, Yago y otros, Shakespeare les otorga [a estos personajes], por un lado, fuerza expresiva y, al mismo tiempo muestra cuán indefinida es la aplicación [de esas mismas palabras].

Ib. esc. 3. La locura asumida por Edgar sirve al gran propósito de evitar parte del shock que, de otra manera, le sería causado por la locura verdadera de su padre, y más adelante exhibirá la profunda diferencia entre ambos. Cada uno de los intentos de representar la locura en todo el rango de la literatura dramática, con la singular excepción de *Lear*, es

mero delirio, como especialmente en Otway. En los desvaríos de Edgar, Shakespeare deja todo el tiempo que veamos un propósito firme, un fin práctico a la vista para seguir; en *Lear* sólo está la amenaza de la propia angustia, un remolino sin progresión.

Ib. esc. 4. Parlamento de Lear:

El rey desea hablar con Cornwall; el estimado padre
Quiere hablar con su hija
[...]
Pero todavía no: quizás él no se sienta bien,

El denodado interés sentido por Lear para intentar ahora encontrar excusas para su hija es más patético.

Ib. Parlamento de Lear:

-Querida Regan,
Tu hermana es malvada; ¡Oh, Regan! Me ha clavado
Su ingratitud, de afilados colmillos, como un buitre, aquí.
Casi no puedo hablar contigo; -no creerías
De qué manera tan depravada – ¡Oh, Regan!
Regan: Os ruego que tengáis paciencia, señor. Tengo la impresión
De que estáis menospreciando sus méritos,
Y no que ella no cumpla con sus obligaciones.
Lear: Dime, ¿cómo es eso?

Nada es tan hiriente al corazón como la fría e inesperada defensa o de una crueldad que hemos sufrido y de la que nos hemos quejado apasionadamente, ni tan expresiva de un absoluto corazón de piedra. Y sentir el excesivo horror de la respuesta de Regan “Oh, señor, eres viejo!”, y luego de

su representación del objeto universal de reverencia e indulgencia, presenta la razón de su espantosa conclusión:

¡Dile que te has equivocado con ella!

Todos los defectos de Lear incrementan nuestra compasión por él. Nos negamos a aceptarlos de otra manera que no sea como efectos de su sufrimiento y como agravantes que son fruto de la ingratitud de su hija.

Ib. Parlamento de Lear:

¡Ay, no discutáis sobre la necesidad! Nuestros mendigos más despreciables

Tienen cosas superfluas a pesar de su pobreza.

Observemos que la tranquilidad que le sigue al primer tremendo golpe le permite a Lear razonar.

Acto III. Esc. 4. ¡Oh, la convención de las agonías del mundo está aquí! Toda la naturaleza exterior en una tormenta, toda la naturaleza moral convulsionada: la verdadera locura de Lear, la fingida locura de Edgar, el parloteo demente del bufón, la desesperada fidelidad de Kent. ¡Seguramente una escena así jamás había sido concebida antes, o hasta ese momento! Tomemos [esta escena] como un cuadro, una pintura, sólo para los ojos, [veremos que] es más terrible que cualquiera que Miguel Ángel, inspirado por Dante, podría haber ejecutado. O dejemos que esta escena haya sido expresada para el ciego: los clamores de la naturaleza parecerían convertirse en la voz de la conciencia humana. Esta escena finaliza con el primer síntoma de trastorno positivo; y la intervención de la quinta escena es particularmente prudente, es la interrupción que permite un intervalo para

que Lear haga su aparición en su total y absoluta locura en la sexta escena.

Ib. esc. 7. Gloster cegado:

Qué puedo decir de esta escena? Tengo cierta reticencia a pensar mal de Shakespeare, y aún

Acto IV. Esc. 6. Monólogo de Lear:

¡Ah, Goneril, con una barba blanca! Me halagaron como un perro, diciéndome que tenía pelos blancos en la barba antes de tener pelos negros siquiera. Decían “Sí” y “No” a todo lo que yo decía. “Sí” y “No” no era una buena religión. Una vez, cuando me empapó la lluvia,

El trueno se produce, pero todavía a una gran distancia de nuestros sentimientos.

Ib. esc. 7. Monólogo de Lear:

¿Dónde he estado? ¿Dónde estoy? ¿Es pleno día?

He sido engañado. Me moriría de pena

De ver algún otro en este estado.

¡Qué hermoso es la vuelta de Lear a la razón, y y el pathos de estos parlamentos preparan la mente para el último, triste, y sin embargo dulce, consuelo de la sufrida muerte de la vejez!

Samuel Taylor Coleridge (1772-1834)

“Notas sobre La tempestad” (1817-1818?)

Lectures on Shakespeare, London, Dent, 1909

Traducción y notas de Ezequiel Rivas

Hay una suerte de improbabilidad con la que quedamos asombrados en la representación dramática, no menos que en una narración de la vida real. Por consiguiente, debe haber reglas relativas a ella. Y como las reglas no son más que medios para un fin previamente comprobado (hay una falta de atención para los que la simple verdad ha sido el motivo de toda la pedantería de la escuela francesa), debemos primero determinar cuál es la inmediata finalidad del objeto del drama. Y aquí, como he señalado previamente, encuentro dos extremos de la decisión crítica: los franceses, que presuponen evidentemente que debe ser destinada a una perfecta ilusión, una opinión que no necesita ninguna refutación fresca; y todo lo contrario a ella, presentado por el Dr. Johnson, que supone que el auditorio se encuentra durante toda la representación en el completo conocimiento reflexivo de lo contrario. Al evidenciar la imposibilidad de la ilusión, Johnson tiene en cuenta un estado intermedio, que he distinguido antes por el término ‘ilusión’, y he tratado de ilustrar su calidad y carácter en función de nuestro estado mental cuando se sueña. En ambos casos, simplemente no juzgamos que la imagería sea irreal; hay una realidad negativa, y no otra cosa. Con todo, luego, la mente tiende a evitar el ubicarse a sí misma o el estar ubicada

gradualmente en aquel estado en el que las imágenes tienen tal realidad negativa para el que escucha que destruye esta ilusión y es radicalmente improbable.

Ahora, la producción de este efecto --un sentido de improbabilidad-- dependerá del grado de excitación en el que se supone se encuentra la mente. Hay muchas cosas que serían intolerables en la primera escena de una obra de teatro, que no interrumpirían para nada nuestro disfrute a la altura de los intereses, cuando el estrecho escenario quizás fue hecho para sostener

*los vastos campos de Francia, o podríamos en esta O de madera hacer entrar solamente los cascos que asustaron al cielo en Agincourt.*³⁸

Una vez más, por el contrario, muchas improbabilidades obvias serán soportadas como pertenecientes a las bases de la historia en vez que al propio drama, en las primeras escenas, lo que nos perturbaría o desconcentraría de toda ilusión en la cumbre de nuestro entusiasmo, como por ejemplo, la división del reino de Lear y el destierro de Cordelia. Pero, más allá de las otras excelencias del drama, además de esta probabilidad dramática, como la unidad de interés, la distinción y la subordinación de los personajes y lo apropiado en cuanto al estilo, son todas estas cosas medios --en la medida en que tienden a aumentar el entusiasmo interior-- para el cumplimiento del fin principal que es el de la producción y el apoyo a esta ilusión. Sin embargo estos elementos no hacen que la relación cese para terminar con ellos; y debemos recordar que, como tal, llevan su propia justificación, siempre y cuando no contravengan o interrumpan la ilusión total. Ni siquiera es siempre, ni por necesidad, una objeción que impida que la ilusión se eleve a tan gran altura,

38 *Henry V*, prólogo del acto 1.

ya que de lo contrario podría haberla alcanzado; es suficiente con que simplemente sean compatibles con su mayor grado como es necesaria para el propósito. y hay que recordar que, como tal, llevan su propia justificación con ellos, siempre y cuando no contravengan o interrumpen la ilusión total. Ni siquiera es siempre, ni por necesidad, una objeción a ellos, que impiden que la ilusión se eleve a tan gran altura, ya que de lo contrario podría haber alcanzado; --es suficiente con que simplemente son compatibles con el mayor grado de él como es necesaria para el propósito. Es más, en ocasiones particulares, una improbabilidad palpable puede ser aventurada por un gran genio para el expreso propósito de mantener bajo el interés de una escena meramente instrumental que de otro modo haría demasiado grande una impresión para la armonía de toda la ilusión. El panorama se había inventado en la época del Papa León X, Rafael³⁹ todavía, no lo dudo, él habría sonreído con desprecio a pesar de que las escobas-ramas y arbustos achaparrados en la parte posterior de algunas de sus grandes cuadros no eran tan probable árboles como los de la exposición.

La *tempestat* es un ejemplo del drama puramente romántico, en el que el interés no es histórico o dependiente de la fidelidad de lo que se retrata, o de la conexión natural de los eventos. Sin embargo es un nacimiento de la imaginación, y queda solamente en la unión de los elementos garantizados o asumidos por el poeta. Es una especie de drama que no le debe ninguna lealtad al tiempo o al espacio, y en el que, por lo tanto, los errores de cronología y geografía — no son pecados mortales— son faltas veniales, y no cuentan para nada. Él mismo se dirige enteramente hacia la facultad imaginativa, y aunque la ilusión pueda estar asistida por el efecto de los sentidos de la complicada escenificación

39 Rafael de Sanzio (Rafaello), pintor italiano del Renacimiento.

y decoración de los tiempos modernos, sin embargo esta suerte se asistencia es peligrosa. Porque la única emoción genuina y principal debe venir desde dentro, - a partir de la imaginación conmovida y simpática; mientras que, en tanto se dirige a los meros sentidos externos de la vista y el oído, la visión espiritual tiende a languidecer, y la atracción de afuera va a retirar la mente del propio y único interés legítimo que pretende brotar desde el interior.

El romance se abre con una escena ocupada admirablemente apropiada para el tipo de drama, y da, por así decirlo, la nota clave de toda la armonía. Prepara e inicia la excitación requerida para toda la pieza, y sin embargo, no exige nada de los espectadores, que sus hábitos anteriores no los habían preparado para entender. Es el bullicio de una tempestad, de la que se extrajeron los horrores reales (por lo que es poético, aunque no en el rigor natural)⁴⁰ (la distinción a la que tantas veces he aludido) - y está restringido a propósito a fin de concentrar el interés en sí mismo, sin embargo es utilizado simplemente como una inducción o sintonía de lo que sigue.

La segunda escena (los discursos de Próspero hasta la entrada de Ariel) contiene el mejor ejemplo, como bien recuerdo, de la narración retrospectiva con el fin de excitar el interés inmediato, y poner a la audiencia en posesión de toda la información necesaria para la comprensión de la trama. Obsérvese, también, perfecta la probabilidad del momento elegido por Próspero (muy propio de Shakespeare, por así decirlo, de la tempestad misma) para abrir la verdad a su hija, su propio comportamiento romántico, y cómo cualquier cosa que podría haber sido desagradable para nosotros en el mago, se reconcilia y se distingue en la humanidad y los sentimientos naturales del padre. Observe,

40 La distinción a la que tantas veces he aludido (Nota del autor).

también, la probabilidad perfecta del momento elegido por Próspero (el propio muy Shakespeare, por así decirlo, de la tempestad) para abrir la verdad a su hija, su propio soporte romántico, y cuán completamente cualquier cosa que podría haber sido desagradable para nosotros en el mago, se reconcilia y sombreada de la humanidad y los sentimientos naturales del padre. En el primer discurso de Miranda la sencillez y ternura de su carácter se abrieron a la vez, las que se habrían perdido en contacto directo con la agitación de la primera escena. Se impuso en un tiempo la opinión que, sin embargo, por suerte, ahora ha sido abandonada, que Fletcher escribió para las mujeres. La verdad es que en muy pocas y parciales excepciones, los personajes femeninos de las obras de Beaumont y Fletcher⁴¹ son, cuando el tipo de luz, no decente; cuando heroicos, viragos completas. Pero en Shakespeare todos los elementos de la femineidad son sagrados, y existe el dulce, digno sentimiento de todo lo que continúa la sociedad, como el sentido de lo ancestral y del sexo, con una pureza no alcanzada por la sofística, porque no se queda en el proceso analítico, sino en aquella misma igualdad de las facultades, durante la cual los sentimientos son representativos de toda experiencia pasada, no del individuo solamente, sino de todos aquellos por los que ella ha sido educada, y sus predecesores, incluso hasta la primera madre que vivía. no del individuo solo, sino de todos aquellos por que ella ha sido educado, y sus predecesores, incluso hasta la primera madre que vivía. Shakespeare vio que la falta de protagonismo, que Pope avisaba para el sarcasmo, era la belleza bendita del carácter de la mujer, y sabía que no surgió de alguna deficiencia, sino de la más exquisita armonía de todas las partes del ser moral que constituyen

41 Francis Beaumont (1584-1616), poeta y dramaturgo inglés, colaborador de John Fletcher (1579-1625), también dramaturgo inglés, ambos bajo el reinado del rey Jacobo I.

una vida total de cabeza y corazón. Él ha dibujado ella, de hecho, en todas sus energías distintivas de fe, paciencia, constancia, fortaleza de ánimo, que se muestran en todos ellos de la siguiente manera: el corazón, que da sus resultados por un buen tacto y feliz intuición, sin la intervención de la facultad discursiva, ve todas las cosas en y por la luz de los afectos, y se equivoca, si alguna vez se equivoca, en las exageraciones del solo amor. Él ha dibujado ella, de hecho, en todas sus energías distintivas de fe, la paciencia, la constancia, fortaleza de ánimo, - que se muestran en todos ellos de la siguiente manera el corazón, que da sus resultados por un buen tacto y feliz intuición, sin la intervención de la facultad discursiva, ve todas las cosas en y por la luz de los afectos, y se equivoca, si alguna vez se equivocan, en las exageraciones de amor por sí solos. En todas las mujeres shakespearianas no existe esencialmente el mismo fundamento y principio: la distinta forma individual y la variedad son simplemente el resultado de la modificación de las circunstancias, ya sea en Miranda la doncella, en Imogen la esposa, o en Katherine la reina.

Pero volvamos. La apariencia y caracteres de los sirvientes súper o ultra-naturales están finamente contrastadas. Ariel tiene en cada cosa el tono aireado que le da el propio nombre, y es digno de notarse que Miranda nunca se pone directamente en comparación con Ariel, no sea que lo natural y humano en ella y lo sobrenatural del otra debe tender a neutralizarse entre sí; Caliban, por otro lado, es todo tierra, todo condensado y brutalidad en los sentimientos y las imágenes; Él tiene los albores de entendimiento sin razón o el sentido moral, y en él, como en algunos animales irracionales, este avance de las facultades intelectuales, sin el sentido moral, se caracteriza por la aparición del vicio. Porque es sólo en la primacía del ser moral que el hombre es verdaderamente humano; en sus facultades intelectuales

ciertamente está abordado por los brutos, y, habiendo considerado todo el sistema del hombre debidamente, esos poderes no pueden considerarse que no sean medio para un fin, es decir, para las buenas costumbres.

En la escena, a medida que avanza, se muestra la impresión hecha por Fernando y Miranda el uno del otro; es amor a primera vista:

*a primera vista /ellos intercambiaron las miradas.*⁴²

y me parece que en todos los casos de amor real esto sucede en un momento preciso y justo. Ese momento puede haber sido preparado por la estima anterior, la admiración o incluso el afecto, sin embargo el amor parece requerir un acto momentáneo de la voluntad, por el que se impone un vínculo tácito de la devoción, un vínculo que no se rompa a partir de entonces, sin violar lo que debería ser sagrado en nuestra naturaleza. Cuán fina es la verdadera escena de Shakespeare que contrasta con la vulgar alteración de Dryden⁴³ de la misma en la que se intentó, por así decirlo, un mero experimento psicológico absurdo, mostrando nada más que la falta de delicadeza y de pasión. La interrupción del cortejo hecha por Próspero me ha parecido a menudo no tener motivo suficiente, incluso siendo su razón alegada⁴⁴, es suficiente para que las conexiones etéreas de la imaginación romántica, a pesar de que no sería así para la histórica⁴⁵. Toda la escena de cortejo entre los amantes en el

42 *La tempestad*, 1,2. 442-443.

43 John Dryden (1631-1700), poeta, crítico literario y dramaturgo del período de la Restauración en Inglaterra.

44 *La tempestad*, 1, 2. 453-454: no sea que ganar tan fácil / convierta en fácil el premio.

45 Fernando: Sí, de viva fe, y todos sus nobles, el duque de Milán, y su buen hijo.

Theobald remarca que ningún cuerpo se perdió en el naufragio; y sin embargo, que tal carácter se introduce en la fábula, como el hijo del Duque de Milán. El Sr. C. señala: "¿Acaso Fernando no

comienzo del tercer acto, es de hecho una obra maestra; y el primer amanecer de desobediencia a la orden de su padre en la mente de Miranda está muy finamente dibujada, con el fin de parecer el trabajo del mandamiento de las Escrituras ‘*Tú dejarás padre y madre, etc.*’. ¡Oh! ¡Con qué exquisita pureza esta escena está concebida y ejecutada! Shakespeare veces puede ser bruto pero yo digo audazmente que siempre es moral y modesto. ¡Ay! En nuestros días la decencia de las costumbres se conserva en detrimento de la moral del corazón, y las exquisiteces para el vicio están permitidas, mientras la grosería contra ella es hipócrita, o al menos mórbida, condenada.

En esta obra se han bosquejado admirablemente los vicios que generalmente acompañando un bajo grado de civilización; y en la primera escena del segundo acto Shakespeare ha mostrado, como en muchos otros lugares, la tendencia de los hombres malos para disfrutar de las expresiones de desprecio y de desprecio, como un modo de deshacerse de sus propios sentimientos incómodos de inferioridad con respecto a los buenos, y también, al hacer el bien ridículo, de hacer la transición de los demás a la maldad fácil. Shakespeare nunca pone desprecio habitual en boca de otros que no sean los hombres malos, como en este caso en el diálogo de Antonio y Sebastián. La escena del asesinato previsto de Alonso y Gonzalo es una réplica exacta de la escena entre Macbeth y su esposa, sólo campal en un tono más bajo en todas partes, como se ha diseñado para ser frustrada y oculta, y que muestra la misma administración profunda en la manera de familiarizar una mente, no inmediatamente destinataria, de la sugerencia de la culpa, al asociar el delito propuesto con algo ridículo o fuera de lugar, algo que no es habitualmente objeto de reverencia. Por medio de

debe haber creído que estaba perdido en la flota que la tempestad dispersó ? ” (Nota del editor).

este tipo de sofismas la imaginación y la fantasía son sobornadas primero para contemplar el acto propuesto, y para que al final se familiaricen con él. Obsérvese cómo el efecto de esta escena se ve reforzado por el contraste con otro contrapunto de la misma en la vida baja, entre los conspiradores Stephano, Caliban y Trínculo en la segunda escena del tercer acto, en el que existen las mismas características esenciales.

En esta obra y en esta escena especialmente se muestran además la primavera del vulgo en la política, ese tipo de política que se halla íntimamente relacionada con la naturaleza humana. En el tratamiento de este tema, las más de las veces, Shakespeare es bastante peculiar. En otros escritos encontramos las opiniones particulares del individuo: en Massinger⁴⁶ es republicanismo de rango; en Beaumont y Fletcher⁴⁷ incluso principios *iure divino* se llevan al exceso; sin embargo, Shakespeare no promulga ningún postulado de partido. Él es siempre el filósofo y moralista, pero al mismo tiempo con una veneración profunda para todas las instituciones establecidas de la sociedad y para aquellas clases que forman los elementos permanentes del Estado. Nunca introduce un carácter profesional, como tal, de otro modo que no sea sino respetable. Si él debe llevar algún nombre, debe ser labrado como un aristócrata filosófica, que se deleita en esas instituciones hereditarias que tienen una tendencia a unir una edad a otra, y en esa distinción de rangos, de los cuales, aunque algunos pueden estar en posesión, todos disfrutamos las ventajas. Por lo tanto, una vez más, usted podrá observar la buena naturaleza con la que parece siempre hacer deporte con las pasiones y locuras

46 Philip Massinger (1583-1640), dramaturgo inglés contemporáneo de Shakespeare. Escribió obras para la compañía de los King's Men a partir de 1616.

47

de una turba, al igual que un animal irracional. Él nunca está enojado con esto, sino enormemente satisfecho con la celebración de sus absurdos en su cara, y, a veces usted puede rastrear un tono de superioridad casi afectuoso, algo del estilo como cuando el padre habla de las picardías de un niño. Véase la forma de buen humor con que describe a Stephano que pasa de la libertad más licenciosa al despotismo absoluto sobre Trinculo y Calibán . La verdad es que los personajes de Shakespeare son todos los géneros intencionalmente individualizados; son el resultado de la meditación que suministra la observación de cortinas y de los colores necesarios para combinarlos entre sí. Había prácticamente revisado todas grandes potencias de los componentes y los impulsos de la naturaleza humana , - había visto que sus diferentes combinaciones y subordinaciones eran de hecho los elementos que individualizaban a los hombres, y mostró cómo su concordia fue producida por desproporciones recíprocas de deficiencia o de exceso . El idioma en que estas verdades se expresan no se extrajo de la moda de cualquier conjunto, sino desde lo más profundo de su ser moral , y por lo tanto, es para todas las edades.

“La tempestad”⁴⁸

Characters of Shakespear's Plays, 1817-1818.

Traducción de Ezequiel Rivas

No cabe duda de que Shakespeare fue el genio más universal que haya existido. “Ya sea por la tragedia, la comedia, la historia, la pastoral, la pastoral-cómica, la pastoral-histórica, la escena individual o poema ilimitado, él es el único. Séneca no puede ser demasiado pesado ni Plauto demasiado claro para él.” No sólo tiene el mando absoluto sobre nuestra risa o nuestras lágrimas, sobre todos los recursos de la pasión o del ingenio, del pensamiento y de la observación, sino que posee la gama más acotada de invención fantasmagórica, sea terrible o juguetona, la misma visión en el mundo de la imaginación que tiene en el mundo de la realidad; y sobre todo eso preside la misma verdad de carácter y naturaleza, y el mismo espíritu de humanidad. Sus seres ideales son tan verdaderos y naturales como sus caracteres reales, esto es, tan consistentes consigo mismos, o si suponemos que tales seres existan, no podrían actuar, hablar o sentir de otra manera que no sea como él los construye. Les ha inventado un lenguaje, modales y sentimientos propios, desde las tremendas imprecaciones de las brujas en Macbeth, cuando ellas hacen “una escritura sin nombre”⁴⁹, a

48 Las traducciones de las citas de las obras de Shakespeare son las de Astrana Marín.

49 *Macbeth* 4. 1. 47.

las expresiones de sílfide de Ariel, quien “cumple su actividad de espíritu gentilmente”⁵⁰; las travesuras y chismes de Robin Goodfellow, o el parloteo grosero y las gesticulaciones enfáticas de Calibán en esta obra.

La *Tempestad* es una de las más originales y perfectas producciones de Shakespeare, y nos ha mostrado en ella toda la variedad de sus poderes. Está llena de gracia y grandeza. Los caracteres humanos e imaginarios, lo dramático y lo grotesco se hallan mezclados junto con el arte más grande, y sin ninguna apariencia del mismo. Aunque aquí Shakespeare ha dado “a la etérea nada un lugar donde vivir y un nombre”, sin embargo esa parte que es solamente la creación fantástica de su mente, tuvo la misma textura palpable y es coherente “aparentemente” con el resto. Como la parte preternatural tenía el aire de realidad, y casi atrapa la imaginación con un sentido de verdad, los caracteres reales y eventos participan del desenfreno de un sueño. El majestuoso mago, Próspero, empujado desde su ducado, pero alrededor del cual (tan potente en su arte) la multitud sin número de los espíritus etéreos realizan sus órdenes; su hija Miranda (“digna de ese nombre”) a quien apuntan todos los poderes de su arte, y quien parece una diosa de la isla; el principesco Ferdinando, proyectado por el destino en el cielo de su felicidad en este ídolo de amor; el delicado Ariel; el salvaje Calibán, mitad bestia mitad demonio; la tripulación de la nave ebria-- son todos partes conectadas de la historia, y difícilmente se puede ahorrar desde el lugar que ocupan. Incluso el paisaje local y el carácter son una sola cosa con el tema. La isla encantada de Próspero parece haber emergido del mar; la música etérea, el buque sacudido por la tormenta, las olas turbulentas, todo tiene el efecto del paisaje de fondo de una fina pintura. El lápiz de

50 *La tempestad* 1. 2. 298.

Shakespeare es (para usar una alusión de su propio costal) “como la mano del tintorero, sometida a lo que está trabajando”. Todo en él, aunque participe de “la libertad de ingenio”, se halla también sujeto a “la ley” del entendimiento. Por el momento, incluso los marineros ebrios, que están intoxicados al punto de tambalearse, comparten, en el desorden de sus mentes y de sus cuerpos, en el tumulto de los elementos, y parecen estar en la costa tanto a merced del azar como antes a merced de los vientos y de las olas. Estos tipos con su ingenio del mar son los menos a nuestro gusto de ninguna otra parte de la obra, pero son tan marineros borrachos como pueden serlo, y son una lámina indirecta para Caliban, cuya figura adquiere una dignidad clásica en la comparación.

El carácter de Caliban es concebido generalmente (y justamente así) como una de las obras maestras del autor. En efecto, no es agradable ver a este personaje en la escena más de lo que es ver al dios Pan personificado allí. Pero en sí mismo es uno de los más salvajes y más abstractos de todos los caracteres de Shakespeare; su deformidad tanto del cuerpo como de la mente es redimida por el poder y la verdad de la imaginación que se muestra en ella. Es la esencia de la grosería, pero no hay una partícula de vulgaridad en él. Shakespeare describió la mente brutal de Calibán en contacto con las formas puras y originales de la naturaleza; el carácter crece fuera de la tierra donde está arraigado, incontrolado, inculto y salvaje, no agobiado por alguna de las mezquindades de la costumbre. Es “de la tierra, terrenal”. Parece casi que ha sido extraído del suelo, con un alma instintivamente sobreañadida a él, que responde a sus deseos y a su origen. La vulgaridad no es tosquedad natural, sino tosquedad convencional, aprendida de otros, en contra de, o sin toda una conformidad de poder natural y de la disposición; así como la moda es el lugar común de la

afectación de lo que es elegante y refinado sin ningún sentimiento de su esencia. Schlegel, el admirable crítico alemán de Shakespeare, observa que Calibán es un carácter poético, y “siempre habla en versos blancos”. La primera vez que se presenta:

CALIBÁN

¡Así os caiga a los dos el vil rocío
que, con pluma de cuervo,
barría mi madre
de la ciénaga malsana! ¡Así os sople un viento
del sur y os cubra de pústulas!

PRÓSPERO

Por decir eso, tendrás calambres esta noche
y punzadas que ahogan el aliento. Los duendes,
que obran en la noche, clavarán
púas en tu piel.
Tendrás más agujijones
que un panal, cada uno más punzante
que los de las abejas.

CALIBÁN

Tengo que comer. Esta isla
es mía por mi madre Sícórax,
y tú me la quitaste. Cuando viniste,
me acariciabas y me hacías mucho caso,
me dabas agua con bayas, me enseñabas
a nombrar la lumbrera mayor y la menor
que arden de día y de noche.
Entonces te quería
y te mostraba las riquezas de la isla,
las fuentes, los pozos salados, lo yermo y lo fértil.
¡Maldito yo por hacerlo! Los hechizos de Sícórax

te asedien: escarabajos,
sapos, murciélagos.
Yo soy todos los súbditos que tienes,
yo, que fui mi propio rey; y tú me empocilgas
en la dura roca y me niegas
el resto de la isla.⁵¹

Y luego, él promete a Trínculo sus servicios, si lo libera de su
penoso trabajo

:

CALIBÁN

Verás las mejores fuentes, te cogeré bayas,
pescaré para ti y te traeré mucha leña.

¡Mala peste al tirano de mi amo!

No le llevaré una astilla; te serviré a ti,
ser maravilloso. (...)

Deja que te lleve donde crecen las manzanas;
te sacaré criadillas de tierra con las uñas,
te enseñaré nidos de arrendajo y verás
cómo se atrapa al rápido tití. Te llevaré
donde hay avellanas a racimos y te traeré
polluelos de la roca.⁵²

Al conducir a Esteban y a Trínculo a la celda de Próspero, Calibán muestra la superioridad de la capacidad natural sobre un mayor conocimiento y una mayor locura; y en la escena anterior, cuando Ariel los asusta con su música, Calibán, para alentarlos, habla en la poesía elocuente de los sentidos:

CALIBÁN

No temas; la isla está llena de sonidos

51 *La tempestad* 1. 2. 322-344.

52 *La tempestad* 2. 2. 157-161, 164-169a.

y músicas suaves que deleitan y no dañan.
Unas veces resuena en mi oído el vibrar
de mil instrumentos, y otras son voces
que, si he despertado tras un largo sueño,
de nuevo me hacen dormir. Y, al soñar,
las nubes se me abren mostrando riquezas
a punto de lloverme, así que despierto
y lloro por seguir soñando.⁵³

Esto no es más bonito de lo que es verdad. El poeta nos muestra aquí al salvaje con la sencillez de un niño, y hace que el extraño monstruo sea amable. Shakespeare tenía que pintar el animal humano grosero y sin opción en sus placeres, pero no sin la sensación de placer o de algún germen de los afectos. Maestro Bernardino en *Medida por medida*, el salvaje de la vida civilizada, es una admirable contraparte filosófica de Calibán.

Shakespeare, por decirlo así, ha extraído de Calibán los elementos de lo que es etéreo y refinado, para componerlos en el molde sobrenatural de Ariel. Nada había sido tan finamente concebido como este contraste entre lo material y lo espiritual, lo bruto y lo delicado. Ariel es poder imaginario, la rapidez de pensamiento personificada. Cuando Próspero le dice de tomar una buena velocidad, él responde “yo bebo el aire delante de mí”⁵⁴. Esto es algo así como la jactancia de Puck en una ocasión similar: “Voy a poner una ronda faja alrededor de la tierra en cuarenta minutos”⁵⁵. Pero Ariel difiere de Puck en tener una simpatía por los intereses de aquellos de quienes se debe ocupar. ¡Qué exquisito es el siguiente diálogo entre él y Próspero!

53 *La tempestad* 3. 2. 135-143.

54 *La tempestad* 5. 1. 102.

55 *Sueño de una noche de verano* 2. 1. 175-176.

ARIEL

Tan hechizados están
que, si los vieras, te sentirías conmovido.

PRÓSPERO

¿Eso crees, espíritu?

ARIEL

Así me sentiría si fuese humano.

PRÓSPERO

Y yo he de conmovirme. Si tú,
que no eres más que aire, has sentido
su dolor, yo, uno de su especie, que siento
el sufrimiento
tan fuerte como ellos,
¿no voy a conmovirme más que tú?⁵⁶

Se ha observado que hay un encanto especial en las canciones introducidas en Shakespeare, que, sin transmitir algunas imágenes distintas, parece recordar todos los sentimientos relacionados con ellos, como fragmentos de la música casi olvidada oída indistintamente en los intervalos. Existe este efecto producido por las canciones de Ariel, que (como lo venimos exponiendo) parecen sonar en el aire, y como si la persona que las ejecuta fuera invisible. Vamos a dar un ejemplo entre muchos de este poder general.

Entran FERNANDO y ARIEL, invisible, tocando y cantando.

ARIEL

Canción.

A estas playas acercaos de la mano.

56 *La tempestad* 5. 1. 17-24

Saludo y beso traerán silencio al mar.
Bailad con gracia y donaire;
los elfos canten el coro. ¡Atentos!
Coro, disperso: ¡Guau, guau!
Ladran los perros.
[Coro, disperso]: ¡Guau, guau!
Callad. Oiréis al pomposo Chantecler
cantando quiquiriquí.

FERNANDO

¿De dónde sale esta música? ¿Del aire
o de la tierra? Ha cesado. Sin duda suena
por un dios de la isla. Sentado en la playa,
llorando el naufragio de mi padre, el rey,
esta música se me insinuó desde las aguas,
calmando con su dulce melodía
su furia y mi dolor. La he seguido desde allí,
o, más bien, me ha arrastrado. Mas cesó.
No, vuelve a sonar.

ARIEL

Canción.

Yace tu padre en el fondo
y sus huesos son coral.
Ah ora perlas son sus ojos;
nada en él se deshará,
pues el mar le cambia todo
en un bien maravilloso.
Ninfas por él doblarán.

Coro:

Din, don.

Ah, ya las oigo: Din, don, dan.

FERNANDO

La canción evoca a mi ahogado padre.

Esto no es obra humana, ni sonido
de la tierra. Ahora lo oigo sobre mí.⁵⁷

El noviazgo entre Fernando y Miranda es una de las principales bellezas de este obra. Es la pureza del amor. La pretendida interferencia de Próspero aumenta su interés, y se halla en consonancia con el carácter del mago, cuyo sentido de poder sobrenatural lo hace arbitrario, irascible e impaciente de oposición.

La tempestad es una obra más refinada que Sueño de una noche de verano, con la que muchas veces ha sido comparada; pero no tan refinada como un poema. Hay sin embargo un gran número de hermosos pasajes en la última. Dos de los más llamativos pasajes en La Tempestad son pronunciados por Próspero. El primero es aquel admirable cuando la visión que ha conjurado desaparece, y que comienza “Las torres coronadas de nubes, los palacios magníficos, etc”⁵⁸, el cual es citado tan a menudo y que todos los estudiantes conocen de memoria; el segundo es el que Próspero pronuncia renunciando a su arte.

PRÓSPERO

¡Elfos de los montes, arroyos, lagos y boscajes
y los que en las playas perseguís sin huella
al refluyente Neptuno y le huís
cuando retorna! ¡Hadas que, ala luna,
en la hierba formáis círculos, tan agrios
que la oveja no los come! ¡Genios, que gozáis
haciendo brotar setas en la noche y os complace
oír el toque de queda, con cuyo auxilio,

57 *La tempestad* 1. 2. 376-408.

58 *La tempestad* 4. 1. 152. En realidad, el parlamento comienza un poco antes, en la línea 146 y se extiende hasta la línea 163.

aunque débiles seáis, he nublado
el sol de mediodía, desatado fieros vientos
y encendido feroz guerra entre el verde mar
y la bóveda azul! Al retumbante trueno
le he dado llama y con su propio rayo he partido
el roble de Júpiter. He hecho estremecerse
el firme promontorio y arrancado de raíz
el pino y el cedro. Con mi poderoso arte
las tumbas, despertando a sus durmientes,
se abrieron y los arrojaron. Pero aquí abjuro
de mi áspera magia y cuando haya, como ahora,
invocado una música divina que,
cumpliendo mi deseo, como un aire
hechice sus sentidos, romperé mi vara,
la hundiré a muchos pies bajo la tierra
y allí donde jamás bajó la sonda
yo ahogaré mi libro.⁵⁹

No debemos olvidar mencionar, entre otros elementos en esta obra, que Shakespeare ha anticipado todos los argumentos de los esquemas utópicos de la filosofía moderna:

GONZALO

Señor, si yo tuviera una plantación en esta isla...

ANTONIO

La sembraría de ortigas.

SEBASTIÁN

O de malvas o acederas.

GONZALO

...y fuese aquí el rey, ¿qué haría?

59 *La tempestad* 5. 1. 33-57.

SEBASTIÁN

No emborracharse por falta de vino.

GONZALO

En mi Estado lo haría todo al revés
que de costumbre, pues no admitiría
ni comercio, ni título de juez;
los estudios no se
conocerían, ni la riqueza,
la pobreza o el servicio; ni contratos,
herencias, vallados, cultivos o viñedos;
ni metal, trigo, vino o aceite;
ni ocupaciones: los hombres, todos ociosos,
y también las mujeres, aunque inocentes y puras;
ni monarquía...

SEBASTIÁN

Mas dijo que sería el rey.

ANTONIO

El final de su Estado se olvida del principio.

GONZALO

La naturaleza produciría de todo
para todos sin sudor ni esfuerzo. Traición,
felonía, espada, lanza, puñal o máquinas
de guerra yo las prohibiría: la naturaleza
nos daría en abundancia sus frutos
para alimentar a mi pueblo inocente.

SEBASTIÁN

¿Sus súbditos no se casarían?

ANTONIO

No, todos ociosos: todos putas y granujas.

GONZALO

Señor, mi gobierno sería tan perfecto
que excedería a la Edad de Oro.

SEBASTIÁN

¡Dios salve a Su Majestad!⁶⁰

60 *La tempestad* 2. 1. 144-170a.

Thomas de Quincey (1785-1859)

Sobre el llamado a la puerta en *Macbeth*

Publicado por primera vez en *The London Magazine*,
octubre de 1823

*Traducción de María Raquel Bengolea (Buenos Aires: SUR, nr. 289-290,
julio-agosto-setiembre-octubre de 1964)*

Desde muchacho, una parte de *Macbeth* siempre me produjo gran perplejidad. El momento en que golpean a la puerta, luego del asesinato de Duncan, me producía un efecto que no podía explicar. El efecto consistía en que ese momento volvía a reflejar un horror peculiar y una hondura solemne sobre el asesino; y sin embargo, por más obstinadamente que forzara yo mi inteligencia para comprenderlo, durante muchos años no pude ver por qué tenía que producirme tal efecto.

Aquí hago una pausa para aconsejar al lector que nunca preste la más mínima atención a su entendimiento cuando éste se opone a cualquiera de las demás facultades de su espíritu. El mero entendimiento, por útil e indispensable que sea, es la facultad más insignificante del espíritu humano, y aquella de la que más hay que desconfiar; pero la gran mayoría de la gente confía sólo en ella, lo cual, dentro de la vida corriente, puede dar buen resultado, pero no cuando se trata de objetivos filosóficos. Citaré un ejemplo, dentro de los diez mil que podría dar. Pedid a cualquiera, no previamente

preparado por un conocimiento de la perspectiva, que dibuje de la manera mis burda algo común que dependa de las leyes de esa ciencia: por ejemplo, que represente el efecto que producen dos paredes que se encuentran en ángulo recto, o las casas que bordean una calle, tal como las vería quien mirara hacia la calle desde un extremo. En todos los casos, salvo que la persona haya observado cómo producen los artistas esa impresión en los cuadros, será totalmente incapaz de dar nada aproximado. ¿Por qué? Porque, en realidad, ha percibido ese efecto todos los días de su vida. El motivo es que permite que su inteligencia predomine sobre sus ojos. Su inteligencia, que no incluye un conocimiento intuitivo de las leyes de la representación visual, no puede proporcionarle razón alguna por la cual una línea que se sabe horizontal, y se puede probar que lo es, no ha de *parecer* horizontal; una línea en cualquier ángulo menor que el recto con la perpendicular, le parecería indicar que todas las casas se están desplomando juntas. Por lo tanto, traza en horizontal la línea de sus casas, y, desde luego, no llega a producir el efecto buscado. He aquí, entonces, un ejemplo entre muchos, en el cual no sólo se permite que la inteligencia predomine sobre los ojos, sino que se le permite que se olvide completamente de los ojos, por así decir; porque el hombre no solamente cree en la prueba de su inteligencia en oposición a la de sus ojos, sino que (y esto es monstruoso) el muy necio no cae en la cuenta de que sus ojos le proporcionaron esa prueba. No sabe que ha visto (y por ende *quoad* su conciencia no ha visto) aquello que *sí* ha visto todos los días su vida.

Pero para volver de esta digresión, la inteligencia no me podía dar motivo alguno por el cual el llamado a la puerta en *Macbeth* producía un efecto directo o reflejo. En realidad, la inteligencia me decía categóricamente que no podía producir ningún efecto. Pero yo sabía que sí; sentía que

sí; y esperé y perseveré en el problema hasta que un saber más amplio me permitiera resolverlo. Por último, en 1812, Mr. Williams hizo su primera aparición en el escenario de Ratcliffe Highway, y cometió esos crímenes inigualados que le dieron fama espléndida e inmortal⁶¹. Debo señalar, de paso, que esos crímenes, en cierto sentido, tuvieron consecuencias nocivas, pues los expertos en asesinatos se tornaron muy exigentes y no se sintieron satisfechos con nada de lo cumplido desde entonces en ese terreno. Todos los demás crímenes empalidecen junto al rojo vivo de los de Williams; y, como me dijo una vez con tono quejumbroso un aficionado: “No se *ha hecho nada* desde su época, o nada que valga la pena mencionar”. Pero es un error; pues no es razonable esperar que todos los hombres sean grandes artistas, y nazcan con el genio de Mr. Williams. Pues bien, se recordará que en el primero de estos crímenes (el asesinato de los Marr) inmediatamente después de cumplida la obra de exterminación, ocurrió el mismo incidente (un llamado a la puerta) que ha inventado el genio de Shakespeare; y todos los buenos jueces, y los aficionados más eminentes, reconocieron lo oportuno de la sugerencia de Shakespeare tan pronto como se la llevó a la realidad. He aquí, entonces, una prueba más de que yo tenía razón cuando confiaba en mis propios sentimientos, en oposición a mi inteligencia; me entregué nuevamente al estudio del problema, y por fin lo resolví en forma satisfactoria; la solución es la siguiente. El asesinato, en los casos corrientes en que las simpatías están totalmente del lado del asesinado, es un incidente de horror, vulgar y horroroso; y por este motivo: porque el interés se centra exclusivamente en el natural aunque innoble instinto por el cual nos aferramos a la vida; instinto que, por ser indispensable a la ley primera de la autoconserva-

61 Ver el ensayo del propio De Quincey Sobre el asesinato considerado como una de las bellas artes.

ción, es de la misma especie (aunque diferente grado) en todos los seres vivos; y que por lo tanto, por ser un instinto que borra toda distinción, y degrada al más grande hombre al nivel del “pobre escarabajo que aplastamos”, presenta a la naturaleza humana en su actitud más abyecta y humillante. Semejante actitud sería poco adecuada a los fines del poeta. ¿Qué debe buscar entonces? Tiene que dirigir el interés al asesino. Debemos simpatizar con *él* (por cierto que me refiero a una simpatía que nos hace penetrar en sus sentimientos, y entenderlos - no una simpatía que signifique piedad o aprobación⁶² En el asesinato, toda lucha del pensamiento, todo flujo y reflujo de la pasión y la voluntad, se ven vencidos por un pánico arrollador; el temor a la muerte inminente lo aplasta “con su maza de piedra”. Pero en el asesino, en un asesino con el cual transaría un poeta, debe bramar alguna gran tormenta pasional - celos, ambición, venganza, odio - que origina en él un infierno interior; y tenemos que mirar dentro de ese infierno.

En *Macbeth*, para satisfacer su propia facultad creadora, descomunal y rebosante, Shakespeare ha introducido dos asesinos: y, como habitualmente ocurre cuando de *él* se trata, éstos son notablemente diversos; pero aunque en *Macbeth* la lucha espiritual es mayor que en su mujer - aunque su ferocidad no esté tan despierta, y sus sentimientos le hayan sido principalmente contagiados por ella - sin embargo, como por último ambos se ven complicados en el asesinato,

62 Parece casi ridículo que vigile y explique mi empleo de un término en una situación en que realmente se explicaría por sí mismo. Pero ha llegado a ser necesario a consecuencia del uso poco preciso tan generalizado hoy, de la palabra “simpatía”, que en lugar de tornarse en su sentido propio, corno acto por el cual reproducimos en nuestro espíritu los sentimientos de otro, sea de odio, indignación, amor, *piedad*, o aprobación, se lo toma como mero sinónimo de la palabra piedad; y por ende, en lugar de decir “simpatía *con* otro”, muchas escritores adoptan el barbarismo monstruoso de “simpatía por otro”.

la atención criminal necesariamente ha de presumirse en ambos. Había que expresar esto; y con particular energía, tanto por el hecho en sí, como también para crear un antagonista más proporcionado a la naturaleza inofensiva de la víctima, “el bondadoso Duncan”, y para revelar adecuadamente “la profunda infamia de su muerte”. Había que hacernos sentir que la naturaleza humana esto es, la naturaleza divina del amor y la misericordia, difundida en el corazón de todas las criaturas, y pocas veces totalmente alejada de los hombres- había desaparecido, se había desvanecido, apagado, y que la naturaleza diabólica había ocupado su lugar. Y si bien este efecto está maravillosamente logrado a través de los *diálogos* y los *monólogos* mismos, se completa definitivamente mediante el recurso que estamos considerando; y ruego al lector que ahora preste atención a esto. Si el lector ha presenciado alguna vez el desmayo de una esposa, hija o hermana, quizá haya observado que el momento más impresionante del episodio es *aquel* en que un suspiro y un movimiento anticipan la reanudación de la vida suspendida. O, si el lector se ha hallado alguna vez en alguna gran metrópoli el día en que algún gran ídolo nacional era conducido hasta su tumba con gran pompa fúnebre, y por casualidad ha andado cerca del lugar, ha sentido poderosamente en el silencio y la soledad de las calles, y en la paralización de las actividades corrientes, el profundo interés que en ese momento ocupaba los corazones de los hombres. Si de pronto oyera esa calma mortal quebrada por el rechinar de ruedas que se alejan del lugar, indicando que la visión transitoria se ha disipado, caería en la cuenta de que en ningún momento su sensación de completa suspensión y pausa en las actividades humanas corrientes ha sido tan intensa y conmovedora como en el momento en que cesa la suspensión y se reanudan de pronto los sucesos de la vida humana. Toda acción, en cualquier sentido, se revela, se mide

y se aprehende mejor por reacción. Y ahora aplicad esto al caso de *Macbeth*. Aquí, como he dicho, hay que expresar y hacer sentir la ausencia del corazón humano y la presencia del diabólico. Ha intervenido un mundo diferente; y se lleva a los asesinos fuera de la región de las cosas humanas, las intenciones humanas, los deseos humanos. Están transfigurados: Lady Macbeth está “asexuada”; Macbeth ha olvidado que ha nacido de mujer; ambos se ajustan a la imagen de demonios; y de pronto se revela el mundo demoníaco. ¿Pero cómo transmitir esto y hacerlo palpable? Para que pueda intervenir un nuevo mundo, este mundo debe desaparecer por un tiempo. Hay que aislar asesinos y asesinato - separarlos mediante un abismo inconmensurable de la corriente y la, sucesión ordinaria de los acontecimientos humanos - encerrarlos y apartarlos en algún recinto oscuro; se nos debe hacer sentir que el mundo de la vida ordinaria se ha detenido de repente - dormido, hipnotizado, sumido en una tregua de terror; hay que aniquilar el tiempo; borrar la relación con las cosas exteriores; y todo debe retraerse para convertirse en profundo síncope y suspensión de la pasión terrena. Por eso cuando se ha cumplido el acto, cuando se ha completado la obra de las tinieblas, el mundo de las tinieblas se disipa como las figuras de las nubes: se oye el llamado a la puerta; y perceptiblemente se señala que ha comenzado la reacción; se ha producido el reflujó de lo humano sobre lo demoníaco; comienza nuevamente a latir el pulso de la vida; y la reanudación de las actividades del mundo en que vivimos es lo primero que nos hace sentir profundamente el tremendo paréntesis que las había suspendido.

¡Oh poderoso poeta! ¡Tus obras no son como las de otros hombres, simple y solamente grandes obras de arte; sino que son también como los fenómenos de la naturaleza; como el sol y el mar, las estrellas y las flores; como la escarcha y la

nieve, la lluvia y el rocío, el granizo y el trueno, que han de estudiarse con entero sometimiento de nuestras facultades, y con total fe de que en ellos no puede haber ni demasiado ni demasiado poco, nada inútil ni inerte, sino que, cuanto más lejos lleguemos en nuestros descubrimientos, más pruebas veremos de una intención y un orden autosostenidos allí donde el ojo desatento sólo había visto un accidente!

Matthew Arnold (1822-1888)

"Shakespeare", 1849

Traducción de Lucas Margarit

Others abide our question. Thou art free.
We ask and ask—Thou smilest and art still,
Out-topping knowledge. For the loftiest hill,
Who to the stars uncrowns his majesty,

Planting his steadfast footsteps in the sea,
Making the heaven of heavens his dwelling-place,
Spares but the cloudy border of his base
To the foil'd searching of mortality;

And thou, who didst the stars and sunbeams know,
Self-school'd, self-scann'd, self-honour'd, self-secure,
Didst tread on earth unguess'd at.—Better so!

All pains the immortal spirit must endure,
All weakness which impairs, all griefs which bow,
Find their sole speech in that victorious brow.

Shakespeare

Otros aguardan nuestra pregunta. Tú eres libre.
Nosotros interrogamos sin cesar. Sonríes y estás inmóvil,
supremo conocimiento. Pues eres la cima más alta,

que a las estrellas quita la corona de su majestad,

Quien hunde sus huellas inmutables en el mar,
y hace del cielo de los cielos su morada,
deja sólo el arco nebuloso extendido
hacia la exploración frustrada de la mortalidad;

Y tú, que conociste las estrellas y los rayos del sol;
Autodidacto, crítico de ti mismo, noble y seguro,
Caminaste por esta tierra, sin sospecha. ¡Mejor así!

Todos los dolores que debe soportar el espíritu inmortal,
Todas las debilidades que perjudican, todas las penas que agobian,
Hallan su única voz en esa frente victoriosa.

Stevie Smith (1902-1971)

“King Hamlet’s Ghost”

Smith, S., *Collected Poems*, New York, A New Directions Book, 1983, p. 360

Traducción de Miguel Ángel Montezanti

«It would be spoke to».

Poor noble Ghost that comes from place of pain

Of so much pain and foul and fiery,

To tread again in mournful armour clad

Thy soft gray fields upon a winter’s night

Thou wouldst be spoke to, for unless one speaks

Thou canst not; must be spoke to then or go

Unheard, uncomforted to Misery.

I pity thy royal brow, thy temper too,

Thy crownèd brow and the sharp savagery

That, when thy son had spoke, found out in words

A long expression of revengefulness,

«Kill, kill the murderers». All those who go

In midnight fields of melancholy thought

Where friends pass distantly and do not speak

As set upon by silence and quite killed.

«Speak, speak to me» they cry, «I would be spoke to»

But oh the friends speak not, they have too much to do.

El fantasma del Rey Hamlet

(“Debería hablársele”)

Pobre noble fantasma que viene del lugar del dolor,
De tanto dolor perverso y ardiente
Para volver a andar vestido de armadura luctuosa por los prados
suaves y grises en una noche de invierno.
A ti deberían hablarte, porque a menos que uno hable
Tú no puedes; debes ser hablado o bien irte
Sin que te oigan, desconsolado, al sufrimiento.
Tengo compasión de tu rostro real y también de tu carácter,
De tu cabeza coronada y del afilado salvajismo
Que, cuando había hablado tu hijo, descubrió en palabras
Una larga expresión de venganza,
“Matad, matad a los asesinos”. Todos aquellos que van
Por los prados del pensamiento, melancólicos a media noche
Donde los amigos pasan distantes y no hablan
Pueden exclamar “Matad, matad”, porque también son asesinados
Como atacados por el Silencio y completamente muertos.
“Hablad, habladme”, exclamas, “Yo debo ser hablado”
Pero, oh, los amigos no hablan, tienen demasiado que hacer.

Ted Hughes

"Prospero and Sycorax"

Seven Dungeon Songs, 1979

Traducción de Lucas Margarit

She knows, like Ophelia,
The task has swallowed him.
She knows, like George's dragon,
Her screams have closed his helmet.

She knows, like Jocasta,
It is over.
He prefers
Blindness.

She knows, like Cordelia,
He is not himself now,
And what speaks through him must be discounted -
Though it will be the end of them both.

She knows, like God,
He has found
Something
Easier to live with -

His death, and her death.

Próspero y Sycorax

Ella sabe, como Ofelia,
que él fue tragado por su obra.
Ella sabe, como el dragón de San Jorge,
que sus gritos cerraron su yelmo.

Ella sabe, como Yocasta,
que todo terminó.
Él prefiere
la ceguera.

Ella sabe, como Cordelia,
que él, ahora, no es él mismo
y lo que habla a través de él debe ser dejado de lado
aunque sea el fin de ambos.

Ella sabe, como Dios,
que él encontró
algo
con lo que es más fácil vivir

su muerte, la muerte de ella.

Peter Hammill

“The Play’s The Thing”⁶³

In a Foreign Town, 1988

Traducción y notas de Lucas Margarit

How could he know so much?
How could he bear such knowledge?
How could he dare to write it in the plays?
What is it Shakespeare’d say
if he came back today?
Surely he’d recognize these mortal coils⁶⁴.

How do we carry on?
No-one knows where they fit in,
no-one knows who they are or where they’ve been.
What does the writer mean?
How do we play this scene?
What didn’t Shakespeare know that we do now?

Stiffen the sinews,⁶⁵
wear hard-favour’d rage,⁶⁶
all history’s drama,
the world is a stage.⁶⁷

63 *Hamlet*, II, 2 [The play’s the thing /Wherein I’ll catch the conscience of the king.]

64 *Hamlet*, III, 1. Soliloquio de Hamlet.

65 *Henry V*, III, 1, v. 7.

66 *Henry V*, III, 1, v. 8.

67 *As You Like It*, 2, 7.

“There is a history in all men’s lives,
figuring the nature of the times deceas’d;
The which observ’d, a man may prophesy,
with a near aim, of the main chance of things
as yet not come to life, which in their seeds
and weak beginnings lie intreasur’d.
Such things become the hatch and brood of time...”⁶⁸

Oh, but the show goes on,
on through the seven ages –⁶⁹
That of the world must mirror man’s, in fact.
Here comes the seventh act,
see how the mirror’s cracked,
here comes sans everything for humankind

To capture the conscience
of nations and kings
all history’s drama –
The play’s the thing,
the play’s the thing,
the play’s the thing.

How could he know so much?

La obra es el asunto

¿Cómo podía saber tanto?
¿Cómo podía soportar tal conocimiento?
¿Cómo podía atreverse a escribirlo en sus obras?
¿Qué es lo que diría Shakespeare
si volviera hoy?

68 *Henry IV*, 2nd part, III, 1.

69 *As You Like It*, II, 7. [parlamento de Jaques sobre las “seven ages of man”].

Seguramente reconocería esta envoltura mortal.

¿Cómo seguimos?

Nadie sabe cuál es su lugar,
nadie sabe quién es o dónde ha estado.

¿Qué quiere el escritor significar?

¿Cómo podemos actuar esta escena?

Lo que Shakespeare no sabe es qué vamos a hacer ahora.

Se endurecen los tendones,
Lleva la máscara de la rabia,
toda la historia es drama
y el mundo es un escenario.

“Hay una historia en todas las vidas de los hombres,
representando la naturaleza de los tiempos extinguidos;
observándolo, un hombre puede profetizar,
casi sin equivocarse, la suerte de las cosas
que no han llegado a la vida, que en su germen
y en su débil comienzo se encuentran atesorados.
Tales cosas se vuelven el embrión y la progenie del tiempo..”

Oh, pero el espectáculo continúa,
a través de las siete edades -
en el que el mundo debe ser espejo del hombre, de hecho.
Aquí viene el séptimo acto,
vean cómo el espejo se quiebra,
aquí llega sin nada para la humanidad.

Para capturar la conciencia
de naciones y reyes
toda la historia es un drama -
la obra es el asunto,
la obra es el asunto,
la obra es el asunto.

¿Cómo podía saber tanto?

Bibliografía

- Ashe, L. (2012). "Holinshed and Mythical History". En Kewes, P., Archer, I. W. y Heal, F. (eds.), *The Oxford Handbook of Holinshed's Chronicles*. Oxford, Oxford University Press.
- Daniel, P. A. (1877-1879). *Time-Analysis of the Plots of Shakspeare's Plays*. The New Shakspeare Society's Transactions.
- Djordjevic, I. (2012). "Shakespeare and Medieval History". En Kewes, P., Archer, I. W. y Heal, F. (eds.), *The Oxford Handbook of Holinshed's Chronicles*. Oxford, Oxford University Press.
- Eagleton, T. (1986). *William Shakespeare*. New York, Basil Blackwell.
- Garin, E. (2001). *Medioevo y Renacimiento*. Madrid, Taurus.
- Grafton, A. (2001). "El lector humanista". En Cavallo, G. y Chartier, R., *Historia de la lectura*. Madrid, Taurus.
- Justo, M. S. y Monezuelas, G. (comp.) (1997). *Raphael Holinshed y William Harrison, Descripción de la Inglaterra isabelina*. Colección de libros raros, olvidados y curiosos. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- McElroy, T. (2012). "Genres". En Kewes, P., Archer, I. W. y Heal, F. (eds.), *The Oxford Handbook of Holinshed's Chronicles*. Oxford, Oxford University Press.
- McKeon, M. (1988). *The Origins of the English Novel. 1600-1740*. Michigan, Johns Hopkins UP.
- Smallwood, R. L. (1986). "Shakespeare's use of history". En Wells, S. (ed.), *The Cambridge Companion to Shakespeare studies*. Cambridge, CUP.
- White, H. (1992). "El valor de la narrativa en la representación de la realidad". En *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona, Paidós.

Fuentes

Addison, J. (1711-1714). "Sobre Shakespeare". En *El espectador*, n° 39, 40, 42, 44, 61, 161, 279, 419, 592, edición in-folio.

Barnfeild, R. (1598). *Poems in Divers humors*.

Basse, W. (1853). *Fennell's Shakespeare Repository*, p. 10. MS. temp. Charles I.

Boswell-Stone, W. G. (ed.) (1907). *Shakespeare's Holinshed, the Chronicle and the Historical Plays Compared*. London, Chatto and Windus.

Cavendish, M. (1664). *Una carta sobre Shakespeare*. CCXI Sociable Letters.

Coleridge, S. T. (1849). *Notes and Lectures upon Shakespeare and some of the olds Poets and Dramatists with other Literary Remains of S. T. Coleridge*, London, William Pickering.

_____. (1909). *Lectures on Shakespeare*, London, Dent.

_____. (1992). "Los síntomas específicos de la aptitud poética, dilucidados en un análisis crítico de las obras Venus y Adonis y El rapto de Lucrecia de Shakespeare". En Baeza, R. (selec.), *Ensayistas Ingleses*, pp. 174-181. México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

D'Avenant, W. y Dryden, J. (1670). *The Tempest, or The Enchanted Island: A Comedy*. En línea: <<http://andromeda.rutgers.edu/~jlynch/Texts/tempest.html>>.

Drake, J. (1699). "Shakespeare Defended". En *The Antient and Modern Stages surveyed. Or, Mr. Collier's View of the Inmorality and Profaneness of the English Stage Set in a True Light. Wherein some of Mr. Collier's Mistakes are rectified, and the comparative Morality of the English Stage is asserted upon the Parallel*.

Drayton, M. (1627). *Battaile of Agincourt*.

Dryden, J. (1668). *Poesía dramática*.

Haslewood, J. (ed.) (1815). *Mirror for Magistrates*, vol. II. London, Longman.

Hazlitt, W. (1845). *Characters of Shakespeare's Plays*. New York, Wiley and Putnam.

The Holinshed Project. En línea: <<http://www.cems.ox.ac.uk/holinshed/index.shtml>> [consulta: 07-01-2014].

- John Davis de Hereford (1611). *The Scourge of Folly*.
- John Mair o Major (1521). *Historia Gentis Scotorum*.
- Jonson, B. (2009). "Shakespeare Nostrati". En *De Timber: or, Discoveries; Made upon Men and Matter*, 1641, en: Vickers, Brian (ed.) *William Shakespeare: The Critical Heritage*, vol. I (1623-1692). Abingdon-New York, Routledge.
- _____. (2009). "To the Memory of my Beloved Master William Shakespeare, and what He hath left us". Primer folio de las *Obras Completas* de Shakespeare (1623). En Vickers, B. (ed.), *William Shakespeare: The Critical Heritage*, vol. I (1623-1692). Abingdon-New York, Routledge.
- Justo, M. S. y Monezuelas, G. (comp.) (1997). *Raphael Holinshed y William Harrison, Descripción de la Inglaterra isabelina*. Colección de libros raros, olvidados y curiosos. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA).
- Milton, J. (1983). "On Shakespeare, 1630". En *The Norton Anthology of Poetry Third Edition*. W. W. Norton and Company Inc.
- Pope, A. (1964). "Prefacio para la edición de las obras de Shakespeare, 1725", traducción de Alicia Jurado, Sur, pp. 289-290.
- Shakespeare, W. (1951). *Obras completas* / trad. Luis Astrana Marín. Madrid, Aguilar.
- Taylor, J. (1620). *The Water Poet*, The Praise of Hemp-seed.
- Weever, J. (s/f). "Fourth Weeke", epig. 22. En *Epigrammes in the oldest Cut, and newest Fashion*.

Los autores

Lucas Margarit

Docente, investigador, traductor y poeta. Es licenciado y doctor en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Su tesis giró en torno de la obra poética de Samuel Beckett entre 1930 y 1989. Desde el año 2011, tiene a su cargo la cátedra de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad, cátedra de la que forma parte desde 1992. Entre 1997 y 1998, ha investigado como becario del British Council y el Fondo Nacional de las Artes los manuscritos de la obra de Samuel Beckett en el Archivo Beckett de la Universidad de Reading, Inglaterra. Asimismo, también realizó investigaciones para la Universidad de Viena, en el marco de la producción de literatura de café cuya contribución apareció publicada en *Literarische Kaffehaus in Europa und Lateinamerika 1890-1950*, dirigido por Michael Rössner [Viena: Böhlau, 1999]. Del mismo modo, formó parte del proyecto de investigación *Diccionario Borges* dirigido por Jorge Schwarz de la Universidad de São Paulo. Ha dictado seminarios y conferencias en distintas instituciones como Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional del Centro, Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA), etc. Actualmente, dirige un proyecto de investigación acerca de la producción de utopías inglesas entre los siglos XVI y XVII y trabaja en la idea de traducción y autotraducción en Samuel Beckett. Ha publicado *Samuel Beckett. Las huellas en el vacío* (2003), tres libros de poesía *Círculos y piedras* (1992), *Lazlo y Alvis* (2001) y *El libro de los elementos* (2007), así como numerosos artículos científicos en revistas argentinas y extranjeras.

Elina Montes

Docente, investigadora y traductora. Es licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires y está actualmente finalizando sus estudios de posgrado en la Maestría de Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (UBA). Desde el año 1997 se desempeña como docente en la cátedra de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma universidad, a partir de 2006 con cargo de JTP. Tiene publicaciones en revistas y medios académicos y ha participado en proyectos didácticos con edición de material, incluso en el área de la enseñanza del español para extranjeros. Desde 1996 ha integrado diferentes proyectos Ubacyt y, en la actualidad integra, como investigadora formada, el equipo a cargo del Dr. Lucas Margarit, que estudia las utopías inglesas producidas en los siglos XVI y XVII. Ha dictado seminarios de grado con programas sobre el viaje, la utopía y la distopía en la literatura inglesa y ha participado en congresos y jornadas nacionales e internacionales de la especialidad.

Javier Walpen

Estudiante avanzado de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires. Adscripto a la cátedra de Literatura Inglesa desde septiembre de 2013, desarrolla un proyecto de investigación sobre representaciones de la obra de William Shakespeare en períodos de guerra. Participó en diversos congresos nacionales e internacionales.

Agustina Lojoya Fracchia

Licenciada en Letras por la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Actualmente desarrolla una investigación de doctorado sobre literatura satírica inglesa del siglo XVIII, sobre un corpus de textos de Jonathan Swift y Alexander Pope. Es adscripta de las cátedras de Literatura Europea del Siglo XIX y Literatura Inglesa (FFyL, UBA).

Vanesa Cotroneo

Licenciada en Letras de la UBA y Profesora en Enseñanza Media y Superior en Letras por la misma Universidad. En dicha casa de estudios, cursa seminarios de la Maestría en Estudios Literarios y, en la Universidad Nacional de La Plata, es alumna de la Maestría en Literaturas Comparadas. Docente de escuela media y de talleres particulares, actualmente, es adscripta de las materias "Literatura Inglesa" y "Literatura Norteamericana" en la UBA y colaboradora externa en la UNLP. En el área

de Literatura Inglesa, se encuentra investigando las relaciones intertextuales entre la obra de William Shakespeare y otros autores británicos. Además, ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales y posee publicaciones en el área de investigación literaria y teatral.

Ramiro H. Vilar

Nació en Longchamps, provincia de Buenos Aires, en 1978, y es profesor en Historia y alumno avanzado de la Licenciatura en Letras en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Ejerce la docencia en la escuela media y ha publicado dos traducciones de G. K. Chesterton, *La era victoriana en literatura* (Prometeo, 2012) y *El hombre que fue Jueves* (Colihue, 2012), y de sir Thomas Browne las *Urnas sepulcrales: Hydriotaphia* (Prometeo, 2013). Desde el año 2013 es adscripto de la cátedra de Literatura Inglesa (UBA), ámbito en el que investiga la literatura del siglo XVII, especialmente las obras de sir Thomas Browne y de John Donne. Actualmente estudia diversos temas relacionados con la cultura de los siglos XVI y XVII, tomando como marco la transición de la cosmovisión renacentista a la del Barroco.

Marina Novello

Nació en Buenos Aires, en octubre de 1990, y es estudiante avanzada de la Carrera de Letras en la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es adscripta de la cátedra de Literatura Inglesa (UBA). Ha participado en varios congresos como asistente, fue expositora en las Primeras Jornadas de Literatura Inglesa y es colaboradora en diversas revistas y blogs de literatura infantil y juvenil. En la cátedra de Literatura Inglesa está realizando un proyecto de investigación en torno a la representación infantil en la literatura en la época victoriana.

Noelia Fernández

Docente, investigadora y traductora. Es Profesora y Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Desde el año 2005 se desempeña como Ayudante de Primera en la cátedra de Literatura Inglesa de la Facultad de Filosofía y Letras. En esa misma facultad formó parte, también, entre 2000 y 2003, del grupo de investigación TEALHI (Teatro Argentino, Latinoamericano e Hispánico) dirigido por la profesora Marta Lena Paz, donde se dedicó a investigar relaciones intertextuales con la obra de Shakespeare en el teatro argentino. Entre el año 2000 y 2002 integró el equipo

docente de las cátedras de Historia del Teatro Universal I, II y III del Departamento de Arte Dramático "Antonio Cunill Cabanellas" del IUNA y se ha desempeñado, hasta el año 2012, como docente en el área de Español para Extranjeros en diversos emprendimientos privados. Como investigadora en formación integral, en la actualidad, el equipo a cargo del Dr. Lucas Margarit acerca de las utopías inglesas del Renacimiento.

Marcelo Fernando Lara

Docente, investigador y traductor. Es Licenciado y profesor en Letras, egresado de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como ayudante en la Cátedra de Literatura Inglesa (UBA) y participa como investigador en formación del proyecto UBACyT sobre textos utópicos ingleses de los siglos XVI y XVII, dirigido por el Dr. Lucas Margarit. Es adscripto en la Cátedra de Literatura Italiana de la misma facultad bajo la dirección del Dr. Alejandro Patat, donde realiza una investigación acerca de las representaciones del fascismo en textos dicha literatura. Ha participado como expositor en diversos congresos sobre literatura inglesa y norteamericana. Actualmente cursa la Maestría en Estudios Interdisciplinarios de la Subjetividad (UBA) y es docente de Lengua y Literatura en escuelas secundarias de la Ciudad de Buenos Aires.